

6

D. Guerin

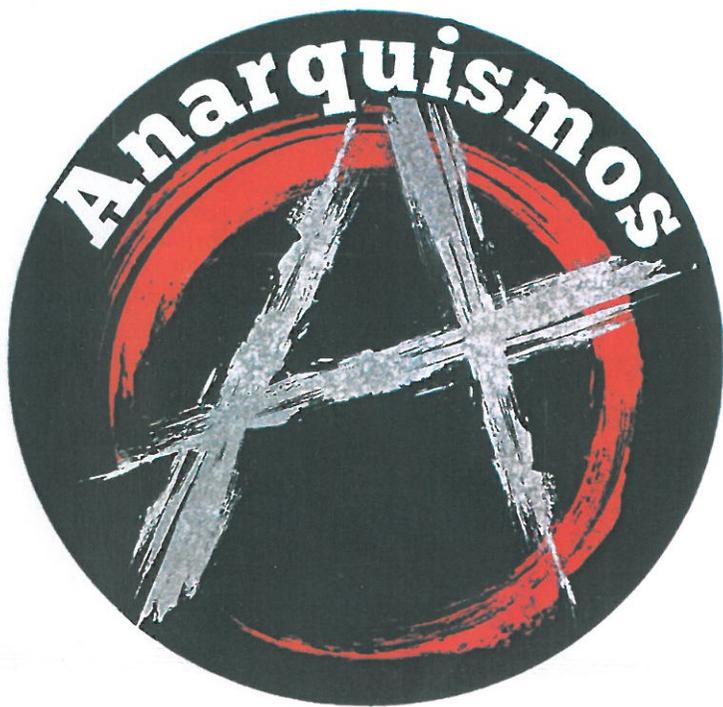
Ni Dios ni Amo (II)

Daniel Guerin

NI DIOS NI AMO (II)

Antología del Anarquismo





DANIEL GUERIN

NI DIOS NI AMO

(Antología del Anarquismo)

Volumen 2



CAMPO ABIERTO EDICIONES

Primera edición: noviembre 1977

- © Librairie François Maspero. París, 1970
- © Para edición en castellano. Campo Abierto Ediciones, S. A.
Pinilla del Valle. 1. Madrid-2. Teléfono 262 02 48
Traducción: Carlos Díaz
Portada: Demetrio Enrique
ISBN: 84-7446-008-5. Obra completa
ISBN: 84-7446-012-3. Tomo II
Depósito legal: M. 31.986-1977
Compuesto en Fernández y Ciudad
Impreso en Hijos de E. Minuesa, S. L. - Ronda de Toledo, 24 - Madrid-5

	<i>Págs.</i>
ERRICO MALATESTA	5
Revolución y reacción	7
La anarquía	9
Malatesta y los anarquistas en el Congreso de Londres (1896)	18
Malatesta y el Congreso Anarquista Internacional (1907)	27
Malatesta, la internacional anarquista y la guerra	40
Una carta profética	44
EMILE HENRY (1872-1894)	47
Carta al director de la <i>conciergerie</i>	49
LOS ANARQUISTAS FRANCESES EN LOS SINDICATOS ...	56
Pelloutier: El anarquismo y los sindicatos obreros	58
Pouget: ¿Qué es el sindicato?	72
LAS COLECTIVIDADES ESPAÑOLAS	81
La colectivización en España, por Agustín Souchy	81
Programa de la federación de colectivos de Aragón ...	88
Ejemplos locales de colectivización	90
El decreto de colectivización de la economía catalana ...	99
Escrito, de Diego Abad de Santillán	106
VOLIN (1882-1945)	110
La revolución desconocida	113
Las bases del <i>Nabat</i>	123

	<i>Págs.</i>
NESTOR MAKHNO (1885-1935)	129
El movimiento makhnovista	144
Manifiesto del ejército insurgente de Ucrania	161
Programa-Manifiesto	163
Anarquismo y makhnovistchina	164
Llamada de los «Makhnovitsi»	165
KRONSTADT (1921)	166
Recuerdos de Kronstadt, por Emma Goldman ...	168
Resolución de la reunión general	183
El periódico oficial de la insurrección	185
LOS ANARQUISTAS EN PRISION, por Gastón Leval ...	212
EL ANARQUISMO EN LA GUERRA DE ESPAÑA	222
El anarquismo en España de 1919 a 1936	223
La revolución española	228
DURRUTI Y LA GUERRA LIBERTARIA ...	232
Durruti habla	249
Milicianos, sí. ¡Soldados, jamás!	251
EL ANARCOSINDICALISMO EN EL GOBIERNO ...	261

Errico Malatesta nació el 14 de diciembre de 1853 en Italia, en la provincia de Caserte, de una familia de modestos propietarios rurales. A los catorce años dirigió una carta insolente y amenazadora al rey Víctor Manuel II, por lo que fue arrestado. En Nápoles hizo sus estudios en la escuela religiosa de los Escolapios, luego en la Facultad de Medicina. Tras haber sido republicano, y luego de haber repudiado el patrocinio de Mazzini, se adhirió a la Internacional en 1871, pocos meses después de la Comuna de París, uniéndose entonces al ala bakuninista. Tuvo un papel activo en octubre de 1876, en el Congreso de Berna de la Internacional «antiautoritaria», en que, alejándose un poco de la herencia ideológica de Bakunin, abandonó el «colectivismo» para hacerse el protagonista del «comunismo libertario» y lanzar también la idea de la «propaganda por el hecho». Malatesta, Carlo Cafiero y Kropotkin quedaron a partir de entonces asociados.

En 1876, en la provincia de Bénévent, los dos primeros trataron de poner en aplicación su activismo a la manera blanquista. A la cabeza de una treintena de internacionalistas, armados y con las banderas rojas a la cabeza, ocuparon el pueblo de Lentino, distribuyeron armas a la población, quemaron los archivos públicos. Pero la población se quedó pasiva, y el ejército intervino. Malatesta y Cafiero fueron arrestados. Y aunque en el proceso admitieron haber disparado contra los carabineros, fueron absueltos.

Tras muchas aventuras en el Medio Oriente, Malatesta, desde Marsella, llegó a Ginebra, donde participó con Kropotkin en la edición del periódico Le Révolté. Expulsado de Suiza, y luego de

varios países más, se quedó por fin en Londres, donde trabajó en diversos oficios.

En 1881, los anarquistas se reunieron en Londres en un Congreso internacional, proponiendo Malatesta en él, vanamente, la creación de una Internacional anarquista. En Italia pudo reemprender una actividad revolucionaria y fundó dos periódicos, *La Questione sociale* y *La Anarchia*, de tendencias antipatrióticas y antiparlamentarias. Pero pronto, en 1884, la represión se cebó de nuevo sobre él. En el curso de un proceso político, logró huir en un cajón de máquina de coser, embarcado para Sudamérica. Entre tanto, había publicado un «proyecto de reorganización de la Internacional sobre una base puramente anarquista».

Se le vuelve a encontrar en Buenos Aires en 1885, donde publica otra *Questione sociale* y se hace organizador sindicalista. En 1889, tras muchas aventuras rocambolescas, abandona América del Sur hacia Francia, luego Inglaterra, más tarde España. Este pequeño hombre infatigable está siempre por todas partes. En Londres, en 1896, Malatesta participó en el Congreso internacional obrero socialista, donde fue el delegado de los anarcosindicalistas españoles.

Vuelto clandestinamente a Italia, combatió a la vez el parlamentarismo, el individualismo, el marxismo y se alejó de Kropotkin, cuyo «espontaneísmo» criticó. Insistió en la necesidad de organizar el anarquismo en partido y se hizo el abogado del sindicalismo así como de la acción directa obrera.

Pero nuevas aventuras le esperaban. Deportado a las islas italianas, se evadió de ellas en 1889, presentándose en Inglaterra, Estados Unidos, Cuba, sucesivamente, para volver a Londres en 1900. Allí publicó varios diarios: *L'Internazionale*, *Lo Sciopero Generale* («*La Huelga General*»).

En 1907 participó activamente en el Congreso internacional anarquista de Amsterdam. Hasta 1913 no abandonó Inglaterra para entrar en Italia. Allí encontró a Mussolini, entonces socialista de izquierda y director del periódico *Avanti*. Tuvo largas discusiones con el futuro Duce fascista, a quien encontró ya escéptico sobre la perspectiva de la revolución social; dijo a su amigo Luigi Fabbri que este hombre era revolucionario solamente sobre el papel y que no había nada que hacer con él.

En Ancona, Malatesta publicó el diario *Volontà*, al que ya había impulsado en Londres, mostrándose un agitador infatigable. En junio de 1914 fue el detonador de la «Semana Roja». La revuelta había estallado a continuación de la masacre por las fuerzas del orden de manifestantes armados. El pueblo se apoderó de la ciudad. Los sindicatos decretaron la huelga general en todo el país. El ejército intervino. Malatesta hubo de huir y volver a Inglaterra.

La Primera Guerra Mundial le saludó fiel al internacionalismo proletario, combatiendo con indignación el helicismo de Kropot-

kin. A finales de 1919, pudo abandonar Londres para volver a Italia, donde fue acogido por masas entusiastas. El Corriere della Sera del 20 de enero de 1920 le caracterizaba como «uno de los más grandes personajes de la vida italiana». Su periódico Umanità Nuova tiraba cincuenta mil ejemplares y se había alzado en animador de una central obrera anarcosindicalista, la Unión Sindical Italiana (U. S. I.).

De 1919 a 1922 Malatesta conoció el apogeo de su carrera de militante y de agitador revolucionario. Transportó a Roma su periódico, y se esforzó por formar una «Alianza del Trabajo» antifascista, con los partidos políticos y los sindicatos, que proclamó, en julio de 1922, una huelga general, pero los camisas negras fascistas, ya poderosos, aplastaron el movimiento. Poco después de la «marcha sobre Roma», Umanità Nuova fue prohibida, y un retrato de Malatesta quemado en público. Logró, empero, hacer aparecer en 1924 una revista bimensual: Pensiero e Volontà, que, si bien con frecuencia censurada, sobrevivió hasta el 1926. Escribió en ella artículos de una gran madurez.

A partir del final de 1926, Malatesta, envejecido y reducido al silencio por el totalitarismo fascista —con excepción de algunos artículos que logró pasar al extranjero— vivió en régimen de arresto domiciliario, lo que le impidió realizar, como hubiera deseado, la revolución republicana de 1931 en España. Murió el 22 de julio de 1932.

REVOLUCION Y REACCION

REVOLUCION es la creación de instituciones nuevas, vivientes, de nuevas agrupaciones, de relaciones sociales nuevas. Es también la destrucción de los privilegios y de los monopolios, es el espíritu de una justicia nueva, de fraternidad, de esa libertad que debe renovar toda la vida social, el nivel moral y las condiciones materiales de las masas, incitándolas, a través de sus acciones directas y conscientes, a asegurar su propio porvenir.

REVOLUCION es la organización de todos los servicios públicos por los que trabajan en ellos, en su propio interés como en el del público.

REVOLUCION es la abolición de todas las constricciones, la autonomía de los grupos, de las comunas, de las regiones.

REVOLUCION es la federación libre creada por el deseo de una fraternidad humana, por intereses individuales y colectivos, por las necesidades de la producción y de la defensa.

REVOLUCION es la constitución de innumerables agrupaciones libres basadas sobre ideas, deseos y gustos de todas clases, tales como existen entre los hombres.

REVOLUCION es la formación y proliferación de millares de centros representativos comunales, regionales y nacionales que,

sin poseer un poder legislativo, son útiles para hacer conocer y coordinar de cerca y de lejos los deseos y los intereses de las gentes, y que actúan por sus informaciones, consejos y ejemplos.

REVOLUCION es la libertad templada en el crisol de la acción; dura tanto tiempo como la independencia, es decir, hasta que otros, aprovechando la laxitud que sorprende a las masas, la inevitable decepción que sigue a las esperanzas demasiado grandes, los errores probables y los defectos humanos, logran constituir un poder que, sostenido por un ejército de conscritos o de mercenarios, dicta la ley, paraliza el movimiento hasta el punto en que se halla, y es entonces cuando comienza la reacción.

*Una organización sin autoridad*¹

Creando, bajo la influencia de la educación autoritaria recibida, que la autoridad es el alma de la organización social, para combatir aquélla ciertos anarquistas han combatido y negado ésta (...). El error fundamental de los anarquistas adversarios de la organización es el creer que una organización no es posible sin autoridad y el preferir, una vez admitida esta hipótesis, renunciar a toda organización antes que aceptar la menor autoridad (...). Si creemos que no puede haber organización sin autoridad, seremos autoritarios, pues preferiríamos incluso la autoridad que pone trabas y hace triste la vida, a la desorganización que la hace imposible.

*Sobre la necesidad de la organización*²

La organización no es más que la práctica de la cooperación y de la solidaridad, es la condición natural y necesaria de la vida social, es un hecho ineluctable, que se impone a todos, tanto en la sociedad humana en general como en todo grupo de gentes con un fin común.

El hombre no quiere ni puede vivir aislado, no puede siquiera llegar a ser verdaderamente hombre y satisfacer sus necesidades materiales y morales, a no ser en sociedad y con la cooperación de sus semejantes. Es, por tanto, fatal que todos aquellos que no se organizan libremente, sea porque no pueden, sean porque no sienten la apremiante necesidad de hacerlo, hayan de padecer la organización establecida por otros individuos, ordinariamente constituidos en clase o en grupos dirigidos, para explotar en provecho propio el trabajo ajeno.

¹ *L'Agitazione*, Ancona, núms. 13 y 14, 4 y 11 de junio de 1897.

² *Anarchie et organisation*, 1927, reeditada en 1967.

Y la opresión milenaria de las masas por un pequeño grupo de privilegiados ha sido siempre la consecuencia de la incapacidad de la mayoría de los individuos para ponerse de acuerdo, para organizarse sobre la base de la comunidad de intereses y de sentimientos con los otros trabajadores para producir, para gozar y para, eventualmente, defenderse de los explotadores y de los opresores. El anarquismo viene a remediar este estado de cosas con su principio fundamental de organización libre, creada y mantenida por la libre voluntad de los asociados sin ninguna especie de autoridad, es decir, sin que ningún individuo tenga el derecho de imponer a los otros su propia voluntad. Es, pues, natural que los anarquistas traten de aplicar a su vida privada y a la vida de su partido el principio mismo sobre el cual, según ellos, debería fundarse toda la sociedad humana.

Algunas polémicas dejarían suponer que hay anarquistas refractarios a toda organización, pero, en realidad, las numerosas —muy numerosas— discusiones que tenemos a tal respecto, aun cuando están oscurecidas por cuestiones de palabras o envenenadas por cuestiones personales, no conciernen en el fondo más que al modo, y no al principio de la organización. Es así como camaradas que de palabra son los más opuestos a la organización se organizan como los demás y se reúnen mejor que los demás, cuando quieren hacer seriamente alguna cosa.

LA ANARQUÍA³

La palabra *anarquía* procede del griego, y significa «sin gobierno»; es decir, el estado de un pueblo que se rige sin autoridad constituida, sin gobierno.

Antes de que toda una serie de pensadores haya llegado a considerar tal organización como posible y como deseable; antes de que fuese adoptada como objetivo por un movimiento que en la actualidad constituye uno de los más importantes factores en las modernas luchas sociales, la palabra *anarquía* era considerada, por regla general, como sinónimo de desorden, de confusión; y aun hoy mismo se utiliza en este sentido por las masas ignorantes y por los adversarios interesados en ocultar o en desfigurar la verdad.

Puesto que se ha creído que el gobierno es necesario; puesto que se ha admitido que sin gobierno no puede hacer otra cosa sino desorden y confusión, es natural, y hasta lógico, que el término «anarquía», que significa la ausencia o carencia de gobierno, venga a significar igualmente la ausencia de orden.

Este hecho no carece de antecedentes en la historia de las palabras. En las épocas y países en que el pueblo ha creído ne-

³ Extractos de *L'Anarchie*, 1891.

cesario el gobierno de uno solo (monarquía), la palabra *república*, que significa «gobierno de la mayoría», se ha considerado siempre como sinónima de confusión y de desorden, según puede comprobarse en el lenguaje popular de casi todos los países.

Cambiada de opinión; persuadida al público de que no sólo el gobierno dista de ser necesario, sino que es en extremo peligroso y perjudicial..., y entonces la palabra *anarquía*, justamente por eso, porque significa ausencia de gobierno, significará para todos «orden natural, armonía de necesidades e intereses de todos, libertad completa en el sentido de una solidaridad asimismo completa».

Resulta impropio decir que los anarquistas han estado poco acertados al elegir su denominación, ya que este nombre es mal comprendido por la generalidad de las gentes y se presta a falsas interpretaciones. El error no depende del nombre, sino de la idea; y la dificultad que los anarquistas encuentran en su propaganda no depende del nombre o denominación que se han adjudicado, sino del hecho de que su concepto choca con todos los prejuicios inveterados que conserva el pueblo acerca de la función del gobierno o, como se dice de ordinario, acerca del Estado.

¿Qué es el gobierno?

Hay una enfermedad del pensamiento humano, la tendencia metafísica, que hace que el hombre, después de haber abstraído por un proceso lógico la cualidad de un objeto, se encuentre sometido a una especie de alucinación que le induce a tomar lo abstraído por lo real. Esta tendencia metafísica, decimos, que, no obstante, y a pesar de los triunfos de la ciencia positiva, tiene todavía tan profundas raíces en el espíritu de la mayoría de nuestros contemporáneos, hace que muchos conciban al gobierno como un ser real, dotado de ciertos atributos de razón, de justicia, de equidad, independientes de las personas en que encarna.

Para ellos, el gobierno, o más bien, el Estado, es el poder social abstracto; es el representante, abstracto también, de los intereses generales; es la expresión del derecho de todos, considerado como los derechos de cada uno. Este modo de concebir el gobierno aparece apoyado por los interesados, a quienes importa salvar el principio de autoridad y hacerle prevalecer sobre las faltas y errores de los que se turnan en el ejercicio del poder.

Para nosotros, el gobierno es la colectividad de los gobernantes; y los gobernantes, reyes, presidentes, ministros, diputados, etc., son aquellos que aparecen adornados de la facultad de hacer las leyes para reglamentar las relaciones de los hombres entre sí, y de hacer ejecutar las leyes; son los que decretan y recaudan los impuestos; imponen servicio militar; juzgan y castigan las infracciones y contravenciones a las leyes; intervienen y sancionan los contratos privados; monopolizan ciertos ramos de

la producción y ciertos servicios públicos, por no decir toda la producción y todos los servicios; favorecen o impiden el intercambio de productos; declaran la guerra y ajustan la paz con los gobernantes de otros países; conceden o suprimen franquicias, etc. Los gobernantes, en una palabra, son los que tienen la facultad, en grado más o menos elevado, de servirse de la fuerza colectiva de la sociedad, o sea, de la fuerza física, intelectual y económica de todos, para obligar a todo el mundo a hacer lo que favorece a sus designios particulares. Esta facultad constituye, en nuestro sentir, el principio de gobierno, el principio de autoridad.

Pero... ¿cuál es la razón de ser del gobierno?

¿Por qué abdicar en manos de unos cuantos individuos nuestra propia libertad y nuestra propia iniciativa? ¿Por qué concederles la facultad de ampararse, con o en contra de la voluntad de cada uno, de la fuerza de todos y disponer de ella a su antojo? ¿Hállanse, acaso, tan excepcionalmente dotados que puedan, con alguna apariencia de razón, sustituir a la masa y proveer a los intereses de los hombres mejor que pudieran efectuarlo los propios interesados? ¿Son tan infalibles e incorruptibles que se les pueda entregar, prudentemente, la suerte de cada uno y la de todos?

Y aun cuando existieran hombres de una bondad y de un saber infinitos; aun cuando, por una hipótesis irrealizada e irrealizable, el poder de gobernar se confiara a los más capaces y a los mejores, la posesión del poder no agregaría nada absolutamente a su potencia bienhechora, sino que produciría el resultado de paralizarla, de destruirla por la necesidad en que se encontrarían de ocuparse de tantas cosas para ellos incomprensibles y de malgastar la mejor parte de sus energías y actividades en la empresa de conservar el poder a todo trance, contentar a los amigos, acallar a los descontentos y combatir a los rebeldes.

Por otra parte, buenos o malos, sabios o ignorantes, ¿qué son los gobernantes? ¿Quién los designa y eleva para tan alta función? ¿Se imponen ellos mismos por derecho de guerra, de conquista o de revolución? Pues entonces, si esto es así, ¿qué garantía tiene el pueblo de que habrán de inspirar sus actos en la utilidad general? En este caso, se trata de una función de usurpación; y a los gobernados, si están descontentos, no les queda otro recurso sino acudir al recurso de la fuerza para liberarse del yugo. ¿Son elegidos por una clase o por un partido? Pues entonces serán los intereses y las ideas de esta clase o de este partido los que triunfen, mientras que la voluntad y los intereses de los demás serán sacrificados. ¿Se les elige por sufragio universal? En este caso, el único criterio está constituido por el número, cosa que, ciertamente, no significa ni acredita equidad, razón ni capacidad; los que sepan engañar mejor

a la masa serán quienes resulten elegidos, y la minoría, que puede estar compuesta algunas veces por la mitad menos uno, resultará sacrificada. Además, la experiencia demuestra la imposibilidad absoluta de hallar un mecanismo electoral en virtud del cual los candidatos electos sean, por lo menos, los representantes genuinos de la mayoría.

Son numerosas y variadas las teorías mediante las cuales se ha tratado de explicar y justificar la existencia del gobierno. Todas, en suma, se basan en el preconcepto, confesado o tácito, de que los hombres tienen intereses contrarios, y de que se necesita una fuerza externa y superior para obligar a unos a respetar el derecho de los otros, prescribiendo e imponiendo determinada norma de conducta, que armonizaría, en la medida de lo posible, los intereses en pugna, y que proporcionaría a cada uno la satisfacción más grande con el menor sacrificio concebible.

Dicen los teorizantes del autoritarismo: si los intereses, las tendencias, los deseos de un individuo aparecen en oposición con los intereses, las tendencias, los deseos de otro individuo, ¿quién tendrá el derecho y la fuerza de obligar al uno a respetar los intereses del otro? ¿Quién podrá impedir a un determinado ciudadano violar la voluntad general? La libertad de cada uno —dicen— tiene por límite la voluntad de los demás; pero ¿quién establece este límite y quién lo hará respetar? Los antagonismos naturales de intereses y pasiones crean, pues, la necesidad del gobierno, y justifican la existencia de la autoridad, que desempeña el papel de moderadora en la lucha social y asigna los límites de los derechos y de los deberes de todos y cada uno.

Tal es la teoría; pero las teorías, para ser justas, deben hallarse basadas en los hechos, y ser suficientes para explicarlos; y es bien sabido que en economía social se inventan con demasiada frecuencia teorías para justificar los hechos, es decir, para defender el privilegio y hacerlo aceptar tranquilamente por las víctimas del mismo.

En efecto, recordemos algunos ejemplos.

En todo el curso de la historia, lo mismo que en la época actual, el gobierno es o la dominación brutal, violenta, arbitraria de algunos sobre la mayoría, o es un instrumento ordenado para asegurar la dominación y el privilegio a aquellos que, por la fuerza, la astucia o la herencia, han acaparado todos los medios de vida, en especial el suelo, de los cuales se sirven para mantener al pueblo en perpetua servidumbre y hacerle trabajar en lugar de y para ellos. El gobierno oprime a los hombres de dos maneras: o directamente, por la fuerza bruta, por la violencia física, o indirectamente, privándoles de los medios de subsistencia y reduciéndoles, de esta manera, a la impotencia. El primer modo es el origen del poder, es decir, del privilegio político; el segundo, es el origen del privilegio económico.

El gobierno puede oprimir también a los hombres actuando sobre su inteligencia y sobre sus sentimientos, modo de obrar que origina y constituye el poder religioso. La única razón que justifica la propagación de las supersticiones religiosas es que defienden y consolidan los privilegios políticos y económicos.

Hoy día, el gobierno, compuesto de propietarios y de gente puesta a su servicio, hállase del todo a disposición de los propietarios, hasta el punto que los más ricos llegan a desdeñar el formar parte de él. Rotschild no tiene necesidad ni de ser diputado ni de ser ministro; le basta, simplemente, con tener a su disposición a los ministros y a los diputados.

En multitud de países, el proletariado obtiene una mayor o menor participación nominal en la elección del gobierno. Es ésta una concesión hecha por la burguesía para obtener el concurso del pueblo en la lucha contra el poder real o aristocrático, o para apartar al pueblo de la idea de su emancipación, concediéndole una apariencia o sombra de soberanía. Hávalo o no previsto la burguesía, cuando concedió por primera vez al pueblo el derecho de sufragio, lo cierto es que tal derecho ha resultado siempre, en toda ocasión y en todo lugar, ilusorio, y bueno tan sólo para consolidar el poder de la burguesía, engañando a la parte más exaltada del proletariado, con la esperanza remota de poder escalar las alturas del poder.

Aun con el sufragio universal —hasta podríamos decir: sobre todo con el sufragio universal— el gobierno ha continuado siendo el gendarme de la burguesía. Si ocurriera lo contrario, si el gobierno adoptase una actitud hostil, si la *democracia* pudiera ser otra cosa que un medio de engañar al pueblo, la burguesía, amenazada en sus intereses, se aprestaría a la rebelión, sirviéndose de toda la fuerza y de toda la influencia que la posesión de la riqueza le proporciona para reducir el gobierno a la función de simple gendarme puesto a su servicio.

En todo lugar y tiempo, sea cualquiera el nombre ostentado por el gobierno, sean cualesquiera su origen y su organización, su función esencial es siempre la de oprimir y explotar a las masas, la de defender a los opresores y los acaparadores. Sus órganos principales, característicos, indispensables, son el gendarme y el recaudador de impuestos, el soldado y el carcelero, a quienes se unen indefectiblemente el tratante en mentiras, cura o maestro, pagados y protegidos por el gobierno para envilecer las inteligencias y hacerlas dóciles al yugo.

Un gobierno no puede existir mucho tiempo sin encubrir su verdadera naturaleza bajo una máscara o pretexto de utilidad general. No hay posibilidad de que haga respetar la vida de los privilegiados sin fingir que trata o procura hacer respetar la de todos; no puede exigir la aceptación de los privilegios de unos pocos sin aparentar que deja a salvo los derechos de todos. «La ley —dice Kropotkin— (y, por supuesto, los que

han hecho las leyes, es decir, el gobierno) ha utilizado los sentimientos sociales del hombre para hacer cumplir, junto con los preceptos de moral que el hombre ha aceptado, órdenes útiles a la minoría de los expoliadores, contra los cuales él se habría, seguramente, rebelado.»

Un gobierno no puede pretender la destrucción de la sociedad, porque entonces desaparecería para él y para la clase dominante la materia explotable. Un gobierno no puede permitir que la sociedad se rija por sí misma, sin intromisión oficial alguna, porque entonces el pueblo se apercebirá bien pronto de que el gobierno no sirve para nada, si se exceptúa la defensa de los propietarios que le esquilman, y se prepararía para desbarazarse de unos y de otro.

Hoy día, ante las reclamaciones insistentes y amenazadoras del proletariado, muestran los gobiernos la tendencia a interponerse en las relaciones entre patronos y obreros. Tratan de detener de este modo el movimiento obrero y de impedir con algunas falaces reformas el que los pobres tomen por su mano lo que les es debido, es decir, una parte del bienestar general, igual a aquella de la que disfrutaban los otros.

Debemos recordar además que, por una parte, los burgueses, o sea, los propietarios, están preparados en todo momento para declararse la guerra, para comerse unos a otros, y, por otra parte, que el gobierno, aunque hijo y esclavo y protector de la burguesía, tiende como todo siervo, a emanciparse y, como todo protector a dominar al protegido. De aquí este juego de componendas, de tiras y aflojas, de concesiones hoy acordadas y mañana suprimidas, esta busca de aliados entre los conservadores contra el pueblo, y entre el pueblo contra los conservadores, juego que constituye la ciencia de los gobernantes y la ilusión de cándidos y holgazanes, acostumbrados a esperar el maná que ha de caer de lo alto.

El gobierno, o, como se le suele llamar, el «Estado» justiciero, moderador de las luchas sociales, administrador imparcial de los intereses públicos, es una mentira, una ilusión, una utopía jamás realizada y jamás realizable.

Si los intereses de los hombres tuvieran que ser contrarios unos a otros; si la lucha entre los hombres tuviera que ser una ley necesaria en las sociedades humanas; si la libertad de unos tuviera que constituir un límite a la libertad de los otros, entonces cada uno trataría siempre de hacer triunfar sus propios intereses sobre los de los demás; cada uno procuraría aumentar su libertad en perjuicio de la libertad ajena. Si fuera cierto que debe existir un gobierno, no porque sea más o menos útil a la totalidad de los miembros de una sociedad, sino porque los vencedores quieren asegurar los frutos de la victoria, sometiendo fuertemente a los vencidos, eximiéndose de la carga de estar continuamente a la defensiva, encomendando su defensa a los

hombres que hagan de ello su profesión habitual, entonces la humanidad estaría destinada a perecer o a debatirse eternamente entre la tiranía de los vencedores y la rebelión de los vencidos.

(...) Hoy día, el inmenso desarrollo alcanzado por la producción, el crecimiento de las necesidades que no pueden ser satisfechas, sino mediante el concurso de gran número de hombres residentes en distintos países, los medios de comunicación, la costumbre y frecuencia de los viajes, la ciencia, la literatura y el comercio, han reducido y continúan reduciendo a la humanidad a un solo cuerpo cuyas partes, solidarias entre sí, no encuentran su plenitud ni la libertad de desarrollo debidas más que en la salud de las otras partes y del todo.

La abolición del gobierno no significa ni puede significar la destrucción de la cohesión social. Por el contrario, la cooperación que actualmente resulta forzada, que actualmente sólo existe para beneficio de unos cuantos, será libre, voluntaria y directa, en beneficio de todos, y resultará, por tanto, más intensa y eficaz.

El instinto social, el sentimiento de solidaridad, se desarrollará en el más alto grado; cada hombre hará todo cuanto pueda para el bien de sus semejantes, no sólo para satisfacer a sus sentimientos efectivos, sino por interés propio bien entendido.

Del libre concurso de todos, merced a la agrupación espontánea de los hombres, según sus necesidades y simpatías, de abajo arriba, de lo simple a lo compuesto, partiendo de los intereses más inmediatos para llegar a los más generales, surgirá una organización social cuyos objetivos serán el mayor bienestar y la mayor libertad de todos, que reunirá a toda la humanidad en una comunidad fraternal, que se modificará y mejorará según los cambios, las circunstancias y las enseñanzas de la experiencia.

Esta sociedad de hombres libres, esta sociedad de personas solidarias y fraternas, esta sociedad de amigos, es lo que representa la Anarquía.

Mas supongamos que el gobierno no constituye en sí una clase privilegiada y que puede vivir sin crear a su alrededor una nueva clase de privilegiados, siendo únicamente el representante, el esclavo si se quiere, de toda la sociedad. ¿Para qué serviría entonces? ¿En qué y cómo aumentaría la fuerza, la inteligencia, el anhelo de solidaridad, el cuidado del bienestar de todos, y de la humanidad futura, que en determinado momento existieran en la sociedad?

Se repite siempre la historia del hombre encadenado, que habiendo logrado vivir, a pesar de sus cadenas, las considera como condición indispensable de su existencia.

Estamos acostumbrados a vivir bajo un gobierno que acapara todas las fuerzas, todas las inteligencias, todas las voluntades que puede dirigir para sus fines, y crea obstáculos, paraliza,

suprime las que pueden serle hostiles o, por lo menos, inútiles, y nos imaginamos que cuanto se ha hecho en la sociedad es obra de los gobernantes, y que sin gobierno no le quedaría a la sociedad ni fuerza, ni inteligencia, ni buena voluntad. Así (como ya hemos dicho anteriormente), el propietario que se ha apoderado del suelo lo hace cultivar en provecho particular suyo, no dejando al trabajador sino lo estrictamente necesario para que pueda y quiera seguir trabajando, mientras el trabajador sometido piensa que no podría vivir sin el patrón, como si éste hubiera creado la tierra y las fuerzas de la naturaleza.

(...) De lo anterior resulta que la existencia de un gobierno, aun cuando fuera —según nuestra hipótesis— el gobierno ideal de los socialistas autoritarios, lejos de producir un aumento de las fuerzas productivas, organizadoras y protectoras de la sociedad, tendría como resultado su disminución en grado considerable, restringiendo la iniciativa de unos cuantos y concediendo a unos pocos el derecho de hacerlo todo, aun sin poder, naturalmente, otorgarles el don de la omniscencia.

En efecto, si se separa de la legislación, de los actos y las obras de un gobierno, todo lo relativo a la defensa de los privilegiados, ¿qué quedaría que no fuese el resultado de la actividad de todos?

Por lo demás, para comprender cómo una sociedad puede vivir sin gobierno, basta con observar un poco a fondo la sociedad actual, y se verá cómo de hecho la mayor parte, la parte esencial de la vida social, se realiza, aun hoy día, con independencia de la intervención del gobierno, y cómo el gobierno no se entromete sino para explotar a las masas, para defender a los privilegiados y para sancionar, bien inútilmente, todo cuanto se hace sin él, y aun contra él.

Los hombres trabajan, comercian, estudian, viajan, observan como quieren las reglas de la moral y de la higiene, aprovechan los beneficios del progreso de las ciencias y de las artes, sostienen entre sí relaciones infinitas, sin sentir necesidad de que nadie les imponga la manera de conducirse. Y justamente son las cosas en que el gobierno no se entromete las que marchan mejor, las que menos diferencias y litigios ocasionan, las que se acomodan a la voluntad de todos, de modo que todos hallan en ellas su utilidad y su agrado.

(...) El gobierno, repetimos una vez más, es el conjunto de individuos que han recibido o que se han arrogado el derecho y los medios de hacer las leyes, así como la facultad de forzar a las gentes a su cumplimiento; el administrador, el ingeniero, etcétera, son, por el contrario, hombres que reciben o asumen la carga de realizar un trabajo y lo realizan. «Gobierno» significa delegación del poder, o sea, abdicación de la iniciativa y de la soberanía de todos en manos de algunos. «Administración» significa delegación de trabajo, o sea, carga confiada y aceptada,

cambio libre de servicios, fundado en un pacto libremente ajustado.

El gobernante es un privilegiado, puesto que le asiste el derecho de mandar a los demás, y el de servirse de las fuerzas de éstos para hacer triunfar sus ideas y sus deseos personales. El administrador, el director técnico, etc., son trabajadores como los demás, cuando se trata, claro está, de una sociedad donde todos tienen medios iguales para desenvolverse, donde todos son o pueden ser trabajadores intelectuales y manuales, donde todos los trabajos, todas las funciones otorgan un derecho igual a disfrutar de las ventajas sociales. Es menester no confundir la función del gobierno con la función de administración, que son esencialmente diferentes, porque si hoy día se hallan confundidas es sólo a causa del privilegio económico y político.

Detengámonos, además, en el examen de las funciones para las que el gobierno es considerado, por todos los que no profesan el ideal anarquista, como verdaderamente indispensable: la defensa externa e interna de una sociedad, es decir, la «guerra» y la «justicia».

Suprimidos todos los gobiernos y puesta la riqueza social a disposición de todo el mundo, bien pronto desaparecerían los antagonismos existentes entre los diferentes pueblos, y la guerra no tendría razón de ser.

(...) Admitamos, sin embargo, que los gobiernos de los países todavía no emancipados quisieran y pudieran intentar reducir a la esclavitud a un pueblo libre. ¿Tendría éste, por ventura, necesidad de un gobierno para defenderse? Para hacer la guerra se requieren hombres que poseen los conocimientos técnicos y geográficos del caso, y sobre todo, masas dispuestas a combatir. Un gobierno no puede aumentar la capacidad de aquéllos, ni la voluntad y el valor de éstas. La experiencia histórica nos enseña que un pueblo que desea vivamente defender su propio país es invencible. En Italia, todo el mundo sabe que ante los cuerpos de voluntarios (formación anárquica) se bambolean los tronos y se desvanecen los ejércitos regulares, compuestos de hombres forzados o asalariados.

¿La «policía»? ¿La «justicia»? Muchos se imaginan que si no hubiera gendarmes, policías y jueces, cada uno sería libre de matar, de violar y de vejar a su prójimo; que los anarquistas, en nombre de sus principios, defendían el respeto para esta especial libertad que viola y destruye la libertad y la vida ajenas; están casi persuadidos de que, después de haber destruido el gobierno y la propiedad privada, consentiríamos impasibles la reconstrucción de uno y otra por respeto a la «libertad» de quienes experimentarían la necesidad de ser gobernantes y propietarios. ¡Extraña manera, en verdad, de comprender nuestros ideales! Es cierto que discurrendo de este modo se llega más

fácilmente a desentenderse, merced a un encogimiento de hombros, del trabajo de refutarlos seriamente.

La libertad que los anarquistas queremos, para nosotros mismos y para los demás, no es la libertad absoluta, abstracta, metafísica que se traduce fatalmente en la práctica en la opresión de los débiles, sino la libertad real, la libertad posible que es la comunidad consciente de los intereses, la solidaridad voluntaria. Proclamamos la máxima «Haz lo que quieras», y resumimos, por así decirlo, en ella nuestro programa, porque —como es fácil comprender— estamos persuadidos de que en una sociedad sin gobierno y sin propiedad «cada uno querra aquello que deba querer».

(...) Si no existiesen los equívocos por medio de los cuales se trata de cortar el camino de la revolución social, podríamos afirmar que anarquía es sinónimo de socialismo.

MALATESTA Y LOS ANARQUISTAS EN EL CONGRESO DE LONDRES (1896)

La internacional antiautoritaria había perecido, por falta de homogeneidad, tras el Congreso de Verviers de 1887. En 1881, los anarquistas habían tratado de reunirse en un congreso internacional en Londres para fundar allí una internacional puramente anarquista. Pero la propuesta, que emanó de Malatesta, fracasó, sobre todo a causa de la repugnancia a la organización manifestada por los anarquistas franceses. Sin embargo, Malatesta no se dejó desanimar. En 1884 volvió a retomar su sugerencia de crear una nueva Internacional que, según él, habría debido ser a la vez «comunista, anarquista, antirreligiosa, revolucionaria y anti-parlamentaria». Pero este proyecto estaba muerto hace mucho y los anarquistas se habían aislado cada vez más de las masas obreras, en tanto que los reformistas habían logrado reclutar cada vez más gente: en 1889 los socialdemócratas de diversos países se reunieron en París a fin de abrir la vía a lo que debía llegar a ser la Segunda Internacional. Algunos anarquistas se presentaron a esta reunión y fueron mal acogidos, con violentos incidentes; teniendo la fuerza del número, los socialdemócratas sofocaron toda contradicción que viniera por parte de los libertarios.

El mismo tumulto ocurrió en el Congreso socialista internacional de Bruselas de 1891, de donde los anarquistas fueron expulsados en medio de abucheos. Empero, esta vez, una parte importante de los delegados obreros, británicos, holandeses, italianos, se retiraron del Congreso a modo de protesta.

En el Congreso siguiente, tenido en Zurich en 1893, los socialdemócratas decidieron, por precaución, no acoger en organizaciones sindicales en adelante más que a partidos y grupos que acep-

tasen la necesidad de la acción política, por lo que ellos entendían la conquista del poder a través del sufragio universal.

Cuando un nuevo Congreso socialista internacional se reunió en Londres en julio de 1896, algunos anarquistas franceses e italianos creyeron útil hacerse delegar por sindicatos obreros. Pero esta forma de sortear el obstáculo no evitó la irritación de los reformistas, cuyo comportamiento, como va a colegirse por los textos siguientes, fue nada menos que odioso.

Como notará el escritor Victor-Serge, «el anarquista ha sido una reacción profundamente sana contra la corrupción del socialismo del fin del siglo XIX»⁴. Lenin no estará lejos de compartir este juicio⁵.

P. S. La mayoría de los textos que siguen están extraídos de la introducción histórica de Paul Delesalle a la recensión sobre el Congreso anarquista internacional de 1907 (París, 1908) y del libro de Augustin Hamon, Los socialistas en el Congreso de Londres, 1897.

Paul Delesalle⁶

En Francia, el divorcio entre anarquistas y demócratas socialistas data de 1880. El año precedente, en el Congreso de Marsella, todas las tendencias estaban mezcladas; posibilistas, colectivistas y anarquistas estaban bajo una misma bandera.

Eugène Fournière⁷

Nosotros estábamos entonces separados de los anarquistas por un tabique extremadamente delgado, más bien ideal o verbal (...). En el grupo mismo de *l'Egalité* hubo anarquistas hasta 1880. Sólo nos abandonaron en el momento en que el joven Partido obrero decidió entrar en la acción electoral, siendo en el Congreso del Havre (noviembre de 1880) donde se adoptó el programa de Londres dictado por Marx y presentado a nuestra aceptación por Benoît Malon⁸, y donde se consumó la escisión entre anarquistas y socialistas.

⁴ Victor-Serge, *La pensée anarchiste*, Le Crapouillot, enero de 1938.

⁵ Lenin, *El Estado y la revolución*, 1917.

⁶ Sobre Paul Delesalle, véase más adelante.

⁷ Eugène Fournière (1857-1914), antiguo obrero joyero, fundador con Gustave Rouanet de la *Revue socialiste*, consejero municipal de París y diputado, enseñó historia del trabajo. Extraído de su libro *La crise socialiste*.

⁸ Benoît Malon (1841-1893), socialista francés, autor de *Le Socialisme intégral*.

El divorcio era definitivo, y debía extenderse rápidamente a los anarquistas y a los socialdemócratas de todos los países. Sin embargo, los anarquistas, o más exactamente un cierto número de ellos, no cesaron nunca, pese a todo, de unirse espiritualmente a la gran familia del socialismo universal. Así, cuando en París, en 1889, y en Bruselas, en 1891, los socialdemócratas se esforzaron por resucitar la práctica de los congresos socialistas internacionales, algunos anarquistas creyeron poder participar en ellos.

Su presencia dio lugar a los más ásperos conflictos. Los socialdemócratas, teniendo la fuerza del número, ahogaron cualquier réplica por parte de sus adversarios, que fueron expulsados en medio de abucheos. «Es verdad —ha escrito Bernard Lazare (*Echo de Paris*, julio de 1896)— que una gran parte de los delegados obreros ingleses, holandeses, italianos, se retiraron a modo de protesta. Sin embargo, como los triunfadores no se sentían bastante fuertes aún, no votaron ninguna resolución importante, y prefirieron descartar la cuestión del parlamentarismo y la de la alianza con los partidos gubernamentales. Con todo, la actitud de la mayoría significaba netamente: ya no nos ocuparemos más de luchas económicas, sino de luchas políticas, y sustituiremos la acción revolucionaria por la acción legal y pacífica.»

En el Congreso internacional siguiente, tenido en Zurich en 1893, los socialdemócratas lograron, por fin —así lo creían al menos—, desembarazarse de sus adversarios.

Circular adoptada en el Congreso de Zurich, y cursada en 1895

Todas las cámaras sindicales obreras serán admitidas al Congreso; también lo serán los partidos y organizaciones socialistas que reconozcan la necesidad de la organización de los trabajadores y de la acción política. Por acción política se entiende que las organizaciones de trabajadores buscan en la medida de lo posible el emplear o conquistar los derechos políticos y el mecanismo de la legislación para hacer así triunfar los intereses del proletariado y llegar a la conquista del poder político.

*Gustave Rouanet*⁹

«Las doctrinas de los anarquistas están en las antípodas de las nuestras (...) Socialismo y anarquía son dos términos que se excluyen.»

⁹ Gustave Rouanet (1855-1927), publicista, diputado socialista por el Sena de 1893 a 1914. Extraído de *La Petite République*, 15 de julio del 1896.

Deshonra para los que excluyeron, para los que dividieron en lugar de unir. El mundo verá una repetición de la lucha entre Marx y Bakunin en 1872. Será ella una nueva lucha entre la autocracia y la libertad. Imaginad que hombres como Kropotkin, Reclus, Malatesta, Tcherkessoff, Cipriani¹¹ y muchos otros fueron excluidos del Congreso, y deberéis admitir que no sería ya un Congreso socialista, sino solamente un Congreso parlamentario, un Congreso reformista de socialdemócratas, un Congreso de una secta. Elegid lo que queráis ser: un Congreso de socialistas serios que discuten todas las cuestiones que interesan a los socialistas, o un Congreso de sectarios que han excluido como heréticos a muchos hombres que han combatido y sufrido por la causa del pueblo.

Paul Delesalle

En el Congreso siguiente (Londres, del 26 de julio al primero de agosto de 1896), numerosos anarquistas se presentaron no ya, es cierto, en calidad de anarquistas, sino de sindicalistas, delegados de cámaras sindicales (Jean Grave, Enrico Malatesta, Emile Pouget, Fernand Pelloutier, Tortelier, Paul Delesalle, etc.)¹². Fue entonces cuando los socialdemócratas, tras una batalla de tres días en que estuvieron a punto de quedar en desventaja, promul-

¹⁰ Ferdinand Domela Nieuwenhuis (1846-1917), anarquista holandés, antiguo pastor luterano, más tarde socialista revolucionario y libertario, propagandista de la huelga general. Autor de *Le socialisme en danger* (1894) y de *Socialisme libertaire et socialisme autoritaire* (1895).

¹¹ Vladimir Tcherkessoff (1854-1925), anarquista ruso originario de Georgia, refugiado en Londres en 1891; amigo de Kropotkin y de Malatesta; antimarxista y partidario del sindicalismo revolucionario; autor de *Doctrines et actes de la social-démocratie* (1896), traductor de Bakunin, Kropotkin, Malatesta, Reclus, etc.; Amilcare Cipriani (1844-1918), revolucionario libertario italiano, antiguo compañero de Garibaldi en la expedición de Sicilia, participó en Londres en la fundación de la Primera Internacional en 1864, tomó parte en la Comuna de París.

¹² Jean Grave (1854-1939), anarquista francés de origen obrero, editó *La Révolté* en Ginebra, luego *Les Temps Nouveaux* en París; autor, sobre todo, de *La Société au lendemain de la Révolution* (1882) y de *La Société mourante et l'anarchie* (1893), libro por el que fue perseguido por la justicia —Fernand Pelloutier y Emile Pouget serán estudiados más adelante—; Joseph Tortelier (1845-1925), obrero carpintero, participó en acciones directas contra el paro y contra los propietarios con Louise Michel y Emile Pouget; se hizo anarquista en 1884, propagandista de la huelga general, de la abstención electoral, de la gratuidad del pan, del alojamiento y del vestido, como preludeo a un consumo según las necesidades.

garon esas resoluciones famosas que exclutan de los congresos futuros a todas las agrupaciones, incluso las corporativas, que se negaran a confesar la «necesidad» del parlamentarismo. (Al comienzo del Congreso de Londres, el 27 de julio de 1896, Paul Delesalle sube a la tribuna y quiere hablar. El intérprete, un estudiante francés, le echa violentamente por la escalera abajo, donde sufre contusiones.)

*Jan Jaures*¹³.—Si los anarquistas, que han evolucionado considerablemente, han entrado en los sindicatos para hacer grupos revolucionarios, que lo digan (...). Nosotros rechazaremos las organizaciones que les han delegado, pues nosotros no admitimos las teorías anarquistas.

Fernand Pelloutier.—La Federación de Bolsas de Trabajo ha querido decir, al delegar en mí, que el movimiento económico debe prevalecer sobre el movimiento electoral. El señor Jaurès sabe bien que los obreros no quieren a ningún precio que su dinero sirva para la acción electoral.

*Gustave Delory*¹⁴.—Los anarquistas son adversarios de toda organización, y han venido aquí para organizarse, para entenderse sobre una acción común. No es, pues, posible que se les admita.

Jules Guesde.—La acción parlamentaria es el principio socialista por excelencia. No hay sitio aquí para sus enemigos. Primeramente hay que tomar el Gobierno (...). Además, no sólo hay mixtificación, hay más: hay traición. Los que piensan en otro tipo de acción no tienen sino que realizar otro Congreso.

Jean Jaurès.—Yo os pido que os atengáis formalmente a la resolución esencial del Congreso de Zurich, es decir, a la necesidad absoluta de la acción política.

*H. H. Hyndman*¹⁵.—La anarquía es el desorden, no puede estar en este Congreso.

Domela Nieuwenhuis.—Es cierto que el Congreso no es un Congreso anarquista, pero también es verdad que no es un Congreso socialdemócrata. Todo socialista tiene derecho a venir a él.

¹³ Jean Jaurès (1859-1914), líder republicano y socialdemócrata, periodista e historiador, asesinado la víspera de la Primera Guerra Mundial.

¹⁴ Gustave Delory (1857-1925), de origen obrero, uno de los primeros militantes socialistas del Norte de Francia, arrestado con ocasión de las huelgas del 1 de mayo de 1890, elegido alcalde de Lille en 1896, consejero general y diputado en 1902.

¹⁵ Jules Guesde y H. Hyndman serán estudiados más adelante.

Jean Jaurès.—Nosotros somos socialistas electos, y tenemos más derecho a asistir a un Congreso que el que tienen los que están en posesión de un mandato de sindicatos insignificantes compuestos por cuatro o cinco personas.

*Alexandre Millerand*¹⁶.—Nos negamos formalmente a tener la menor promiscuidad con ellos (los anarquistas) (...). El socialismo no puede existir más que a condición de ser él mismo y de no solidarizarse con la anarquía.

Domela Nieuwenhuis.—Nosotros nos retiramos, no queriendo participar por más tiempo en una comedia representada por la socialdemocracia para el mayor provecho de algunos ambiciosos.

*M. van Kol*¹⁷.—¡Buen viaje!

*August Bebel*¹⁸.—Lejos de decir a los obreros, como los anarquistas, «¡No votéis!», yo les diré: «¡Votad de nuevo, votad siempre!»

*Wilhelm Liebknecht*¹⁹.—Para el próximo congreso pido la exclusión de los anarquistas, sea cual fuere el título bajo el que se presenten.

Comentarios de Augustin Hamon

Los discursos eran incompletos (...) cuando la señora Marx-Aveling, hija de Karl Marx, traducía.

Los ingleses votaron siempre las exclusiones, figurándose excluir a los anarquistas individualistas, enemigos de toda organización, de todo orden. Se figuraban acabar con dinamiteros, con bandidos.

La característica de este Congreso fue un autoritarismo sin límite (...), una extraordinaria intolerancia.

Los alemanes eran los directores. Ayudados por el señor y la señora Aveling, eran los verdaderos dueños del Congreso. El buró decidía lo que (...) Liebknecht quería.

¹⁶ Alexandre Millerand (1859-1943), socialista reformista, luego ministro en 1899 y presidente de la República de 1920 a 1924.

¹⁷ Henri van Kol (1852-1925), diputado socialdemócrata holandés, especializado en las cuestiones coloniales, autor de un folleto, *El anarquismo* (1893), bajo el seudónimo de «Rienzi».

¹⁸ August Bebel (1840-1913), uno de los fundadores de la socialdemocracia alemana.

¹⁹ Sobre Liebknecht, consúltese el tomo anterior.

La socialdemocracia se ha mostrado tal como es: intolerante, estrecha, tan autoritaria que Keir Hardie²⁰ la ha calificado de bismarckiana.

Los socialistas de la otra parte del Rhin se han visto poco a poco conducidos a abandonar los principios del socialismo. Tienen hacia el radicalismo.

Son autómatas.

Señora Aveling.—Todos los anarquistas son locos.

Jean Jaurès (Petite République, 31 de julio de 1896).

Ninguna colaboración es posible entre los socialistas y los anarquistas que ni siquiera tienen la excusa de la sinceridad en la aberración y que han venido a desorganizar el Congreso del mismo modo que desorganizan los sindicatos, para mayor provecho de la reacción burguesa.

Manifiesto de los anarquistas presentes en el Congreso
(extracto)

Pensamos que es útil explicar cuál es la posición de los anarquistas respecto al movimiento obrero en general y a este Congreso en particular.

Con el fin de presentarnos como sospechosos ante los obreros y de mantener su mordaza sobre el movimiento, los socialdemócratas afirman que los anarquistas no son socialistas.

Pues bien; si hay anarquistas que gustan de llamarse así, que no quieren ser socialistas, no tienen ciertamente nada que hacer en un Congreso socialista, y serán los primeros en no querer mezclarse en él.

Pero nosotros, los anarquistas comunistas o colectivistas, queremos la abolición completa de las clases y de toda la explotación y dominación del hombre por el hombre.

Nosotros queremos que el suelo y todos los instrumentos de producción y de cambio, así como todas las riquezas acumuladas por el trabajo de las generaciones pasadas, resulten, por la expropiación de los detentadores actuales, la propiedad común de todos los hombres, para que todos, al trabajar, puedan gozar de los productos del trabajo, en pleno comunismo.

Nosotros queremos sustituir la competencia y la lucha entre los hombres por la fraternidad y la solidaridad en el trabajo para la felicidad de todos. Y los anarquistas han propagado

²⁰ Keir Hardie (1856-1915), antiguo minero inglés, laborista de izquierda, fundador del independiente Labour Party en 1893.

este ideal, han luchado y sufrido por esta razón, por su realización, desde hace muchos años y, en ciertos países, como Italia y España, antes incluso del nacimiento del socialismo parlamentario.

¿Qué hombre de buena fe y bien instruido osaría sostener que nosotros no somos socialistas?

¿No seremos socialistas porque queremos que los trabajadores conquisten sus derechos por los esfuerzos organizados? ¿porque queremos que no se remitan a la esperanza, quimérica según nosotros, de obtenerlos por las concesiones de un gobierno cualquiera? ¿porque creemos que el parlamentarismo no solamente es un arma impotente para los proletarios, sino que incluso debe —siendo incapaz, incluso sin la resistencia de la burguesía y por su propia naturaleza, de representar los intereses y la voluntad de todos— seguir siendo siempre el instrumento de dominación de una clase o de un partido? ¿porque creemos que la nueva sociedad debe ser organizada con el concurso directo de todos los interesados, de la periferia al centro, libremente, espontáneamente, bajo la inspiración del sentimiento de solidaridad y bajo la presión de las necesidades naturales y sociales? ¿porque creemos que si, por el contrario, esta reorganización fuese hecha a fuerza de decretos por un cuerpo central, elegido o autoimpuesto, comenzaría por ser una organización artificial, violentando y descontentando a todo el mundo, y llegaría a la creación de una nueva clase de políticos profesionales, que acapararía para ella misma todas las clases de privilegios y de monopolios?

Con mucha más razón se podría sostener que nosotros somos los socialistas más lógicos y más completos porque reclamamos para cada uno solamente su parte entera en la riqueza social, sino también su parte en el poder social, es decir, la facultad real de hacer sentir, como todos los demás, su influencia en la administración de los asuntos públicos.

Somos, pues, socialistas. Por tanto, está claro que un congreso de donde somos excluidos no podría llamarse honestamente congreso internacional socialista de trabajadores. Debería, pues, tomar el título particular del o de los partidos allí admitidos. Y así, ninguno de nosotros habría pensado en mezclarse en un congreso denominado socialdemócrata o de socialistas parlamentarios.

Es del interés de todos los enemigos de la sociedad capitalista que los obreros sean unidos y solidarios en la lucha contra el capitalismo. Esta lucha es necesariamente de carácter económico. No es que nosotros desconozcamos la importancia de las cuestiones políticas. Nosotros creemos que no solamente el gobierno, el Estado, es un mal por sí mismo, sino que también

estamos convencidos de que es el defensor armado del capitalismo. Pensamos que el pueblo no podrá poner las manos sobre la propiedad sin pasar sobre el cuerpo del gendarme, en el sentido figurado, según las circunstancias. Así pues, debemos preocuparnos necesariamente de la lucha política contra los gobiernos.

Pero la política es naturalmente una gran causa de división. Sin duda, es así a causa de las diferencias de las condiciones y los temperamentos en los diversos países, por el hecho de que las relaciones entre la constitución política de un país y las condiciones de su pueblo son muy complejas, menos asibles, menos susceptibles de ser tratadas de manera que parezcan buenas a todo el mundo. De hecho, los obreros conscientes de los diversos países, a quienes la lucha económica podría fácilmente reunir y solidarizar, están divididos en mil fracciones a causa de la política.

En consecuencia, una entente entre todos los obreros que luchan por su emancipación no puede tener lugar más que sobre el terreno económico. Es por otra parte lo que más importa, pues la acción política, parlamentaria o revolucionaria, del proletariado es igualmente impotente en tanto éste no constituya un poder económico organizado y consciente.

Toda tentativa de imponer una opinión política única al movimiento obrero conduciría a la desagregación del movimiento e impediría los progresos de la organización económica.

Los socialdemócratas tratan evidentemente de imponer a los obreros su programa especial. Se diría que quieren quitar de en medio a quienes no aceptan las decisiones de su partido de combatir por la emancipación humana.

Nosotros no pedimos —bien lejos de ello— que los diferentes partidos y escuelas renuncien a su programa y a su táctica. Nosotros tenemos nuestras ideas y comprendemos que los demás tengan las suyas.

Solamente pedimos que no se lleve la división a un terreno que no tiene razón de ser; pedimos el derecho de todo trabajador a combatir contra la burguesía, mano a mano de sus hermanos, sin distinción de ideas políticas. Pedimos que cada cual luche como crea, de acuerdo con quienes se entienden con él, pero que todos sean solidarios en la lucha económica.

Que, si los socialdemócratas quieren persistir en su tentativa de reclutamiento y sembrar así la división entre los trabajadores, puedan éstos comprender y hacer triunfar el gran lema de Marx: ¡Trabajadores del mundo, uníos!

E. Malatesta y A. Hamon

MALATESTA Y EL CONGRESO ANARQUISTA
INTERNACIONAL (Amsterdam,
24-31 de agosto de 1907)

En adelante, los anarquistas así escaldados renunciaron a tratarse con los socialdemócratas en congresos internacionales. Decidieron tener su propio congreso, en Amsterdam, en 1907. El lector encontrará a continuación largos extractos del acontecimiento, sacados de *La Publication sociale*. Otros extractos de los debates de este congreso han sido reproducidos por Jean Maitron en *Ravachol et les Anarchistes*, colección Archives, 1964, páginas 141-158, concernientes a la controversia Monatte-Malatesta sobre las relaciones entre sindicalismo y anarquismo, no evocada aquí, pero tratada más lejos por Fernand Pelloutier.

Martes, 27 de agosto.

*Amadeo Dunois*²¹. No ha pasado mucho tiempo desde que la mayor parte de los anarquistas se oponían a todo pensamiento de organización. Entonces, el proyecto que ahora nos ocupa hubiera levantado entre ellos protestas innúmeras, y sus autores se hubiesen considerado sospechosos de intenciones retrógradas y actitudes autoritarias.

Era el tiempo en que los anarquistas, aislados unos de otros, más aislados aún de la clase obrera, parecían haber perdido todo sentimiento social, el tiempo en que el anarquismo, con sus incesantes llamadas a la reforma del individuo, parecía a muchos el supremo desarrollo del viejo individualismo burgués.

La acción individual, la «iniciativa individual», era conceptuada como válida para todo. Se tenía generalmente por negligente el estudio de la economía, de los fenómenos de la producción y del cambio, e incluso algunos de nosotros, negando toda realidad a la lucha de clases, no consentían en ver en la sociedad actual más que antagonismos de opiniones en los que la «propaganda» consistía justamente en preparar al individuo.

En tanto que protesta abstracta contra las tendencias oportunistas y autoritarias de la socialdemocracia, el anarquismo ha tenido en veinticinco años un papel considerable. ¿Por qué, en

²¹ Améree Catonné, alias «Dunois» (1878-1944), de formación libertaria, evoluciona hacia el socialismo autoritario, entra en el periódico socialista *L'Humanité* antes de 1914, participa en la conferencia internacionalista de Zimmerwald en 1915; miembro del Partido Comunista Francés, tras la escisión de Tours, y secretario general de *L'Humanité*; luego vuelve a la S.F.I.O., donde participa con Jean Zyromski en la tendencia *La Bataille socialiste*.

lugar de seguir en esa tónica, ha tratado de construir, frente al socialismo parlamentario, una ideología propia? En sus audaces vuelos, esta ideología ha perdido de vista con demasiada frecuencia el terreno sólido de la realidad y de la acción práctica, y, también demasiado frecuentemente, ha acabado por aterrizar, quisiera o no, en los parajes aislados del individualismo. Así se llegó entre nosotros a no concebir a cualquier organización más que bajo formas inevitablemente opresivas para el «individuo» y a rechazar sistemáticamente toda acción colectiva. Empero, sobre esta cuestión de la organización que, precisamente, nos ocupa, una evolución significativa está ocurriendo. Sin duda alguna, esta evolución particular debe unirse a la evolución general que el anarquismo ha experimentado en Francia en los últimos años.

Al mezclarnos más activamente que otrora en el movimiento obrero, hemos franqueado la distancia que separa a la idea pura, que tan frecuentemente se transforma en dogma inviolable, en la realidad viva. Cada vez estamos menos interesados en abstracciones, y más en el movimiento práctico, en la acción: el sindicalismo, el antimilitarismo han ocupado entre nosotros el primer lugar. El anarquismo nos aparece mucho menos bajo el aspecto de una doctrina filosófica y moral, que como teoría revolucionaria, que como programa concreto de transformación social. Nos basta ver en él la expresión teórica más perfecta de las tendencias del movimiento proletario.

La organización anarquista despierta aún objeciones. Pero estas objeciones son muy diferentes, según nazcan de los individualistas o de los sindicalistas.

Contra los primeros, basta apelar a la historia del anarquismo. Este ha salido, por vía de evolución, del «colectivismo» de la Internacional, es decir, en último análisis, del movimiento obrero. No es, pues, una forma reciente, la más perfeccionada del individualismo, sino una de las modalidades del socialismo revolucionario. Lo que niega no es, pues, la organización; al contrario, es el gobierno, con el cual, nos dice Proudhon, la organización es incompatible. El anarquismo no es individualista, es federalista, «asociacionista» ante todo. Se le podría definir como federalismo integral.

Por lo demás, no se ve cómo una organización anarquista podría perjudicar al desarrollo individual de sus miembros. Nadie, en efecto, sería obligado a entrar en ella, ni siquiera, una vez entrado, a no salir.

Las objeciones hechas desde el terreno individualista contra nuestros proyectos de organización anarquista no resisten el examen: se volverían contra toda forma de sociedad también. Las objeciones de los sindicalistas tienen más solidez. Veámoslas.

La existencia de un movimiento obrero de orientación netamente revolucionaria es actualmente, en Francia, el gran hecho

con el que hay peligro de que choque, y hasta rompa, toda tentativa de organización anarquista; y este gran hecho histórico nos impone ciertas precauciones a las que no están obligados, me imagino, nuestros camaradas de otros países.

«El movimiento obrero os ofrece, se nos dice, un campo de acción prácticamente ilimitado. Mientras que vuestros grupos de opiniones, pequeñas capillas en que no penetran más que fieles, no pueden esperar engrosar indefinidamente sus efectivos, la organización sindical no desespera de llegar a contener, en sus cuadros flexibles y móviles, al proletariado todo entero.

»Ahora bien, se añade, vuestro lugar como anarquistas solamente se entiende desde la unión obrera. La unión obrera no es simplemente una organización de lucha, es el germen vivo de la sociedad futura, y ésta será lo que hayamos hecho del sindicato. El error es el de permanecer entre iniciados, remachando siempre los mismos problemas de doctrina, volviendo sin fin a los mismos círculos del pensamiento. Bajo ningún pretexto es posible separarse del pueblo, pues por atrasado o estúpido que sea, es él —y no el ideólogo— el motor indispensable de toda revolución. ¿Tenéis vosotros, como los socialdemócratas, intereses diferentes de los del proletariado, intereses de partido, secta o camarilla que hacer valer? ¿Es el proletariado quien debe ir a vosotros, o vosotros a él para vivir de su vida, ganar su confianza y excitarle, mediante la palabra y el ejemplo, a la resistencia, la revuelta, la revolución?»

Con todo, no me parece que estas objeciones vayan contra nosotros. Organizados o no, los anarquistas —me refiero aquellos de nuestra tendencia que no separan anarquismo de proletariado— no pretenden el papel de «salvadores supremos». Convencidos de siempre de que la emancipación de los trabajadores será obra de los trabajadores mismos o no será, nosotros concedemos voluntariamente al movimiento obrero el primer lugar en nuestro orden de acción. Es decir, que para nosotros el sindicato no tiene por qué jugar un papel puramente corporativo, meramente profesional, como lo entienden los guesdistas y, con ellos, algunos anarquistas afectos a fórmulas caducas. El tiempo del corporativismo ha pasado; este hecho ha podido contrariar en su origen a las concepciones que le eran anteriores; nosotros lo aceptamos, con todas sus consecuencias.

Nuestro papel, pues, como anarquistas que creemos ser la fracción más avanzada, la más audaz y la más emancipada de ese proletariado, militando siempre a su lado, es el combatir, unidos a él, las mismas batallas. Lejos de nosotros el inepto pensamiento de aislarnos en nuestros grupos de estudio; organizados o no, seguiremos siendo fieles a nuestra misión de educadores, de excitantes de la clase obrera. Y si hoy creemos deber agruparnos entre camaradas es, entre otras razones, para con-

ferir a nuestra actividad sindical el máximo de fuerza y de continuidad. Cuanto más fuertes seamos, y sólo lo seremos agrupándonos, más fuertes serán también las corrientes de ideas que podamos dirigir a través del movimiento obrero.

Pero ¿nuestros grupos de anarquistas deberían limitarse a completar la educación de los militantes, a mantener en ellos la savia revolucionaria, a permitirles reconocerse y encontrarse? ¿No tendrían que ejercer directamente una actividad propia? Pensamos que sí.

La revolución social no puede ser obra más que de la masa. Pero toda revolución se acompaña necesariamente de actos que por su carácter, de alguna manera técnico, no pueden ser sino el hecho de un pequeño número, de la fracción más osada y la más instruida del proletariado en movimiento. En cada distrito, en cada ciudad, en cada región, nuestros grupos formarían, en período revolucionario, tantas pequeñas organizaciones de combate, destinadas a la realización de las medidas especiales y delicadas para las que la gran masa es muy frecuentemente inhábil.

Pero el objeto esencial y permanente de un grupo sería, y con ello termino, la propaganda anarquista. Sí; nosotros nos uniríamos ante todo para propagar nuestras concepciones teóricas, nuestros métodos de acción directa y de federalismo. Hasta ahora la propaganda se ha hecho individualmente. La propaganda individual ha dado resultados muy apreciables en otro tiempo, pero hay que confesar que hoy ya no es aceptable.

Desde hace varios años, una especie de crisis ha sacudido al anarquismo. La falta casi completa de entendimiento y de organización entre nosotros tiene mucho de culpable de esta crisis. Los anarquistas, en Francia, son muy numerosos. Pero en el orden teórico están muy divididos; y en el orden práctico lo están aún más. Cada cual actúa a su guisa y antojo. Los esfuerzos individuales, por considerables que sean, se dispersan y malgastan frecuentemente en su totalidad. Hay anarquistas por doquier, lo que falta es un movimiento anarquista capaz de unir, en un terreno común, todas las fuerzas que, hasta hoy, batallaron aisladamente.

Este movimiento anarquista saldrá de nuestra acción común, concertada, coordinada. Inútil sería el decir que la organización anarquista no tendría la pretensión de unir a todos los elementos que se reclaman, a veces a su pesar, de la idea de la anarquía. Bastaría que agrupase, alrededor de un programa de acción práctico, a todos los camaradas que aceptasen nuestros principios y desearan trabajar con nosotros.

Tiene la palabra el camarada H. Croiset, de Amsterdam, que representa, en el congreso, la tendencia individualista.

H. Croiset²². Lo que importa ante todo es dar una definición de la anarquía, en el sentido de que queremos instaurar un estado social en donde el individuo encuentre la garantía de su libertad integral, en el que cada cual pueda vivir plenamente su vida; dicho de otro modo, en el que el individuo viva sin restricción de ninguna especie toda su vida para él, y no, como hoy, la vida de los demás, la vida que los demás le imponen.

Mi divisa es: ¡Yo, yo, yo... y los otros luego!

Los individuos no deben asociarse más que cuando esté demostrado que sus esfuerzos individuales no pueden permitirles alcanzar aisladamente este fin. Pero la agrupación, la organización, no debe jamás, bajo ningún pretexto, resultar una restricción para aquel que ha entrado en ella libremente. El individuo no está hecho para la sociedad, sino al contrario la sociedad para el individuo.

La anarquía quiere poner a cada individuo en condiciones de desarrollar libremente todas sus facultades. Ahora bien, la organización tiene como resultado fatal el limitar, más o menos siempre, la libertad del individuo. La anarquía está, pues, opuesta, a todo sistema de organización permanente. Por la vana ambición de ser prácticos, los anarquistas se han reconciliado con la organización. Es una pendiente deslizante en la que se colocan. Un día u otro acabarán por reconciliarse con la autoridad misma, ¡como los socialdemócratas!

Las ideas anarquistas deben conservar su pureza antigua, más que tender a hacerse más prácticas. Volvamos, pues, a la antigua pureza de nuestras ideas.

Sigfried Nacht²³.—No seguiré a Croiset en el terreno en que se ha colocado. Lo que por encima de todo me parece debe ser elucidado son las relaciones entre el anarquismo, o más exactamente las organizaciones anarquistas y los movimientos obreros. Es para facilitar el papel de estos últimos, para lo que nosotros, en tanto que anarquistas, debemos constituir grupos especiales de preparación y educación revolucionaria.

El movimiento obrero tiene una misión que le es propia, y que emana de las condiciones de vida dadas al proletariado por la sociedad actual: esta misión es la conquista del poder económico, la apropiación colectiva de todas las fuentes de producción y de vida. A esto aspira el anarquismo, pero a ello no podría llegar con sus grupos de propaganda ideológica. Por buena que sea, la teoría no penetra profundamente en el pue-

²² Hyman Croiset, anarquista individualista, discípulo de Stirner; organizará en 1920 una huelga en el teatro de Amsterdam; autor de un libro, *Le Mouvement néerlandais de libre pensée*.

²³ Sigfried Nacht (1878-1959), de origen galiciano judío, anarcosindicalista; vivió en Suiza, España, Estados Unidos, donde ha muerto; escribió *l'Action directe* y *La Grève générale*.

blo, sino que ante todo se educa por la acción. La acción, poco a poco, le conferirá una mentalidad revolucionaria.

Las ideas de huelga general y de acción directa ejercen una gran seducción sobre la conciencia de las masas obreras. Estas masas, en la revolución futura, constituirán de algún modo la infantería del ejército revolucionario. Nuestros grupos anarquistas, especializados en las tareas técnicas, formarán por así decirlo la artillería que, aun siendo menos numerosa, no es menos necesaria que la infantería.

Georges Thonar.—Comunismo e individualismo, en el conjunto de la idea anarquista, son iguales e inseparables. La organización, la acción en común, es indispensable al desarrollo del anarquismo, no está en contradicción con nuestras premisas teóricas. La organización es un medio, y no un principio, pero no hace falta recordar que para ser aceptable debe estar constituida libertariamente.

La organización ha podido ser inútil en un tiempo en que no éramos más que un pequeño número de anarquistas que nos conocíamos todos y donde todos nos frecuentábamos asiduamente. Pero hoy somos legión y hemos de tratar de que nuestras fuerzas no se dispersen. Organicémosnos, pues, no sólo para la propaganda anarquista, sino también y sobre todo para la acción directa.

Estoy lejos de ser hostil al sindicalismo, sobre todo cuando sus tendencias están en favor de la revolución. Pero la organización obrera no es anarquista, y por consiguiente en su seno nosotros no seremos nunca nosotros mismos, nuestra actividad no podrá ser allí nunca integralmente anarquista. De ahí la necesidad de crear agrupaciones y federaciones libertarias, fundadas sobre el respeto de la libertad y de la iniciativa de todos y de cada uno.

K. Vohryzek.—Voy a cuestionar la causa de la organización en mi calidad de individualista. Es imposible pretender que el anarquismo, por el hecho mismo de sus principios, no pueda admitir la organización. El que se autodenomina individualista no condena radicalmente la asociación entre los individuos.

Decir, como a veces se dice, «o Stirner o Kropotkin», oponiendo así a estos pensadores, es caer en el error. Kropotkin y Stirner no pueden oponerse uno a otro, sino que han expuesto la misma idea desde puntos de vista diferentes. Eso es todo. Y la prueba de que Max Stirner no era un individualista frenético como suele decirse es que se pronunció en favor de la «organización». Incluso consagró un capítulo entero a la «asociación de egoístas»²⁴.

²⁴ Véase el tomo primero, al comienzo. Sobre Emma Goldman, el tomo primero, al final. Pierre Ramus, en realidad Rudolf Grossmann

Nuestra organización, al no tener ningún poder ejecutivo, no será contraria a nuestros principios. En los sindicatos obreros, defendemos los intereses económicos de los trabajadores. Pero en el resto debemos agruparnos aparte, crear organizaciones con bases libertarias.

*Emma Goldman*²⁴.—Yo soy también, en principio, favorable a la organización. Sin embargo, temo mucho que ésta, un día u otro, caiga en el exclusivismo.

Dunois ha hablado contra los excesos del individualismo. Pero estos excesos no afectan en nada al individualismo verdadero, del mismo modo que los excesos del comunismo tampoco afectan al verdadero comunismo. He expuesto esta manera mía de ver en una conferencia cuya conclusión es que la organización tiende siempre, más o menos, a absorber la personalidad del individuo. Es ello un peligro que hay que prever. Así, no aceptaría yo la organización anarquista, más que con una sola condición: que se base sobre el respeto absoluto de todas las iniciativas individuales, que no ponga trabas a su desarrollo ni a su evolución.

El principio esencial de la anarquía es la autonomía individual. La Internacional no será anarquista más que si respeta íntegramente este principio.

*Pierre Ramus*²⁴.—Yo soy favorable a la organización y a todos los esfuerzos que se hagan entre nosotros en tal sentido. Empero, no me parece que los argumentos presentados en el comunicado de Dunois tengan toda la entidad deseable. Hemos de esforzarnos por volver a los principios anarquistas, tales como en la actualidad los ha formulado Croiset, pero a la vez debemos organizar sistemáticamente nuestro movimiento. En otros términos, es necesario que la iniciativa individual se apoya en la fuerza de la colectividad, y en la colectividad encuentre su expresión en la iniciativa individual.

Pero a fin de que sea así, hemos de guardar intactos y puros nuestros principios fundamentales. Además, estamos lejos de crear de nuevo. En realidad, somos los sucesores inmediatos de aquellos que, en la vieja asociación internacional de trabajadores, estaban con Bakunin contra Marx. Nosotros no aportamos, pues, nada de nuevo, y lo más que podemos hacer es dar a nuestros viejos principios un impulso nuevo, favoreciendo por doquier la tendencia a la organización.

(1882-1942), anarquista austríaco; vivió en los Estados Unidos y en Londres antes de la Primera Guerra Mundial; volvió a Europa en 1904; introdujo el sindicato revolucionario en Austria; propagandista del antimilitarismo al lado de Karl Liebknecht; muerto durante la guerra en un barco torpedeado por los alemanes.

En cuanto a la finalidad de la nueva Internacional, no debe ser el constituir una fuerza auxiliar de la del sindicalismo revolucionario. Debe ser el trabajar por la propaganda del anarquismo en su integridad.

Errico Malatesta.—He escuchado con atención cuanto se ha dicho antes de mí sobre esta cuestión de la organización, y mi impresión muy neta es que lo que nos divide son palabras que entendemos de manera diferente. No nos pelearemos por palabras. En el fondo mismo de la cuestión, estoy convencido de que todo el mundo está de acuerdo.

Todos los anarquistas, sea cual fuere la tendencia a la que pertenezcan, son, en cierto modo, individualistas. Pero la recíproca está lejos de ser verdadera: todos los individualistas no son anarquistas. Los individualistas se dividen, pues, en dos categorías bien distintas: los unos, reivindican para todas las individualidades humanas, incluida la suya, el derecho al desarrollo integral; los otros, sólo se preocupan de su individualidad, y no dudan nunca en sacrificar a los demás ante ella. El zar de todas las Rusias está entre estos últimos individualistas. Nosotros nos contamos entre los primeros.

Se repite con Ibsen^{24bis} que el hombre más poderoso del mundo es el que está más solo. ¡Enorme sinsentido! El doctor Stockmann, en cuya boca ha puesto Ibsen esta máxima, no era un aislado en toda la extensión de la palabra; vivía en una sociedad constituida, y no en la isla de Robinsón. El hombre «solo» se encuentra en la imposibilidad de realizar la más pequeña tarea útil, productiva; y si alguien necesita un dueño por encima de él, es el hombre que vive aislado. Lo que libera al individuo, lo que le permite desarrollar todas sus facultades, no es la soledad, es la asociación.

Para realizar un trabajo realmente útil, la cooperación es indispensable, hoy más que nunca. Sin duda, la asociación ha de permitir una entera autonomía a los individuos que se adhieren a ella, y la federación debe respetar en los grupos esa misma autonomía: guardémonos de creer que la falta de organización sea una garantía de libertad. Todo demuestra que es de otro modo.

Un ejemplo: hay periódicos anarquistas franceses que cierran sus columnas a todos aquellos cuyas ideas, el estilo, o más simplemente, su persona, han tenido la desgracia de caer mal a sus redactores habituales. El resultado es que estos redactores están investidos de un poder personal que limita la libertad de opi-

^{24 bis} Henrik Ibsen (1828-1906), dramaturgo noruego individualista. El doctor Stockmann es el personaje principal de una de sus obras, *Un enemigo del pueblo* (1882), donde un hombre solo entra en lucha contra un poderoso grupo social.

nión y de expresión de los camaradas. Sería distinto si tales periódicos, en lugar de ser la propiedad personal de tal o cual individuo, perteneciesen a grupos: entonces todas las opiniones podrían libremente confrontarse allí.

Se habla mucho de autoridad, de autoritarismo. Pero sobre esto hay que entenderse. Contra la autoridad encarnada en el Estado y que no tiene otro fin que el mantener la esclavitud económica en el seno de la sociedad, nos levantamos con toda nuestra fuerza, y no cesaremos nunca de sublevarnos contra ella. Pero existe también la autoridad moral, que emana de la experiencia, de la inteligencia o del talento, y que, por ser anarquistas, no hay nadie entre nosotros que no la respete.

Es un error representarse a los «organizadores», los federalistas, como autoritarios; y es otro, no menos grave, el presentar a los «antiorganizadores», los individualistas, como unos seres que se condenan deliberadamente al aislamiento. Para mí, lo repito, la querrela entre individualistas y organizativistas es una pura querrela de palabras, que no resiste el examen atento de los hechos. En la realidad práctica, ¿qué es lo que vemos? Que los «individualistas» están a veces mejor organizados que los «organizativistas», por la razón de que estos últimos se limitan muy frecuentemente a predicar la organización sin practicarla. Por otra parte, a veces hay mucho más autoritarismo efectivo en los grupos que se reclaman ardientemente de la «libertad absoluta del individuo» que entre aquellos a los que se conceptúa ordinariamente como autoritarios, por tener un buró y tomar decisiones.

Dicho de otro modo, organizativistas y antiorganizativistas, todos ellos se organizan. Sólo quienes nada o casi nada hacen, pueden vivir en el aislamiento y complacerse en él. Esta es la verdad, ¿por qué no reconocerla?

He aquí una prueba, en apoyo de lo que digo: en Italia, todos los camaradas que actualmente luchan se reclaman de mi nombre, «individualistas» y «organizativistas», y yo creo que todos tienen razón, pues, sean cuales fueren las divergencias teóricas entre ellos, todos practican igualmente la acción colectiva.

¡Basta de querellas verbales, atengámonos a los hechos! Las palabras dividen y la acción une. Ha llegado el tiempo de ponernos todos juntos a trabajar para ejercer una influencia inmediata en los acontecimientos sociales. Me resulta penoso el pensar que para arrancar a uno de los nuestros de las garras de sus verdugos haya habido necesidad de dirigirnos a otros partidos distintos del nuestros. Y sin embargo, Ferrer²⁵ no de-

²⁵ Francisco Ferrer (1854-1909), librepensador español, fundador de un sistema de enseñanza y de educación libres, enemigo de la Iglesia católica, que le acusó de haber participado en complots revolucionarios; pereció fusilado en 1909 en la fortaleza de Montjuich.

bería su libertad a los franc-masones y a los librepensadores burgueses, si los anarquistas agrupados en una internacional poderosa y muy temida hubiesen podido tomar en su propia mano la protesta universal contra la infamia criminal del gobierno español.

Tratemos, pues, de que la Internacional anarquista se haga al fin una realidad. Para que podamos hacer rápidamente una llamada a todos los camaradas, para luchar contra la reacción, como para dar fe a la vez de iniciativa revolucionaria, es preciso que nuestra Internacional sea.

*Max Baginsky*²⁶.—Un grave error demasiado frecuentemente cometido es el de creer que el individualismo rechaza toda organización. Los dos términos, por el contrario, son inseparables. El individualismo significa más especialmente un esfuerzo en el sentido de la liberación interior, moral, del individuo; organización significa asociación entre individualidades conscientes para alcanzar un fin, o para saciar una necesidad económica. No hay que olvidar nunca que una organización revolucionaria necesita individualidades especialmente enérgicas y conscientes.

Amédée Dunois.—Constato que yo había tratado de hacer descender la discusión del cielo de las ideas abstractas y vagas a la tierra firme de las ideas concretas, precisas, humildemente relativas. Croiset por el contrario la ha hecho ascender al cielo, a alturas metafísicas a las que me niego a seguirle.

La moción cuya adopción propongo al congreso no se inspira en ideas especulativas sobre el derecho del individuo al desarrollo integral. Parte de consideraciones prácticas sobre la necesidad que hay de organizarse, de solidarizar los esfuerzos de propaganda y de combate.

*Christian Cornelissen*²⁷.—Nada es más relativo que el concepto de individuo. La individualidad en sí no existe en la realidad, donde siempre la vemos limitada por otras individualidades. Los individualistas olvidan demasiado estos límites de hecho, y el gran valor de la organización será precisamente hacer al individuo consciente de estos límites, acostumbrándole a conciliar su derecho al desarrollo personal con los derechos de los demás.

G. Rinjnders.—Tampoco yo soy hostil a la organización. Por lo demás, no hay un solo anarquista que no esté por ella. Todo

²⁶ Max Baginsky (1864-1943), miembro del partido socialdemócrata alemán, luego anarquista, emigrado a los Estados Unidos en 1893.

²⁷ Christian Cornelissen (1864-1943), socialista libertario holandés, amigo y colaborador de Domela Nieuwenhuis, con quien editó el periódico *Recht voor Allen*. Teórico y organizador del sindicalismo y de la huelga general en su país, emigró a Francia, donde acabó sus días, colaborando con la prensa sindicalista.

depende de la manera en que la organización se conciba y establezca. Lo que ante todo conviene evitar son las personalidades. En Holanda, por ejemplo, la Federación existente está lejos de satisfacer a todo el mundo; es verdad que aquellos que no la aprueban no tienen sino no entrar en ella.

Emile Chapelier.—Solicito que los discursos sean menos largos y mas sustanciales. Tras el pronunciado ayer tarde por Malatesta, que ha agotado la cuestión, no se ha aportado nada nuevo en favor o en contra de la organización. Antes de hablar de autoridad o de libertad, sería bueno entenderse sobre el sentido de estas palabras. Por ejemplo, ¿qué es la autoridad? Si es la influencia que ejercen y ejercerán siempre en un grupo los hombres de capacidad real, nada tengo en contra de ella. Pero la autoridad que hay que evitar a todo precio entre nosotros es la que emana del hecho de que ciertos camaradas sigan ciegamente tal o cual cosa. Es este un peligro, y para conjurarle pido que la organización que se cree ignore los jefes y los comités generales.

Emma Goldman.—Como ya dije, estoy por la organización. Sólo quisiera que, en la propuesta de Dunois, se afirmase explícitamente la legitimidad de la acción individual al lado de la acción colectiva. Presento, pues, una enmienda a la moción de Dunois.

(Emma Goldman da lectura a su enmienda que, aceptada por Dunois, será luego incorporada, en términos abreviados, a la moción de este último.)

*I. I. Samson*²⁸.—Aquí, en Holanda, existe una Federación de comunistas libertarios, a la que pertenezco. Sin duda, como acaba de decir el compañero Rinjnders, muchos camaradas han rechazado el adherirse a ella. ¿Por razones de principio? No, sólo por razones de personas. Nosotros no excluimos ni hemos excluido nunca a nadie. Tampoco nos oponemos a la entrada de individualistas. Que vengan a nosotros, si quieren. En verdad, no quiero disimular el hecho de que, sea cual fuere la forma de organización adoptada, siempre estarán descontentos en ella. Son descontentos por naturaleza, y no hay por qué dar demasiado valor a sus críticas.

K. Vohryzek.—La moción Dunois no decía nada sobre el carácter que debe revestir la organización anarquista; pido que se

²⁸ I. I. Samson, propagandista anarquista holandés, activo durante la huelga general de 1903; redactor del periódico *Le Libre Communiste* en 1905; más tarde, miembro del Partido Socialista.

precise adjuntando una nota sobre ese carácter, nota que Malatesta ha tenido a bien pedir junto conmigo.

(Vohryzek lee esta nota adjunta que se encontrará más adelante.)

La discusión termina. Se pasa al voto de las mociones presentadas. Hay dos: la primera es la de Dunois, ligeramente enmendada por Emma Goldman y completada por Vohryzek y Malatesta; la segunda es la del camarada Pierre Ramus.

Moción Dunois

(Los anarquistas, reunidos en Amsterdam el 27 de agosto de 1907.)

Considerando que las ideas de anarquía y de organización, lejos de ser incompatibles, como se ha pretendido a veces, se completan y aclaran una a otra, pues el principio mismo de la anarquía reside en la libre organización de los productores.

Que la acción individual, por importante que sea, no podría suplir el defecto de la acción colectiva y del movimiento concertado, *del mismo modo que tampoco la acción colectiva podría suplir la falta de iniciativa individual*²⁹.

Que la organización de las fuerzas militares aseguraría a la propaganda un arranque nuevo y no podría sino acelerar la penetración en la clase obrera de las ideas de federalismo y de revolución.

Que la organización obrera, fundada sobre la identidad de los intereses, no excluye una organización fundada sobre la identidad de las aspiraciones y de las ideas.

Están de acuerdo en que los camaradas de todos los países pongan en el orden del día la creación de grupos anarquistas y la federación de los grupos ya creados.

Añadido Vohryzek-Malatesta

La Federación anarquista es una asociación de grupos e individuos donde nadie puede imponer su voluntad ni disminuir la iniciativa de otro. Frente a la sociedad actual, tiene por fin el cambiar todas las condiciones morales y económicas y, en este sentido, sostiene la lucha por todos los medios adecuados.

Moción Pierre Ramus

El Congreso anarquista de Amsterdam propone a los grupos de todos los países el unirse en federaciones locales y regionales, según las diversas divisiones geográficas.

²⁹ La proposición subrayada resume la enmienda de Emma Goldman (nota de Paul Delesalle).

Declaramos que nuestra propuesta se inspira en los principios mismos del anarquismo, pues no vemos la posibilidad de iniciativa y actividad individual fuera del grupo, el cual, en nuestra opinión, constituido según nuestros votos, dará —sólo él— un terreno práctico para la libre expansión de cada individualidad.

La organización federativa es la forma que más conviene al proletariado anarquista. Ella une los grupos existentes en un todo orgánico que crece por la adhesión de los grupos nuevos. Es antiautoritaria, no admite ningún poder legislativo central con decisiones obligatorias para los grupos y los individuos, pues éstos tienen un derecho reconocido a desarrollarse libremente en nuestro movimiento común y a actuar en el sentido anarquista y económico sin ningún orden u obstáculo. La federación no excluye a ningún grupo, y cada grupo es libre de retirarse y de entrar en posesión de fondos, cuando lo considere necesario.

Además, recomendamos a los compañeros el agruparse según las necesidades de su movimiento respectivo, así como no perder de vista que la fuerza del movimiento anarquista, nacional e internacional, depende de su constitución sobre bases internacionales, no pudiendo derivar los medios de emancipación más que de una acción internacional concertada. Compañeros de todos los países, organizaos en grupos autónomos, y uníos en una federación internacional: la Internacional anarquista.

Habiéndose dado lectura a estas mociones en francés, holandés y alemán, se pasó al voto.

La moción Dunois obtuvo 46 votos; la enmienda Vohryzek, 48. En contra de esta moción, sólo una mano se alzó, y ninguna contra la enmienda, que obtuvo así la unanimidad de los sufragios.

La moción Ramus fue puesta acto seguido a votación: reunió 13 votos a favor y 17 en contra. Muchos congresistas se abstuvieron, por considerar que la moción Ramus no añadía nada a la que acababa de ser votada.

Una reseña de la revista Pages libres ha subrayado como sigue la importancia del voto emitido por el Congreso:

«Esta resolución de Amsterdam no carece de importancia: ahora nuestros adversarios socialdemócratas ya no podrán decir que odiamos toda clase de organización, afirmación con la que nos excomulgan del socialismo sin otra forma de proceso. El legendario individualismo de los anarquistas ha sido matado públicamente en Amsterdam por los anarquistas mismos, y toda la mala fe de algunos de nuestros adversarios no podría resucitarla.»

Viernes, 30 de agosto:

Emma Goldman se levanta y dice que sería extraño que un congreso anarquista no se declarara en favor del derecho de revolución entendido en su acepción más amplia, y lee la siguiente declaración que el acarnarada Baginsky ha firmado con ella:

El Congreso anarquista internacional se declara en favor del derecho de revuelta por parte del individuo como por parte de toda la masa.

El Congreso sabe que los actos de rebelión, sobre todo cuando están dirigidos contra los representantes del Estado y de la plutocracia, deben considerarse desde un punto de vista psicológico. Son los resultados de la impresión profunda hecha sobre la psicología del individuo por la presión terrible de nuestra injusticia social.

Podría decirse, como regla, que sólo el espíritu más noble, el más sensible y el más delicado está sujeto a profundas impresiones que se manifiestan por la revuelta interna y externa. Considerados bajo este punto de vista, los actos de revuelta pueden caracterizarse como las consecuencias sociopsicológicas de un sistema insoportable, y, como tales, estos actos, con sus causas y motivos, deben ser comprendidos, antes de ser alabados o condenados.

Durante los períodos revolucionarios, como en Rusia, el acto de revuelta, sin considerar su carácter psicológico, sirve de doble fin: mina la base misma de la tiranía y levanta el entusiasmo de los tímidos. Este es el caso, sobre todo cuando la actividad terrorista se dirige contra los agentes más brutales y más odiosos del despotismo.

El congreso, al aceptar esta resolución, expresa su adhesión al acto individual de revuelta, a la vez que su solidaridad con la insurrección colectiva.

Puesta a votación, la declaración Goldman-Baginsky es aprobada por unanimidad.

MALATESTA, LA INTERNACIONAL ANARQUISTA Y LA GUERRA

El 15 de febrero de 1915 apareció el manifiesto que sigue. Estaba firmado por 35 libertarios conocidos de diversas nacionalidades, entre ellos Errico Malatesta, Alexandre Schapiro, Alexandre Berkman, Emma Goldman, Domela Nieuwenhuis, etc. Malatesta y Schapiro eran dos de los cinco secretarios del Bureau Internacional, elegidos en el Congreso internacional anar-

quista de 1907. Otro secretario, Rudolf Rocker³³ no había podido estampar su firma, pues estaba entonces internado; pero también estaba opuesto a la guerra.

Europa en fuego, una decena de millones de hombres metidos en la más espantosa carnicería que jamás haya registrado la historia, centenares de millones de hombres y de mujeres y niños en lágrimas, la vida económica, intelectual y moral de siete grandes pueblos brutalmente suspendida, la amenaza cada día más grave de complicaciones militares nuevas, tal es, tras cinco meses, el penoso, angustioso y odioso espectáculo que nos ofrece el mundo civilizado.

Espectáculo esperado, sin embargo, al menos por los anarquistas.

Pues ellos nunca han dudado —los terribles acontecimientos de hoy fortalecen esta seguridad— de que la guerra está en permanente gestación en el organismo social actual, y que el conflicto armado, restringido o generalizado, colonial o europeo, es la consecuencia natural y el desenlace necesario y fatal de un régimen que tiene por base la desigualdad económica de los ciudadanos, que descansa en el antagonismo salvaje de los intereses, y que coloca al mundo del trabajo bajo la estrecha y dolorosa dependencia de una minoría de parásitos, detentadores a la vez del poder político y del poder económico. La guerra era inevitable: viniese de donde viniese, tenía que estallar. No en vano, tras un siglo, se preparan febrilmente los más formidables armamentos y se aumentan cada día más los presupuestos de la muerte. Perfeccionando constantemente el material de guerra, tendiendo continuamente a llevar a todos los espíritus y a todas las voluntades hacia la mejor organización de la máquina militar, no se trabaja por la paz.

De este modo es ingenuo y pueril, tras haber multiplicado las causas y las ocasiones de conflictos, tratar de establecer las responsabilidades de tal o cual gobierno. Ya no hay distinción posible entre las guerras ofensivas y las guerras defensivas. En el conflicto actual, los gobiernos de Berlín y de Viena se han justificado con documentos no menos auténticos que los gobiernos de París, de Londres y de Petrogrado. Quien de entre estos o aquellos produzca los documentos más indiscutibles y decisivos para establecer su buena fe y presentarse como el immaculado defensor del derecho y de la libertad, aparecerá como el campeón de la civilización.

¿La civilización? ¿Quién la representa en este momento? ¿Es el Estado alemán con su militarismo formidable y tan

³⁰ Rudolf Rocker (1873-1958), historiador y filósofo anarquista alemán, muerto en los Estados Unidos, autor, especialmente, de *La Bancarrota del comunismo de Estado ruso*, 1921.

poderoso que ha sofocado toda veleidad de revuelta? ¿Es el Estado ruso, cuyo *knout*, la horca y la Siberia son los únicos medios de persuasión? ¿Es el Estado francés con Biribi, las sangrientas conquistas de Tonkin, de Madagascar, de Marruecos, con el reclutamiento forzado de las tropas negras, es esa Francia que retiene en sus prisiones, desde hace años, a camaradas culpables tan sólo de haber escrito y hablado contra la guerra? ¿Es Inglaterra, que explota, divide, difama y oprime a las poblaciones de su inmenso imperio colonial?

No. Ninguno de los beligerantes tiene el derecho de reclamarse de la civilización, como nadie tiene el derecho a declararse en estado de legítima defensa.

La verdad es que la causa de las guerras, tanto de las que ensangran actualmente a las planas de Europa como de todas las que han precedido, reside únicamente en la existencia del Estado, que es la forma política del privilegio.

El Estado ha nacido de la fuerza militar; se ha desarrollado sirviéndose de la fuerza militar, y es aún sobre la fuerza militar sobre la que debe lógicamente apoyarse para mantener su omnipotencia. Cualquiera que sea la forma que revista, el Estado no es más que la opresión organizada al servicio de una minoría de privilegiados. El conflicto actual ilustra esto de manera evidente: todas las formas del Estado se encuentran comprometidas en la guerra presente: el absolutismo con Rusia, el absolutismo mitigado de parlamentarios con Alemania, el Estado que reina sobre los pueblos de razas bien diferentes con Austria, el régimen democrático constitucional con Inglaterra, y el régimen democrático republicano con Francia.

La desgracia de los pueblos, todos los cuales estaban sin embargo profundamente inclinados hacia la paz, es haber tenido confianza en el Estado con sus diplomáticos intrigantes, en la democracia y los partidos políticos (partidos incluso de oposición, como el socialismo parlamentario), para evitar la guerra. Esta confianza ha sido truncada a voluntad y continúa siéndolo cuando los gobernantes, con la ayuda de toda su prensa, persuaden a sus pueblos respectivos de que esta guerra es una guerra de liberación.

Nosotros estamos resueltamente contra toda guerra entre pueblos y, en los países neutros, como Italia, en que los gobernantes pretenden aún lanzar a nuevos pueblos a la vorágine guerrera, nuestros camaradas se han opuesto, se oponen y se opondrán a la guerra con la última energía.

El papel de los anarquistas, cualquiera que sea la situación en que se encuentren, en la tragedia actual, es el de continuar proclamando que no hay más que una sola guerra de liberación: la que en todos los países se realiza por los oprimidos contra los opresores, por los explotados contra los explotadores. Nuestro papel es el de incitar a los esclavos a la revuelta contra sus amos.

La propaganda y la acción anarquistas deben aplicarse con perseverancia para debilitar y disgregar los diversos Estados, para cultivar el espíritu de revuelta y para hacer nacer el descontento en los pueblos y en los ejércitos.

A todos los soldados de todos los países que tienen la convicción de combatir por la justicia y la libertad, debemos explicarles que su heroísmo y su valentía no servirán más que para perpetuar el odio, la tiranía y la miseria.

A los obreros de la industria hay que recordarles que los fusiles que ahora tienen entre sus manos han sido empleados contra ellos en los días de huelga y de legítima revuelta, y del mismo modo servirán de nuevo contra ellos para obligarles a padecer la explotación patronal.

A los campesinos, hay que mostrarles que, tras la guerra, habrá que volver a encorvarse bajo el yugo y continuar cultivando la tierra de sus señores y alimentando a los ricos.

A todos los parias, recordarles que no deben aflojar sus armas antes de haber arreglado cuentas con sus opresores, antes de haber tomado la tierra y la industria para sí.

A las madres, compañeras e hijas, víctimas de un exceso de miseria y de privaciones, les mostraremos cuáles son los verdaderos responsables de sus dolores y de la masacre de sus padres, hijos y maridos.

Nosotros debemos aprovechar todos los movimientos de revuelta, todos los descontentos, para fomentar la insurrección, para organizar la revolución de la que esperamos el fin de todas las iniquidades sociales.

¡Nada de desvanecimientos, ni siquiera ante una calamidad como la guerra actual! Es en estos períodos tan turbios, en que millares de hombres dan heroicamente su vida por una idea, cuando hay que mostrar a estos hombres la generosidad, la grandeza y la belleza del ideal anarquista; la justicia social realizada por la organización libre de los productores; la guerra y el militarismo para siempre suprimidos, la libertad entera conquistada por la destrucción total del Estado y de sus organismos de coerción.

¡Viva la Anarquía!

(Siguen 35 firmas)

En sentido contrario, en la primavera de 1916, otros anarquistas, entre ellos Kropotkin, Jean Grave, Charles Malato, Christian Cornelissen, Paul Reclus (hijo de Eliseo)³¹, etc., publicaron una declaración de aprobación de la guerra. Fue impresa en Francia

³¹ Charles Malato (1857-1938), escritor anarquista, autor, especialmente, de *La filosofía de la anarquía* (1889); Paul Reclus, hijo de Eliseo Reclus.

en La Bataille Syndicaliste, *publicación sospechosa de subvención por el gobierno francés. Esta declaración se hizo célebre bajo el nombre de «Manifiesto de los dieciséis», aunque en realidad sólo hubiera quince firmantes. Suscitó, en mayo, una protesta de los anarquistas comunistas, de la que publicamos aquí la conclusión:*

Declaramos que toda propaganda en pro de la continuación de la guerra entre los pueblos «hasta el fin», es decir, «hasta la victoria» de una de las coaliciones combatientes, es una propaganda esencialmente nacionalista y reaccionaria; que los fines por los cuales se pretende justificar y explicar esta propaganda son completamente ingenuos, profundamente erróneos, y no pueden resistir a la menor crítica histórica o lógica: que una propaganda semejante nada tiene que ver ni con el anarquismo, ni con el antimilitarismo, ni con el internacionalismo, sino que por el contrario representa en su esencia y en sus consecuencias prácticas una especie de propaganda de militarismo y de nacionalismo estatista pretendidamente «democrático»; que es deber absoluto de los anarquistas-comunistas el luchar firmemente contra tales errores y contra estas corrientes de ideas absolutamente contrarias a los intereses vitales de los trabajadores; y que, por consiguiente, no solamente no podemos considerar de ahora en adelante a los firmantes de la «Declaración» como nuestros camaradas de lucha, sino que incluso nos vemos obligados a considerarles resueltamente enemigos, aunque inconscientes no menos reales, de la causa obrera.

UNA CARTA PROFETICA

A Luigi Fabbri³²:

Londres, 30 de julio de 1919

Muy querido Fabbri:

(...) Me parece que estamos perfectamente de acuerdo en las cuestiones que tanto te preocupan, incluso en la de la «dictadura del proletariado».

Pienso que en esta cuestión la opinión de los anarquistas no puede ser puesta en duda, y, de hecho, incluso antes de la revolución bolchevique, no ha sido nunca puesta en duda por nadie. Anarquía significa no gobierno, y, por tanto, con mayor razón no dictadura, lo que quiere decir³³, gobierno absoluto, sin control y sin límites constitucionales. Pero cuando estalló la revolución bolchevique, parece que nuestros amigos confundieron

³² Luigi Fabbri (1877-1938), escritor y militante anarquista italiano, autor de *Dictadura y revolución*.

³³ La palabra «dictadura».

lo que era una revolución contra un gobierno existente con lo que representaba un nuevo gobierno que acababa de dominar la revolución para frenarla y dirigirla a los fines particulares de un partido. Y de este modo nuestros amigos casi se han declarado bolcheviques ellos mismos.

Ahora los bolcheviques son simplemente marxistas, honestos y conscientes, al contrario de sus maestros y modelos, los Guesde, Plechanoff, Hyndman, Scheidemann, Noske, etc.³⁴, que han encontrado el fin que tú conoces. Respetamos su sinceridad, admiramos su energía, pero como nunca hemos estado de acuerdo con ellos en el plano teórico, no podríamos solidarizarnos con ellos cuando de la teoría pasan a la práctica.

Pero acaso la verdad es simplemente esta: nuestros amigos bolchevizantes entienden por la expresión «dictadura del proletariado» simplemente el hecho revolucionario de los trabajadores que toman posesión de la tierra, de los instrumentos de trabajo, y que buscan construir una sociedad y organizar un modo de vida en el cual no haya lugar para una clase que explota y oprime a los productores.

Comprendida de esta manera, la «dictadura del proletariado» sería el poder efectivo de todos los trabajadores que tratan de abatir a la sociedad capitalista y que serían así la Anarquía cuando la resistencia de la reacción hubiese cesado y cuando nadie pudiese ya pretender obligar a las masas por la fuerza a obedecerla y a trabajar para ella. Y entonces nuestra diferencia no sería ya más que una cuestión de palabras. Dictadura del proletariado significaría ya dictadura de todos, es decir, no dictadura, del mismo modo que un gobierno de todos no es un gobierno en el sentido autoritario, histórico y práctico, de la palabra.

Pero los verdaderos partidarios de la «dictadura del proletariado» no lo comprenden así, y lo demuestran bien en Rusia. El proletariado, naturalmente, participa allí, como participa el pueblo en los regímenes democráticos, es decir, para ocultar el aspecto real de la cosa. En realidad, se trata de la dictadura

³⁴ Jules Guesde (1845-1922), líder socialdemócrata tras haber sido anarquista, y después el introductor del marxismo en Francia. Georges Plechanoff (1856-1918), populista ruso que se hizo marxista en el exilio; introductor del marxismo en Rusia; maestro y colaborador de Lenin; se separó de él por condenar en 1917 la toma del poder por los bolcheviques. Henry Hyndman (1842-1921), fundador del laborismo tras haber sido el introductor del marxismo en Inglaterra. Philippe Scheidemann (1864-1935), primer ministro socialdemócrata alemán en 1919. Gustav Noske (1868-1946), socialdemócrata de derecha, gobernador de Kiel en 1918, entra a comienzos de 1919 en el consejo contrarrevolucionario de los comisarios del pueblo; más tarde, ministro del Ejército, organiza la represión de los movimientos revolucionarios de postguerra.

de un partido, o mejor de los jefes de un partido: es una verdadera dictadura, con sus decretos, sus leyes penales, sus agentes de ejecución. y, sobre todo, con su fuerza armada que sirve también para defender la revolución contra sus enemigos exteriores, pero que servirá mañana para imponer a los trabajadores la voluntad de los dictadores, para frenar la revolución, consolidar los nuevos intereses en curso de constitución, y para defender a una nueva clase privilegiada contra la masa.

El general Bonaparte, también él, ha servido para defender la Revolución francesa contra la reacción europea, pero al defenderla la ha estrangulado. Lenin, Trotsky y sus camaradas son seguramente revolucionarios sinceros (...) y no traicionarán, pero preparan los cuadros gubernamentales a los que vengan después para aprovecharse de la Revolución y para asesinarla. Ellos serán las primeras víctimas de sus métodos y temo que con ellos se vendrá abajo también la Revolución.

La historia se repite: *mutatis mutandis*, es la dictadura de Robespierre la que llevó al propio Robespierre a la guillotina y la que preparó el camino a Napoleón.

Tales son en general mis ideas sobre las cosas de Rusia. En cuanto a las ideas que en particular hemos recibido, son aún muy diversas y contradictorias como para poder arriesgar un juicio. Es posible también que muchas cosas que nos parecen malas sean el fruto de esta situación, y que, en las circunstancias particulares de Rusia, no haya manera de hacer otra cosa que la que hacen. Vale más esperar, tanto más por cuanto que todo lo que digamos no puede tener ninguna influencia en el desarrollo de los acontecimientos en Rusia, pudiendo ser, por el contrario, mal interpretado en Italia, y dar la impresión de que nos hacemos eco de las calumnias interesadas de la reacción.

Emile Henry (1872-1894), contrariamente a los otros anarquistas terroristas, era un intelectual. Hizo estudios brillantes como becario de la escuela J. B. Bay, en que uno de sus profesores le tildaba de «niño perfecto, el más honrado que pueda encontrarse». No le hubiera faltado más que vestir el uniforme del politécnico, pero no lo quiso hacer «por no ser militar y quedar constreñido a disparar sobre infelices, como en Fourmies¹.»

Su padre, Fortuné Henry, se había batido en las filas de los comuneros. Condenado a muerte por contumacia, logró escapar a la represión que siguiera al fracaso, refugiándose en España, donde nacieron sus dos hijos. No volvió a Francia hasta 1882, tras el armisticio. Más tarde colaboró en el periódico En-dehors.

El 12 de febrero de 1894, a las nueve de la noche, penetró en el café Terminus, en la estación de Saint-Lazare. Habiéndose sentado en una mesa libre, Henry sacó de repente de un bolsillo de su blusa una pequeña marmita de hierro blanco llena de explosivos y la lanzó al aire. Chocó con una lámpara, estalló y pulverizó todos los vasos, así como algunas mesas de mármol. Hubo un sálvese quien pueda general. Hubo una veintena de heridos, uno de los cuales habría de sucumbir a causa de las heridas.

Emile Henry emprendió la fuga, perseguido por un agente de policía y un mozo de café, a los que se unió un ferroviario, sobre

¹ Alusión al fusilamiento del 1 de Mayo de 1891, en que el ejército disparó sobre la masa obrera, causando diez muertos.

el que disparó, pero errando el tiro. Un poco más adelante, hirió seriamente a un agente, antes de ser prendido.

En la audiencia del juicio tuvo duras réplicas. Helas aquí, en lo que sigue:

El presidente del tribunal judicial.—*Usted ha tendido esta mano [...] que vemos hoy cubierta de sangre.*

Emile Henry.—*Mis manos están cubiertas de sangre, lo mismo que vuestra vestimenta roja.*

En el jurado leyó una declaración, algunos de cuyos extractos rezan así²:

(...) Soy anarquista desde hace poco tiempo. Hasta mediados del año 1891 no me lancé al movimiento revolucionario. Antes, había vivido en los medios inuidos enteramente de la moral actual. Había estado habituado a respetar, e incluso a amar los principios de la patria, de la familia, de la autoridad y de la propiedad.

Pero los educadores de la generación actual olvidan demasiado frecuentemente una cosa: que la vida, con sus luchas y sus resabios, con sus injusticias y sus iniquidades, se encarga bien, de forma indiscreta, de abrir los ojos de los ignorantes ante la realidad. Me pasó a mí, como les pasa a todos. Se me había dicho que esta vida era fácil y estaba ampliamente abierta a los inteligentes y a los enérgicos, y la experiencia me enseña que sólo los cínicos y los rastreros pueden asegurarse un lugar en el banquete.

Se me había dicho que las instituciones sociales estaban basadas en la justicia y la igualdad, y no constato a mi alrededor más que mentiras y engaños. Cada día se me acababa una ilusión. Por donde iba, era testigo de los mismos dolores en unos, los mismos gozos en los otros. No tardé en comprender que las grandes frases que se me había enseñado a venerar, como honor, devoción, deber, no eran más que una máscara que ocultaba las más deshonrosas torpezas.

El industrial que amasaba una fortuna colosal sobre el trabajo de sus obreros, mientras estos carecían de todo, era un señor honesto. El diputado, el ministro cuyas manos estaban siempre abiertas al vaso de vino, estaban cerradas al bien público. El oficial que probaba el fusil nuevo modelo sobre niños de siete años había cumplido bien con su deber, y, en pleno parlamento, el presidente del Consejo le dirigía sus felicitaciones. Todo cuanto vi me revolvió, y mi espíritu se dio a la crítica de la organización social. Tal crítica ha sido muchas veces hecha como para que vuelva sobre ella. Me basta con

² Según André Salmon, *La Terreur noire*, 1959, y Jean Maitron, *Ravachol et les anarchistes*, 1964.

decir que me hice enemigo de una sociedad a la que yo creía criminal.

Atraído un momento por el socialismo, no tardé en alejarme de este partido. Tenía demasiado amor a la libertad, demasiado respeto a la iniciativa individual, demasiada repugnancia a la incorporación, como para ser un número en el ejército matriculado del cuarto Estado. Por otra parte, vi que, en el fondo, el socialismo no cambia nada del orden actual. Mantiene el principio de autoridad, y ese principio pese a lo que quieran decir librepensadores, no es más que un viejo residuo de la fe en un poder superior.

(...) En esta guerra sin piedad que hemos declarado a la burguesía, no pedimos compasión. Damos la muerte y debemos padecerla. Por ello espero vuestro veredicto con indiferencia. Sé que mi cabeza no será la última que cortaréis (...) Añadiréis otros nombres a la lista sangrienta de nuestros muertos.

Colgados en Chicago, decapitados en Alemania, sometidos a garrote vil en Xéres, fusilados en Barcelona, guillotinado en Montbrison y en París, nuestros muertos son numerosos; pero no habéis podido destruir la anarquía. Sus raíces son profundas: ella ha nacido en el seno de una sociedad podrida que se hunde, y es una reacción violenta contra el orden establecido, representando las aspiraciones de igualdad y de libertad que vienen a poner en un brete al autoritarismo actual. La anarquía está por doquier. Es lo que la hace indómita y lo que acabará por venceros y mataros.

CARTA AL DIRECTOR DE LA CONCIERGERIE ³

27 de febrero de 1894

Seños director:

Durante la visita que me habéis hecho en mi celda la mañana del 18 del mes corriente, habéis tenido conmigo una discusión, por lo demás completamente amistosa, sobre las ideas anarquistas.

Os habéis sorprendido mucho, me habéis dicho, al conocer nuestras teorías bajo un aspecto nuevo para vosotros, y me habéis pedido que os resuma por escrito nuestra conversación, a fin de conocer bien lo que quieren los compañeros anarquistas.

Os será fácil comprender, señor, que en unas pocas páginas no se puede desarrollar una teoría que analiza todas las manifestaciones de la vida social actual, las estudia como un doctor ausculta un cuerpo enfermo, las condena por ser contradictorias

³ Texto reproducido gracias a la amabilidad de Jean Maitron; extraído de Jean Maitron, *Histoire du mouvement anarchiste en France (1886-1914)*.

para la felicidad de la humanidad y, en su lugar, construye una vida completamente nueva, basada en principios enteramente antagónicos respecto a aquellos sobre los que está construida la vieja sociedad.

Por otra parte, otros distintos a mí han hecho ya lo que me pedís que haga. Los Kropotkin, los Reclus, los Sebastián Faure han expuesto sus ideas y llevado su desarrollo lo más lejos posible.

Leed *Evolución y Revolución* de Reclus; *La Moral Anarquista, Las Palabras de un Revolucionario, La Conquista del pan*, de Pedro Kropotkin; *Autoridad y libertad, El maquinismo y sus consecuencias*, de Sebastián Faure⁴; *La Sociedad que muere y la Anarquía*, de Grave; *Entre campesinos*, de Malatesta; leed también los numerosos panfletos, los innúmeros manifiestos que, desde hace quince años, han aparecido en cualquier momento, cada uno con ideas nuevas, según el estudio o las circunstancias sugiriese a sus autores.

Leed todo eso, y entonces podréis formaros un juicio, más o menos fundado, sobre la Anarquía.

Y pese a todo guardaos bien de creer que la Anarquía es un dogma, una doctrina inatacable, indiscutible, venerada por sus adeptos como el Corán por los musulmanes.

No; la libertad absoluta que nosotros reivindicamos desarrolla sin cesar nuestras ideas, las eleva a horizontes nuevos (según la capacidad de los diversos individuos) y las lanza fuera de los estrechos marcos de toda reglamentación y de toda codificación.

Nosotros no somos «creyentes», no nos inclinamos ni ante Reclus, ni ante Kropotkin, discutimos sus ideas, las aceptamos cuando despiertan en nuestras mentes impresiones de simpatía, pero las rechazamos cuando no logran hacer vibrar nada en nosotros.

Estamos lejos de poseer la fe ciega de los colectivistas que creen en una cosa porque Guesde ha dicho que había que creer en ella, y que tienen un catecismo, siendo sacrílego quien discutiera sus parágrafos.

Esto bien claro, voy a tratar de explicaros, breve y rápidamente, lo que yo entiendo por Anarquía, sin que por ello comprometa a otros compañeros que, en ciertos puntos, pueden tener perspectivas diferentes de las mías.

⁴ Sebastian Faure (1858-1942), primeramente, alumno de los jesuitas; luego, socialista guesdista y candidato para las elecciones en octubre de 1885; anarquista a partir de 1888; creó el periódico *Le Libéraire* en 1895; brillante orador y conferenciante, más que teórico; fundó La Ruche, escuela libertaria, en Rambouillet, en 1904; asumió la dirección de la *Enciclopedia anarquista*; autor, entre otras obras, de *El dolor universal* (1895).

⁵ Falta aquí un pasaje (nota de Jean Maitron).

No discutiréis que hoy el sistema social es malo, y la prueba de ello es que todo el mundo le sufre. Desde el desgraciado errante sin pan y sin morada, que conoce el hambre constantemente, hasta el multimillonario que teme siempre una revuelta de los muertos de hambre que pudiera cortar su digestión, toda la humanidad padece angustias.

Y bien, ¿sobre qué bases reposa la sociedad burguesa? Abstracción hecha de los principios de familia, de patria y de religión, que no son más que sus corolarios, podemos afirmar que las dos piedras básicas, los dos principios fundamentales del Estado actual son la autoridad y la propiedad.

No quiero extenderme más sobre este punto. Me sería fácil demostrar que todos los males que sufrimos proceden de la propiedad y de la autoridad:

La miseria, el robo, el crimen, la prostitución, las guerras, las revoluciones, no son más que resultados de estos dos principios.

Así pues, siendo malas las dos bases de la sociedad, no hay que dudar. No se pueden ensayar paliativos (lo que hace el socialismo) que sólo sirven para desplazar el mal; hay que destruir los dos gérmenes viciosos y extirparles de la vida social.

Por eso, como anarquistas, queremos reemplazar la propiedad individual por el comunismo y la autoridad por la libertad.

En suma: nada de títulos de posesión ni de dominación: igualdad absoluta.

Cuando decimos igualdad absoluta, no pretendemos que todos los hombres tengan un mismo cerebro, una misma organización física; sabemos muy bien que siempre habrá la mayor diversidad entre las aptitudes cerebrales y corporales. Es justamente esta variedad de capacidades la que realizará la producción de todo lo que es necesario a la humanidad, y sobre ella también esperamos cuidar la emulación en una sociedad anarquista.

Habrán ingenieros y jornaleros, eso es evidente, pero sin que el uno tenga ninguna superioridad sobre el otros, pues el trabajo del ingeniero no servirá de nada sin el concurso del jornalero, y viceversa.

Siendo cada uno libre de elegir el oficio que ejerza, no habrá ya sino seres que obedecen sin compulsión a las aptitudes que la naturaleza ha puesto en ellos (garantía de buena producción).

Una cuestión se plantea aquí: ¿y los perezosos? ¿Todo el mundo querrá trabajar?

Respondemos: sí, cada cual querrá trabajar, y he aquí por qué.

Hoy, la media de la jornada laboral es de diez horas.

Muchos obreros están ocupados en trabajos absolutamente inútiles para la sociedad, en particular en los armamentos militares de tierra y de mar. Muchos también están sometidos al paro. Añadid a eso que un número considerable de hombres

válidos no producen nada: soldados, curas, magistrados, policías, funcionarios, etc.

Puede, pues, afirmarse sin exageración que de cada cien individuos capaces de producir un trabajo, sólo cincuenta realizan un trabajo útil para la sociedad. Son estos cincuenta quienes producen toda la riqueza social.

De ahí la deducción de que, si todo el mundo trabajase, la jornada de trabajo, en lugar de ser de diez horas, descendería a cinco horas solamente.

Consideremos además que, en el Estado actual, el total de los productos manufacturados es cuatro veces más considerable, y el total de los productos agrícolas tres veces más considerable que la suma necesaria para las necesidades de la humanidad; es decir, que una humanidad tres veces más numerosa sería vestida, alojada, calentada, alimentada, en una palabra, tendría la satisfacción de todas sus necesidades si el despilfarro y otras múltiples causas no viniesen a destruir esta superproducción.

(Encontraréis esta estadística de los productos en el pequeño folleto *Los productos de la tierra y los productos de la industria*).

De lo que precede podemos, pues, sacar la conclusión siguiente:

Una sociedad en que todos colaborasen en el trabajo común y que se contentara con una producción que no sobrepasara enormemente su consumo, debiendo constituir una pequeña reserva el exceso de la primera sobre la segunda, no tendría que pedir a cada uno de sus miembros válidos más que un esfuerzo de dos a tres horas, y acaso aún menos.

¿Quién se negaría entonces a realizar una tan pequeña cantidad de trabajo? ¿Quién querría vivir con la deshonra de ser despreciado por todos y de ser considerado un parásito?

(...) La propiedad y la autoridad, marchando siempre a la par, se sostienen una a otra para mantener en la esclavitud a la humanidad.

¿Qué es el derecho de propiedad? ¿Es un derecho natural? ¿Es legítimo que el uno coma mientras el otro ayuna? No. La naturaleza, al crearnos, nos dio organismos similares, y un estómago de mano de obra exige las mismas satisfacciones que un estómago de financiero.

Y sin embargo, hoy una clase ha acaparado todo, robando a la otra clase no sólo el pan del cuerpo, sino también el pan del espíritu.

Sí; en un siglo en que nos reclamamos del progreso y de la ciencia ¿no es doloroso pensar que millones de inteligencias, ávidas de saber, se encuentren en la imposibilidad de crecer?, ¿que hijos del pueblo, que podrían acaso llegar a ser hombres de valer, útiles a la humanidad, no sepan jamás otra cosa que

las pocas nociones indispensables que les inculca la escuela primaria?

La propiedad: he ahí el enemigo de la felicidad humana, pues crea la desigualdad, y por consiguiente el odio, la envidia, la revuelta sangrienta.

La autoridad no es más que la sanción de la propiedad. Viene a poner la fuerza al servicio de la expoliación.

Y bien, siendo el trabajo una necesidad natural, convenid conmigo, señor, que nadie se negará a la solicitud de un esfuerzo tan mínimo como el que hemos mencionado más arriba.

(El trabajo es una necesidad tan natural, que la historia nos muestra hombres de Estado apartándose con gozo de las preocupaciones de la política para trabajar como simples obreros. Por no citar más que dos ejemplos bien conocidos, Luis XVI practicaba la serrería; en nuestros días, Gladstone, «the great old man», aprovecha sus vacaciones para abatir algunas de las encinas de sus bosques, como un vulgar leñador.)

Veis bien, señor, que de este modo no será precisa ninguna ley para evitar los perezosos.

Si, por casualidad, alguien quisiera sin embargo negarse a dar su concurso a sus hermanos, sería con todo menos costoso mantener a estos desgraciados, que sólo pueden ser enfermos, que mantener legisladores, magistrados, policías y guardachusmas para darle mate.

Muchas otras cuestiones surgen, pero son de orden secundario; lo importante era que, al abolir la propiedad, no se llegaría a colapsar la producción como consecuencia necesaria de la pereza, y que la sociedad anarquista sabría mantenerse y satisfacer todas sus necesidades.

Las demás objeciones posibles serán fácilmente refutadas si tenemos en cuenta que un ambiente anarquista desarrollará en cada uno de sus miembros la solidaridad y el amor por sus semejantes, pues el hombre sabrá que al trabajar por los demás trabaja a la vez para sí mismo.

Una objeción aparentemente más fundada es esta:

Si no hay autoridad, si no hay el menor gendarme para parar el brazo del criminal, ¿no nos arriesgamos a ver multiplicarse los delitos y los crímenes en espantosa proporción?

La respuesta es fácil:

Podemos clasificar los crímenes cometidos hoy en dos categorías principales: los crímenes de interés y los crímenes pasionales.

Los primeros desaparecerán por sí mismos, pues, no habrá ya materia para cometerles, no habrá atentados contra la propiedad en un medio donde se suprime la propiedad.

En cuanto a los segundos, ninguna legislación puede evitarles. Lejos de ello, la ley actual, que absuelve al marido que ase-

sina a la mujer adúltera no hace más que favorecer la frecuencia de estos crímenes.

Por el contrario, un ambiente anarquista elevará el nivel moral de la humanidad. El hombre comprenderá que no hay ningún derecho sobre una mujer que se da a otro, pues esta mujer no hace más que obedecer a su naturaleza.

Por tanto, los crímenes, en la futura sociedad, serán cada vez más raros, hasta que desaparezcan completamente.

Voy a resumiros, señor, mi ideal de una sociedad anarquista.

No más autoridad, mucho más contraria a la felicidad de la humanidad, que los posibles excesos que podrían producirse en los comienzos de una sociedad libre.

En lugar de la organización autoritaria actual, agrupación de individuos por simpatías y afinidades, sin leyes ni jefes.

No más propiedad individual; puesta en común de los productos; trabajo de cada uno según sus necesidades, consumo de cada uno según sus necesidades, es decir, a su gusto.

No más familia egoísta y burguesa que hace del hombre la propiedad de la mujer, y de la mujer la propiedad del hombre; no más exigencia de dos seres que se han amado un momento a permanecer ligados uno al otro hasta el fin de sus días.

La naturaleza es caprichosa, pide siempre nuevas sensaciones. Quiere el amor libre. Por esto defendemos la unión libre.

Nada de patrias, nada de odios entre hermanos, que lanzan a unos hombres contra otros sin haberse visto nunca jamás.

Sustitución de la ligazón estrecha y mezquina del chauvín a su patria, por el amor largo y fecundo de la humanidad toda entera, sin distinción de razas ni de colores.

Nada de religiones, forjadas por los curas para bastardear a las masas y darles la esperanza de una vida mejor mientras ellos mismos gozan de la vida terrestre.

Por el contrario, desarrollo continuo de las ciencias, puestas a disposición de cada ser, que se sentirá atraído hacia su estudio llevando poco a poco a todos los hombres a la conciencia del materialismo.

Estudio particular de los fenómenos hipnóticos que la ciencia comienza a constatar hoy, a fin de desenmascarar a los charlatanes que presentan a los ignorantes, bajo un día maravilloso y sobrenatural, hechos de orden puramente físico.

En una palabra, no más trabas al libre desarrollo de la naturaleza humana.

Libre eclosión de todas las facultades físicas, cerebrales y mentales.

No soy tan optimista como para esperar que una sociedad tan perfecta llegue al primer golpe a realizar su armonía. Pero tengo la profunda convicción de que bastarán dos o tres generaciones para arrancar al hombre a la influencia de la civilización

artificial que hoy padece, y para llevarle al estado de naturaleza, que es el estado de bondad y de amor.

Pero para hacer triunfar este ideal, para fundar una sociedad anarquista sobre bases sólidas, hay que comenzar por el trabajo de construcción. Hay que abatir el viejo edificio apolillado.

Es lo que hacemos.

El burgués pretende que no llegaremos nunca a conseguirlo.

El porvenir, cosa muy próxima, le desmentirá.

¡Viva la Anarquía!

LOS ANARQUISTAS FRANCESES EN LOS SINDICATOS

Vamos a asistir ahora a la penetración de los anarquistas, o, más exactamente, de ciertos anarquistas, en los sindicatos obreros. La actitud de los libertarios respecto a los sindicatos, en efecto, no ha sido homogénea. Los unos, sectarios, afectos a la pureza de la doctrina, han examinado con desconfianza no disimulada el riesgo de absorción de los anarquistas por un movimiento proletario de masas, preocupado poco a poco exclusivamente por reivindicaciones inmediatas; otros, los anarcosindicalistas, no se han negado a insertarse en los sindicatos, pero con el deseo, interesado y deliberado de «crear células dentro de él»; pero otros aún han entrado en el sindicato con un desinterés total, preocupados únicamente por ponerse al servicio de la clase obrera, siendo los creadores de lo que se llama el sindicalismo revolucionario, simbiosis de la idea federalista libertaria y del corporativismo reivindicativo a través de la práctica de la lucha de clases diaria.

¿Por qué esta entrada de los anarquistas en los sindicatos?

Hacia 1880, el anarquismo, en Francia, estaba en un punto muerto. Se había aislado de un mundo obrero en pleno desarrollo y cada vez más bajo el influjo de los políticos reformistas socialdemócratas. Estaba encerrado en una especie de torre de marfil ideológica, o bien había predicado una acción minoritaria: la «propaganda por el hecho», eufemismo para designar el terrorismo, el uso de la bomba.

Kropotkin debía de ser uno de los primeros en enderezar el timón e incitar al anarquismo a sacudirse su impotente insula-

ridad: «Hay que estar con el pueblo, que no pide ya el acto aislado, sino hombres de acción en sus filas», escribía en un artículo. Igualmente, predicaba la resurrección de un sindicalismo de masas, del tipo del existente en la Primera Internacional, pero decuplicado: «Uniones monstruos englobando a millones de proletarios».

Bajo la huella de Kropotkin, un joven periodista anarquista, Fernand Pelloutier, que venía de Saint-Nazaire, publicó en 1898, en la revista libertaria *Los Tiempos Nuevos* el artículo «El anarquismo y los sindicatos obreros», cuyo texto veremos luego. El sindicato, según él, debía ser una «escuela práctica de anarquismo», como más tarde será, para los comunistas de la escuela holchevique, la antecámara del comunismo.

Pero otro anarquista, Emile Poget, no era de la misma opinión. No dudó en sostener que el sindicalismo se bastaba a sí mismo, sin necesidad de protección por teóricos libertarios, y que el sindicato debía ser considerado como la agrupación social «por excelencia». Tras el artículo de Pelloutier, veremos también un texto significativo de Pouget.

La entrada de los anarquistas en los sindicatos fue un acontecimiento de importancia. Regeneró el movimiento, le dio una base de masas, y, lejos de perderse en lo que Lenin llamará el «economicismo», le dará ocasión para volver a templarse y reencontrarse en una nueva y viva síntesis.

El sindicalismo revolucionario implicaba también un riesgo, contra el que los anarquistas intransigentes ponían en guardia. La acción corporativa para fines inmediatos ¿no segregaría a la larga una burocracia obrera, susceptible de esterilizar la lucha social y de hacerla caer en un conservadurismo análogo al que los anarquistas denunciaban en los reformistas socialdemócratas?

Veremos que Fernand Pelloutier tuvo el mérito de no descartar de su demostración esta hipótesis. Con clarividencia admitió desde 1895 que las administraciones de los sindicatos podían «hacerse poderes», es decir engendrar una burocracia. Y, más tarde, Malatesta, llevando a su extremo la objeción, lanzará un grito de alarma en el congreso anarquista internacional de Amsterdam, en 1907: «El funcionario es en el movimiento obrero un peligro que no es comparable más que con el parlamentarismo.»

Pero Pierre Monatte, partiendo con demasiado optimismo del sindicalismo «puro», redargüiría que el burocratismo sindical no carecía de peligros, pero que tenía dentro de sí suficientes antidotos democráticos como para evitar el peligro del funcionariado¹. Hoy se sabe que esto no se ha logrado.

¹ Cf. J. Maitron, *Revachol et les anarchistes*, citada.

Fernand Pelloutier (1867-1901), alumno de las escuelas religiosas, luego del Colegio de Saint-Nazaire, había abandonado la burguesía para unirse al pueblo. Muy joven, se lanzó al periodismo. Llegó a ser miembro del partido obrero francés; luego, en 1892, fue delegado de las Bolsas de Trabajo de Saint-Nazaire y de Nantes en un congreso socialista donde logró se votara lo que parecía insólito en este ambiente: el principio de la huelga general.

A comienzos de 1893, fue a residir a París. No tardó en separarse de los marxistas para abrazar las ideas libertarias. En una «Carta a los anarquistas», escribió: «Nosotros somos (...) lo que los políticos no son, revolucionarios a todas las horas, hombres realmente sin dios, sin amo y sin patria, irreconciliables enemigos de todo despotismo, moral o colectivo, es decir, de las leyes y de las dictaduras, incluida la dictadura del proletariado.»

Pero a la vez Pelloutier incitaba a los anarquistas a militar en el movimiento sindical. En 1895 fue nombrado secretario de la Federación de las Bolsas de Trabajo, en donde trabajó sin límite. En 1897 fundó una revista mensual de economía social, El Obrero de los Dos Mundos, asegurando él mismo la composición tipográfica.

Pelloutier consideró a las Bolsas de Trabajo como el tipo más perfecto que se pueda adoptar para la organización obrera, el más próximo a la base popular. Veía en ellas «el embrión de la asociación libre de productores» prevista por Bakunin, a la vez que de la comuna obrera, resorte esencial de la sociedad futura. Muerto prematuramente de resultas de una enfermedad incurable, dejó un libro póstumo, clásico del sindicalismo revolucionario: La historia de las bolsas de trabajo.

El anarquismo y los sindicatos obreros²

Así como obreros de mi conocimiento dudan —aunque desengañados del socialismo parlamentario— en hacer profesión de socialismo libertario, porque, en su opinión, toda la anarquía consiste en el empleo individual de la dinamita, así también conozco numerosos anarquistas que, por un prejuicio acaso fundado en otro tiempo, se apartan de los sindicatos y, llegado el caso, les combaten, porque durante un tiempo esta institución ha sido verdadero caldo de cultivo de los aspirantes a diputados. En Saint Etienne, por ejemplo, y lo sé de buena tinta, los miembros de los sindicatos veneran a Ravachol; ninguno de ellos, sin em-

² Escrito el 20 de octubre de 1895; aparecido en *Les Temps Nouveaux*, 2-8 de noviembre de 1895.

bargo, osa decirse anarquista, por temor a aparecer como quienes abandonan la revuelta colectiva en favor de la revuelta aislada. Por el contrario, en París, en Amiens, en Marsella, en Roanne y en otras muchas ciudades, los anarquistas admiran el nuevo espíritu de que están animados los sindicatos desde hace unos dos años, sin osar, sin embargo, penetrar en este campo revolucionario para hacer germinar allí el buen grano sembrado por la experiencia. Y, entre estos hombres, emancipados casi en el mismo grado, intelectualmente ligados por un fin común y, aquí por percepción, allá por la convicción de la necesidad de un movimiento violento, subsiste una desconfianza que separa a los primeros de los camaradas supuestamente hostiles a toda acción concertada, y a los segundos de una forma de agrupación en que aún creen obligatoria la alienación de la libertad individual.

Empero, el acercamiento iniciado en algunos grandes centros industriales o manufactureros no cesa de extenderse. Un camarada de Roanne ha indicado hace poco a los lectores de *Temps Nouveaux* que no sólo los anarquistas de esta ciudad han entrado por fin en los grupos corporativos, sino que, por su energía y por el ardor de su proselitismo, han adquirido allí una autoridad moral realmente aprovechable para la propaganda. Lo que hemos sabido de los sindicatos de Roanne podría decirlo también de los de Alger, Toulouse, París, Beauvais, Toulon, etc., que, afectados por la propaganda libertaria, estudian hoy las doctrinas que ayer rechazaban oír, bajo la influencia marxista. Analizar las causas de este acercamiento que otrora hubiera parecido imposible, exponer las fases que ha atravesado, es hacer desaparecer el resto de desconfianza que impide la unión revolucionaria y arruinar al socialismo estatalizador que ha llegado a ser la forma doctrinal de los apetitos inconfesables. Ha habido un momento en que los sindicatos se han encontrado preparados (y, lo que es una garantía contra toda reacción, preparados por su propio juicio, sin oír siquiera los consejos que antes escuchaban con tanto respeto) para abandonar toda participación en las leyes llamadas sociales; este momento ha coincidido con la aplicación de las primeras reformas que desde hace cuarenta años prometían tantas maravillas.

Se les había dicho con frecuencia: «Paciencia: obtendremos la reglamentación de la duración de vuestro trabajo de manera que os podamos dar horas de reposo y estudio, sin lo que seréis perpetuamente esclavos.» La espera de esta reforma les hipnotizó, por decirlo así, durante varios años, desviándoles del objetivo revolucionario. Pero cuando se les dio la ley de protección del trabajo de las mujeres y de los niños, ¿qué contestaron? Una reducción del salario de sus mujeres, de sus hijos, y de los suyos propios, proporcional a la disminución de la duración del trabajo, de las huelgas o de los lock-outs en París, Amiens, Ar-

dèche, una extensión del trabajo a domicilio o *sweating system*, o bien el empleo por los industriales de combinaciones ingeniosas (equipos giratorios, ralés), que, a la vez, hacían inaplicable la ley y agravaban las condiciones de trabajo. La aplicación de la ley del 2 de noviembre de 1892 tuvo, en fin, tales resultados, que obreras y obreros reclamaron y reclaman aún su abrogación.

¿De dónde venía tal desencanto? Los sindicatos se dieron a la conquista de la ley, pero, demasiado crédulos en su fe en las legislaciones, demasiado ignorantes en economía social para investigar más allá de las causas tangibles (habiendo determinado la reducción de la duración del trabajo la reducción del salario), creyeron que la ley sería perfecta si a la reglamentación de la duración se añadía la reglamentación del precio de este trabajo.

Pero llegó la hora de los fiascos. A las promesas que habían supuesto el poder del socialismo reformista iban a suceder las realizaciones, que serían su ruina. Surgieron nuevas leyes cuyo fin era el remunerar mejor al productor y asegurar su vejez. Pero entonces los sindicatos se apercibieron (y el honor de esta observación, capital en la evolución socialista, se debe sobre todo a las mujeres) que los objetos que les eran mejor pagados a ellos como productores, les eran vendidos más caros a ellos como consumidores, que a medida que aumentaban las tasas de salario se elevaba el precio del pan, del vino, de la carne, de los alquileres, de los muebles, de todas las cosas, en una palabra, que son la condición inmediata de la existencia; se dieron cuenta aún de que en último análisis (y esto ha sido formalmente dicho en el reciente Congreso de Limoges) las pensiones son siempre el producto de la detracción sobre los salarios. Y esta lección experimental, más elocuente para ellos que la magistral analítica de la repercusión de los impuestos hecha por Proudhon³, enseñada por la Internacional, admitida también y profesada por los programas colectivistas de hace trece años, si bien no les persuadió aún de que pretender disminuir el pauperismo en un estado económico donde todo está concitado para extenderle, sería querer contener un líquido en una superficie plana, al menos gravó en su espíritu la idea, preñada de consecuencias, de que las legislaciones sociales no son la panacea que se había dicho.

Sin embargo, esta lección no hubiera bastado para determinar en ellos la evolución rápida que constatamos, si las escuelas socialistas no se hubiesen dedicado a inspirarles el descrédito de

³ Trátase verosímelmente del capítulo VII del *Sistema de las contradicciones económicas* (1846), y acaso también del capítulo III de *Teoría del impuesto* (1861).

la política. Durante mucho tiempo los sindicatos pensaron que la debilidad del partido socialista, o mejor, del proletariado, tenía por causa principal la división de los políticos. Al surgir un desacuerdo entre el ciudadano X y el ciudadano Z, entre el «Torquemada con binóculo», estigmatizado ya por Clovis Hugues y Ferroul⁴, y tal corifeo de la «Federación de traidores socialistas», según la expresión de Lafargue⁵, los sindicatos se dividían en dos, y si se trataba de operar una acción común, como la manifestación del Primero de Mayo, por ejemplo, veían a sus miembros divididos en cinco, seis, diez fracciones, que iban los unos para acá, los otros para allá, siguiendo la consigna de los jefes. Esto les hizo reflexionar y, tomando aún el efecto por la causa, gastaron una energía que puede conceptuarse de inconmensurable, tratando de resolver el insoluble problema de la unión socialista⁶. Ahora bien, quien no ha vivido en los medios corporativos no puede hacerse siquiera una idea de los esfuerzos hechos para llegar a esta quimera. Ordenes del día, deliberaciones, manifiestos, todo fue tratado, pero en vano; en el momento mismo en que el acuerdo parecía sellado, o en que, más por laxitud que por convicción, las discusiones disminuían, una palabra reavivaba el rescoldo: guardistas, blanquistas, intransigentes, broussistas se lanzaban furiosos intercambiando injurias, lanzándose a la cabeza que si Guesde, que si Vaillant⁷, que si Brousse, y la nueva batalla duraba semanas para recomenzar apenas terminada.

En este mundo, todo tiene un fin. Fatigados por su creciente debilidad y por sus inútiles esfuerzos por conciliar la política, que es sobre todo de interés individual, con la economía, que es de interés social, los sindicatos acabaron por comprender (más vale tarde que nunca) que su propia división tenía una causa más elevada que la división de los políticos y que una y otra resul-

⁴ Clovis Hugues (1851-1907), hombre político y poeta francés; Ernest Ferroul (1853-1921), médico, alcalde socialista y diputado de Narbona.

⁵ Paul Lafargue (1842-1911), nacido en Cuba de padres franceses, estudiante de medicina, primero libertario proudhoniano, luego discípulo y yerno de Karl Marx, al casar con su hija Laura; miembro de la Internacional; participó activamente en la Comuna; delegado de Karl Marx en España, para combatir allí a los partidarios de Bakunin; amnistiado en 1880; elegido diputado en 1891, con Jules Guesde fundó el Partido Obrero francés; autor del *Derecho a la pereza*, panfleto de un verbo en parte libertario. Se suicidó con su mujer el 26 de noviembre de 1911, «ante la implacable vejez».

⁶ Sobre la unidad socialista, véase la introducción de Daniel Guérin a Rosa Luxemburgo, *El socialismo en Francia (1898-1912)*; Edouard Vaillant (1840-1915), uno de los más grandes revolucionarios franceses, primero blanquista, miembro de la Comuna de 1871, condenado a muerte y más tarde amnistiado. Acabó en la «unión sagrada».

⁷ Por esta palabra, Pelloutier entiende el «socialismo de Estado».

taban... de la política. Enardecidos entonces por la ineficacia manifiesta de las leyes «sociales», por las traiciones de ciertos socialistas electos, por los deplorables resultados de a 'inmixción de los diputados o de los consejeros municipales en las huelgas, especialmente la de autobuses, por la hostilidad a la huelga general de los periódicos y de hombres cuya política consiste en escalar para conseguir los 25 francos y el echarpe, los sindicatos decidieron que en lo sucesivo las agitaciones políticas les resultarían extrañas, que toda discusión distinta a la económica sería implacablemente proscrita de su programa de estudios y que se consagrarían por entero a la resistencia contra el capital. Recientes ejemplos han mostrado que los sindicatos se deslizan rápidamente por esta pendiente.

Mientras, el ruido de esta revolución había transpirado. El nuevo lema «¡Nada de política!» se había propagado a los talleres. Muchos sindicatos abandonaban las iglesias consagradas al culto electoral. El terreno sindical pareció entonces a algunos anarquistas suficientemente preparado para recibir y fecundar la doctrina, y vinieron en ayuda de quienes, finalmente emancipados de la tutela parlamentaria, se esforzaron ahora por consagrar su atención y la de sus camaradas al estudio de las leyes económicas.

Esta entrada de los libertarios en el sindicato tuvo un resultado considerable. En primer lugar, enseñó a la masa el significado real del anarquismo, doctrina que, para implantarse, puede muy bien, repitémoslo, prescindir de la dinamita individual; y, por un encadenamiento natural de ideas, enseñó a los sindicatos lo que es y lo que puede llegar a ser esta organización corporativa de la que hasta entonces no tenían más que una estrecha concepción.

Nadie cree ni espera que la próxima revolución, por formidable que sea, realice el comunismo anarquista puro. Respecto al estallido que sin duda tendrá lugar antes de que esté acabada la educación anarquista, los hombres no estarán bastante maduros para poder ordenarse absolutamente a sí mismos, y durante mucho tiempo aún las exigencias de los caprichos apagarán en ellos la voz de la razón. Por consiguiente (la ocasión es buena para decirlo), si predicamos el comunismo perfecto no es ni con la certeza ni con el espíritu de que el comunismo sea la forma social del mañana, sino para avanzar, para acercar lo más posible a la perfección a la educación humana, para, en una palabra— alcanzar, llegado el día de la conflagración, el máximo de liberación. ¿Pero el estado transitorio por el que habrá que pasar ha de ser necesariamente la cárcel colectivista? ¿No puede consistir exclusivamente en una organización libertaria limitada a las necesidades de la producción y del consumo,

una vez desaparecidas todas las instituciones políticas? Tal es el problema que desde hace muchos años preocupa con razón a muchos espíritus.

Pero ¿qué es el sindicato? Una asociación, a la que se llega y que se abandona libremente, que tiene por todo funcionario un secretario y un tesorero revocables en el instante, hombres que estudian y debaten intereses profesionales parecidos. ¿Qué son estos hombres? Productores, los cuales crean toda la riqueza pública. ¿Esperan para reunirse, concertarse, actuar, la presencia de las leyes? No; su constitución legal no es para ellos más que un medio para hacer propaganda revolucionaria con la garantía del gobierno. Además, ¿cuántos de ellos no figuran ni figurarán nunca en el anuario oficial de los sindicatos? ¿Usan el mecanismo parlamentario para tomar sus resoluciones? No; discuten, y la opinión mayoritaria hace la ley, pero una ley sin sanciones, ejecutada precisamente por estar subordinada a la aceptación individual, salvo el caso, bien entendido, de que se trate de resistir al patrón. Si, en fin, nombran un presidente para cada sesión, un delegado de orden, no es más que por efecto de la costumbre, y olvida frecuentemente él mismo la función con que sus camaradas le han investido.

Laboratorio de luchas económicas, separado de las competiciones electorales, favorable a la huelga general con todas sus consecuencias, administrándose anárquicamente, el sindicato es a la vez la organización revolucionaria y libertaria, que podrá contrabalancear y reducir la nefasta influencia de los políticos colectivistas. Supongamos ahora que el día en que estalle la revolución, la casi totalidad de los productores se agrupe en los sindicatos: ¿no habrá allí, presta a suceder a la organización cuasilibertaria, suprimiendo de hecho todo poder político y donde cada parte, dueña de los instrumentos de producción, regularía por sí misma todos sus asuntos, soberanamente y por el libre consentimiento de sus miembros? ¿Y no sería esto la «asociación libre de los productores libres»?

Seguramente las objeciones son numerosas: las administraciones federales pueden llegar a ser burocracias; gentes hábiles pueden llegar a gobernar los sindicatos como los socialistas parlamentarios gobiernan los grupos políticos; pero estas objeciones no son válidas más que en parte. Los consejos federales no son, en el espíritu mismo de los sindicatos, más que instituciones transitorias nacidas por la necesidad de generalizar y de hacer cada vez más formidables las luchas económicas, pero que el éxito revolucionario haría superfluas, y que, por otra parte, los grupos emanados de ellas vigilan con demasiado celo, como para que lleguen nunca a conquistar una autoridad directiva. Por otra parte, la revocabilidad permanente de los funcionarios

reduce su función y su persona a bien poca cosa, y con mucha frecuencia no les basta con haber cumplido su deber para conservar la confianza de sus camaradas. Además, la organización corporativa no está aún más que en un estado embrionario. Apenas zafada de la tiranía política, camina extraviada, y, como el niño en sus primeros pasos, vacila por la ruta de la independencia. Pero ¿quién sabe a dónde la conducirán durante diez años la dulzura y, sobre todo, los frutos de la libertad? Es precisamente éste el camino al que deben consagrar sus esfuerzos los socialistas libertarios.

«El Comité Federal de las Bolsas de Trabajo —dice un proceso verbal oficial publicado en el *Bulletin de la Bourse de Narbonne*— tiene por misión instruir al proletariado sobre la inutilidad de una revolución que se contentara con subsistir a un Estado por otro, aunque fuese un Estado socialista.» Este comité, dice otro informe que aparecerá en el *Bulletin de la Bourse de Perpignan*, «debe esforzarse por preparar una organización que, en caso de una transformación social, pueda asegurar el funcionamiento económico por la libre agrupación, y hacer superflua toda institución política. Siendo su fin la supresión de la autoridad en todas sus formas, su tarea es el habituar a los trabajadores a liberarse de tutelas».

Así, por un lado, los «sindicatos» están comenzando a entenderse hoy, estudiando y recibiendo doctrinas libertarias; por otro lado, los anarquistas no han de temer, al participar en el movimiento corporativo, quedar obligados a abdicar de su independencia. Los primeros están dispuestos a admitir y los segundos a fortalecer una organización cuyas resoluciones resultan del libre acuerdo, y que, siguiendo las palabras de Grave (*La Société future*, pág. 202), «no tenga ni leyes, ni estatutos, ni reglamentos a los que cada individuo deba someterse forzosamente so pena de un castigo previamente determinado»; que los individuos tengan la facultad de abandonar cuando les guste, salvo, repito, en el caso en que la lucha contra el enemigo esté en marcha; que, por decirlo todo, sea una escuela práctica de anarquismo.

Que los hombres libres entren, pues, en el sindicato, y que la propagación de sus ideas allí prepare al trabajador, que es el artesano de la riqueza, a comprender que los trabajadores deben solucionar sus asuntos por sí mismos, y a romper, a continuación, una vez llegado el momento, no sólo las formas políticas existentes, sino cualquier tentativa de reconstrucción de un poder nuevo. Esto mostrará a los autoritarios cuán fundado estaba su temor, disfrazado de desdén, frente al «sindicalismo», y cuán efímera era su doctrina, desaparecida antes incluso de haber podido afirmarse.

LA VIDA MILITANTE DE EMILE POUGET,
POR PAUL DELESALLE⁸*La juventud*

Emile Pouget había nacido en 1860, cerca de Rodez, en el departamento de Aveyron. Su padre, que era notario, murió temprano. Su madre volvió a casarse, y por esto su vida se vio en cierto modo desequilibrada. Empero, su padrastro, buen republicano de la época, batallador como su hijastro, perdió pronto su puesto de pequeño funcionario por haber escrito en un periodiquillo de combate que por lo demás había también fundado.

En el liceo de Rodez comenzó sus estudios, y allí nació su pasión por el periodismo. A los quince años fundó su primer periódico, *Le Lycéen républicain*. No necesito decir cómo sentó esto a sus maestros.

En 1875, su padrastro murió. Hubo de abandonar el liceo para ganar su vida. París le atrajo (...). Empleado en un comercio de novedades, frecuentó las reuniones públicas, los grupos avanzados y rápidamente se dio por completo a la propaganda revolucionaria.

Pero ya el anarquismo puramente especulativo e idealista no podía satisfacer su pronunciado sentido social, y desde 1879 participó en París en la fundación del primer sindicato de empleados. Hay una unidad tal de vida militante en Pouget, que pronto llevó a su sindicato a publicar el primero de los folletos antimilitaristas. Inútil decir que fue nuestro sindicalista quien lo editó, y añado que hoy sería impublicable, tanto por la vehemencia de su texto como por los consejos abundantes que contenía.

Hacia los años 1882-1883, el paro azotaba a París con una cierta intensidad, si bien el 8 de marzo de 1883 la cámara sindical de ebanistas convocaba a los parados a un mitin al aire libre en la explanada de los Inválidos.

El mitin fue rápidamente disuelto por la policía, pero se formaron dos grupos importantes de manifestantes: uno tomó el camino del Elíseo y fue rápidamente dispersado; el otro, con Louise Michel y Pouget, descendió hacia el boulevard Saint-Germain. En la calle du Four, una panadería fue más o menos desvalijada.

⁸ Paul Delesalle (1870-1948), antiguo obrero metalúrgico, anarquista y sindicalista revolucionario; colaboró en *Temps Nouveaux*, siendo luego elegido secretario de la Federación de las Bolsas de Trabajo, donde sucedió a Fernand Pelloutier hasta 1907; luego, editor y libre-ro revolucionario. Texto extraído del *Cri du Peuple*, 29 de julio y 5 de agosto del año 1931.

Con todo, la manifestación continuó, y al llegar a la plaza Maubert se encontró en presencia de una fuerza de policía importante. Los agentes se precipitaron para detener a Louise Michel⁹, y Pouget trató de liberarla, siendo a su vez detenido y conducido a prisión.

Algunos días después, su acusación, inexacta, de robo a mano armada, le llevó a la sala de lo criminal. Louise quedaba condenada a doce años de reclusión y Pouget a ocho, pena que hubo de purgar en la prisión de delitos comunes de Melun. Allí estuvo tres años, hasta que una amnistía con ocasión de una acción de Rochefort¹⁰ le sacó de allí. La prisión, empero, no hizo mella en el militante.

El padre Peinard

El 24 de febrero de 1889 apareció el primer número del *Père Peinard* en folleto, recordando a *la Lanterne* de Rochefort, escrito al modo de *Père Duchêne* de Hébert, pero con un estilo más proletario.

(...) Los pequeños panfletos de Pouget tuvieron un éxito que hoy sería difícil comprender. Mientras duró el *Père Peinard* —luego *La Sociale*— alentó en algunos centros obreros una real agitación proletaria, y podría citar diez, veinte localidades obreras, como Trélazé o Fourchambault, en que todo movimiento se esfumó tras la desaparición de sus panfletos.

En París, sobre todo entre los ebanistas del distrito de Saint-Antoine, el movimiento reivindicativo duró tanto como vivió el *Père Peinard*. Un pequeño folleto, *Le Pot-à-Colle*, escrito en el mismo estilo, apareció allí también hacia los años 1891-1893.

(...) El anarquismo de Pouget es ante todo y sobre todo proletario. Desde los primeros números del *Père Peinard*, exalta los movimientos de huelga, los números del Primero de Mayo están destinados a animar a los «compañeros», a participar: «El Primero de Mayo es una ocasión que puede irnos bien. Para ello bastará que nuestros hermanos los soldados de infantería levanten el fusil al aire como en febrero de 1848, como el 18 de marzo de 1871, y el golpe no será difícil.»

Pionero, siente todo lo que se puede sacar de la idea de huelga general, y desde 1889 escribe:

«Sí; hay algo mejor que el nombre de Dios hoy: la huelga general.»

⁹ Sobre Louise Michel, véase más adelante. Henri Rochefort (marqués de Rochefort-Luzay) (1830-1913), periodista y panfletario; hizo en su semanario *La Lanterne* una viva oposición al segundo Imperio. Diputado de la Comuna en 1871.

¹⁰ Joseph Foulon (1717-1789), controlador general de finanzas, decapitado luego tras la toma de la Bastilla

»Ved lo que pasaría si en quince días no hubiese carbón. Las industrias pararían, las grandes ciudades no tendrían gas, los ferrocarriles dormirían.

»De golpe, el pueblo casi todo entero reposaría. Esto le daría tiempo para reflexionar; comprendería que es suciamente robado por los patronos, sacudiéndose las pulgas rápidamente.»

Y más lejos:

«Así, pues, una vez los mineros en danza, una vez que la huelga es casi general, sería preciso que se pusieran a trabajar por su propia cuenta; la mina sería para ellos, tras haberles sido robada por los ricos; que retomen sus bienes, pardiez. Y el día en que, hartos de tanto cachondeo, comience la lucha y el alboroto sea llevado a cabo por buenos sujetos, pues entonces, os lo dice el Père Peinard, el comienzo del fin habrá llegado.»

Un gran panfletario proletario

Pero si el movimiento obrero tiene aquí una importancia muy grande, los demás aspectos de la cuestión social los pasa también Pouget por la criba de su implacable censura; ninguna de las taras de la sociedad burguesa las pasa por alto; un gran banco, la Oficina de Descuento, acaba de saltar a la palestra: su artículo «Los acaparadores» ha de ser citado por entero:

«Gobernantes, imbéciles bufos y financieros, eso son Canalla y Compañía. No han decidido una investigación. Yo prefiero —escribe— el sistema del 89; era mejor. Así, por lo menos, en julio del 89 Berthier de Sauvigny quedaba colgado de una farola, y otro de sus compañeros, Foullon¹¹ era masacrado. ¿Cuándo, pues, nos decidiremos a aplicar de nuevo este sistema, para enseñar lo que vale un peine a toda la camarilla de los Rothschild y de los Schneider?»

La agitación del exterior no le deja jamás indiferente.

Así se lee en «Entre los compañeros de al lado»: «Además de las estaciones de Alemania que se agitan gallardamente, los Macaronis rompen la cara a sus grandes dueños, los campesinos serbios y búlgaros golpean fuertemente desde sus legumbres... Incluso se mueven los inglesitos, que, pese a su flema y a su aire cachazudo, están haciendo su huelguecilla.»

Luego vienen las «jodiendas militares», crítica del ejército, de los «cerdos de cuartel», que es una carga a fondo —¡y qué carga!— contra el ejército y el militarismo.

En su folleto «El palacio de injusticia», es la magistratura y la justicia de clase —no os digo más que eso— quien a su vez resulta juzgada como se merece.

¹¹ Muchos pasquines y affiches, bajo el título *Le Père Peinard au Peuple* se han editado con tiradas de más de 20.000 ejemplares, y yo podría citar más de treinta de ellos (nota de Paul Delesalle).

Y esto no es todo. A cada preocupación de la opinión pública responde un artículo, incluso un número especial, pues Pouget tiene por encima de todo el sentido exacto de la propaganda, de lo que hay que decir a las masas.

La llamada a filas es para él un buen pretexto, lo mismo que el aniversario de la Comuna o el 14 de julio, y frecuentemente un cartel¹² acompaña al número del *Père Peinard*. No hay un sólo hecho que afecte a la opinión pública y que le deje indiferente. Es porque Pouget es ante todo un periodista nato.

Pero donde la polémica reviste una forma más personal, aunque esto no es único y exclusivo de él, sino de todos los anarquistas de esta época, es en su crítica al parlamentarismo y a toda institución estatal.

Lo que resucitaban Pouget y los anarquistas de esta época eran en realidad las antiguas luchas de la Primera Internacional, el socialismo libertario por una parte, representado por Bakunin y la Federación llamada Jurasiana, y el socialismo autoritario de Marx.

Guesde, el mejor de los representantes del socialismo autoritario de la época, la bestia negra de Pouget, iba clamando por doquier: «Enviad al parlamento, vosotros la clase obrera, a la mitad de los diputados más uno, y la revolución no tardará en ser un hecho consumado.» A lo que Pouget y sus amigos respondían: «Agrupaos en vuestras sociedades obreras, en vuestros sindicatos, y tomad los talleres.»

Dos métodos que enfrentaban y aún enfrentan hoy, y de forma a veces violenta, a socialistas libertarios y autoritarios.

Pouget ilustraba su tesis, con lo que la polémica se exacerbaba: «Es domingo; por ello, tienen lugar las sagradas elecciones. Naturalmente, no faltan candidatos, los hay de todos los gustos y colores: una cerda no encontraría allí a sus hijos. Pero si bien el color y la etiqueta de los candidatos cambia, hay una cosa que no varía: las soflamas. Republicanos, panaderos, socialisteros, etc., todos prometen al pueblo dejarse morir de fatiga.»

Y un violento pasquín apoyaba esta su demostración.

Represión

Pero semejante propaganda, con tanto vigor, no carecía de inconvenientes. Las persecuciones arreciaban fuerte, y si eran víctimas de ellas sus gerentes, Pouget también iba de cuando en cuando a dar con sus huesos en la cárcel de Sainte-Pélagie, la prisión política de la época, lo que no impedía que apareciese

¹² Sadi Carnot (1837-1894), presidente de la República, asesinado en Lyon por el anarquista italiano Casetio.

el *Père Peinard*, yendo sus compañeros, uno tras otro, a buscar la copia a la prisión misma.

Un período de agitación tan intenso había exasperado a ciertas individualidades. Hubo una serie de atentados, con el coronamiento del asesinato en Lyon del presidente Carnot¹².

La burguesía, excitada por la prensa a su servicio, fue presa de tal pavor, que no creyó encontrar su salvación sino en el voto por los parlamentarios de una serie de leyes de represión calificadas justamente, pasado el terror, de leyes infamantes¹³.

Los arrestos sucedieron a las pesquisas que tuvieron lugar por centenares en el país, y un gran proceso, el llamado «proceso de los Treinta» tuvo lugar.

Pouget y otros muchos camaradas pusieron tierra por medio entre ellos y sus pretendidos jueces. El exilio comenzó para él, y el 21 de febrero de 1894, el 253 y el último número de la primera serie del *Père Peinard* aparecía.

Refugiado en Londres, donde encontró a Louise Michel¹⁴, sería conocer mal a nuestro camarada al creer que había de aquietarse allí, y en septiembre del mismo año aparecía el primer número de la serie londinense del *Père Peinard*. Ocho números vieron la luz hasta enero de 1895. Pero el exilio no era una solución, y como la burguesía se sentía un poco calmada. Pouget volvió a Francia para purgar su contumacia, que fue satisfecha, como lo habían sido, por lo demás, todos los miembros coacusados en el «Proceso de los Treinta».

Todas estas peripecias no alteraron en nada el ardor del militante, que no pasó; el 11 de mayo del mismo año aparecía *La Sociale*, que sucedía al *Père Peinard*, cuyo fundador, por múltiples razones, no había podido retomar momentáneamente el título (lo que logró en octubre de 1896).

¿Qué decir de estos dos nuevos partos de Pouget, sino que fueron iguales, por la intensidad de su propaganda, a su hermano mayor? El mismo valor, mayor aún, pues las «leyes infamantes» aumentaban las dificultades, y la misma valentía. De esta época datan los famosos *Almanach du Père Peinard*, numerosos folletos de propaganda, uno de los cuales, firmado Pou-

¹² Leyes «de excepción» destinadas a reprimir la actividad terrorista anarquista y que fueron votadas tras el asesinato de Auguste Vaillan en 1894. Auguste Vaillant (1861-1894), anarquista, ejerció, como su padre, veinte oficios, siendo guillotinado tras haber lanzado una bomba en el hemicycle de la Cámara de Diputados el 9 de diciembre de 1893.

¹⁴ Luise Michel (1830-1905), institutriz y militante anarquista indómita, participó en la Comuna de 1871, siendo deportada y luego indultada.

¹⁵ Victor Griffuelhes (1874-1923), antiguo obrero zapatero; primeramente, blanquista, luego sindicalista revolucionario y secretario general de la C. G. T. de 1902 a 1909.

get, *Les Variations guesdistes*, hizo algún ruido en el círculo del socialismo político.

Vino el asunto Dreyfus, y Pouget no pudo quedar ante él indiferente. Lanzóse a la batalla para reclamar la justicia también para los anarquistas enviados a presidio y que morían en las Iles du Salut, donde eran especialmente castigados en esta época. Por múltiples artículos, por su folleto *Les Lois scélérates*, escrito en colaboración con Francis de Pressensé, logró alcanzar la atención de las masas, y los gobernantes de la época hubieron de poner en libertad a algunos de los que quedaban de una pretendida revuelta hábilmente maquinada anteriormente por la administración del presidio.

«La Voz del Pueblo»

El Congreso de Toulouse (1897), bajo el impulso de Pouget, había adoptado un importante informe sobre *Le Boycottage et le Sabotage*, que aportaba a la clase obrera una nueva forma de lucha.

En fin, y ésta era su idea más querida, había avistado dar a la clase obrera un órgano de combate exclusivamente editado por los interesados. Ya un primer paso en este sentido había sido dado en el Congreso de Toulouse, y luego retomado en el Congreso de Rennes. Tratábase entonces, en el espíritu de los camaradas, de un periódico diario, proyecto al cual hubo que renunciar a continuación, debido a la presencia de dificultades financieras de toda índole.

Lo importante es que la idea estaba lanzada, y gracias a la tenacidad de Pouget apareció el primer número de *La Voix du Peuple* el primero de diciembre de 1900.

Pouget, nombrado secretario adjunto de la C. G. T., Sección de Federaciones, estaba encargado de hacer aparecer semanalmente el periódico. Gracias a su esfuerzo perseverante y a la ayuda de Fernand Pelloutier, la clase obrera fue dotada por primera vez de un órgano afecto a ella.

(...) Me sería fácil, sirviéndome de *La Voix du Peuple*, el recordar una a una las campañas de todas las clases, la lucha contra los burós de colocación, reposo semanal, jornada de ocho horas, lucha contra las iniquidades más diversas a las que el nombre de Emile Pouget está constantemente mezclado y siempre en primer plano de la batalla.

Toda la clase obrera luchaba por su pluma.

Debo recordar esos bellos e inolvidables números especiales sobre «El sorteo militar», sobre «El Primero de Mayo», concebidos y realizados de tal forma, que no es exagerado decir que nunca se ha sobrepasado la intensidad de semejante propaganda .

¿Habré de recordar también la campaña por la jornada de ocho horas, con su culmen en el Primero de Mayo de 1906? Hay que haber vivido esta época al lado de Pouget para saber cuánta ciencia —el sustantivo no me parece exagerado— de la propaganda desplegó entonces. Secundado por su *alter ego* Victor Griffuelhes¹⁵ durante casi dos años, supieron renovarse y animar a la masa de trabajadores, que a veces tiene demasiada tendencia a dudar de sí misma. No es, pues, exagerado decir que si, allá donde supo imponerla integralmente, la clase obrera gozó de la jornada de ocho horas, lo debe en una parte bastante apreciable a Emile Pouget.

Basta con repasar la colección de los congresos de la C. G. T. entre 1896 y 1907 para cerciorarse de la influencia profunda que ejerció sobre estas bases de trabajo. Sus informes, sus intervenciones y sobre todo su trabajo efectivo en el seno de las comisiones, son aún los garantes más sólidos de lo que le debe el sindicalismo. ¿Recordaré que en Amiens fue él quien redactó la carta, y que la moción que aún hoy sigue siendo la carta del verdadero sindicalismo es en parte su obra?¹⁶

Hay que mencionar también, además de los numerosos folletos que firmó, su colaboración en muchos pequeños periódicos obreros, así como sus grandes artículos aparecidos en *Le Mouvement socialiste*, de Hubert Lagardelle¹⁷, estudios tan sustanciales que será imposible ignorarles cuando se quiera en el futuro estudiar en profundidad los orígenes y los métodos del movimiento sindicalista en Francia.

0

«La Revolución», Villeneuve-Saint-Georges, la retirada

(...) Pouget tuvo durante toda su vida una especie de obsesión por un diario, pero un diario proletario que reflejase exclusivamente las aspiraciones de la clase obrera. Es lo que intentó al fundar con otros camaradas *La Révolution*. Griffuelhes

¹⁶ La Carta de Amiens (1906), por la cual el sindicalismo revolucionario proclamaba su independencia respecto a los partidos políticos.

¹⁷ Hubert Lagardelle (1875-1958), abogado primero guesdista, luego fundador del *Mouvement Socialiste* (1899-1914), revista teórica del sindicalismo revolucionario; autor de un libro importante, *Le socialisme français*. Acabó siendo ministro del mariscal Pétain.

¹⁸ Pierre Monatte (1881-1960), corrector de impresta, colaboró en la revista anarquista *Les Temps Nouveaux* más tarde; como sindicalista revolucionario formó parte del comité confederal de la C. G. T. de antes de 1914. Se adhirió al P. C. F. en 1923 y llegó a ser redactor de la página social de *L'Humanité*, de donde fue excluido en noviembre de 1924. Fundó entonces *La Révolution Proletarienne*, órgano de la Liga Sindicalista. Véase *Syndicalisme révolutionnaire et communisme, les archives de Pierre Monatte*, 1969.

pertenecía a él; Monatte¹⁸, también. Desgraciadamente, hace falta mucho dinero para hacer vivir un diario, y no habiendo llegado la ayuda prevista, *La Révolution* hubo de dejar de aparecer a los pocos meses. Fue uno de los mayores disgustos de su vida el ver fracasar la obra que tan ardientemente había deseado.

Casi podría detenerme aquí, pero debo recordar el asunto Draveil-Villeneuve-Saint-Georges. Con los años parece, en efecto, que esta miserable y triste jornada fue querida por Clemenceau. Era también la opinión de Griffuelhes y de Pouget. Hubo persecuciones contra bastante militantes, y naturalmente también contra Pouget. Pero tras dos meses de cárcel en Corbeil, la acusación hubo de retirarse y no es exagerado decir que si hubiese habido proceso el banco de infamia no hubiera sido el de los acusados.

Pero ya la salud de Pouget, que era más de diez años mayor que nosotros, comenzaba a resentirse.

A la larga, la lucha, con la intensidad con que él la concebía, gasta al hombre. El descanso consistió para él entonces en trabajar para ganar su vida, y hasta el día en que la enfermedad le atenzó, no paró de trabajar, con setenta y un años²⁰.

Emile Pouget: ¿Qué es el sindicato?

Propiedad, autoridad, no son más que la manifestación y la expresión divergente de un solo y único principio, que se concreta en la realización y la consagración de la servidumbre humana. No hay, pues, más que una diferencia de ángulo visual. Visto desde un ángulo, la esclavitud aparece como un *crimen de propiedad*; visto desde otro, se constata como un *crimen de autoridad*.

En la vida, estos «principios», bozales de los pueblos, se concretan en instituciones opresoras donde sólo la fachada ha variado a lo largo de los años. Actualmente, pese a todas las transformaciones operadas en el régimen de la propiedad y las modificaciones aportadas en el ejercicio de la autoridad, transformaciones y modificaciones todas ellas superficiales, la sumisión, la construcción, el trabajo forzado, el hambre, etc., son el lote de la clase obrera.

¹⁹ En 1908, las huelgas fueron reprimidas en sangre por el gobierno de Georges Clemenceau (1841-1929) en Draveil y Villeneuve-Saint-Georges, a consecuencia de lo cual los dirigentes de la C. G. T. fueron arrestados.

²⁰ En 1931, en la localidad de Lozère (Palaiseau), una carroza fúnebre de pobre conducía a Emile Pouget a su última morada, seguido de Pierre Monatte, Maurice Chambelland y algunos otros, entre los cuales me encontraba yo (Daniel Guérin).

²¹ Extraído de *Le Syndicat*, 1905.

Por ello el infierno del asalariado es un infierno lúgubre: la gran mayoría de los seres humanos vegetan allí, privados de bienestar y de libertad. Y en este infierno, pese a la decoración democrática de su máscara, florecen a montones miseria y dolores.

La agrupación esencial

El grupo corporativo es, en efecto, el único centro que, por su constitución, responde a las aspiraciones que impulsan al asalariado; es la única agregación de seres humanos resultante de la identidad absoluta de los intereses, puesto que tiene su razón de ser en la forma de producción sobre la que se modela y de la que no es más que una prolongación.

¿Qué es, en efecto, el sindicato? Una asociación de trabajadores unida por el lazo corporativo. Esta coordinación corporativa puede manifestarse, según los ambientes, tanto por el vínculo más circunscrito de su oficio, o, en la enorme industrialización del siglo xx, englobar a los proletarios de oficios diversos, pero cuyo esfuerzo concurre a una obra común.

Sin embargo, cualquiera que sea la forma preferida por los militantes o impuesta por las circunstancias, o sea, que el aglomerado sindical se limite al «oficio» o se extienda a la «industria», la identidad del fin perseguido es:

1.º Luchar constantemente frente al explotador; forzarle a respetar las mejoras conseguidas; frenar toda tentativa de regresión; luego, también, tender a atenuar la explotación exigiendo mejoras fragmentarias, tales como disminución de horas de trabajo, aumento de salarios, mejoras higiénicas, etc., modificaciones que, aun cuando sólo afectan a los detalles, no por ello son menos eficaces logros frente a los privilegios capitalistas, que así se atenúan.

2.º El sindicato tiende a preparar una coordinación creciente de las relaciones de solidaridad, de manera que haga posible en el menor plazo la expropiación capitalista, única base que puede servir como punto de partida para una transformación integral de la sociedad. Sólo tras esta legítima restitución social podrá ser aniquilada toda posibilidad de parasitismo. Sólo entonces, no estando ya obligado a trabajar al servicio de otro, y siendo abolido el salario, llegará a ser la producción social en su destino como lo es en su fuente; en este momento, siendo la vida económica una amalgama real de esfuerzos recíprocos, toda explotación social será no solamente abolida, sino que resultará imposible.

Así, gracias al sindicato, la cuestión social se manifiesta con una nitidez y agudeza tales, que su evidencia se impone a los

menos clarividentes; el grupo corporativo traza, sin equívoco posible, la demarcación entre los asalariados y los amos. Gracias a él, la sociedad aparece tal como es: por un lado, los trabajadores, los robados; por otro, los explotadores, los ladrones.

Autonomía sindical

Por superior a cualquier otra forma de agrupación que sea el sindicato, no se sigue de ahí que tenga una vida intrínseca e independiente de la que le comunican sus adherentes. Por esto, esos adherentes, a fin de dar muestras de que son sindicatos conscientes, deben participar en la obra del sindicato. Y por su parte sería no tener la menor noción de lo que hace la fuerza del grupo el creerse perfectos sindicatos sólo por estar financieramente en regla con el sindicato.

Ciertamente, es bueno cotizar regularmente, pero esto no es sino la parte más pequeña de lo que un sindicato está obligado para consigo mismo y para con el sindicato; debe, en efecto, saber que el valor del sindicato es menos el resultado de su situación monetaria que la multiplicación de la energía coherente de sus adherentes.

El individuo es la célula constitutiva del sindicato. Para el sindicato, no se produce el fenómeno depresivo que se manifiesta en los medios democráticos, donde, ensalzado el sufragio universal, se tiende a la compresión y a la disminución de la personalidad humana. En un ambiente democrático, el elector no puede usar su voluntad más que para un acto de abdicación, es llamado a «dar» su «voto» al candidato que desee tener por «representante».

La adhesión al sindicato no implica nada parecido y ni siquiera el más puntilloso podría descubrir la menor ofensa a la personalidad humana; antes como después, el sindicato es lo que era, antes era autónomo, después lo sigue siendo.

Al entrar en un sindicato, el trabajador se limita a firmar un contrato, siempre revocable, con camaradas que son sus iguales en querer y en poder, y en cada momento las opiniones que pueda emitir, los actos en los que llegue a participar, no tendrán los caracteres suspensivos o abdicativos de la personalidad que distinguen y cualifican a los votos políticos.

En el sindicato, por ejemplo, si hay que nombrar un consejo sindical encargado de la labor administrativa, no hay que comparar esta «selección» con una «elección»; el modo de votación, habitualmente empleado en tal circunstancia, no es sino un procedimiento para lograr la división del trabajo, y no implica ninguna delegación de autoridad. Las funciones del consejo sindical, estrictamente delimitadas, son sólo administrativas. El con-

sejo hace la tarea que le incumbe, sin neutralizar nunca sus mandatos, sin sustituir a nadie ni actuar por nadie.

Lo mismo puede decirse de todas las funciones del sindicato; todas se restringen a un acto definitivo y particular, mientras que, en el dominio democrático, la elección implica que el elegido ha recibido del elector un cheque en blanco que le permite decidir y actuar a su guisa, sobre todo y por todo, sin ser frenado por la voluntad posiblemente contraria de sus mandantes, en los cuales, en tal caso, la oposición, por caracterizada que sea, es ineficaz mientras dura el mandato de su elegido.

No hay, pues, paralelo posible, y menos confusión, entre la acción sindical y la participación en las engañosas mentiras de la política.

El sindicato, escuela de voluntad

El «Conócete a ti mismo» de Sócrates es completado en el sindicato con la máxima «Actúa por ti mismo».

Así, el sindicato se erige como escuela de voluntad: su papel preponderante resulta del querer de sus miembros, y, si es la forma superior de asociación, es porque es la condensación de las fuerzas obreras, que resultan eficaces por su acción directa, forma sublime de la actividad consciente de las voluntades de la clase proletaria.

La burguesía ha maniobrado para predicar la moderación y la paciencia al pueblo, haciéndole esperar que el progreso se daría por milagro, sin esfuerzo por su parte, gracias a la intervención exterior del Estado. Esto era la perpetuación, en forma menos beata, de las creencias milenarias y religiosas. Pero mientras que los dirigentes trataban de sustituir tan decepcionante ilusión frente al no menos desilusionador milagro religioso, los trabajadores realizaban en la sombra, con una tenacidad indomable y nunca desanimada, el organismo de emancipación que es el sindicato.

Este organismo, verdadera escuela de voluntad, se ha constituido y desarrollado en el siglo XIX. Gracias a él, gracias a su constitución económica, los trabajadores han podido resistir a la inoculación del virus político y desafiar toda tentativa de división.

Es en la primera mitad del siglo XIX cuando los grupos corporativos se constituyeron pese a la prohibición que les amenazaba. La persecución fue implacable contra quienes tuvieron la audacia de sindicarse, de modo que hubo que ingeniarse para evitar la represión. Así, para agruparse sin demasiados riesgos, los trabajadores enmascararon sus asociaciones de resistencia bajo aspectos anodinos, como el de la mutualidad.

Las agrupaciones de caridad no han hecho nunca sombra a la burguesía, que sabe muy bien que al ser simples calmantes no pueden en ningún sentido significar un remedio para el mal de la miseria. La esperanza en la caridad es una cataplasma somnifera muy buena para evitar a los explotados reflexionar sobre su triste suerte y para buscar una solución. Por esto las asociaciones mutualistas han sido siempre toleradas, y hasta apoyadas por los dirigentes.

Los trabajadores supieron aprovechar la tolerancia concedida a estas instituciones; se reunieron, so pretexto de ayudarse en caso de enfermedad, de constituir pensiones, etc., pero persiguieron un fin mucho más viril: se preocuparon por mejorar sus condiciones de existencia y trataron de resistir a las exigencias patronales. Su táctica, empero, no logró siempre engañar a la autoridad, que, prevenida por las denuncias patronales, acorraló frecuentemente a estas dudosas sociedades de socorros mutuos.

Más tarde, cuando, a fuerza de aguerrirse, de actuar por ellos mismos, los trabajadores se sintieron bastante fuertes como para desafiar la ley, arrojaron la máscara mutualista, e, intrépidamente, titularon a sus agrupaciones sociedades de resistencia.

¡Bello título!, expresivo y claro. El solo ya contiene un programa de acción. Demuestra que, aunque fuesen embrionarios los grupos corporativos, los trabajadores sentían la necesidad de no marchar a remolque de los políticos y de no combinar sus intereses con los de la burguesía, sino, por el contrario, de ponerse frente a ella.

Instintivamente, era en el balbuceo de la lucha de clases, donde la Asociación Internacional de Trabajadores iba a dar la fórmula neta y definitiva, al proclamar que «la emancipación de los trabajadores debe ser obra de los trabajadores mismos».

Esta fórmula, luminosa afirmación de fuerza obrera, depurada de todas las escorias del democratismo, iba a servir de idea directriz a todo el movimiento proletario. No era, por lo demás, más que la afirmación grande y categórica de las tendencias en germinación en el pueblo. Ello prueba abundantemente la concordancia teórica y táctica entre el movimiento «sindicalista», hasta entonces subterráneo e impreciso, y la declaración inicial de la Internacional.

Tras haber comenzado por afirmar que los trabajadores no tienen que contar más que con sus propias fuerzas, la declaración de la Internacional completaba la proclamación de la autoridad necesaria del proletariado; indicando que únicamente por su acción directa puede obtener resultados tangibles, añadía:

«Considerando:

»Que el sometimiento económico del trabajador ante los detentadores de los medios de trabajo, es decir, de las fuentes de

la vida, es la causa primera de su servidumbre política, moral material;

»Que la emancipación económica de los trabajadores es consecuentemente el gran fin al que todo movimiento político debe subordinarse como medio (...).»

Así, pues, la Internacional no se limita a proclamar netamente la autonomía obrera, sino que completa su declaración afirmando que las agitaciones políticas, las modificaciones a la forma gubernamental no debían impresionar a los trabajadores hasta el punto de hacerles olvidar las realidades económicas.

El movimiento sindicalista actual no es más que la continuación lógica de la Internacional; la concordancia es absoluta, y en el mismo plano continuamos la obra de nuestros predecesores.

Sólo que cuando la Internacional ponía sus premisas la voluntad obrera era aún poco clarividente, la conciencia de clase del proletariado estaba muy poco desarrollada como para que la orientación económica predominase sin desviación posible.

La clase obrera hubo de padecer la influencia divergente de políticos desafortunados, que, no viendo en el pueblo más que un medio para su actuación, le alaban, le hipnotizan y le traicionan. Por otra parte, la clase obrera se dejó también arrastrar por los hombres de lealtad y desinterés, que, imbuidos de democratismo, daban demasiada importancia a la superfetación estatal.

Gracias a la doble influencia de estos elementos, en el período actual (que comienza con la hecatombe de 1871) el movimiento sindical vegetó largo tiempo, importunado en diversos sentidos. Por un lado, los políticos crápulas se esforzaban por domesticar a los sindicatos, tratando de llevarles a remolque del gobierno; por otro, los socialistas de las diversas escuelas trataban de hacer predominar allí sus tendencias. Así, pues, unos y otros trataban de transformar los sindicatos de «grupos de interés» en «grupos de afinidades».

El movimiento sindical tenía raíces demasiado vigorosas, es una necesidad demasiado ineluctable para que estos esfuerzos divergentes puedan frenar su desarrollo. Hoy, continúa la obra de la Internacional, la de los pioneros de las «sociedades de resistencia» y de las primeras agrupaciones. Ciertamente, las tendencias se han precisado, las teorías se han clarificado; pero hay una absoluta concordancia entre el movimiento sindical del siglo XIX y el del siglo XX: uno deriva del otro. Existe el crecimiento lógico, ascensión hacia una voluntad siempre más consciente y manifestación de la fuerza cada vez más coordinada del proletariado, que se expande en una unidad creciente de aspiraciones y de acción.

La tarea sindical tiene un doble objeto: debe perseguir, con un rigor máximo, la mejora de las condiciones presentes de la clase obrera. Pero, sin dejarse obsesionar por esta obra transitoria, los trabajadores deben preocuparse por hacer posible y próximo el acto primordial de emancipación integral: la expropiación capitalista.

En el presente, la acción sindicalista trata de la conquista de mejoras parciales, graduales, que, lejos de ser un fin, no pueden ser consideradas más que como un medio para exigir de antemano y arranca al capitalismo mejoras nuevas.

El sindicato ofrece a los patronos una superficie de resistencia que está en proporciones geométricas a la resistencia de sus adherentes: refrena los apetitos del explotador, le impone el respeto de condiciones de trabajo menos draconianas que las resultantes del contrato individual firmado por el asalariado aislado. A este contrato leonino entre el patrón forrado de capital y el proletariado desnudo de todo le sustituye el contrato colectivo.

Así, frente al empleador, se levanta el sindicato, que atenúa el odioso «mercado de trabajo» de la oferta de brazos, frenando en cierta medida las consecuencias desastrosas de la abundancia de los que no tienen trabajo, y que impone al capitalismo el respeto de los trabajadores, así como, en proporción relativa, a su fuerza, exige de él el abandono de las migajas de los privilegios.

Esta cuestión de las mejoras parciales ha servido de pretexto para tratar de introducir la discordia en las organizaciones corporativas. Los políticos, que no viven más que de la confusión de las ideas y a quienes mortifica la repulsión creciente que sienten los sindicatos por sus personalidades y su peligro de intervención, han tratado de llevar a los medios económicos las querellas verbales con que torea a los electores. Han tratado de encizañar y dividir a los sindicatos en dos campos, clasificando a los trabajadores en reformistas y revolucionarios. Para desacreditar mejor a estos últimos, les han bautizado como «los partidarios de todo o nada», y les han supuesto ladinamente adversarios de las mejoras actualmente posibles.

Estas bobadas no tienen de superior más que su estupidez. No hay un trabajador, cualquiera que sea su mentalidad o sus aspiraciones, que por principio o por práctica quiera obstinarse en trabajar diez horas para un patrón, en lugar de ocho, ganando seis francos en lugar de siete.

Sin embargo, al poner en circulación estas idiotas chorradas, los políticos esperan alejar a la clase obrera de la organización económica, y disuadirla de hacer por sí misma sus propios asuntos, y de trabajar ella misma para conquistar cada vez más

bienestar y mayor libertad. Cuentan con el veneno de las calumnias para desintegrar a los sindicatos haciendo renacer en su seno las disputas odiosas y disolventes que han desaparecido desde que la política ha sido eliminada.

Lo que da una apariencia de pretexto a estas maniobras es que los sindicatos, curados, gracias a las crueles lecciones de la experiencia, de las esperanzas en la intervención gubernamental, tienen hacia ella una legítima desconfianza. Saben que el Estado, cuya función reside en ser gendarme del capital, tiene por naturaleza tendencia a hacer inclinar la balanza del lado patronal. Así, cuando una reforma le viene por vía legal, no se lanzan sobre ella con la voracidad de una rana sobre el trapo rojo que oculta el anzuelo, sino que la aceptan con la mayor prudencia posible: tanto más cuanto que esa reforma no se realiza más que si los trabajadores están suficientemente organizados para imponer por la fuerza su aplicación.

Los sindicatos desconfían de los regalos gubernamentales tanto más cuanto más frecuentemente han constatado sus perjuicios. Así consideran «regalos» ruines al Consejo Superior del Trabajo y los Consejos del Trabajo, instituciones inventadas únicamente para contrabalancear y frenar la obra de las agrupaciones corporativas. Por lo mismo, no se entusiasman con el arbitraje obligatorio y la reglamentación de las huelgas cuya más clara consecuencia sería enervar la capacidad de resistencia obrera. Por lo mismo, también, la capacidad jurídica y la comercialidad otorgadas a las organizaciones obreras no les dicen nada que merezca la pena, pues ven en ellas el deseo de hacerles abandonar el terreno de la lucha social, para llevarles al terreno capitalista donde el antagonismo de la lucha de clases cedería el paso a embrollos de dinero.

Pero del hecho de que los sindicatos tengan una ruda desconfianza hacia la buena voluntad del gobierno con respecto a ellos no se sigue que repugnen la conquista de mejoras fragmentarias. Sólo que las desean reales. Por ello, en lugar de esperarlas de la magnanimidad del poder, las arrancan con dura lucha, por la acción directa.

Si, llegado esto, la mejora que persiguen está subordinada a la ley, los sindicatos persiguen la obtención de todo ello por la presión exterior sobre los poderes públicos, y no tratando de hacer penetrar en los parlamentos diputados especialmente mandados, pequeño juego infantil que podría continuar durante siglos sin que hubiese una mejora favorable a la reforma soñada.

La mejora deseada debe ser arrancada directamente al capitalismo, por una vigorosa presión donde las agrupaciones manifiesten su voluntad. Sus medios son variados, aunque siempre emanan del principio de la acción directa; según el caso, usan la huelga, el sabotaje, el label.

Pero cualquiera que sea la mejora conseguida, debe siempre implicar una disminución de los privilegios capitalistas, ser una expropiación parcial.

Así, cuando no se satisface la logomaquia política, cuando se analizan los procedimientos y el valor de la acción sindical, se desvanece la sutil distinción entre «reformistas» y «revolucionarios» y hay que concluir que los únicos trabajadores realmente reformistas son los sindicalistas revolucionarios.

Elaboración del porvenir

Además de la obra de defensa cotidiana, los sindicalistas tienen la tarea de preparar el porvenir.

El grupo productor deberá ser la célula de la sociedad nueva. Es imposible concebir una transformación social real sobre otras bases. Así, pues, es indispensable que los productores se preparen para la toma de posesión y de reorganización que les debe incumbir y que sólo ellos podrán realizar con éxito.

Es una revolución social, y no una revolución política, la que queremos hacer. Ambos son fenómenos distintos y las tácticas que conducen a una divergen de la otra.

Como la mayoría de los textos precedentes planifican la sociedad anarquista, ha parecido útil añadir, a título a la vez de contraste y de complemento, documentos que relatan una experiencia concreta de edificación libertaria: la de las colectividades españolas de 1936. Sin duda, el papel político y militar jugado por los anarquistas en la revolución y la guerra civil española se relatará más adelante. Pero hemos creído útil, desde ahora, dar un salto en el tiempo: tras las anticipaciones, la práctica de la autogestión. Por lo demás, es directo el vínculo que existe entre los anticipadores y los prácticos; los segundos recogieron de la manera más precisa las enseñanzas de los primeros. Así, el lector podrá apreciar mejor las actitudes constructivas, y no destructivas, del anarquismo.

LA COLECTIVIZACION EN ESPAÑA, por Agustín Souchy¹

Los acontecimientos ocurridos tras el 19 de julio de 1936 en España representaban algo enteramente nuevo; en efecto, las

¹ Agustín Souchy, anarcosindicalista alemán que se puso al servicio de la revolución española. Extractos de *Colectivización, la obra constructiva de la revolución española*, abril de 1937, reeditada en 1965; abreviaturas: C. N. T. significa Confederación Nacional del Trabajo (anarco-sindicalista); F. A. I., Federación Anarquista Ibérica; U. G. T., Unión General de Trabajadores.

ocupaciones de tierras e industrias por los trabajadores españoles no tendían a tomar simple posesión sobre los propietarios, los cuadros y los poderes públicos, para obtener una mejora de las condiciones de trabajo y de salario, sino a la gestión directa de los medios de producción y de cambio por todos sus actores, y en el caso de las tierras dejadas en baldío o de empresas deficientes, la «toma» tenía el carácter de una verdadera medida de salud social. Handicapada en el mercado mundial tanto en productos agrícolas como en industriales por una administración parasitaria y por la competencia de los países nuevos, la España burguesa no era capaz de evitar el paro, ni de sacar fruto a su propio suelo, ni de extraer alimentos de él.

Ante esto, la réplica de la España obrera y campesina era un acto de justicia y de responsabilidad, operado por la base, fuera de toda burocracia y de toda dictadura de partido, por el que el país debía alimentar al país.

El 19 de julio y los días siguientes, todas las grandes empresas fueron abandonadas por sus dirigentes. Los directores de las compañías de ferrocarriles, de las compañías de transporte urbano, de transporte marítimo, de la gran metalurgia, de la industria textil, los presidentes y delegados de las asociaciones patronales, todos habían desaparecido. La huelga general, decretada por la clase obrera, medida de defensa contra la rebelión, paralizó durante ocho días toda la vida económica.

Rota la rebelión, las organizaciones obreras decidieron poner fin a la huelga. Los sindicatos de C. N. T., en Barcelona, se convencieron de que la vuelta al trabajo no podía hacerse en las mismas condiciones que antes. La huelga general no fue una huelga que tuviese por meta la defensa o la mejora de los salarios. No se trata, en efecto, de obtener salarios más elevados o mejores condiciones de trabajo. Ningún empresario había allí. Los trabajadores no debían sólo retomar su puesto en la locomotora, o el tranvía, o las oficinas. Debían también encargarse de la dirección general de las fábricas, de los talleres, de las empresas, etc. En otras palabras, la dirección de la industria y de toda la vida económica incumbía ya a los obreros y empleados ocupados en todas las secciones de la economía del país.

En España, en particular en Cataluña, el proceso de socialización comenzó por la colectivización. Esta no debe ser considerada como la realización de un plan preconcebido. Fue espontánea. De cualquier modo, la influencia de la doctrina anarquista en esta transformación es indudable. Tras largos años, los anarquistas y los sindicalistas de España consideraban su fin supremo la transformación social de la sociedad. En sus asambleas de sindicatos y de grupo, en sus periódicos, folletos y libros, discutióse sin cesar el problema de la revolución social, y de forma sistemática. ¿Qué pasaría tras la victoria del proletariado? Debía romperse el aparato gubernativo. Los trabajadores

deben ocuparse por sí mismo del funcionamiento de su empresa, administrarla ellos mismos, controlar los sindicatos toda la vida económica. Las asociaciones de ramas de industria deben dirigir la producción; las federaciones locales, el consumo. Tales eran las ideas de los anarcosindicalistas, ideas que también la F. A. I. adoptó. En sus conferencias y congresos, ésta declaró constantemente que la vida económica debe regirse por los sindicatos.

(...) Tras el 19 de julio de 1936, los sindicatos de C. N. T. se encargaron de la producción y abastecimiento. Primero los sindicatos se esforzaron por resolver la cuestión más urgente: asegurar el abastecimiento a la población. Se instalaron cocinas en cada barrio, en los locales de los sindicatos. Comités de avituallamiento se encargaron de buscar los víveres en los depósitos centrales de la ciudad o el campo, víveres pagados con bonos cuyo valor estaba garantizado por los sindicatos. Los miembros de los sindicatos, las mujeres e hijos de los milicianos, y la población en general, todos fueron alimentados gratuitamente. En los días de huelga, los obreros no recibieron salario. El Comité de milicias antifascistas decidió dar a los obreros y empleados la suma correspondiente a lo que les habría correspondido si hubieran trabajado esos días.

*Colectivización de la industria*²

(...) La primera fase de la colectivización comenzó cuando los trabajadores tomaron a su cargo la explotación de las empresas. En cada taller, fábrica, buró, comercio de venta, fueron nombrados delegados sindicales que se ocuparon de la dirección. Frecuentemente, estos nuevos dirigentes no tenían preparación teórica, ni muchos conocimientos de economía. Sin embargo, tenían un profundo conocimiento de sus necesidades personales y de las necesidades del momento.

(...) Conocían su oficio, el proceso de producción de su industria, sabían aconsejar. Su espíritu de iniciativa y de invención suplía a la falta de preparación.

En algunas fábricas de industria textil se confeccionaron paños de seda para el cuello de color rojo y negro, con un texto antifascista impreso, que fueron puestos a la venta. «¿Cómo habéis calculado el precio? ¿Cómo habéis establecido el margen de beneficio?», preguntó un periodista extranjero y marxista. «No sé nada en lo relativo al margen de beneficio», respondió el obrero a quien se preguntaba. Hemos buscado en los libros el precio de la materia prima, calculado los gastos corrientes, añadido un suplemento en provisión de fondos de reserva», añadió el

² Los subtítulos son nuestros.

montante de los salarios, más un suplemento del 10 por 100 para el Comité de Milicias Antifascistas, y así se estableció el precio.» Los pañuelos fueron vendidos a un precio inferior al que hubiera tenido en un régimen precedente. Los salarios fueron aumentados, y el margen de beneficio, noción sagrada en la economía burguesa, fue utilizado en favor de la lucha contra el fascismo

De este modo se efectuó en la mayoría de las empresas la dirección de la producción por los obreros. Los patronos que se oponían a la nueva gestión económica fueron echados a la calle. Fueron admitidos como trabajadores si aceptaban el nuevo estado de cosas. En este caso, se ocuparon como técnicos, directores comerciales o incluso como simples obreros. Ganaban un salario como un obrero o un técnico, según su profesión.

Este comienzo y este cambio fueron relativamente bastante simples. Las dificultades aparecieron más tarde. En breve, no hubo materias primas a voluntad. En los primeros días que siguieron a la revolución, fueron requisadas las materias primas. Luego hubo de pagarlas, hacerlas entrar en cuenta. Del extranjero llegaban muy pocas materias primas, hubo un aumento de precios de las materias primas y de los productos terminados. Se aumentaron los salarios, pero el aumento no fue general. En algunas industrias fue considerable. En la primera fase de la colectivización, los salarios de los obreros o de los empleados eran diferentes incluso en el marco de la misma industria.

(...) Los sindicatos decidieron ocuparse por sí mismos del control de las empresas. Los sindicatos de empresa se transformaron en empresas industriales. El sindicato de la construcción de Barcelona se encargó de los trabajos de las diferentes empresas que construían en la ciudad. Fueron colectivizadas las peluquerías. En cada peluquería hubo un delegado sindical. Cada semana llevaba al comité económico del sindicato todos los ingresos. Los gastos de la peluquería, como los salarios, fueron pagados por el sindicato.

(...) Empero, ciertas ramas económicas marcharon mejor que otras. Hubo industrias ricas y pobres, salarios elevados y salarios bajos. El proceso de colectivización no podía (...) pararse en esta fase. En la Federación local de los sindicatos de Barcelona (C. N. T.) se discutió la creación de un comité de enlace. Este debía extenderse a todos los comités económicos de los diversos sindicatos, el dinero debía ser concentrado en un solo lugar, una caja de compensación debía velar por un reparto legítimo de los fondos. En ciertas industrias existía desde el comienzo este comité de enlace y esta caja de compensación. La compañía de autobuses de Barcelona, empresa rentable, administrada por los obreros, tiene excelentes ingresos. Una parte de esos excedentes se da al fondo de reserva para comprar material al extranjero. Otra parte se destina a mantener a la compañía de

tranvías, cuyo rendimiento financiero es inferior al de la compañía de autobuses.

Cuando hubo escasez de gasolina, 4.000 taxistas quedaron en paro. La totalidad de su salario hubo de ser pagada por el sindicato. Fue una pesada carga para el sindicato de transportes. Hubo que pedir ayuda a los otros dos sindicatos y a la comuna de Barcelona.

En la industria textil, a causa de la penuria de materias primas, hubo que disminuir las horas de trabajo. En ciertas fábricas no se trabajó más que tres días por semana. Sin embargo, hubo que pagar a los obreros. Como el sindicato textil no tenía medios a su disposición, la Generalidad hubo de pagar a los obreros.

El proceso de colectivización no podía pararse aquí. Los sindicalistas reclamaron la socialización. Pero socialización no es para ellos nacionalización, dirección de la economía por el Estado. La socialización debe ser una generalización de la colectivización. Es la unión del dinero de los diversos sindicatos en una caja central; la concentración en el cuadro de la federación local se transforma en una especie de empresa económica comunal. Se trata de una socialización por la base de las actividades obreras en el cuadro de la comuna.

Colectividades en la agricultura

No sólo en Cataluña, sino también en todas las demás partes de España, las tradiciones del colectivismo tenían raíces. Cuando el poder de los generales fue abatido se constató en el país la aspiración general en favor de la colectivización de las grandes propiedades existentes. Las organizaciones sindicales y los grupos anarquistas se pusieron a la cabeza de este movimiento por la colectivización. Fueron fieles a sus tradiciones.

La colectivización del suelo adopto en España formas distintas a las de Rusia. La propiedad agrícola, en el marco de una comuna, fue colectivizada, si perteneció antes a un gran propietario de bienes raíces colocado del lado del clan clero-militarista y contra el pueblo. Los propietarios que aceptaron el cambio económico pudieron continuar trabajando en el cuadro del sindicato, que se colocó a la cabeza de la colectivización. También los exportadores se unieron al sindicato, así como, en varios lugares, también los pequeños propietarios.

El suelo y la propiedad son trabajados en común por los trabajadores del campo, todos los productos son llevados al sindicato, que proporciona los salarios y vende la producción. Los pequeños propietarios que no quisieron adherirse al sindicato, trabajan al margen de la colectivización. Han de trabajar penosamente para asegurar sus medios de existencia. Sobre ellos no

se ha operado ninguna presión, pero tampoco se les permite participar en las ventajas de la producción colectiva. En el sindicato, por el contrario, el trabajo está organizado racionalmente. Allí, reina realmente el principio «todos para uno, uno para todos». El pequeño propietario vive, pues, al margen de la comunidad o comuna. Respecto al reparto, las máquinas agrícolas, los productos alimenticios, etc., el pequeño propietario es servido el último³.

Los sindicatos de trabajadores agrícolas constituyen hoy una empresa económica. La limpieza y embalado de los diferentes frutos destinados al transporte están bajo la dirección del sindicato. En ciertas comunas, el conjunto de la vida económica está en manos de los sindicatos. El sindicato ha nombrado diversos comités para la organización del trabajo, para el consumo, para el reparto, y para la lucha contra el fascismo. Cafés y cines, donde los hay, están bajo control sindical. En las pequeñas localidades no hay diferencias entre los sindicatos de las diversas profesiones o ramas artesanales. Todos se reúnen en la federación local, que constituye el nervio vital de la economía y a la vez el centro político y cultural de la comuna.

En una rama no hubo colectivización: en los bancos.

¿Por qué no se organizaron los bancos? Los empleados de banca estaban débilmente organizados. Estaban afiliados no a los sindicatos de la C. N. T., sino a los de la U. G. T., que es opuesta a la colectivización. La U. G. T., en efecto, tiene otras tradiciones. Su ideología es socialdemócrata, quiere la estatalización. La socialización, según esta doctrina, debe ser aplicada por el Estado por medio de decretos. El Gobierno no decretó la colectivización de los bancos (...). La confiscación de los bienes de los bancos hubiera permitido un reparto central, único, de los medios financieros, y el establecimiento de un plan financiero. Una central reguladora hubiera podido ser levantada. Bajo el impulso de los sindicatos de industria, los sindicatos de banca hubieran podido establecer un plan de financiación de los sectores vitales para la economía del país. El instituto financiero hubiera podido inmediatamente poner al servicio de la colectivización la potencia financiera del país. La colectivización no hubiera sido parcial, hubiera podido extenderse a toda la vida económica.

³ He asistido en la provincia de Valencia a una asamblea del sindicato de trabajadores agrícolas, en que los pequeños propietarios estaban igualmente representados. Pudieron también tomar parte en la discusión. Al lamentarse de que les faltaba esto o lo otro, se les invitó a entrar en el sindicato. Una comisión presentó un informe sobre las mejoras a introducir en el trabajo del suelo. Fue muy instructivo observar de qué manera los trabajadores presentes completaron con sus experiencias personales las propuestas de la comisión (nota de Augustin Souchy).

Tras siete meses de colectivización, los sindicatos, a la luz de sus experiencias, constataron que era preciso coordinar todas las empresas colectivizadas de las diversas industrias. Se basaron, pues, sobre las experiencias hechas. La dirección central hoy creada no necesita ocuparse con la creación de órganos subordinados ya existentes. La cumbre de la colectivización descansa en una base sólida, el sindicato de industria, sus secciones de oficio en las empresas y talleres.

Los sindicatos tuvieron así la pretensión de regular el avituallamiento, sin querer, sin embargo, formar un monopolio. El sindicato de la alimentación tomó a su cargo el funcionamiento de las panaderías (no hay en Barcelona grandes fábricas de pan).

Al lado de éstas, existen aún pequeños despachos de pan, que trabajan como antes. El transporte de leche de los campos a las ciudades está asegurado también por los sindicatos, que además se ocupan del funcionamiento de la mayoría de las lecherías. El sindicato de la alimentación controla las empresas agrícolas, y trabaja en colaboración con las granjas colectivizadas.

(...) En Rusia, durante los primeros tiempos de la revolución, los comercios estaban cerrados. No fue así en España. El gran comercio pasó a manos de los sindicatos. El pequeño comercio recibió sus mercancías del sindicato. Para el pequeño comercio, los precios fueron fijados de modo general. El comercio interior organizado fue controlado. A la cabeza del monopolio de avituallamiento está el consejo de avituallamiento, cuyo fin fue organizar y unificar el conjunto del avituallamiento en Cataluña para que toda localidad fuese servida según sus necesidades. Se estableció un precio único para las comunas colectivizadas, los sindicatos de pesca y otras ramas de la alimentación, de acuerdo con la oferta de avituallamiento. Evitar un aumento de los precios de los géneros alimenticios era el fin de esta política económica. Especuladores y acaparadores debían así ser eliminados.

A mediados de diciembre, esta política fue suspendida. El 16 de diciembre se formó un nuevo gobierno catalán. Los comunistas obtuvieron la exclusión del P. O. U. M. (Partido Obrero de Unificación Marxista) del Gobierno. En la formación de éste, se nombró ministro de avituallamiento a Comorera⁴, miembro del partido socialista unificado (afiliado a la III Internacional). Otro ministerio fue dado a Domenech, representante de los sindicalistas de la C. N. T. Comorera abolió el monopolio de avituallamiento. La libertad de comercio fue reintroducida, quedando así abier-

⁴ Juan Comorera, socialista catalán, más tarde convertido en comunista en 1936 y consejero de la Generalidad de Catalunya; más tarde expulsado del Partido; temiendo ser liquidado físicamente, entró clandestinamente en España, siendo condenado allí a una gran pena: murió en prisión.

ta la vía al aumento de los precios. En este sector, la colectivización fue suspendida.

En la rama de los transportes, la feliz influencia de la colectivización salta a la vista. Pese al aumento general de los precios, las tarifas de las compañías de transporte de Barcelona no aumentaron. En las calles de Barcelona se ven nuevos tranvías con pinturas totalmente frescas, así como nuevos autobuses. Numerosos taxis han sido reparados.

La situación no es tan buena en la industria textil. A causa de la falta de materias primas, no se trabaja ya sino dos o tres días por semana en muchas fábricas, pero los salarios se pagan por cuatro días. La prolongación de esta situación debilita a estas empresas. El salario obrero de cuatro días es insuficiente. No es ello consecuencia de la colectivización, sino de la guerra. La industria textil de Cataluña ha perdido sus principales salidas. Una parte de Andalucía, Extremadura, Castilla la Vieja y todo el norte de España, con la populosa e industrial región de Asturias, están en manos fascistas. No hay modo de hallar nuevas salidas.

(...) Durante el primer mes de 1937, la situación ha mejorado un poco. Se trabaja para el ejército. En Sabadell, ciudad textil de 60.000 habitantes, todos los obreros están ocupados. En Barcelona, en algunas hilaturas, persiste el trabajo reducido.

(...) La colectivización abre nuevas perspectivas, conduce a nuevas vías. En Rusia, la Revolución ha llevado a la estatalización (...). En España (...) el pueblo mismo, los campesinos en el campo, los obreros en las ciudades, han tomado a su cargo la explotación del suelo y de los medios de producción. Entre grandes dificultades, por tanto y error, van siempre adelante, esforzándose por edificar un sistema económico equitativo donde los trabajadores mismos sean los beneficiarios de los frutos de su trabajo.

PROGRAMA DE LA FEDERACION DE COLECTIVOS DE ARAGON⁵ (14 DE MARZO DE 1937)

I. *Estructura de la federación regional de colectivos agrícolas*

1. Constituir la federación regional de colectivos, para coordinar el poder económico de la región y para dar seguridad solidaria a esta federación, de acuerdo con los principios de autonomía y de federalismo que son nuestros.

2. Para constituir esta federación, observar las reglas siguientes:

⁵ Extractos sacados del *Diario de Barcelona*.

a) Los colectivos deben federarse por comarcas.

b) Para mantener la cohesión y el control de los comités cantonales entre sí, se creará el *Comité regional de colectivos*.

3. Los colectivos establecerán una estadística exacta de su producción y de su consumo, que enviarán a su comité comarcal respectivo, el cual la transmitirá al comité regional.

4. La supresión de la moneda en los colectivos, y su reemplazamiento por la cartilla de aprovisionamiento, permitirán poner a disposición de cada colectivo las cantidades de subsistencias necesarias.

5. Para que el comité regional pueda proceder al aprovisionamiento de los colectivos con productos provenientes de importaciones, los colectivos o los comités comarcales proporcionarán al comité regional una cantidad de productos en relación con la riqueza de cada localidad o comarca, a fin de crear el fondo regional de cambios exteriores.

II. *Nueva forma orgánica de administración de la tierra*

Aceptamos el municipio o comuna como órgano futuro de control de administración de las propiedades del pueblo. Empero, en tanto que *colectivistas federados cantonalmente* proponemos abolir los límites locales de la propiedad que cultivamos y, en nuestra opinión, será necesario que el congreso estudie los puntos siguientes:

1. Estando los colectivos constituidos en federaciones comarcales, se entenderá que las tierras locales administradas por esas federaciones no constituyen ya más que un solo terreno, sin límites interiores; y por lo que concierne a los campos cultivados, instrumentos de trabajo, máquinas agrícolas, así como materias primas a ellos destinadas, serán puestos a disposición de los colectivos que lo necesiten.

2. Se hará un llamamiento a los colectivos con excedente de mano de obra o que, en ciertas épocas del año, no utilizan a todos sus productores porque no es el momento adecuado para sus trabajos, y los equipos disponibles podrán ser utilizados, bajo control del comité comarcal, para reforzar a los colectivos donde faltan brazos.

III. *Conducta respecto a los consejos locales y los pequeños propietarios*

1. Relaciones con los consejos locales:

a) Los consejos locales, compuestos por representantes de las diversas organizaciones antifascistas, tienen una función par-

ricular enteramente legal, que les ha sido reconocida por el comité regional de defensa de Aragón.

b) Los consejos administrativos de los colectivos ejercen una función netamente distinta a la de los consejos locales y comarcales.

c) Pero como los sindicatos están llamados a nombrar y controlar los delegados por medio de las dos funciones ya citadas, éstas pueden ser ejercidas por el mismo camarada, bien entendido que no deberá mezclarlas.

2. Relaciones con los pequeños propietarios:

a) Queda bien entendido que los pequeños propietarios que, por su propia voluntad, quedan al margen de los colectivos, no tienen ningún derecho a exigir servicios en trabajo o en especies, porque se consideran capaces de bastarse a sí mismos.

b) Todas las propiedades raíces, rurales y urbanas y los restantes bienes que hayan pertenecido a elementos facciosos en el momento de la expropiación y que sean aceptados en el colectivo, pasan a manos del colectivo.

c) Ningún pequeño propietario que quede fuera del colectivo podrá poseer más tierra de la que pueda trabajar él mismo, bien entendido que esta posesión no le dará derecho a percibir ningún beneficio de la nueva sociedad.

d) Será considerado libre y responsable, entre los trabajadores asociados, en la medida en que su persona o su bien no causen ninguna perturbación al orden colectivo.

EJEMPLOS LOCALES DE COLECTIVIZACION ⁶

Lecera (Aragón)

Lecera es el primer pueblo de la provincia de Zaragoza, del distrito judicial de Belchite, de donde dista doce kilómetros.

Tiene 2.400 habitantes y posee algunas industrias, especialmente del yeso. El resto es agricultura, cuyas fuentes más importantes son el trigo, el vino, el azafrán y algunos otros cereales, pero en pequeñas cantidades.

Al llegar a estas localidades, convertidas hoy en campamentos al servicio de las milicias, lo primero que hacemos es averiguar dónde está el comité del pueblo. Aquí, le encontramos en el antiguo ayuntamiento.

Es el camarada Pedro Navarro Jarque, maestro nacional nativo de Lecera, quien responde a nuestras preguntas:

—El comité fue denominado revolucionario antifascista y se compuso de siete miembros, todos del sindicato de trabajos varios, afiliado a la C. N. T. Hay una completa libertad de acción,

⁶ Extractos de documentos C. N. T.

y no padece ni los frenazos ni las influencias de ningún partido político. Hemos sido elegidos en asamblea, y representamos las aspiraciones de todo el pueblo. Tenemos las mismas facultades que un alcalde en todo lo relativo a la administración y la vida de la población. Hay un consejo de administración local compuesto por cinco miembros que pertenecen también al sindicato de la C. N. T., que se ocupa de organizar el trabajo en los campos y las industrias de Lecera. Hemos nombrado un delegado de trabajo que, en colaboración con doce subdelegados, se ocupa de las necesidades de la columna que lucha en este frente y del trabajo colectivo. Todos están, naturalmente, de acuerdo con el comité revolucionario.

—¿Habéis colectivizado las tierras?

—Eso ha sido un problema muy difícil, o, más exactamente, este problema existe aún, pues nosotros deseamos que los hombres vengan a nosotros convencidos de la excelencia y la ventaja de nuestras ideas. Hemos colectivizado las grandes propiedades, y hemos respetado hasta el presente las pequeñas. Si las circunstancias nos son favorables, tenemos la esperanza de ver al pequeño propietario venir por sí mismo a la colectivización, porque los habitantes de Lecera son comprensivos, como nos lo han demostrado aportando a la colectividad buen número de los productos que recogen.

Actualmente, se recoge el azafrán en todas las pequeñas propiedades, se las colectiviza y se las almacena para el consumo y para el cambio.

Los pequeños propietarios que antes apenas tenían de qué comer, porque la recolección estaba casi totalmente importada por los grandes propietarios, que se cobraban así deudas contraídas, desean, en principio, conservar las tierras; pero, en asamblea general, han hecho comprender la necesidad de poner en común las cosechas, y la adhesión fue unánime. Hay que respetar la voluntad de los hombres y, sin presión, ganarles por el ejemplo. El comité revolucionario desea que se conozca el trabajo inmenso del camarada Manuel Martínez, subdelegado social del frente de Lecera. Toda la ciudad le está reconocida.

—¿Hace mucho que trabaja él en el comité?

—Casi tres meses. El veinticinco de agosto tomó posesión de sus funciones, estableciendo a partir de esa fecha el régimen del comunismo libertario, y aboliendo la moneda en el pueblo.

Se han intercambiado productos con Tortosa y Reus. Las milicias de este frente han matado cinco mil corderos, y se han dado al consumo doscientos ochenta mil kilos de trigo. El comité encargado del avituallamiento proporciona, a cambio, toda clase de artículos para la población civil.

—Sin circulación de moneda, ¿cómo se arreglan los pequeños propietarios para satisfacer sus diferentes necesidades?

—Ya hemos dicho que predicamos con el ejemplo. No hay aquí ni clases ni categorías. Para nosotros, el pequeño propietario que mañana, sin duda, habrá dejado de serlo, es un productor.

Por mediación de los subdelegados de trabajo, que son también delegados de barrios, se conoce perfectamente a los obreros que trabajan, y el delegado de avituallamiento, que tiene en el depósito de comestibles una cartilla familiar, da a cada familia lo que necesita. El reparto se hace de la manera más justa —nos dice al terminar Navarro, el presidente del comité— y llegaremos a demostrar la superioridad de nuestro sistema en todos los dominios.

(...) A poca distancia del local del comité revolucionario está el depósito de Lecera. Ocupa una gran sala y las habitaciones particulares de un edificio que debía ser inaugurado como sala de baile. Las tiendas están llenas de géneros comestibles, lecheras, sacos de legumbres, bidones de aceite, pilas de cajas de alimentos en conserva, etc., y en el piso superior está el depósito de vestidos e instrumentos para el arado. Las provisiones son, pues, abundantes.

Amposta (Cataluña)

(...) Amposta es una ciudad de 10.000 habitantes, cuya economía descansa en la agricultura. El principal cultivo es el del arroz, que ocupa el primer lugar de Cataluña.

En la última recolección de arroz, en el mes de septiembre, se recogieron 36 millones de kilos. Hay que notar que 100 kilos de arroz bruto significan para el consumo 60 kilos de arroz blanco.

Las tierras colectivizadas por los trabajadores darán un mejor rendimiento gracias a las buenas condiciones en que serán trabajadas. Y, regadas por las aguas fecundantes del Ebro, darán una gran riqueza de productos a un pueblo laborioso y libre como es el de Amposta.

Hay en la localidad 1.200 trabajadores de la tierra. Para poder intensificar la agricultura, se han arrancado viejos olivares y algarrobos improductivos, a fin de poner en su lugar un arrozal que tanto se necesita. La granja avícola que ha sido montada por los camaradas con todos los adelantos modernos merece atención. Se estima que representa un valor de 200.000 pesetas. Para este año, en que la instalación estará terminada, cabrán allí 5.000 gallinas, y se estima que, para el año que viene, con ayuda de incubadoras, se podrán producir 2.000 pollos por semana.

Aparte los trabajos relativos a la avicultura, los demás trabajos están colectivizados; se ha creado una importante granja

donde se hará la cría de raza bovina, porcina y ovina; en esta granja hay ya 70 vacas lecheras cuyo rendimiento permitirá la creación de una lechería moderna.

La colectividad puede realizar perfectamente su trabajo, pues cuenta ya con 14 tractores, 15 trilladoras y 70 caballos. Las tierras están municipalizadas, y quienes, no perteneciendo a la colectividad agrícola, desean adquirir algunas parcelas para trabajarlas por su cuenta, deben pedirlo a la municipalidad que lo concede; así se suprimirá el odioso salario, vestigio de la esclavitud que ha sobrevivido hasta nuestros días. Los obreros de la construcción están colectivizados; en su sección está incluida una fábrica de mosaico y un horno de yeso. Los espectáculos públicos y otras ramas de oficio están igualmente colectivizados.

En lo que concierne a la enseñanza, Amposta estaba muy retrasada; en este momento hay en la ciudad 38 escuelas, cifra que representa 15 escuelas más que antes de la revolución. Los cursos son obligatorios (...).

Para instalar las nuevas escuelas, la municipalidad ha tomado igualmente cierto número de locales. Posee igualmente el material necesario, sin necesidad de recurrir a la Generalidad de Cataluña (...). Se han creado seis escuelas de adultos. En breve plazo va a fundarse una Escuela de Artes y Oficios, y una cantina escolar.

La municipalidad tiene ya una biblioteca, que va a ir en aumento, para satisfacer el deseo del pueblo, ávido, en general, de instruirse.

En el plano educativo, se han dado algunas conferencias sociales, y se va a crear una coral y un grupo escénico con el fin de desarrollar entre los niños el gusto de las artes. Ya se han encontrado profesores.

(...) No se conocen las privaciones en Amposta, gracias al intercambio del arroz por otros productos. Y aún quedan muchas toneladas de este alimento nutritivo. Se ha establecido una cartilla de víveres familiares para la distribución de productos de primera necesidad, cuya ración es dada para tres días.

En la antigua iglesia ha sido establecida la cooperativa de consumidores, y es curioso observar el uso que se ha hecho de estas diversas dependencias. Una gran parte de la población se abastece en esta cooperativa, que vende en cada semana 11 ó 12.000 pesetas de mercancías.

Hay en la ciudad unas 45 familias que no pueden trabajar por razón de edad o de salud. La municipalidad ha hecho lo posible por que nada les falte.

En suma, todo el avituallamiento de la comuna está asegurado.

—Sólo nos falta —nos dice sonriendo el secretario de la municipalidad— vino y alcohol, pero es porque tenemos interés en que entre lo menos posible en Amposta.

La municipalidad desea realizar importantes mejoras, y sobre todo demoler las viejas casuchas que hay a la entrada de la ciudad, acabar las cloacas y ampliar el servicio de aguas.

En Amposta funciona una central de aguas, una de las primeras y más importantes de España. El agua que sirve a las necesidades de la ciudad y que viene del Ebro está purificada con cloro líquido.

Gracias a los trabajos de saneamiento realizados, se han hecho desaparecer epidemias como la fiebre tifoidea y ciertas enfermedades de que habían sufrido mucho los trabajadores.

Se ha creado un hospital que responde a las necesidades de la población. Y como anejo se ha añadido un dispensario, que faltaba totalmente. Ahora se puede atender a todos los que lo descen. En fin, se ha edificado un sanatorio fuera de la localidad, para atender eficazmente a los tuberculosos.

Aunque la Confederación domina en Amposta, los diversos cargos de la municipalidad han sido repartidos entre los elementos de la C. N. T. y de la U. G. T., reinando la más perfecta armonía.

(...) Toda la propiedad urbana ha sido colectivizada, los alquileres han disminuido, y su montante sirve a las necesidades de la municipalidad. La municipalidad ha ocupado salinas que pueden producir alrededor de 500.000 pesetas por año, y se desea montar una fábrica de lejías.

(...) Existe el proyecto de fijar un salario familiar, se estudia el mejor medio para ponerlo en práctica, y la municipalidad convocará al pueblo una vez por año para estudiar la mejor manera de emplear los beneficios, una vez deducidos todos los gastos (...).

En la provincia de Levante, por Gaston Leval⁷

La Federación regional de Levante, constituida por nuestros camaradas de la C. N. T., que ha servido de base para la constitución de la federación paralela de las colectividades agrarias, englobaba cinco provincias: Castellón de la Plana, Valencia, Alicante, Murcia y Albacete. La importancia de la agricultura en las cuatro primeras, todas mediterráneas, entre las más ricas de España, y la de la población, casi 3.300.000 habitantes, dan un gran relieve a las realizaciones sociales allí efectuadas. En nuestra opinión, fue en Levante, gracias a sus riquezas naturales y al espíritu creador de nuestros camaradas, donde la obra de las colectivizaciones agrarias fue la más amplia y la mejor realizada.

⁷ Gaston Leval. anarcosindicalista francés, estrechamente ligado, mucho antes de la revolución de 1936, al anarcosindicalismo español. Extraído de *Ni Franco ni Stalin*.

(...) De las cinco provincias, es en la de Valencia donde el movimiento se ha desarrollado más.

Esto se explica en primer lugar por su gran importancia: 1.650.000 habitantes en el momento de la revolución. Luego, por orden decreciente, venía la provincia de Murcia, con 622.000 habitantes; Alicante, con 470.000; Castellón de la Plana, con 312.000, y por fin Albacete, con 238.000. El número de colectividades estaba en proporción al de habitantes. Pero es en la provincia de Valencia donde las socializaciones tomaron desde el comienzo el ritmo más decisivo y acelerado.

(...) En el Congreso de la Federación de campesinos de Levante, los 21-23 de noviembre de 1937, había 430 colectividades organizadas. Cinco meses más tarde había 500. Para poder apreciar estas cifras, señalemos que las cinco provincias totalizaban, desde la ciudad más grande hasta la más pequeña, 1.172 municipalidades. Por tanto, en el 43 por 100 de las localidades de la región agrícola más rica de España, en la *huerta* de Valencia, donde la densidad de población es la más elevada del mundo, con 450 habitantes por kilómetro cuadrado, aparecieron en veinte meses 500 colectividades agrarias.

En general, tales colectividades no tuvieron el mismo carácter que las de Aragón. En esta región, el predominio más o menos exclusivo de las tropas de C. N. T. y F. A. I. impidieron durante mucho tiempo, ya sea a la Administración del Estado, a la Policía Municipal o Nacional, al Ejército, a los partidos apoyados por las autoridades gubernamentales, por los guardias de asalto y por los carabineros, poner obstáculos a los cambios de estructura social. En Levante, como por lo demás en todas las restantes regiones de España, las autoridades habían permanecido en su puesto con los guardias de asalto, los carabineros, y las tropas mandadas por oficiales que no tenían del todo espíritu revolucionario.

Era, pues, difícil colectivizar desde el comienzo, con la misma rapidez obstinada que en Aragón. Por otra parte, en la región de Levante la estructura de los pueblos, muy frecuentemente pequeños, hacía difícil la adhesión unánime de la población: las divisiones sociales y políticas estaban allí más netamente marcadas, las diferentes tendencias mejor organizadas.

Casi siempre, en Levante, las colectividades nacieron de la iniciativa de los sindicatos de campesinos del lugar, pero no tardaron en constituir una organización autónoma. Se mantenía sólo un contacto externo con el sindicato, que constituía la unión necesaria entre colectivistas e individualistas. De hecho, estos últimos aportaban sus productos para intercambiarlos por otra cosa. Así, en la práctica, su aislacionismo se diluía enteramente por la obra mediadora del sindicato, que se había organizado con una estructura que respondía a su nuevo fin. En su seno habían sido creadas comisiones —para el arroz, para las naran-

jas, la horticultura, las patatas, etc.— a las que correspondía un almacén de recogida y de distribución. La colectividad misma tenía su almacén y sus comisiones. Más tarde, este inútil desdoblamiento fue suprimido. Los almacenes fueron unificados; las comisiones se compusieron de colectivistas e individualistas inscritos en el sindicato. Otras comisiones fueron mixtas, como por ejemplo las encargadas de la compra de máquinas, de semillas seleccionadas, de insecticidas, de productos veterinarios, etc. Se utilizaron los mismos camiones. La solidaridad se extendió. Y el espíritu colectivista alcanzó incluso a los más recalcitrantes.

(...) Rápidamente, esta organización tendió a unificar y racionalizar todo. El racionamiento y el salario familiar fueron establecidos a escala comarcal, ayudando las localidades más ricas a las más pobres a través de los comités comarcales intermedios. En cada capital de comarca se constituyó un núcleo de técnicos compuesto por contables, por un experto en agricultura, un veterinario, un especialista en la lucha contra las enfermedades de las plantas, un ingeniero, un arquitecto y un experto en cuestiones comerciales.

(...) Cada colectividad tenía un veterinario. La mayoría de los ingenieros y veterinarios pertenecían al sindicato de la C. N. T. Había también allí gran número de técnicos en agricultura. Los especialistas en el cultivo de la viña y en la fabricación de vino, estaban casi todos. Los ingenieros y los veterinarios empleados por las otras empresas, y no por la colectividad, trabajaban también para ésta, y casi de forma desinteresada, aplicándose a la elaboración de planes y a la realización de proyectos. El espíritu creador de la revolución había conquistado a los espíritus progresistas.

Los agrónomos proponían las empresas necesarias y posibles: planificación de la agricultura, trasplante de cultivos que la propiedad individual no siempre permitía adaptar a las condiciones geológicas y climáticas más favorables. El veterinario organizaba científicamente la cría de ganado. Eventualmente, consultaba al agrónomo sobre los recursos alimenticios de que podía disponer. Y, con las comisiones campesinas, este último adaptaba los cultivos en la medida de lo posible.

Pero el veterinario consultaba también al arquitecto y al ingeniero para la construcción de porquerizas, establos, granjas colectivas. El trabajo se planificaba espontáneamente. Se planificaba en la base y partiendo de la base, según los principios libertarios.

Merced a los ingenieros, gran número de acequias y pozos han sido construidos, permitiendo irrigar mejor las tierras, y hacer incluso de regadío las que eran de secano. Por medio de motores eléctricos se procedió al alumbramiento y distribución del agua. No era esto una novedad técnica, aunque sí lo era para muchas localidades de esta región. La naturaleza del suelo, de-

masiado porosa, y la rareraza de las precipitaciones atmosféricas —400 milímetros de media— habían dificultado mucho la necesaria extracción de agua, que había que buscar a 50, 100 ó 200 metros de profundidad. En la región de Murcia y Cartagena, se hicieron tal vez los mayores esfuerzos. Cerca de Villajoyosa, la construcción de un pantano permitió irrigar un millón de almendros que hasta entonces habían sufrido la sequía permanente.

Los arquitectos no se ocupaban sólo de edificios para animales. Recorriendo la región, aconsejaron formas de alojamiento humano en cuanto a arquitectura, materiales, suelos, situación, higiene, etc.; (...) El vecindario de las localidades, mucho menos diseminadas que en Aragón, facilitaba esta solidaridad activa. El trabajo era incluso intercomunal. Tal grupo se constituye para combatir las enfermedades de las plantas, sulfatar, talar los árboles, trabajar en los campos y huertas. Tal otro se consagra a la reparación o a la construcción de caminos.

(...) Las 500 colectividades y secciones de la región de Levante estaban subdivididas en 54 federaciones comarcales, que se unían en cinco federaciones provinciales, que se agrupaban finalmente en el Comité regional.

Este Comité, nombrado en congresos anuales y responsable ante ellos —campesinos de blusa y alpargatas— se componía de 26 secciones técnicas: cultivo de los frutos en general, agrrios, viñas, olivares, horticultura, arroz, ganado ovino y caprino, porcino y bovino; venían a continuación las secciones industriales: vinificación, fabricación de alcoholes, de licores, de conservas, de aceite, de azúcar, de frutos, de esencias y perfumes, así como de otros productos derivados; además se crearon secciones de productos diversos, de importación-exportación, de maquinarias, transportes, pastos; luego, la sección de la construcción, orientando y estimulando la construcción local de edificios de todas las clases; en fin, la sección de higiene y de enseñanza.

(...) La mitad de la producción de naranjas —casi cuatro millones de quintales— estaba en manos de la federación campesina de Levante, y el 70 por 100 de la recolección total era transportado y vendido por su organización comercial, gracias a sus almacenes de depósito, a sus camiones, a sus barcos, y a su sección de exportaciones, que a comienzo de 1938 había establecido en Francia secciones de venta (en Marsella, Perpiñán, Burdeos, Sète, Cherbourg y París).

Lo mismo ocurría con el arroz —30.000 hectáreas sólo en la provincia de Valencia de las 47.000 de toda España— y con las legumbres, de las que la *huerta* de Valencia y los jardines de Murcia daban dos o tres cosechas anuales.

(...) Cuando las colectividades de una localidad creían útil crear una fábrica de licores, azúcares, frutas, conservas, etc., comunicaban la idea a la sección correspondiente del comité central

de Valencia. Este examinaba la propuesta y, siguiendo el curso, invitaba a una delegación de los que habían hecho la propuesta. Si, habida cuenta de las materias primas utilizables, existían ya bastantes fábricas, se respondía negativamente explicando la razón. Si la instalación convenía, la proposición se aceptaba. Pero la tarea no debía incumbir sólo a las colectividades locales que hacían la propuesta. Por mediación del comité regiones, las 500 colectividades debían contribuir a ese esfuerzo.

(...) Hasta entonces, se perdían inmensas cantidades de frutas que se pudrían en el lugar de origen, al faltar mercados nacionales e internacionales. Esto pasaba sobre todo con las naranjas consumidas integralmente en su estado natural y que, en el mercado inglés, tropezaban con la competencia de Palestina y de Africa del Sur, lo que obligaba a bajar el precio y a disminuir la producción. El cierre de una gran parte de los mercados de Europa, el del mercado interior ocupado o cortado por las tropas de Franco, y los obstáculos puestos a la obra de la socialización por el Gobierno, agravaron el problema. Y esto no causó perjuicio solamente a las naranjas, sino también a las patatas y los tomates. Una vez más, la iniciativa de las colectividades se hacía necesaria.

Estas organizaron secaderos para las patatas, tomates y naranjas. Se empezó así a utilizar durante todo el año estas legumbres. De las patatas se sacaba la fécula y la harina. Pero la innovación resultó especialmente importante con las naranjas. De ellas se obtenía: perfume extraído de la corteza en mayor cantidad que antes, miel de la naranja, pulpa para la conservación de la sangre de los mataderos con el fin de hacer un alimento nuevo para las gallinas, vino de naranja del que se extraía el alcohol para las curas medicinales.

Fábricas de los concentrados muy importantes fueron organizadas en Oliva y en Burriana. Las fábricas de conservas de legumbres, cuyos principales centros estaban en Murcia, Alfasar, Castellón y Paterna, estaban también en manos de la federación.

La sede de las federaciones comarcales era lo más frecuentemente elegida cerca de las vías férreas o de las carreteras, lo que facilitaba el transporte de las mercancías. Las colectividades de cada comarca enviaban a ellas los excedentes de sus productos. Estos eran contabilizados, clasificados, almacenados, y las cifras correspondientes enviadas a las diferentes secciones del comité regional de Valencia, de tal manera que la federación sabía siempre exactamente de qué reserva podía disponer para los intercambios, las exportaciones y las distribuciones.

El espíritu creador se mostró también en la intensificación de la cría de animales de corral. Los gallineros, las conejeras, las porquerizas se multiplicaban diariamente. Nuevas razas, desconocidas por el simple campesino, conejos y gallinas se extendían cada vez más, y las colectividades que habían dado los prime-

ros pasos ayudaban a las otras. En fin, los esfuerzos de organización de orden económico no eran los únicos motivos de acción. Cada colectividad creó una o dos escuelas. Se pudo escolarizar a todos los niños. Tras la Revolución, las colectividades de Levante, Aragón, Castilla, Andalucía y Extremadura dieron el golpe de gracia al analfabetismo. Y no olvidemos que en los campos españoles había un 70 por 100 de gente inculta.

Para completar este esfuerzo, y con un fin práctico inmediato, se abrió una escuela de secretarías y contables a la que fueron enviados por la colectividad más de 100 alumnos. La última creación fue la Universidad de Moncada. Obra de la federación regional de Levante, ésta la puso a disposición de la federación nacional de campesinos de España. Se enseñaba allí la cría de animales, de aves de corral, métodos de selección, características de las razas, agricultura, silvicultura, etc. Había 300 alumnos enviados por las colectividades.

EL DECRETO DE COLECTIVIZACION DE LA ECONOMIA CATALANA

Encontraremos en lo que sigue la casi totalidad del decreto de colectivización de las industrias en Cataluña que, como se diría hoy, institucionalizaba una autogestión operada, antes de toda ley, por los trabajadores mismos cuando, al día siguiente de la revolución del 19 de julio, tomaron posesión de las empresas y eligieron sus consejos obreros.

El decreto, en el mismo momento en que vio la luz, fue ya considerado por uno de sus redactores, Terradellas, como un «texto histórico». Se le puede considerar, en efecto, como el prototipo de los textos legislativos que han codificado en nuestros días, de manera más o menos satisfactoria, la autogestión en Yugoslavia, luego en Argelia. Tenía, desde un punto de vista estrictamente libertario, a la vez las virtudes y los defectos de lo que serían los textos ulteriores en esa línea. Efectivamente, la autogestión no era allí total. Había sido el efecto de un compromiso entre Terradellas, pequeño burqués de izquierda que representaba a la izquierda republicana de Cataluña, y el representante de la C. N. T., José Xena. Este compromiso no fue logrado más que tras una áspera discusión de varios días entre los dos hombres. Es otro anarquista, Juan P. Fábregas, consejero de Economía de la Generalidad de Cataluña, quien firmó el documento en nombre de la C. N. T.

Por este decreto, la autogestión quedaba instaurada. Se insertaba en el marco de un Estado, y el poder en la industria estaba allí compartido entre el consejo elegido por los trabajadores, el director designado por este consejo obrero, pero cuyo nombramiento, en las grandes empresas, debía ser aprobado por el Con-

sejo (ministerio) de Economía de la Generalidad de Cataluña, y, en fin, un controlador de la Generalidad nombrado por el consejero de Economía.

El decreto, por otra parte, tenía la preocupación de asociar el consejo obrero, por una parte, y la organización sindical por otra, dos instancias que ciertos partidarios del «socialismo de los consejos», en nuestros días, creen deber oponer recíprocamente. En efecto, el artículo diez estipulaba que, en el consejo, «estarán igualmente representadas, si ha lugar, las diversas tendencias sindicales a las cuales pertenecen los obreros, y ello proporcionalmente a su número», y el artículo 24 que «ocho representantes de las diversas centrales sindicales, designados proporcionalmente, formarán parte de los consejos naturales de la industria».

La colectivización así definida no era integral, pues no estaba instituida más que para una categoría de empresas, en especie las más importantes, y porque, para las otras, subsistía un sector privado. De hecho, la colectivización iba sensiblemente más lejos que la letra del decreto, pues muchas empresas endeudadas, aunque no presentaban los criterios de colectivización enunciados en el artículo 2, fueron sin embargo socializadas.

Las reglas enunciadas en lo que concierne al funcionamiento del consejo obrero en el sector privado, tenían un espíritu singularmente favorable respecto a los pequeños patrones, pues el comité de control obrero tenía, entre otras atribuciones, la de velar por la estricta disciplina en el trabajo.

El decreto del 24 de octubre de 1936, y sobre todo esta última disposición, han sido bastante vivamente comentados por ciertos escritores anarquistas como Vernon Richards en sus Enseñanzas de la Revolución española⁸. Pero el decreto era la consecuencia ineluctable de la elección deliberada de los anarquistas, al día siguiente del putsch franquista, de renunciar, en un espíritu de unidad de acción antifascista, a instaurar de inmediato el comunismo libertario y a participar en el mecanismo de un Estado republicano pequeñoburgués que creía ejercer su derecho de control a la vez que de salvaguardar la pequeña propiedad.

En cuanto a la ingerencia del «Estado» en el poder económico de los trabajadores, ella era evidente, pero la Confederación Nacional del Trabajo ejercía ella misma una fuerte influencia sobre la Generalidad de Cataluña, y el decreto había sido, en parte, la obra de anarquistas. Conviene añadir que estaba animado por una preocupación de integración económica, y por un notable sentido de la planificación socialista. En cada industria estaba previsto un consejo de industria compuesto por obreros, sindicalistas y técnicos, con la tarea de «determinar los planes de

⁸ En Francia, en las Ed. Belibaste. Traducción castellana en esta misma editorial.

trabajo de la industria y regularizar la producción de su rama» (art. 25). En cada empresa, la producción debía «adaptarse al plan general establecido por el consejo de la industria» (art. 12).

Tal como es, pese a sus deficiencias y límites, el decreto del 24 de octubre de 1936 constituye el primer documento legislativo desde la Revolución rusa de octubre de 1917, que ha tratado de definir con el cuidado de una planificación socialista, el ejercicio democrático del poder obrero en las grandes empresas y del control obrero en los pequeños talleres o empresas artesanales. Este decreto suscita críticas, pero no merece todos los ataques de los anarquistas rigurosos y de los «consejistas» (partidarios de los consejos obreros) de hoy.

El decreto

Artículo 1.—De acuerdo con las reglas establecidas por el presente decreto, las empresas comerciales e industriales de Cataluña se clasifican en:

a) Empresas colectivizadas en las que la responsabilidad de la dirección recae sobre los obreros que componen la empresa y están representados por un consejo de empresa.

b) Empresas privadas en las que la dirección está a cargo del propietario o gerente, con la colaboración y el control del comité obrero de control.

a) Empresas colectivizadas

Artículo 2.—Serán obligatoriamente colectivizadas todas las empresas industriales o comerciales que, en fecha 30 de junio de 1936, ocupaban a más de 100 asalariados, así como las que tenían un número inferior de obreros, pero cuyos patronos han sido declarados facciosos o han abandonado la explotación. Excepcionalmente, las empresas de menos de 100 obreros podrán ser colectivizadas tras acuerdo entre la mayoría de los obreros y el o los propietarios. Las empresas de más de 50 obreros y de menos de 100 podrán ser colectivizadas tras el acuerdo de las tres cuartas partes de los obreros.

El Consejo de Economía podrá decidir también la colectivización de las otras industrias que, por su importancia en la vida nacional o por otras razones, deberán ser retiradas a la explotación privada.

Artículo 3.—Como complemento del precedente artículo, la designación de los patronos declarados facciosos será hecha únicamente por los tribunales populares.

Artículo 4.—Será considerado como parte de los obreros, y comprendido en el número total de los trabajadores que forman la empresa, todo individuo en nómina, sea cual fuere su opinión, realice un trabajo intelectual o manual.

Artículo 5.—El activo y el pasivo atribuidos a la empresa antes de la puesta en vigor del presente decreto pasarán íntegramente a la empresa colectivizada.

Artículo 6.—Las empresas constituidas por organismos autónomos de producción y de venta y las que agrupan, en una misma firma, a varios almacenes o fábricas, continuarán funcionando bajo la forma de una misma organización colectivizada. Ellas no pueden subdividirse más que con la autorización expresa del consejero de Economía, tras haber informado al Consejo de Economía de Cataluña.

Artículo 7.—En el cuadro de la empresa colectivizada, los antiguos propietarios o gerentes actuarán en los puestos en que sus aptitudes de técnicos o de administradores hayan sido reconocidas como indispensables.

Artículo 8.—En el período transitorio en que se efectúa la colectivización, ningún obrero podrá ser expulsado de la empresa, pero podrá ser desplazado de la misma categoría si las circunstancias lo exigen.

Artículo 9.—En todos los casos en que los intereses de los asociados extranjeros estén representados en las empresas, los consejos de estas empresas o los comités obreros de control habrán de comunicarlo al Consejo de Economía. Este convocará a los miembros interesados o a sus representantes, para discutir el caso litigioso y asegurar la salvaguardia de los intereses en cuestión.

b) *Los consejos de empresa*

Artículo 10.—La gestión de las empresas colectivizadas será asegurada por un consejo de empresa nombrado por los trabajadores, elegido en su seno en asamblea general. Esta asamblea determinará el número de los miembros del consejo de empresa, número que no será nunca inferior a cinco, ni superior a quince. En su constitución, estarán representados los diversos servicios: producción, administración, servicios técnicos y servicio comercial. Estarán igualmente representadas, si ha lugar, las diversas tendencias sindicales a las que pertenezcan los obreros, y ello proporcionalmente a su número.

La duración del mandato se fija en dos años, siendo revocable cada año la mitad del Consejo. Los consejeros de empresa serán reelegibles.

Artículo 11.—Los Consejos de empresa tendrán las mismas responsabilidades que los antiguos consejos de administración en las sociedades anónimas y las empresas colocadas bajo el control de un consejo de gerencia.

Serán responsables de su gestión ante los obreros de su propia empresa y ante el Consejo general de la industria interesada.

Artículo 12.—Los Consejos de empresa tendrán en cuenta, en la ejecución de su cometido, que el proceso de producción se

adapte al plan general establecido por el Consejo general de Industria, coordinando sus esfuerzos con los principios que regulen el desenvolvimiento del ramo a que pertenezcan, considerado en su totalidad. Para el establecimiento del margen de beneficios, fijación de las condiciones generales de venta, obtención de materias primas, y en lo que afecta a las normas de amortización de material, formación de capital circulante, fondo de reserva y reparto de beneficios, se atenderá, asimismo, a las disposiciones de los Consejos generales de Industria.

En el orden social, actuarán para que se cumplan estrictamente las normas establecidas sobre esta materia, sugiriendo aquellas otras que crean convenientes. Tomarán las medidas necesarias para garantizar la salud física y moral de los obreros; se consagrarán a una intensa obra cultural y educativa, fomentando la creación de clubs, centros de recreo, de deportes, de cultura, etc.

Artículo 13.—Los Consejos de empresa de las industrias incautadas antes de la publicación del presente decreto, y los de las que se colectivicen posteriormente, mandarán, en el término de quince días, a la Secretaría general del Consejo de Economía, el acta de su constitución, según modelo que se facilitará en las oficinas correspondientes.

Artículo 14.—Para atender de una manera permanente la marcha de la empresa, el Consejo de ésta nombrará un director, en el cual delegará, total o parcialmente, las funciones que incumben al mencionado Consejo.

En las empresas donde se ocupen a más de 500 obreros, o donde su capital sea superior a un millón de pesetas, o donde elaboren o intervengan materiales relacionandos con la defensa nacional, el nombramiento del director deberá ser aprobado por el Consejo de Economía.

Artículo 15.—En todas las empresas colectivizadas habrá obligatoriamente un interventor de la Generalidad, que formará parte del Consejo de empresa y que será nombrado por el Consejo de Economía, de acuerdo con los trabajadores.

Artículo 16.—La representación legal de la empresa la ejercerá el director, acompañando su firma las de los dos miembros del Consejo de empresa, elegidos por ésta. Los nombramientos serán comunicados a la Consejería de Economía, la cual los legitimará ante los Bancos y otros organismos.

Artículo 17.—Los Consejos de empresa levantarán acta de sus reuniones, y mandarán copia certificada de los acuerdos que adopten a los Consejos generales de la industria respectiva. Cuando estos acuerdos lo requieran, intervendrá el Consejo general de Industria en la forma que corresponda.

Artículo 18.—Los Consejos tendrán la obligación de atender las reclamaciones y sugerencias que les formulen los obreros, y harán constar en acta las manifestaciones que les sean hechas,

para que éstas lleguen, si hay lugar, a conocimiento del Consejo general de Industria.

Artículo 19.—Los Consejos de empresa estarán obligados, al final de cada ejercicio, a dar cuenta de su gestión a sus obreros, reunidos en asamblea general.

Asimismo, los Consejos de empresa librarán copia del balance y de una memoria semestral o anual al Consejo general de Industria, memoria que detallará la situación del negocio o de los planes que se proyecten.

Artículo 20.—Los Consejos de empresa podrán ser separados, parcial o totalmente, de sus cargos por los trabajadores reunidos en asamblea general y por el Consejo general de la industria respectiva, en caso de manifiesta incompetencia o de resistencia a las normas dictadas por éste.

Cuando la reparación haya sido acordada por el Consejo general de la industria respectiva, si los obreros de la empresa lo acuerdan en asamblea general, podrán recurrir contra esta decisión al Consejo de Economía, el fallo del cual, previo informe del Consejo de Economía, sería inapelable.

c) *Los comités de control de las industrias privadas.*

Artículo 21.—En las industrias o comercios no colectivizados será obligatoria la creación del Comité obrero de control, en el que tendrán representación todos los servicios —productores, técnicos y administrativos— que formen la empresa. El número de elementos para la composición del Comité será decidido libremente por los obreros y la representación de cada sindicato deberá ser proporcional al censo respectivo de afiliados dentro de la empresa.

Será misión del Comité de control:

a) El control de las condiciones de trabajo, o sea el cumplimiento estricto de las condiciones vigentes en cuanto a sueldos, horarios, seguros sociales, higiene y seguridad, etc., así como también de la estricta disciplina en el trabajo. Todas las advertencias y notificaciones que tenga que hacer el gerente de la empresa al personal serán dirigidas por medio del Comité.

b) El control administrativo, en el sentido de fiscalizar los ingresos y los pagos, tanto en efectivo como por conducto de bancos, procurando que respondan a las necesidades del negocio, interviniendo a la vez todas las demás operaciones de carácter comercial.

c) Control de la producción consistente en la estrecha colaboración con el patrono a fin de perfeccionar el proceso de producción. Los Comités obreros de control procurarán mantener las mejores relaciones posibles con los elementos técnicos, a fin de asegurar la buena marcha del trabajo.

Artículo 23.—Los patronos estarán obligados a presentar a los Comités obreros de control los balances y memorias anua-

les, que mandarán informados al Consejo general de la industria respectiva.

d) *De los Consejos generales de Industria.*

Artículo 24.—Los Consejos generales de Industria estarán formados de la manera siguiente:

Cuatro representantes del Consejo de empresa de esta industria.

Ocho representantes de las diversas centrales sindicales, en número proporcional al de los afiliados en cada una de ellas.

Cuatro técnicos nombrados por el Consejo de Economía.

Estos Consejos estarán presididos por el vocal respectivo del Consejo de Economía de Cataluña.

Artículo 25.—Los Consejos generales de Industria formularán los planes de la industria respectiva, fijarán la producción de su rama, y regularán cuantas cuestiones les conciernan.

Artículo 26.—Los acuerdos que adopten los Consejos generales de Industria serán ejecutivos, tendrán fuerza de obligar, y ningún Consejo de Empresa ni empresa privada podrá desatender su cumplimiento, bajo ningún pretexto que no sea plenamente justificado. Solamente podrá recurrir contra ellos ante el Consejo de Economía, la decisión del cual, previo informe del Consejo de Economía, será inapelable.

Artículo 27.—Los Consejos generales de industria mantendrán constantemente contacto con el Consejo de Economía de Cataluña, a las normas del cual se ajustarán en todo momento y entre ellas, cuanto se les planteen asuntos que requieran una acción mancomunada.

Artículo 28.—Los Consejos generales de Industria deberán remitir al Consejo de Economía de Cataluña, dentro de los períodos que para cada caso se establezcan, un documento circunstanciado donde se analice y se exponga la marcha global de la industria respectiva y en el que se propongan planes de actuación.

e) *De las agrupaciones de industria.*

Artículo 29.—A fin y efecto de promover la constitución de los Consejos generales de Industria, el Consejo de Economía formulará dentro de los quince días siguientes a la promulgación de este decreto, una propuesta que comprenda la clasificación de las diferentes industrias y su agrupación debidamente estructurada, de acuerdo con la respectiva especialidad y coordinación de secciones en que cada una de ellas se divida.

Artículo 30.—Se tendrá en cuenta para la mencionada agrupación la materia prima, la totalidad de las operaciones industriales hasta llegar a la venta o compensación industrial del producto, la unidad técnica y, en aquello que sea posible, la de

gestión comercial, procurando la concentración integral, a fin de suprimir interferencias perturbadoras.

Artículo 31.—Al mismo tiempo que la clasificación para las concentraciones industriales, el Consejo de Economía propondrá la reglamentación por la cual habrá de regirse la constitución y funcionamiento de las mismas (...).

Barcelona, 24 de octubre de 1936.

El primer consejero: José Tarradellas.

El consejero de Economía: Juan P. Fábregas.

ESCRITO DE DIEGO ABAD DE SANTILLAN

UN ESQUEMA DE PLANIFICACION LIBERTARIA⁹

Organización del trabajo. Del Consejo de Industria al Consejo de Economía:

Los sindicatos son organizaciones encargadas del funcionamiento de base de la economía.

Podemos resumir sus funciones en 18 Consejos, a saber:

Necesidades fundamentales: Consejo de alimentación, de vivienda, de vestimenta.

Materias primas: Consejos de producción agrícola, ganadera, forestal, minera y pesquera.

Consejo de relación: Consejos de transportes, comunicaciones, prensa y libros, de crédito y de cambios.

Industria de elaboración: Consejo de industrias metalúrgica y química, del vidrio y de la cerámica.

Consejo de la electricidad, fuerza motriz y agua.

Consejo de la sanidad.

Consejo de cultura.

Los diferentes Consejos forman cada Consejo local de Economía.

Estos mismos Consejos servirán de base a la formación de Consejos regionales, y, en el plano nacional, al del Consejo federal de la Economía.

Con este organismo económico ya esquematizado en la organización obrera existente se llega al máximo de coordinación. Ni el capitalismo, ni el Estado llamado socialista pueden alcanzar esta uniformidad.

⁹ Diego Abad de Santillán, que habría de resultar ministro de Economía de la Generalidad de Catalunya, publicó este esquema antes de la revolución del 18 de julio de 1936 extraído de su libro *El organismo económico de la revolución*, 1936.

Hay además la ventaja de no diluir la autonomía del individuo en el grupo, del grupo en el sindicato y del sindicato en cada Consejo.

Es un mecanismo federativo quien puede ocasionalmente presionar sobre el individuo según su desarrollo libertario, pero que puede igualmente ser la garantía de la libertad y favorecer la comunicación entre individuos, lo que es imposible con un organismo esencialmente autoritario.

Consejos regionales de Economía:

Los Consejos locales de Economía en las ciudades y los Consejos municipales o de distrito en el campo se coaligan para formar Consejos regionales de economía que cumplen las mismas funciones, aunque más extensas, que los Consejos locales. Cada zona tendrá su autonomía política. No hay en España regiones independientes que puedan bastarse a sí mismas aunque hay regiones más ricas que otras.

El Consejo regional de Economía establece, a través de su Consejo de crédito y de cambio, la estadística de la producción, de la población, del consumo de su propia zona, de la mano de obra y de las materias primas, los Consejos regionales de economía tienen regularmente su Congreso, en el curso del cual reeligen sus miembros y trazan su programa a realizar. Las delegaciones de los Consejos regionales son elegidas, ya por mediación de los Consejos locales, ya a través de los Congresos tendentes a formar el Consejo federal de economía, que es el organismo económico más importante del país.

Consejo federativo de la Economía:

Se llega finalmente al Consejo federativo de la Economía, el mayor centro de coordinación del país.

El Consejo federativo de la Economía, elegido de abajo arriba por los trabajadores, coordina toda la economía del país con el mismo fin: producir más y distribuir mejor.

Con ayuda de las estadísticas que le son comunicadas, el Consejo sabrá en todo momento cuál es la situación económica exacta de todo el país.

Conocerá la región más aventajada, la que tiene un excedente, y constatará dónde hay deficiencia de transportes y de comunicaciones, dónde serán necesarios nuevos caminos, nuevos cultivos y nuevas industrias. Las regiones dotadas de pocos medios serán ayudadas por el país para que las obras de utilidad sean realizadas.

Buenos Aires, 10 de julio de 1965.

Mi libro *El organismo económico de la revolución* se remonta a la propaganda que yo había hecho en nuestras revistas y periódicos desde hacía años. Quería yo mostrar una vía práctica de realización inmediata, y no un utopismo paradisíaco. El mecanismo de las interconexiones sindicales permitía, según creo, reemplazar ventajosamente al propietario capitalista de la industria y de la tierra, y quería contribuir a sobrepasar el infantilismo del comunismo libertario basado en las pretendidas comunas libres e independientes, propagadas por Kropotkin y otros, y presentadas como más perfectas que el colectivismo de Bakunin o el mutualismo de Proudhon, a las que efectivamente estimo más próximas a la verdadera naturaleza humana, pues el hombre es generoso, pero es igualmente egoísta.

Yo comprendo y defiendo la autonomía local para la gestión de una multitud de asuntos particulares, pero una comuna es un centro de vida en común, y el trabajo es un deber que obliga a crear vínculos, sean o no de afinidad, en el plano local, regional, nacional o internacional. En el trabajo, por consiguiente, y en la economía, no busco afinidades familiares o la camaradería íntima, sino eficiencia. No puedo predicar la independencia, sino más bien la interdependencia, por encima de todas las fronteras. Las organizaciones sindicales, las federaciones locales de industria y las federaciones nacionales tenían en España entre sus manos posibilidades concretas para mejorar el sistema de producción y de distribución, mejor de lo que podían hacer las empresas privadas, rivales y anacrónicas. En 1936 podíamos dar un fuerte impulso al desarrollo económico de España, porque añadíamos al utillaje existente el fervor de la fe y la intensificación de los esfuerzos. Y de lo que se trataba era de elevar, en una primera etapa, el nivel industrial y agrícola del país. Nosotros nos sentíamos capaces de dar este impulso, pero a través del instrumento de que disponíamos, la organización sindical, y no a través de las idílicas comunas libertarias de nudistas y de practicantes del amor libre¹¹.

Yo estaba inquieto, además, por la tendencia general a considerar que la propiedad de los instrumentos de trabajo y de la tierra revirtiese en los obreros y campesinos, y lanzaba advertencias contra esa tendencia, es decir, contra la nueva clase en perspectiva, la de los administradores y los dirigentes de esas empresas. La tierra, las industrias, los medios de transporte per-

¹⁰ Carta inédita de Diego Abad de Santillán.

¹¹ Alusiones a ciertos artículos utópicos del programa adoptado en el Congreso de la C. N. T. de Zaragoza en mayo de 1936.

tenecen a la comunidad y deben cumplir funciones sociales. Si en nuestras manos no los cumplía, la nueva forma de propiedad sería tan poco aceptable como la precedente. El eslogan «la tierra para los campesinos, las industrias para los obreros» me parecía legítimo, a condición de que no condujese a la concepción de una nueva propiedad privada, la de un gran número en lugar de una minoría. La sociedad, la comunidad, pasan por encima de los intereses de las minorías y de las mayorías. La propiedad de la tierra es un bien social, como deben serlo los otros instrumentos de producción. No creo que sea necesario pasar por una etapa de nuevos propietarios antes de llegar a un mundo nuevo que no sea capitalista ni monopolista.

En el Congreso de Zaragoza, al que no asistí personalmente, se aprobó un esbozo de organización futura que correspondía a la concepción kropotkiniana. Un proyecto inspirado en las ideas de mi libro fue presentado al Congreso de la federación de artes gráficas y del papel, a iniciativa mía. Pero como yo no estaba presente en Zaragoza, se adoptó el que había preparado Federica Montseny, a base de un folleto de Isaac Puente que yo había publicado en *Tierra y Libertad*. Contra esta concepción simplista sostuve entonces en la revista *Tiempos nuevos* las ideas de *El organismo económico*. Y ocurrió que poco tiempo después hubo que poner en práctica nuestras previsiones y anticipaciones, como en general yo lo había previsto, ya que teníamos como base un instrumento de acción y de realización tal como el sindicato, la federación de industria, etc.

(1882-1945)

Vsévolod Mikhaïlovitch Eichenbaum, más conocido con el pseudónimo de Volin, nació el 11 de agosto de 1882¹. Se inscribió en la facultad de Derecho de San Petersburgo, que pronto abandonó, preocupado como estaba ya por las ideas del partido social-revolucionario, lo que le hizo participar activamente en la revolución de 1905. Participó en la marcha de los obreros sobre el Palacio de Invierno, conducida por el pope Gapón. Pocos después, contribuyó al nacimiento del primer soviét de San Petersburgo. Detenido por la policía zarista, encarcelado, y luego finalmente deportado a Siberia, logró en 1907 evadirse y alcanzar Francia.

En París, Volin se hizo anarquista. Desde 1913 miembro del comité de acción internacional contra la guerra, su actividad en 1915 le costó la detención. Amenazado con ser internado en un campo de concentración, logró embarcarse como pañolero a bordo de un paquebote que le llevó a Estados Unidos. Tras varios meses, envió a América, a un semanario anarcosindicalista ruso, Golos Truda («La Voz del Pueblo»), una correspondencia desde París. En 1917, la redacción, y con ella Volin, llegó a la Rusia revolucionaria, a la vista de la transferencia de ese semanario a San Petersburgo.

¹ Esta presentación de Voline se inspira en la biografía publicada por «Les Amis de Voline» en el periódico *La revolución desconocida*.

En esta época se estableció entre los anarquistas rusos que permanecían en Europa (bajo la influencia de las ideas de Pedro Kropotkin) y los que habían permanecido en América, un trabajo de unificación que se traducía en una declaración, y luego en una organización que tomó entonces el nombre de Unión de Propaganda Anarcosindicalista de Petrogrado, y que decidió la publicación de Golos Truda, considerada como la prolongación de la edición americana. Volin fue elegido como su redactor. Tras la Revolución de Octubre, Golos Truda llegó a ser diario, y Volin fue asistido por un comité de redacción en el que figuraba, entre otros, Alexandre Schapiro.

Cuando la revolución proletaria aún no tenía sino unos meses, Volin, en ese periódico, lanzó ya advertencias terriblemente proféticas: «Una vez consolidado y legalizado su poder, los bolcheviques (...) comenzarán a manejar la vida del país y del pueblo con medios gubernamentales y dictatoriales (...). Vuestros soviets irán siendo poco a poco órganos ejecutivos de la voluntad del gobierno central. Se asistirá al nacimiento de un aparato autoritario político y estatal que actuará desde arriba y que aplastará todo con su puño de hierro (...) ¡Desgraciado el que no esté de acuerdo con el poder central!»

Más tarde, habiendo abandonado este periódico, Volin fue a Bobrov, donde trabajó en la sección del soviet de la ciudad. Poco después pasó al periódico Nabat, uniéndose a los animadores de una conferencia anarquista de Ucrania en Koursk el 18 de noviembre de 1918. En esta conferencia se encargó de editar las resoluciones adoptadas y elaborar una declaración aceptable para todas las tendencias del anarquismo, a fin de permitir a todos trabajar en un cartel único. Esta redacción de un programa llevó a Volin a formular la idea de una «síntesis anarquista» que había de unir las tres corrientes del anarquismo:

Un segundo congreso de Nabat fue tenido en marzo-abril de 1919. Sus participantes se pronunciaron «categóricamente y definitivamente contra toda participación en los soviets, que resultan ser organismos puramente políticos, organizados sobre una base autoritaria, centralista, estabilizadora». Esta declaración fue muy mal acogida por el poder bolchevique.

Tras el congreso, Volin abandonó Moscú y volvió a trabajar en el Nabat de Koursk, en el órgano central (pues éste también tenía ediciones regionales). Se estaba aún en un período de relativa tolerancia política, pero que no debía durar demasiado. Pronto el poder bolchevique suprimió la prensa libre, purgó y detuvo a los anarquistas. En este momento, julio, Volin contactó con el cuartel general del guerrillero anarquista ucraniano Nestor Makhno. El intelectual de pluma alerta y el campesino-guerrero, con profundas discrepancias, se completaron uno al otro, no sin chocar más de una vez.

Como la makhnovstvhina había creado una sección de cultura y de educación, Volin, de acuerdo con un antiguo compañero de cautividad de Makhno, Pierre Archinoff, tomó la cabeza y se encargó de organizar los mítines, conferencias, charlas, consejos a las poblaciones, edición de opúsculos, afiches y demás publicaciones makhnovistas. Presidió un congreso del movimiento insurreccional, tenido en octubre de 1919 en Alexandrovsk. Allí fueron adoptadas las Tesis generales, que precisaban la doctrina de los «soviets libres»².

En el seno del consejo militar, Volin, durante seis meses, se entregó a fondo. Pero fue detenido por el 14 Ejército Rojo, llevado a Moscú y puesto en manos de la policía política (Checa). Sólo sería liberado en octubre de 1920, tras un acuerdo militar entre el gobierno bolchevique y Makhno. Fue entonces a Kharkov, donde, con la Confederación Nabat, preparó un congreso anarquista para el 25 de diciembre. En la víspera de este congreso, los bolcheviques hicieron detener, de nuevo, a Volin, así como a los anarquistas que habían militado con Makhno.

Los prisioneros de Kharkov fueron transferidos a Moscú, encarcelados en la prisión de Boutirky. Allí hicieron una huelga de hambre que cesó a consecuencia de una intervención inesperada: delegados del sindicalismo revolucionario europeo, llegados para asistir al primer congreso de la Internacional sindical roja², obtuvieron la liberación de diez de ellos, Volin incluido, a condición de destierro perpetuo (con amenaza de condena a muerte en caso de ruptura del acuerdo).

Llegado a Alemania, donde fue socorrido por la Unión Obrera Libre, con sede en Berlín, Volin trabajó en favor de esta Unión, y publicó un folleto contundente: La persecución contra el anarquismo en Rusia soviética, y tradujo al francés el libro de Pierre Archinoff Historia del movimiento makhnovista, creando y reeditando el importante semanario de lengua rusa El Obrero anarquista, revista de síntesis anarquista.

Por sugerencia de Sebastián Faure, que le invitó a ir a Francia, Volin colaboró en la Enciclopedia anarquista. Allí escribió estudios frecuentemente reproducidos en folletos de propaganda e incluso en la prensa extranjera, sobre todo en España. La C. N. T. española le propuso editar para ella su periódico en lengua francesa España antifascista.

En 1938, Volin abandonó París hacia Nimes, en donde su amigo André Prouhommeaux³, que dirigía allí una imprenta cooperativa, le había invitado. Allí participó durante algún tiempo en la revista semanal Tierra libre y, sobre todo, pudo escribir,

² Este precioso documento que fue impreso y que Volin tuvo la intención al traducirlo seguidamente al francés, no ha sido nunca contratado; no se conocen de él más que breves citas.

³ Cf. más adelante.

⁴ Lo mismo.

con la madurez que le daba el paso de los años, La Revolución desconocida, clásico libertario de la revolución rusa y uno de los más importantes escritos del anarquismo. En Marsella, luego, a partir de 1940, Volin pudo terminar su libro. Atacado de tuberculosis, murió el 18 de septiembre de 1945 en París. La Revolución desconocida fue publicada en 1947, a expensas de los amigos de Volin. Libro ignorado durante mucho tiempo, ha sido puesto en cuarentena por los revolucionarios «autoritarios». Hasta 1969, en que se reeditó, no pudo llegar a lo que se llama el gran público.

LA REVOLUCION DESCONOCIDA ⁵

VOLIN Y TROTSKY ⁶

En abril de 1917, me encontré con Trotsky en Nueva York⁷, en una imprenta que trabajaba sobre todo para los diversos organismos rusos de izquierda. Estaba él entonces a la cabeza de un periódico marxista de izquierda, *Novy Mir*. En cuanto a mí, la federación de las uniones rusas me confió la redacción en los últimos números, antes de partir para Rusia, de su semanario *Golos Truda*, de tendencia anarcosindicalista. Pasaba en la imprenta una noche por semana, la víspera de la salida del periódico. Fue así como encontré a Trotsky la primera noche de mi servicio.

Naturalmente, hablamos de la revolución. Los dos nos disponíamos a abandonar América próximamente para ir «allá abajo».

Una vez le dije a Trotsky: «Considerando todo, estoy absolutamente seguro de que vosotros, los marxistas de izquierda, acabaréis por tomar el poder en Rusia. Esto es fatal, pues los soviets, resucitados, entrarán infaliblemente en conflicto con el gobierno burgués. Esto no alcanzará a destruirles, pues todos los trabajadores del país, obreros, campesinos, etc., y poco a poco también todo el ejército, acabarán, naturalmente, por ponerse del lado de los soviets contra la burguesía y su gobierno. Ahora bien, desde el momento en que el pueblo y el ejército sostengan a los soviets, éstos vencerán en la lucha. Y desde el momento en que venzan, vosotros, los marxistas de izquierda, llegaréis inevitablemente al poder, pues los trabajadores per-

⁵ Extractos de *La revolución desconocida, 1917-1921, 1947*, reeditado en 1969 en Pierre Belfond, con autorización graciosa del editor y la familia Volin.

⁶ Testimonio de Volin, extraído de las «Conclusiones» inéditas en la *Revolución desconocida*.

⁷ Nos habíamos conocido en Rusia, y, más tarde, en Francia, de donde él fue expulsado, como yo, en 1916» (nota de Volin).

seguirán la revolución, ciertamente, hasta su expresión más avanzada. Como los sindicalistas y los anarquistas son demasiado débiles en Rusia para alcanzar rápidamente la atención de los trabajadores sobre sus ideas, las masas os darán la confianza y seréis los «dueños del país». Y entonces, ¡atención a nosotros los anarquistas! El conflicto entre vosotros y nosotros es ineluctable. Comenzaréis a perseguirnos desde el momento en que vuestro poder se consolide. Y acabaréis por fusilarnos como a perdistes...

«Vamos, vamos, camarada, replicó Trotsky, vosotros sois fantasiosos, testarudos e incorregibles. Veamos: ¿qué es lo que nos separa actualmente? Una pequeña cuestión de método, totalmente secundaria. Como vosotros, nosotros somos revolucionarios. Como vosotros, somos anarquistas a fin de cuentas. Sólo que vosotros queréis instaurar vuestro anarquismo en seguida, sin transición ni preparación, mientras que nosotros los marxistas no creemos posible “saltar” de un golpe al reino libertario. Nosotros prevemos una época transitoria en que se descombrará el terreno para la sociedad anarquista, con la ayuda de un poder político antiburgués: la dictadura del proletariado ejercida por el partido proletario en el poder. En suma, no se trata más que de una diferencia “de matiz”, sin más. En el fondo, estamos muy cerca unos de otros. Somos hermanos de armas. Pensad, pues, que tenemos un enemigo común a combatir. ¿Cómo podremos nunca pensar en combatirnos entre nosotros? Y por otra parte yo no dudo de que vosotros os convenceréis rápidamente de la necesidad de una dictadura socialista, proletaria y provisional. No veo, pues, verdaderamente, razón para una guerra entre vosotros y nosotros. Marcharemos, ciertamente, hombro con hombro. Y luego, incluso si no estamos de acuerdo, vosotros vais demasiado lejos suponiendo que nosotros, los socialistas, emplearemos la fuerza bruta contra los anarquistas. La vida misma y la inteligencia de las masas bastarán para resolver el problema y ponernos de acuerdo. ¡No! ¿Cómo podéis admitir, siquiera por un instante, el absurdo de que los socialistas de izquierda en el poder fusilan a los anarquistas? Vamos, vamos, ¿por quién nos tomáis? En cualquier caso somos socialistas, camarada Volin. No somos vuestros enemigos...»

En diciembre de 1919, gravemente enfermo, fui detenido por las autoridades militares bolcheviques en la región makhnovista. Considerándome como un militante «de marca», las autoridades avisaron a Trotsky de mi arresto por un telegrama especial preguntándole su actitud hacia mí. La respuesta por telegrama llegó también rápida, lacónica, neta: *Fusilar inmediatamente. Trotsky.* No fui fusilado únicamente gracias a un concurso de circunstancias particularmente felices y completamente fortuitas.

La clase obrera desasida

(...) La clase obrera era débil. No organizada (en el verdadero sentido del término), inexperta y en el fondo inconsciente de su verdadera tarea, no supo actuar por sí misma, por cuenta propia. Remitióse al partido bolchevique, que dominó la acción.

(...) En lugar de apoyar simplemente a los trabajadores en sus esfuerzos por acabar la revolución y emanciparse; en lugar de ayudarles en su lucha, papel que en su pensamiento le asignaban los obreros, papel que, normalmente, debía ser el de todos los ideólogos revolucionarios y que no exige en modo alguno la toma ni el ejercicio del «poder político», en lugar de cumplir este papel, el partido bolchevique, una vez en el poder, se instaló en él como dueño absoluto; allí se corrompió enseñada; se organizó en casta privilegiada y, por tanto, aplastó y subyugó a la clase obrera para explotarla bajo formas nuevas, en sus intereses propios.

Por esto, toda la revolución será falseada, desviada, enajenada. Pues cuando las masas populares se den cuenta del error y del peligro será demasiado tarde: tras una lucha entre ellos y los nuevos amos, sólidamente organizados y en posesión de fuerzas materiales, administrativas, militares y policiales suficientes, lucha áspera pero desigual que durará unos tres años y que durante mucho tiempo será ignorada fuera de Rusia, el pueblo sucumbirá. La verdadera revolución emancipadora será aplastada una vez más por los «revolucionarios» mismos.

(...) A partir de octubre de 1917, la revolución rusa marcha por un terreno completamente nuevo, el de la gran Revolución social. Avanza también por un camino completamente particular, totalmente inexplorado. También la marcha de la revolución tiene un carácter igualmente nuevo, original.

(...) En el curso de las crisis y las caídas que se sucedieron hasta la Revolución de Octubre de 1917, no hubo sino el bolchevismo como concepción de la revolución social a cumplir. Sin hablar de la doctrina socialista revolucionaria (de izquierda), emparentada al bolchevismo por su carácter político, autoritario, estatalizador y centralista, ni de algunas otras pequeñas corrientes similares, una segunda idea fundamental, que buscaba una franca e integral revolución social, se precisó y expandió en los ambientes revolucionarios, y también en el seno de las masas trabajadoras: fue la idea anarquista.

Su influencia, muy débil al comienzo, aumentó a medida que los acontecimientos tomaron amplitud. Hasta el fin de 1918, esta influencia fue tal, que los bolcheviques, que no admitían ninguna

⁸ Los títulos son nuestros.

crítica y menos aún una contradicción o una oposición, se inquietaron seriamente. A partir de 1919, y hasta el fin de 1921 hubieron de sostener una lucha muy severa contra los progresos de esta idea: lucha al menos tan larga y dura como lo fue la lucha contra la reacción.

Subrayemos, a este propósito, un tercer hecho, que no es bastante conocido: el bolchevismo en el poder combatió la idea y el movimiento anarquista y anarcosindicalista, no sobre el terreno de las experiencias ideológicas o concretas, no por medio de una lucha franca y leal, sino con los mismos métodos de represión que empleó contra la reacción, métodos de pura violencia. Comenzó por cerrar brutalmente las sedes de las organizaciones libertarias, por prohibir a los anarquistas toda propaganda o actividad. Condenó a las masas a no oír la voz anarquista, a desconocerla. Y como, pese a tal constricción, la idea ganaba terreno, los bolcheviques pasaron rápidamente a medidas más violentas: la prisión, la puesta fuera de la ley, la muerte. Entonces, la desigual lucha entre las dos tendencias, una en el poder, otra frente al poder, se agravó, se amplió, y en ciertas regiones condujo a una verdadera guerra civil. En Ucrania, especialmente, este estado de guerra duró más de dos años, obligando a los bolcheviques a movilizar todas sus fuerzas para aplastar las ideas anarquistas y los movimientos populares en ella inspirados.

Así, la lucha entre las dos concepciones de la revolución social y, a la vez, entre el poder bolchevique y ciertos movimientos de masas trabajadoras, tuvo un lugar muy importante en los acontecimientos del período de 1919-1921.

Dos concepciones opuestas

(...) La idea bolchevique era edificar sobre las ruinas del Estado burgués un nuevo «Estado obrero», constituir un «gobierno obrero y campesino», establecer la «dictadura del proletariado».

La idea anarquista era transformar las bases económicas y sociales de la sociedad sin recurrir a un Estado político, a un gobierno, a una «dictadura», viniera de donde viniera, es decir, realizar la revolución y resolver sus problemas, no por el medio político y estatal, sino por el de una actividad natural y libre, económica y social, de las asociaciones de los trabajadores mismos, tras haber echado abajo al último gobierno capitalista.

Para coordinar la acción, la primera concepción buscaba un poder político central, organizando la vida del Estado con ayuda del gobierno y de sus agentes, y según las directrices formales del «centro».

La otra concepción suponía el abandono definitivo de la organización política y estatal, una entente y una colaboración directas y federativas de los organismos económicos, sociales, técnicos u otros (sindicales, cooperativos, asociaciones diversas, etc.), localmente, regionalmente, nacionalmente, internacionalmente; así pues, una centralización, no política y estatalizadora que fuera del centro gubernamental a la periferia mandada por ese centro, sino económica y técnica, siguiendo las necesidades y los intereses reales, yendo de la periferia a los centros, establecida de una manera natural y lógica, según las necesidades concretas, sin dominación ni mando.

Hay que notar cuán absurdo o interesado es el reproche hecho a los anarquistas de no saber «más que destruir», no tener ninguna idea «positiva» (...), sobre todo cuando este reproche les viene de los «izquierdistas». Las discusiones entre los partidos políticos de extrema izquierda y los anarquistas tenían siempre como objetivo el papel (...) que habría que asumir tras la destrucción del Estado burgués, cuestión esta última en que todo el mundo estaba de acuerdo. ¿Cuál debía ser entonces el modo de edificación de la sociedad nueva: estatal, centralista y político, o federalista, apolítico y simplemente social? Tal fue siempre el tema de las controversias entre unos y otros: prueba irrefutable de que la preocupación esencial de los anarquistas fue siempre precisamente la construcción del futuro.

A la tesis de los partidos de Estado «transitorio», político y centralizado, los anarquistas oponen la suya: paso progresivo, pero inmediato, a la verdadera comunidad, económica y federativa. Los partidos políticos se apoyan en la estructura social legada por los siglos y los regímenes en revolución, y pretenden que este modelo comporte ideas constructivas. Los anarquistas estiman que una construcción nueva exige, desde el comienzo, métodos nuevos, y preconizan esos métodos. Sea su tesis justa o falsa, lo que importa es que saben perfectamente lo que quieren y que tienen ideas constructivas netas.

De manera general, una interpretación errónea o, lo más frecuentemente, intencionadamente inexacta, pretende que la concepción libertaria significa ausencia de toda organización. Nada más falso. No se trata de «organización» o de «no organización», sino de dos principios diferentes de organización.

Toda revolución comienza, necesariamente, de una manera más o menos espontánea, confusa, caótica. Se sabe, y los libertarios lo saben tan bien como los demás, que si una revolución se queda ahí, en ese estadio primitivo, fracasa. Así que inmediatamente después del impulso espontáneo, el principio de organización debe intervenir en una revolución, como en cualquier otra actividad humana. Y es entonces cuando surge la grave cuestión: ¿cuáles deben ser el modo y la base de esta organización?

Unos pretenden que un grupo dirigente central, grupo de «élite», debe formarse para tomar en su mano la obra entera, realizarla según su concepción, imponer esta última a toda la colectividad, establecer un gobierno y organizar un Estado, dictar su voluntad a la población, imponer sus «leyes» por la fuerza y la violencia, combatir, eliminar y hasta suprimir a quienes no están de acuerdo con él.

Otros estiman que semejante concepción es absurda, contraria a las tendencias fundamentales de la evolución humana, y, a fin de cuentas, más que estéril, nefasta. Naturalmente, dicen los anarquistas, es preciso que la sociedad esté organizada. Pero esta organización nueva, normal y posible, debe hacerse libremente, socialmente, y ante todo desde la base. El principio de organización debe salir no de un centro creado de antemano para acaparar el conjunto e imponerse a él, sino, lo que es exactamente lo contrario desde todos los puntos de vista, para llegar a nudos de coordinación, centros naturales destinados a poner en comunicación estos puntos.

Bien entendido, es preciso que el espíritu organizador, que los hombres capaces de organizar, las «élites» intervengan. Pero, en todo lugar y circunstancia, todos los valores humanos deben participar libremente en la obra común, como verdaderos colaboradores y no como dictadores. Es preciso que siempre den ejemplo y se dediquen a agrupar, coordinar, organizar las buenas voluntades, las iniciativas, los conocimientos, las capacidades y las aptitudes, sin dominarles, subyugarles u oprimirles. Hombres semejantes serían buenos organizadores, y su obra constituiría la verdadera organización, fecunda y sólida, por ser natural, humana, efectivamente progresiva. Por el contrario, la otra «organización», calcada de la de una vieja sociedad de opresión y de explotación, y por tanto adaptada a estos dos fines, sería estéril e inestable por no conforme a los fines nuevos, no sería en modo alguno progresiva. En efecto, no comportaría ningún elemento de una sociedad nueva; por el contrario, llevaría a su paroxismo todas las taras de la vieja sociedad, no habiendo modificado sino su aspecto.

Perteneciendo a sociedad periclitada, sobrepasada en todos los terrenos, imposible por tanto en su calidad de institución natural, libre y verdaderamente humana, no podría ella mantenerse sino con ayuda de un nuevo artificio, de un nuevo engaño, de una nueva violencia, de nuevas opresiones y explotaciones, lo que fatalmente involucraría, falsearía y pondría en peligro a toda la revolución. Es evidente que una organización semejante quedaría improductiva en tanto que motor de la revolución social. No podría en modo alguno servir como «sociedad de transición», lo que pretenden los «comunistas», pues una sociedad tal debería poseer necesariamente al menos algunos de los gérmenes de la sociedad hacia la que evolucionaría; ahora

bien, toda sociedad autoritaria y estatal no poseería más que los residuos de la sociedad decaída.

Según la tesis libertaria, eran las masas trabajadoras mismas las que, por medio de sus diversos organismos de clase (comités de industria, sindicatos industriales y agrícolas, cooperativas, etc.), federadas y centralizadas según las necesidades reales, debían darse por doquier a la solución de los problemas (...) de la revolución. Por su acción poderosa y fecunda, libre y consciente, debían coordinar sus esfuerzos en toda la extensión del país. Y en cuanto a las «élites», su papel, tal como lo concebían los libertarios, era ayudar a las masas, esclarecerlas, instruir las, darlas los consejos necesarios, empujarlas hacia tal o cual iniciativa, darlas ejemplo, sostenerlas en su acción, pero no dirigir las gubernamentalmente.

Según los libertarios, la solución feliz de los problemas de la revolución social no podía resultar más que de la obra libre y conscientemente colectiva y solidaria de millones de hombres aportando y armonizando toda la variedad de sus necesidades y de sus intereses, así como de sus ideas, fuerzas y capacidades, dotes, aptitudes, disposiciones, conocimientos profesionales, etc. Por el juego natural de sus organismos económicos, técnicos y sociales, con ayuda de las «élites» y, según la necesidad, bajo la protección de sus fuerzas armadas libremente organizadas, las masas trabajadoras debían, según los libertarios, poder efectivamente impulsar hacia adelante la revolución social y llegar progresivamente a la realización práctica de todas sus tareas.

La tesis bolchevique era diametralmente opuesta. Según los bolcheviques, era la élite —su élite— la que, formando un gobierno (llamado «obrero», y ejerciendo la «dictadura del proletariado») debía perseguir la transformación social y resolver sus inmensos problemas. Las masas debían ayudar a esta élite (tesis inversa a la de los libertarios donde la élite debía ayudar a las masas) ejecutando fielmente, ciegamente, «mecánicamente» sus designios, decisiones, órdenes y «leyes». Y la fuerza armada, igualmente calcada de la de los países capitalistas, debía obedecer ciegamente a la «élite».

Tal fue y tal es la diferencia esencial entre las dos ideas.

Tales fueron también las dos concepciones opuestas de la revolución social en el momento de la Revolución rusa de 1917.

Como hemos dicho, los bolcheviques ni siquiera quisieron escuchar a los anarquistas, y menos aún dejarles exponer sus tesis ante las masas. Creyéndose en posesión de una verdad absoluta e indiscutible, «científica», que pretendían deber imponer y aplicar con urgencia, combatieron y eliminaron al movimiento libertario por la violencia, desde el momento en que éste comenzó a interesar a las masas: procedimiento habitual de todos los dominadores, explotadores e inquisidores.

¿En qué consiste este Estado?

(...) El Estado bolchevique, montado en sus grandes líneas en 1918-1921, existe desde hace veinte años.

¿Qué es exactamente este Estado?

Se llama Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS). Pretende ser un Estado «proletario», o incluso «obrero y campesino». Afirma ejercer una «dictadura del proletariado». Se vanagloria de ser «la patria de los trabajadores», la vanguardia de la revolución y del socialismo.

¿Qué hay de verdad en todo eso? ¿Justifican los hechos y los actos estas declaraciones y estas pretensiones?

(...) La preocupación principal del partido bolchevique en el poder era la de estatizar toda actividad, toda la vida del país, todo lo que podía ser estatizado. Se trataba de crear ese régimen que la terminología moderna denomina «totalitario».

Una vez en posesión de una fuerza coercitiva suficiente, el partido y el gobierno bolcheviques se dieron totalmente a esta tarea.

Al realizarla, el poder comunista creó su inmenso aparato burocrático. Acabó por segregar una numerosa y potente casta de funcionarios «responsables», que es hoy una capa altamente privilegiada de unos dos millones de individuos. Dueña efectiva del país, del ejército y de la policía, esta casta sostiene, protege, venera y vanagloria a Stalin, su ídolo, su «zar», único hombre reputado capaz de mantener «el orden» y de salvaguardar sus privilegios.

Poco a poco, los bolcheviques estatizaron, monopolizaron, «totalizaron» activa y rápidamente toda la administración, las organizaciones obreras, campesinas y demás, las finanzas, los medios de transporte y comunicación, el subsuelo y la producción minera, el comercio exterior y el gran comercio interior, la gran industria, el suelo y la agricultura, la cultura, la enseñanza y la educación, la prensa y la literatura, el arte, la ciencia, los deportes, la misma distracción, incluso el pensamiento, o al menos todas sus manifestaciones.

La estatización de los organismos obreros, soviets, sindicatos, comités de industrias, etc., fue la más fácil y la más rápida. Su independencia quedó abolida. Llegaron a quedar reducidos a simples engranajes administrativos y ejecutivos del partido y del gobierno.

El partido actuó con habilidad. Los mismos obreros no se dieron cuenta de que iban siendo trincados. Como el gobierno y el Estado eran ahora «los suyos», les pareció todo natural. Encontraron normal que sus organizaciones tuvieran funciones en el Estado «obrero» ejecutando las decisiones de los «camaradas comisarios».

Pronto, no se permitió a estas organizaciones ningún acto autónomo, ningún gesto libre.

Acabaron dándose cuenta de su error. Pero era demasiado tarde. Cuando ciertos organismos obreros, molestados en su acción e inquietos, sintiendo que «algo no marchaba en el reino de los soviets», manifestaron algún descontento y quisieron reconquistar un poco de independencia, el gobierno se opuso con toda su energía y toda su astucia. Por una parte, tomó inmediatamente medidas y sanciones. Por otra, trató de razonar: «Porque —decía a los obreros con el aire más natural del mundo— tenemos ahora un Estado obrero en que los trabajadores ejercen la dictadura y en donde todo les pertenece, este Estado y sus órganos son los vuestros. Así pues, ¿de qué «independencia» habláis? Tales reclamaciones son ahora un sinsentido. ¿Independencia de quién? ¿De qué? ¿De vosotros mismos? Porque el Estado ahora sois vosotros. No comprenderlo significa no comprender la revolución realizada. Actuar contra este estado de cosas significa volverse contra la revolución misma. Ideas y movimientos parecidos no deberían tolerarse, pues no pueden ser inspirados más que por los enemigos de la revolución, de la clase obrera, de su Estado, de su dictadura y del poder obrero. Aquellos que de entre vosotros son aún lo suficientemente inconscientes como para escuchar los susurros de estos enemigos y de prestar oídos a sus nefastas sugerencias porque todo no marche a la maravilla aún en vuestro joven Estado, esos cometen un verdadero acto contrarrevolucionario.

El sistema bolchevique

(...) El sistema bolchevique quiere que el Estado-patrón sea también, para cada ciudadano, el furriel, el guía moral, el juez, el distribuidor de premios y castigos.

El Estado da a este ciudadano trabajo y empleo; el Estado le nutre y paga; el Estado vela por él; el Estado le manipula y maneja a su guisa; el Estado le educa y modela; el Estado le juzga; el Estado le recompensa o castiga; empleador, nutridor, protector, vigilante, educador, instructor, juez, carcelero, verdugo, todo, absolutamente todo en la misma persona: la de un Estado que, con ayuda de sus funcionarios, quiere ser omnipresente, omnisciente, omnipotente. ¡Desgracia para quien pretenda escapar de él!

Subrayamos que el Estado (el gobierno) bolchevique ha tomado no solamente todos los bienes materiales y morales existentes, sino que, lo que acaso es más grave, se ha hecho también el detentador perpetuo de toda verdad, en todos los dominios: verdad histórica, económica, política, social, científica, filosófica, u otra. En todos los dominios, el gobierno bolchevique

se considera infalible y llamado a dirigir a la humanidad. El sólo posee la verdad, él sólo sabe dónde y cómo dirigirse. El solo es capaz de llevar a buen puerto la revolución. Y así, lógicamente, fatalmente, pretende que los 175 millones de hombres que pueblan el país también le consideren como el único portador de la verdad: portador infalible, inatacable, sagrado. Y lógicamente, inevitablemente, todo hombre o grupo que ose no ya combatir a este gobierno, sino simplemente dudar de su infalibilidad, criticarle, contradecirle, oponérsele en lo que sea, es considerado su enemigo y por tanto como enemigo de la verdad, de la revolución: el «contrarrevolucionario».

Se trata de un verdadero monopolio de la opinión y del pensamiento. Toda opinión, todo pensamiento distinto al del Estado (o gobierno) es considerado como una herejía, herejía peligrosa, inadmisibles, criminal. Y lógicamente, sin falta, interviene el castigo de los heréticos: la prisión, el exilio, la ejecución.

Los sindicalistas y los anarquistas, ferozmente perseguidos únicamente porque osan tomar una opinión independiente sobre la revolución, sobre algo de todo esto.

Como aprecia el lector, el sistema es el de una esclavitud completa, absoluta, del pueblo, esclavitud física y moral. Si se quiere, es una nueva y terrible Inquisición en el plano social. Tal es la obra realizada por el partido bolchevique.

¿Busca el partido este resultado? ¿Va hacia él conscientemente?

Ciertamente, no. Indudablemente, sus mejores representantes aspiraban a un sistema que hubiera permitido la construcción del verdadero socialismo y que hubiera abierto el camino a la revolución integral. Estaban convencidos de que los métodos preconizados por sus grandes ideólogos iban a conducir allí infaliblemente. Por otra parte, creían que todos los medios eran buenos y estaban justificados si conducían a ese fin.

Estos hombres sinceros estaban equivocados. Se han equivocado de camino.

Por esto, algunos de entre ellos que comprendieron su error irreparable y que no quisieron sobrevivir a sus esperanzas frustradas, se suicidaron.

Naturalmente, los conformistas y los arrivistas se adaptaron.

He de mencionar aquí una confesión que me fue hecha hace algunos años por un bolchevique eminente y sincero, tras una discusión aguda y apasionada: «Ciertamente, me dijo, nosotros hemos desviado y engolfado en un camino por el que no ni siquiera transitar. Pero trataremos de rectificar nuestros errores, salir del punto muerto, reencontrar el buen camino. Y lo conseguimos.»

Por el contrario, hay que estar absolutamente seguros de que no lo lograrán ni saldrán de ese camino. Pues la fuerza lógica de las cosas, la psicología humana general, el encadenamiento

de los hechos materiales, la secuencia determinada de causas y efectos son, a fin de cuentas, más poderosas que la voluntad de algunos individuos, por fuertes y sinceros que sean.

¡Ah!, si millones de hombres libres se hubiesen equivocado, si se tratase de poderosas colectividades actuando con toda libertad, con toda franqueza y de completo acuerdo, se hubiera podido, por un esfuerzo común de voluntad, reparar las faltas y enderezar el entuerto. Pero una tarea parecida es imposible por un grupo de individualidades colocadas fuera y por encima de una masa humana subyugada y pasiva, frente a las fuerzas gigantescas que la dominan.

El partido bolchevique trata de construir el socialismo por medio de un Estado, de un gobierno, de una acción política, centralizada y autoritaria. Sólo llegará a un capitalismo de Estado monstruoso, homicida, basado en una odiosa explotación de las masas «mecanizadas», ciegas, inconscientes.

Cuanto más se demuestre que los jefes del partido fueron sinceros, enérgicos, capaces, y que fueron seguidos por amplias masas, tanto más clara será la conclusión histórica que se deduce de sus obras. Esta conclusión es la siguiente:

Toda tentativa de realizar la revolución social por medio de un Estado, de un gobierno y de una acción política, aun cuando esa tentativa fuera sincera, muy enérgica, favorecida por las circunstancias y respaldada por las masas, conducirá fatalmente a un capitalismo de Estado, el peor de los capitalismoes, y que no tiene absolutamente ninguna relación con la marcha de la humanidad hacia la sociedad socialista.

Tal es la lección mundial de la formidable y decisiva experiencia bolchevique, lección que da un poderoso apoyo a la tesis libertaria y que pronto, a la luz de los acontecimientos, será comprendida por todos los que penan, sufren, piensan y luchan.

LAS BASES DEL «NABAT»

He aquí ahora tres documentos concernientes a las conferencias o al congreso del movimiento anarquista ucraniano «Nabat», del que Volin fue uno de los inspiradores. Estos textos están sacados y traducidos de la importante obra del historiador anarquista Ugo Fedeli⁹, titulada Dalla insurrezione dei contadini im Ucraina alla Rivolta de Cronstadt, Milán, 1950.

⁹ Ugo Fedeli (1898-1964), anarquista italiano que se firmaba también Ugo Treni; discípulo de Malatesta, exiliado de Italia hasta 1945, compatriota y colaborador de Camilo Berneri; se puso al servicio de la España antifascista en 1936 y editó con Berneri el diario *Guerre di Classe*. De regreso a Italia, publicó obras históricas.

Primera Conferencia de las organizaciones anarquistas de Ucrania (Nabat), el 18 de noviembre de 1918.

La conferencia que se reunió y que fue muy importante, fijó como su primer deber «organizar todas las fuerzas vivas del anarquismo; unir a las diferentes corrientes anarquistas; unir por un trabajo común a todos los anarquistas que quieran tomar seriamente parte activa en la revolución social, definida como un proceso creador (más o menos largo) de una nueva forma de vida social por las masas organizadas».

Otro punto entre los más importantes en el orden del día de esta reunión era el tercero, que se refería al «movimiento insurreccional» (makhnovista). La declaración era clara y neta.

Precisaba:

a) La necesidad de activar la lucha contra las fuerzas reaccionarias de toda especie, contra todos los que se han apoderado de Ucrania y la utilizan como punto de apoyo.

b) La necesidad de introducir el espíritu anarquista en esta lucha, fortaleciendo así el poder anarquista para una próxima victoria y para la organización de las fuerzas de la revolución. La conferencia reconocía la necesidad de una participación larga y activa en el movimiento insurreccional de Ucrania.

Dado el fracaso y el resultado negativo de las formaciones puramente anarquistas, demostrado por la experiencia, la conferencia constata la inutilidad de éstas.

En cuanto a la participación de los anarquistas en todas las clases de formaciones insurgidas y en las organizaciones no anarquistas, la conferencia precisa:

1. La participación de los anarquistas en las formaciones insurgidas de todas clases, y particularmente en las formaciones de los insurgentes sin partido (obreros y campesinos) organizada por los anarquistas, es indispensable.

2. La participación de los anarquistas en toda clase de organizaciones insurgentes (comités revolucionarios de guerra, estados mayores, etc.), es posible en las condiciones siguientes:

a) Los comités revolucionarios de guerra y organizaciones ismílares deben ser considerados por los anarquistas únicamente como órganos técnico-ejecutivos (que dirigen una actividad operacional puramente militar), pero bajo ningún pretexto deben ser considerados como órganos administrativos o ejecutivos que impliquen, bajo cualquier forma, el problema de la autoridad, o que la ejecuten.

b) Los anarquistas no deben participar en organizaciones (comités revolucionarios de guerra, estados mayores, etc.) que tengan un carácter de instituciones de partidos políticos o autoritarios. Allí donde se presenta el caso, los anarquistas deben

hacer todo lo posible por crear organizaciones análogas, fuera de los partidos.

c) Los anarquistas pueden colaborar con las organizaciones que no tienen un carácter político o de partido, ni un carácter autoritario. En el caso en que las organizaciones con las que los anarquistas colaboran se transformarán en organizaciones políticas y de partido, los anarquistas deberán abandonarlas y crear organizaciones análogas separadas.

d) Los anarquistas crearán comités revolucionarios de guerra, allí donde no los haya.

En casos excepcionales, como por ejemplo en momentos críticos de una lucha decisiva, y cuando de ello pueda depender la salvación de la revolución, la participación provisional de los anarquistas en las organizaciones revolucionarias militares estará permitida, incluso si éstas tienen un carácter de partidos políticos; sin embargo, está permitido solamente con fines puramente informativos.

La conferencia llama la atención de los militantes particularmente sobre la necesidad ineluctable de:

1. No concentrarse en organizaciones de formación militar y no contentarse con ser simples combatientes, sino consagrar todo su tiempo disponible a la actividad de propaganda, tratando de desarrollar y de fortalecer las ideas y los hábitos de carácter anarquista entre los miembros de estas organizaciones y formaciones. Es necesario despertar el espíritu de iniciativa y una actividad propia de ellos, inculcar principios morales, culturales y las ideas fundamentales del anarquismo.

2. No encerrarse en el círculo estrecho de formaciones y organizaciones a la vida de la población, haciendo lo posible por cultivar, tanto por la palabra como por los actos, la simpatía de al población por los insurgentes, desarrollando un trabajo revolucionario, activo y consciente, llevando así a la población a apoyar eficazmente a los insurgentes.

Tercer congreso de las organizaciones anarquistas de Ucrania (Nabat), del 3 al 8 de septiembre de 1920.

El tercer congreso de los miembros efectivos de la confederación de Nabat tuvo lugar en circunstancias particularmente difíciles. Hubiera debido tenerse tras el segundo congreso de marzo-abril de 1919 otro en agosto del mismo año, pero no pudo tener lugar a causa de la gran ofensiva declarada en junio por el general blanco Denikin¹⁰.

Esta ofensiva y el avance de las tropas de Denikin, iban a romper cualquier vínculo posible entre las organizaciones. En

¹⁰ Sobre Denikin, véase el tomo anterior.

fin, el secretariado de Nabat mismo fue dispersado y sus miembros puestos en fuga. Uno de ellos fue hecho prisionero por los guardias blancos en el otoño de 1919, otros alcanzaron los rangos de *makhnovitsi* y combatieron con ellos contra Denikin, el cuarto (Volin) fue detenido en Moscú.

En tales condiciones, el trabajo debía ser reemprendido clandestinamente, en medio de dificultades enormes, con resultados muy limitados.

El tercer congreso se reunió, pues, un año y medio más tarde y después de que numerosos acontecimientos hubieran modificado las situaciones y las posiciones anteriores.

En este congreso, reunido bajo el control y en presencia de la checa (policía bolchevique) se discutieron sobre todo tres puntos: 1: principios, 2: organización, 3: táctica.

Se tomaron resoluciones importantes y graves.

En lo que concierne a los principios, uno de los participantes en el congreso pidió que se diese una respuesta precisa a esta cuestión: «Las ideas fundamentales del anarquismo ¿no serían susceptibles de una cierta revisión, a consecuencia de las enseñanzas de la revolución?»

El solo hecho de que tales cuestiones fueran planteadas demostraba que era preciso dar explicaciones. La preocupación de algunos por llevar al anarquismo por un camino más cercano del recorrido por los bolcheviques, así como por profundizar y defender la revolución, hicieron de este congreso uno de los más importantes tenidos hasta entonces. Entre los problemas de los que se ocupó primó el del «período transitorio», con todas sus consecuencias, así como el de la «dictadura del trabajo». Estas cuestiones llevaron a una discusión tan animada y violenta, que en un momento pareció que las diversas tendencias no llegarían nunca a un acuerdo y que sería inevitable la escisión.

Pero la decisión final en que estuvo de acuerdo la mayoría precisó el punto de vista anarquista en todas estas múltiples cuestiones. He aquí el texto de lo más esencial:

Resolución adoptada por el Congreso de la Federación Nabat de los anarquistas ucranianos reunidos del 3 al 8 de septiembre de 1920:

Apenas hay necesidad de subrayar la importancia de la resolución que sigue, en que están muy clara y firmemente expuestas las graves divergencias ideológicas que separan a los anarquistas rusos de los bolcheviques. Esta resolución fue adoptada en ausencia de Volin, aún detenido en Moscú por entonces.

1. Si los desertores de la anarquía afirman que la revolución ha demostrado la debilidad de la teoría anarquista, no hay en ello ningún fundamento. Por el contrario, los principios funda-

mentales de la enseñanza anarquista siguen increíblemente sólidos y han sido aún confirmados por la experiencia de la Revolución rusa.

Estos hechos demuestran la necesidad de permanecer firmes en la lucha contra toda fórmula de autoridad.

2. Los anarquistas niegan que entre las primeras jornadas de la revolución con tendencia libertaria y la meta final de la anarquía, la Comuna anarquista, haya de intercalarse un lapso de tiempo en que los restos de la antigua servidumbre se reabsorberían y nuevas formas de libre asociación serían efectivamente elaboradas. Este período, lleno de incertidumbre, de errores, pero también de un perfeccionamiento constante, puede ser denominado de modo diverso: «período de acumulación de experiencias antiautoritarias» o «período de profundización de la revolución social», o aún «puesta en marcha de la Comuna anárquica».

También se le puede, para definir este período transitorio de manera convencional, denominar «paso a la forma perfecta de la vida social». Pero no recomendamos el empleo de esta fórmula, porque tiene en el movimiento socialista de los últimos cincuenta años un significado muy especial.

De la idea del «período transitorio» nace la de algo definitivo, fijo, rígido.

La expresión «período transitorio» está de tal modo incluida en el programa socialdemócrata internacional y de tal modo impregnada del espíritu marxista histórico, que ha resultado inaceptable para un anarquista.

3. Nos negamos también a emplear la palabra «dictadura del trabajo» pese a los esfuerzos de algunos camaradas por adoptarla. Esta «dictadura del trabajo» no es otra cosa que la «dictadura del proletariado», que ha tenido un resultado tan fracasado y prolongado; en definitiva, ello conduce a la dictadura de una fracción del proletariado, y muy particularmente del partido, de los funcionarios y de algunos *condottieri* sobre la masa de los partidos.

La anarquía es inconciliable con cualquier dictadura, incluso con la de los trabajadores con conciencia de clase, sobre otros trabajadores, aun cuando se diese en interés de estos últimos.

(...) Una vez afirmada la concepción de la «dictadura» se aceptaría en consecuencia (...) la dominación brutal y desenfrenada de la fuerza del Estado. La introducción de la idea de dictadura en el programa anarquista llevaría a una confusión imperdonable en los espíritus.

4. La revolución preconizada por el anarquismo, aquella en donde predomina el espíritu del comunismo y el de no uso de la autoridad, encuentra en su desarrollo numerosas dificultades. Las fuerzas de la resistencia activa, interesadas en la conservación del régimen capitalista autoritario, en la pasividad y la

ignorancia de las masas trabajadoras, pueden crear circunstancias que obligarían a la Comuna anarquista, libre y organizada, a alejarse de su ideal. Definir concretamente las diversas formas sociales del porvenir es una cosa imposible, por el hecho de que ignoramos el contenido cualitativo y cuantitativo de las diversas fuerzas, a partir de cuya adición resultaría la realidad. Por esta razón estimamos inútil establecer un plan para un porvenir desconocido.

Nosotros no elaboramos un «programa mínimo». Nosotros actuamos directamente, en los acontecimientos actuales, con una fe total y abierta delante de las masas trabajadoras, para mostrarlas claramente y enteramente el ideal del anarquismo y del comunismo.

Tras esta primera parte, que contiene lo esencial de las resoluciones adoptadas, se examinaron aún otros puntos, como el de «la situación en Rusia en general y en Ucrania en particular», y, en fin, para terminar, «las relaciones con el poder soviético».

De estas últimas deliberaciones, es importante subrayar los puntos siguientes:

En su lucha constante contra toda forma de Estado, los anarquistas de la confederación Nabat no admiten ningún compromiso, ninguna concesión.

Durante algún tiempo nos hemos comportado de manera diferente con el «poder soviético».

El impulso vigoroso de la Revolución de Octubre (...), la fraseología anarquista de los «líderes» bolcheviques y la urgencia de la lucha contra el imperialismo mundial, el encerrar a la revolución nacida de la tormenta en un círculo de fuego, todo eso ha frenado nuestra oposición al poder soviético.

Invitábamos a las masas campesinas y obreras a consolidar la revolución, aconsejábamos a nuestros nuevos dominadores sometiéndoles las críticas de los camaradas.

Pero cuando el poder soviético nacido de la revolución llegó a ser en tres años una poderosa máquina de dominación, la revolución fue estrangulada.

La «dictadura del proletariado» (sin la burguesía) ha sustituido a la de la burguesía mediante la dictadura de un partido y de una fracción ínfima del proletariado sobre todo el pueblo trabajador. Esta dictadura ha ahogado la voluntad de las grandes masas de trabajadores. Así se ha dispersado la fuerza creadora, la cual, y sólo la cual, hubiera podido resolver los diversos problemas de la revolución.

NESTOR MAKHNO, GUERRILLERO ANARQUISTA

Al día siguiente de la Revolución de Octubre un joven anarquista, hijo de pobres campesinos, llamado Nestor Makhno, tomó la iniciativa de organizar, de manera autónoma, a la vez social y militarmente, a las masas campesinas del sur de Ucrania. Todo había comenzado con el establecimiento, en Italia, de un régimen de derechas, impuesto por las armas de ocupación alemana y austríaca, empeñado en devolver a sus antiguos propietarios las tierras que los campesinos revolucionarios acababan de quitarles. Los trabajadores del suelo defendieron todas sus recientes conquistas con las armas en la mano. Las defendieron tanto contra la reacción como contra la intrusión intempestiva, en el campo, de los comisarios bolcheviques y de sus demasiado graves requisitorias.

Esta gigantesca sublevación popular seguida de una guerrilla fue protagonizada por un justiciero, una especie de Robin de los Bosques anarquista, llamado por los campesinos Bakto (padre) Makhno. El armisticio del 11 de noviembre significó la retirada de las fuerzas de ocupación germano-austríacas, a la vez que ofreció a Makhno una ocasión única para constituir reservas de armas y de stocks.

Los congresos de makhnovstchina agrupaban a la vez a delegados campesinos y guerreros. Efectivamente, la organización civil era la prolongación de un ejército insurreccional campesino

que practicaba la táctica de la guerrilla, que era notablemente móvil, capaz de recorrer hasta 100 kilómetros por día, no sólo por su caballería, sino gracias también a su infantería, que se desplazaba en ligeros coches movidos por caballos. Este ejército estaba organizado sobre las bases, específicamente libertarias, de voluntariedad, del principio electivo, en vigor en todos los grados, y de la disciplina libremente consentida: las reglas de esta última, elaboradas por la comisión de guerrilleros, luego validadas por asambleas generales, eran rigurosamente observadas por todos.

«El honor de haber derrotado, en otoño del año 1919, a la contrarrevolución de Denikin, se debe principalmente a los insurgentes anarquistas», escribe Pedro Archinoff, el memorialista de la makhnovstchina.

Pero Makhno no aceptó con gusto el poner su ejército bajo el mando supremo de Trotsky, jefe del Ejército Rojo. Inaugurando un proceso que imitarán dieciocho años más tarde los estalinistas españoles contra las brigadas anarquistas, los bolcheviques negaron las armas a los partidarios de Makhno. Faltaron al deber de darles asistencia para acusarles luego de «traicionar» y dejarse batir por las tropas blancas.

Sin embargo, los dos ejércitos estuvieron por dos veces de acuerdo, cuando la gravedad del peligro intervencionista exigió la acción común, lo que se produjo, primero, en marzo de 1919, contra Denikin, luego durante el verano y el otoño de 1920, cuando amenazaron las fuerzas blancas de Wrangel que, finalmente, Makhno derrotó. Pero, una vez conjurado el peligro extremo, el Ejército Rojo reemprendió las operaciones militares contra los guerrilleros de Makhno, que le devolvían golpe por golpe.

Al final de noviembre de 1920, el poder bolchevique no dudó en organizar una celada. Los oficiales del ejército makhnovista de Crimea fueron invitados a participar en un consejo militar. Tan pronto como llegaron fueron detenidos por la policía política, la cheka, y fusilados sin otra forma de proceso, o desarmados. A la vez, una ofensiva en regla se lanzó contra los guerrilleros. La lucha —una lucha cada vez más desigual— entre libertarios y «autoritarios», entre ejército clásico y guerrilla, duró nueve meses. Al final, puesto fuera de combate por fuerzas muy superiores en número y mejor equipadas, Makhno hubo de abandonar la partida. Logró refugiarse en Rumanía en agosto de 1921, luego en París, donde murió, mucho más tarde, en julio de 1935, enfermo e indigente.

Con Pedro Archinoff se puede ver en la makhnostchina el prototipo de un movimiento independiente de las masas campesinas, a la vez que se le puede considerar como una anticipación de la guerra revolucionaria de guerrilla, la del siglo XX, la de los chinos, cubanos, argelinos y del heroico Vietnam.

Makhno en visita al Kremlin:

En junio de 1918, Makhno se presentó en Moscú para consultar a algunos militantes anarquistas sobre los métodos y las tendencias del trabajo libertario revolucionario a realizar entre los campesinos ucranianos. Aprovechó para presentarse al Kremlin y encontrar a Iacov Mikhaïlovitch Sverdlov, entonces secretario del Comité Central del partido bolchevique, luego a Lenin mismo. He aquí estas dos entrevistas contadas por Makhno en sus Memorias, aún inéditas¹.

Mi conversación con Sverdlov

Llegué a las puertas del Kremlin con la idea bien fija de ver a Lenin y, de ser posible, a Sverdlov, y tener una entrevista con ellos. Tras una ventanilla, estaba sentado un bedel. Le enseñé la credencial que me había proporcionado el soviet de Moscú. Tras leerla atentamente, escribió él mismo una autorización sobre mi credencial y atravesé la puerta que daba acceso al interior del Kremlin. Allí, un fusilero letón hacía la guardia. Pasé a su lado, llegando a un patio donde me topé con un centinela a quien podía preguntársele donde estaba el edificio que buscaba. Por encima, podía pasearse, mirar los cañones y las balas de diferentes calibres, anteriores o posteriores a Pedro el Grande, detenerse ante el Zar-Bourdon (una campana monumental) y otras curiosidades, o indirectamente a uno de los palacios.

Giré a la izquierda, y me metí en uno de esos sitios cuyo nombre no recuerdo; subí una escalera, creo que hasta el segundo piso, busqué sin encontrar a nadie en un largo pasillo donde, en los carteles fijados a las puertas, se leía: «Comité Central del Partido», o bien: «Biblioteca», pero al no necesitar ni de una cosa ni de otra, continué mi camino, no estando por lo demás seguro de que hubiese alguien tras esas puertas.

Los otros carteles no siempre ponían algo, por eso volví sobre mis pasos parándome ante el que rezaba «Comité Central del Partido». Llamé a la puerta. «Entre», respondió una voz. En su interior, tres personas estaban sentadas. Entre ellas me pareció reconocer a Zagorski, a quien había visto dos o tres días antes en uno de los clubs del partido bolchevique. Me dirigí a estas personas que, en medio de un silencio sepulcral estaban ocupadas

¹ La colección «Changer la Vie», editada por Pierre Belfond, publica además de una reimpresión del primer volumen de las Memorias de Makhno, bajo el título *La Révolution russe en Ukraine, que había aparecido en francés en 1927, una traducción francesa de los volúmenes II y III, impresos más tarde en ruso, pero no traducidos. Los extractos que publicamos están sacados del tomo II, con la autorización graciosa de las Editions Belfond.*

en algo, para que me dijeran dónde estaba el el buró del Comité Central Ejecutivo.

Uno de los tres (Bukharin², si no me equivoco) se levantó, y tomando su cartera bajo el brazo, dijo a sus colegas lo bastante alto como para que yo escuchara: «Os dejo; indicaré a este camarada —designándome con un gesto de mentón— dónde está el buró del Comité Central Ejecutivo», y se dirigió hacia la puerta. Di las gracias a las personas presentes y salí con la que me pareció ser Bukharin. Un silencio sepulcral continuaba reinando en el pasillo.

Mi guía me preguntó de dónde venía. «De Ucrania», respondí. Me preguntó entonces varias cosas sobre el terror a que estaba sometida Ucrania, y quiso saber cómo había podido llegar a Moscú. Una vez en la escalera, nos paramos para continuar la conversación. Finalmente, mi guía ocasional me indicó una puerta a la derecha de la entrada en el corredor, donde, según él, se me darían las indicaciones que necesitaba. Y tras haberme estrechado la mano, volvió a bajar la escalera y salió del palacio.

Fui a una puerta, golpeé y entré. Una joven me preguntó qué deseaba.

—Quisiera ver al presidente del Comité Ejecutivo del Soviet de los diputados obreros, campesinos, soldados y cosacos, el camarada Sverdlov, respondí.

Sin decirme nada, la joven se sentó tras una mesa, tomó mi credencial y mi autorización de entrada, los releyó, volvió a copiar algunas palabras y me dio otra autorización indicándome el número de oficina a la que debía dirigirme.

En la oficina a donde me enviara la joven, encontré al secretario del C. C. E., un hombre bien plantado, de faz cuidada, pero de rasgos cansados. Me preguntó qué quería. Se lo expliqué. Me pidió mis papeles. Se los di. Estos le interesaron. Me preguntó:

—Así, camarada, que llegáis del sur de Rusia.

—Sí, vengo de Ucrania, respondí.

—¿Ya erais presidente del Comité de defensa de la revolución en tiempos de Kerensky?

—Sí.

—¿Sois, pues, socialista revolucionario?

—No.

—¿Qué lazos tenéis o habéis tenido con el partido comunista de vuestra región?

—Tengo relaciones personales con varios militantes del partido bolchevique, respondí. Y cité el nombre del presidente del Comité

² Nicolas Bukharin (1883-1938), bolchevique en 1906, miembro del Comité Central del Partido desde 1917 hasta su muerte, jefe de fila de los «derechistas» a partir de 1928, brillante economista y teórico, ejecutado por Stalin.

revolucionario de Alexandrovsk, el camarada Kikhaïlevitch, y de algunos otros militantes de Ekaterinoslav.

El secretario calló un instante, luego me interrogó sobre el estado de espíritu de los campesinos del «Sur de Rusia», sobre su comportamiento respecto a las tropas alemanas y a los soldados de la Rada central³, sobre su actitud hacia el poder de los soviets, etc.

Le di algunas breves respuestas que manifiestamente le contentaron; personalmente, sentía no poder extenderme más.

Luego telefoneó a no sé dónde, e inmediatamente me invitó a ir al gabinete del presidente del C. C. E., el camarada Sverdlov.

Al entrar allí pensé en las fábulas urdidas por los contrarrevolucionarios, así como por los revolucionarios, incluso por mis propios amigos, adversarios de la política de Lenin, Sverdlov y Trotsky, a saber, de que era imposible introducirse ante esas divinidades terrestres. Decían que estaban rodeados de guardaespaldas y que el jefe de ellos no dejaba entrar más que a quien quisiera.

Ahora, acompañado del único secretario del C. C. E., me daba cuenta de lo absurdo de esos rumores. Sverdlov mismo nos abrió la puerta con una buena sonrisa, llena, me parece, de camaradería, me tendió la mano y me condujo a un sillón. Después de ello, el secretario del C. C. E. volvió a su oficina.

El camarada Sverdlov me pareció estar en mucha mejor forma que su secretario. Me dio también la impresión de que se interesaba más que él por lo que pasaba en Ucrania en los dos o tres últimos meses. Me dijo de entrada:

—Así que llegáis, camarada, de nuestro Sur en plena tormenta; ¿qué trabajo hacéis allá abajo?

—Lo mismo que hacen las grandes masas de trabajadores revolucionarios del campo ucraniano, que, tras haber participado activamente en la Revolución, trataron de obtener su emancipación total. Entre sus filas, marché siempre el primero en esta dirección. Hoy, como consecuencia del retroceso del frente revolucionario ucraniano, he recalado momentáneamente en Moscú.

³ La Rada central era, desde noviembre de 1917, una especie de parlamento de la nueva «República Democrática Ucraniana». El tratado de paz de Brest-Litovsk, firmado por los bolcheviques con el gobierno imperial alemán a comienzos de 1918, había abierto las puertas de Ucrania a los austro-alemanes. Estos instalaron allí un gobierno reaccionario presidido por el «atamán» (título entonces del jefe elegido por los cosacos de Ucrania) Skoropadsky. Pero la derrota de los imperios centrales, a finales de 1918, obligó a las tropas alemanas y austríacas a evacuar Ucrania, mientras Skoropadsky emprendía la huida. Le sucedió un «directorio», teniendo a su cabeza a un antiguo miembro de la Rada, burgués, separatista, un tal Petlioura.

—¿Qué decís, camarada —me interrumpió el camarada Sverdlov—? ¡Los campesinos del Sur son en su mayoría kulaks o partidarios de la Rada central!

Me eché a reír, y sin extenderme demasiado, pero recalcando bien lo esencial, le describí la acción de los campesinos organizados por los anarquistas en la región de Goulaï-Polé contra las tropas de ocupación austro-alemanas y contra los soldados de la Rada central.

Aparentemente desarmado, el camarada Sverdlov no cesaba, sin embargo, de repetir: «¿Por qué, entonces, no han apoyado a nuestros guardias rojos? Según nuestras noticias, los campesinos del Sur se han contagiado del peor chovinismo ucraniano y, por doquier, han acogido a las tropas alemanas y los soldados de la Rada con alegría, como liberadores.»

Sintiendo que el nerviosismo me ganaba, me puse a refutar vigorosamente las informaciones de Sverdlov sobre el campo ucraniano. Le dije que yo mismo era el organizador y jefe de varios batallones de voluntarios campesinos que luchaban revolucionariamente contra los alemanes y la Rada, y que estaba seguro de que los campesinos podían reclutar en su seno un poderoso ejército para combatirles, pero que no veían netamente el frente de guerra de la Revolución. Las unidades de guardias rojos que, con sus trenes blindados, se habían batido a lo largo de las vías férreas sin jamás alejarse, reculando al primer fracaso sin preocuparse frecuentemente de reembarcar a sus propios combatientes y abandonando al enemigo decenas de verstas que éste ocupaba o no, estas unidades, decía yo, no inspiraban confianza a los campesinos que se daban cuenta de que, aislados en sus pueblos y sin armas, estaban a merced de los verdugos de la Revolución. En efecto, los trenes blindados de los guardias rojos no enviaban nunca destacamentos a los pueblos situados en un radio de 10 ó 20 Km no sólo para darles armas, sino tampoco para estimular a los campesinos y hacerles dar golpes de mano audaces contra los enemigos de la Revolución participando ellos mismos en la acción.

Sverdlov me escuchaba atentamente y de cuando en cuando exclamaba: «¿Es posible?» Le cite varias unidades de guardias rojos pertenecientes a los grupos de Bogdanov, Svirski, Sabline y otros; le señalé con más calma que los guardias rojos encargados de defender las vías férreas por medio de trenes blindados con los que era posible tomar rápidamente la ofensiva, pero también batirse lo más frecuentemente en retirada, no podían inspirar confianza a las masas campesinas. Pero estas masas veían en la Revolución el medio de zafarse de la opresión no sólo de los grandes propietarios y los ricos kulaks, sino también de sus hombres de seguridad, sustrayéndose al poder político y administrativo del funcionario del Estado, estando por ello prestos a defenderse y defender sus conquistas contra las ejecuciones sumarias y las des-

trucciones masivas, tanto de junkers⁴ prusianos como de las tropas del alemán Skoropadsky.

—Sí —decía Sverdlov—, creo que tenéis razón respecto a los guardias rojos..., pero ahora los hemos reorganizado en el Ejército Rojo, que está refortaleciéndose, y si, como decís, los campesinos del Sur están animados de tan gran espíritu revolucionario, hay grandes posibilidades de que los alemanes sean batidos completamente y de que el alemán muera en breve; entonces el poder de los soviets triunfará en Ucrania igualmente.

—Esto depende de la acción clandestina que se lleve en Ucrania. Creo por mi parte que esta acción es hoy más necesaria que nunca, a condición de que se organice, de que se le dé una forma combativa, lo que incitaría a las masas a insurgir abiertamente en los pueblos y en los campos contra los alemanes y el atamán. Sin levantamiento de carácter esencialmente revolucionario en Ucrania, no se obligará a austríacos y alemanes a abandonar el país, ni se podrá poner la mano sobre el atamán ni sobre quienes le sostienen, ni forzarles a huir con sus protectores. No olvidéis que, en razón del tratado de Brest-Litovsk y de los factores políticos con que nuestra Revolución debe contar en el exterior, una ofensiva del Ejército Rojo es inconcebible.

Mientras le decía esto, el camarada Sverdlov tomaba notas.

—Comparto enteramente vuestros puntos de vista —me dijo—. Pero ¿quién es usted? ¿Es comunista o socialista-revolucionario de izquierda?⁵ Por el lenguaje que usáis se ve bien que sois ucraniano, pero no comprendo a cuál de los dos partidos pertenecéis.

Esta cuestión, sin turbarme (el secretario del C. C. E. ya me la había planteado), me embarazó. ¿Qué hacer? Decir llanamente a Sverdlov que yo era anarquista-comunista, el camarada y el amigo de aquellos a quienes su partido y el sistema estatal creado por él habían aplastado dos meses antes en Moscú y en otras varias ciudades, o bien ocultarme bajo otra bandera?

Estaba perplejo, y Sverdlov se dio cuenta. Explicar durante nuestra entrevista mi concepción de la revolución social y mi pertenencia política, no quería hacerlo. Disimularlo, me repudiaba igualmente. Por ello, tras algunos segundos de reflexión, dije a Sverdlov:

—¿Por qué os interesáis tanto en mi pertenencia política? ¿Es que mis documentos, que os muestran quién soy, de dónde vengo y la función que he cumplido en una cierta región para organizar a los trabajadores de pueblos y campos a la vez que grupos de revolucionarios y de batallones de voluntarios de Ucrania, no os bastan?

⁴ *Junkers*, palabra alemana que significa «halcones»; el cuerpo de los oficiales alemanes era de composición aristocrática y reclutado en las familias de los grandes terratenientes del este del Elba.

⁵ Sólo el ala izquierda del Partido Social-Revolucionario colaboraba en esta época con los bolcheviques.

El camarada Sverdlov se excusó, y me pidió que no dudase de su honor revolucionario ni creyera que carecía de confianza respecto a mí. Sus excusas me parecieron tan sinceras, que me avergoncé, y sin dudar más, le declaré que era anarco-comunista de la tendencia de Bakunin-Kropotkin.

—¿Qué clase de anarco-comunista es usted, camarada, que admite la organización de las masas trabajadoras y la dirección de éstas en la lucha contra el poder del capital? —dijo Sverdlov con una sonrisa de camaradería.

Ante su asombro, respondí al presidente del C. E. E.:

—El anarquismo es un ideal demasiado realista como para no comprender el mundo moderno y los acontecimientos actuales, y la participación de sus defensores en ese mundo es evidente, teniendo en cuenta el sentido que han de dar a sus acciones y los medios que hay que emplear en ellas...

—Así me parece, pero en todo caso usted no se parece del todo a esos anarquistas que instalaron en Moscú su sede en Malaïa Dmitrovka —me dijo Sverdlov, y quiso añadir algo a este respecto, pero yo le interrumpí:

—El aplastamiento por vuestra parte de los anarquistas de la Malaïa Dmitrovka⁶ debe ser considerado como algo penoso que habrá que evitar en el futuro en interés de la Revolución...

Sverdlov murmuró algo por lo bajo y, levantándose de su sillón, se acercó a mí, puso sus manos sobre mis hombros, y me dijo:

—Veo que está usted muy al corriente de lo que ha pasado en nuestra retirada de Ucrania y, sobre todo, del espíritu de los campesinos. Ilitch, nuestro camarada Lenin, se alegrará de escucharle. ¿Queréis que le telefonee?

Respondí que no podía decirle mucho más al camarada Lenin, pero Sverdlov tenía ya el teléfono en la mano, y avisó a Lenin de que a su lado había un camarada con noticias muy importantes sobre los campesinos del Sur de Rusia y sobre sus sentimientos respecto a las tropas de invasión alemanas. Y sobre la marcha preguntó a Lenin cuándo podría recibirme.

Un instante después, Sverdlov colgó el teléfono, y con su propia firma me dio un salvoconducto para volver a verle. Al dármele, me dijo:

—Mañana, a la una del mediodía, venga directamente aquí; iremos juntos a ver al camarada Lenin... ¿Cuento con usted?

—Cuento conmigo —fue mi respuesta.

⁶ En la noche del 12 de abril de 1918, so pretexto especioso, el poder bolchevique había hecho atacar y saquear por sus fuerzas policiales y militares la sede de la federación de grupos anarquistas de Moscú, una casa particular de Malaïa Dmitrovka.

Al día siguiente, a la una, estaba yo de nuevo en el Kremlin, donde volví a ver al camarada Sverdlov, que me condujo en seguida a Lenin. Este me acogió fraternalmente. Me tomó por el brazo y, golpeándome suavemente la espalda con la otra mano, me hizo sentar en un sillón. Tras haber rogado a Sverdlov instalarse en otro sillón, dijo a su secretario:

—Tenga la bondad de interrumpir este trabajo durante dos horas.

Luego se sentó frente a mí, preguntándome.

Su primera pregunta fue: «¿De qué región es usted?» Luego: «¿Cómo han acogido los campesinos de la comarca la consigna *Todo el poder para los soviets en los campos*, y cuál ha sido su reacción de los enemigos de esta consigna y la de la Rada central en particular?» Luego: «¿Se han levantado los campesinos de su región contra los invasores austro-alemanes? Si es así, qué ha faltado para que las revoluciones campesinas se transformaran en levantamiento general y se asociaran a la acción de las unidades de guardias rojos, que con tanto valor han defendido nuestras conquistas revolucionarias?»

A todas estas cuestiones di a Lenin respuestas breves. Este, con su talento, se esforzaba por plantear las preguntas de forma que yo pudiese responder punto por punto. Por ejemplo, la pregunta: «¿Cómo han acogido los campesinos de la región la consigna *Todo el poder para los soviets en los pueblos?*», Lenin me la planteó en tres partes, y se asombró de que yo le respondiera:

—Los campesinos la han acogido a su manera, lo que quiere decir que, en su entendimiento, todo el poder debe, en todos los dominios, identificarse con la conciencia y la voluntad de los trabajadores; que los soviets de diputados obrero-campesinos de pueblo, comarca y de distrito no son ni más ni menos que engranajes de la organización revolucionaria y de la autogestión económica de los trabajadores en lucha contra la burguesía y sus lacayos, los socialistas de derechas y el gobierno de coalición.

—¿Creéis justa esta manera de comprender nuestra consigna? —preguntó Lenin.

—Sí —respondí.

—En ese caso, los campesinos de vuestra región han padecido el contagio del anarquismo —me dijo.

—¿Es eso un mal? —pregunté yo.

—No quiero decir eso. Al contrario, hay que alegrarse, pues eso aceleraría la victoria del comunismo sobre el capitalismo y su poder.

—Es lisonjero para mí —respondí a Lenin, conteniéndome para no reír.

—No, no; yo creo muy seriamente que este fenómeno social en la vida de las masas campesinas aceleraría la victoria del co-

munismo sobre el capitalismo —repitió Lenin, añadiendo—: Pero pienso que este fenómeno no ha sido espontáneo; es un efecto de la propaganda anarquista, y no tardará en desaparecer. Creo incluso que este estado de espíritu, batido por la contrarrevolución triunfante antes de haber tenido tiempo de engendrar una organización, ya ha desaparecido.

Hice notar a Lenin que un líder político no debe nunca mostrarse pesimista o escéptico.

—Así que, según usted —dijo Sverdlov interrumpiéndome—, ¿habría que favorecer estas tendencias anarquistas en la vida de las masas campesinas?

—¡Oh!, vuestro partido no lo hará —respondí yo.

Lenin tomó la ocasión por los pelos:

—¿Y por qué habría de favorecerlas? ¿Para dividir a las fuerzas revolucionarias del proletariado, abrir la vía a la contrarrevolución y, a fin de cuentas, subir nosotros mismos con el proletariado al patíbulo?

—Ya no pude dominarme, y con un tono de nerviosismo en la voz, hice notar a Lenin que el anarquismo y los anarquistas no aspiraban a la contrarrevolución ni llevaban al proletariado a ella.

—¿He dicho yo eso? —preguntó Lenin. Y añadió—: He querido decir que los anarquistas, al carecer de organizaciones de masas, no pueden organizar al proletariado ni a los campesinos pobres, y, por tanto, tampoco levantarles para defender, en el sentido amplio del término, lo que ha sido conquistado por todos nosotros y que nos es tan querido.

La entrevista versó luego sobre las demás cuestiones planteadas por Lenin. A una de ellas, «las unidades de guardias rojos y el valor revolucionario con que defendieron nuestras conquistas comunes», Lenin me obligó a responder lo más completamente posible. Manifiestamente, la cuestión le atormentaba o bien le recordaba lo que las formaciones de guardias rojos habían realizado recientemente en Ucrania, alcanzando con éxito, según ellos, las metas que Lenin y su partido se habían fijado, y en nombre de los cuales les habían enviado desde Petrogrado y otras grandes ciudades lejanas de Rusia. Recuerdo la emoción de Lenin, emoción que sólo podía manifestarse en un hombre que vivía profundamente la lucha contra el orden social al que odiaba y quería vencer, cuando le dije:

—Habiendo participado en el desarme de decenas de cosacos retirados del frente alemán a finales de diciembre de 1917 y comienzos de 1918, conozco muy bien la «bravura revolucionaria» de las unidades del Ejército Rojo y en particular de sus jefes. Pero me parece, camarada Lenin, que, al basarnos en enseñanzas de segunda o tercera mano, exageráis.

—¿Cómo? ¿Negáis ese valor? —me preguntó Lenin.

—Las unidades de guardias rojos han dado muestras de espíritu revolucionario y de valor, pero no tanto como decís. La lucha

de los guardias rojos contra los *haidamarks*⁷ de la Rada central y, sobre todo, contra las tropas alemanas, ha conocido momentos en que el espíritu revolucionario y la bravura, así como la acción de los guardias rojos y de sus jefes, se han mostrado muy débiles. Sin duda, en muchos casos, esto, creo yo, debe atribuirse al hecho de que los destacamentos de guardias rojos fueron formados apresuradamente y empleaban contra el enemigo una táctica que no se parecía ni a la de los grupos revolucionarios, ni a la de las unidades regulares. Debéis saber que los guardias rojos, numerosos o no, atacaban al enemigo desplazándose por las vías férreas. A diez o doce verstas de una línea de ferrocarril, el terreno no estaba ocupado, pudiendo circular por él libremente los defensores de la contrarrevolución o los de la revolución. Por esta razón, los ataques por sorpresa casi siempre tenían éxito. Sólo en los bordes de los nudos ferroviarios, de las ciudades o de los pueblos sin ferrocarriles, organizaban un frente y se lanzaban al ataque las formaciones de guardias rojos.

Pero la retaguardia y las cercanías inmediatas de la localidad amenazada por el enemigo estaban sin defensores. La acción defensiva de la revolución padecía el contragolpe. Las unidades de guardias rojos apenas habían terminado de difundir sus llamadas en una región, cuando ya las fuerzas contrarrevolucionarias pasaban a la contraofensiva, obligando muy frecuentemente a los guardias rojos a batirse en retirada, otra vez en sus trenes blindados. Y aunque la población campesina no les quería, tampoco podía ayudarles.

—¿Qué hacen los propagandistas revolucionarios en los campos? ¿No pueden preparar a los proletarios rurales a completar con tropas frescas las unidades de guardias rojos o a formar nuevos cuerpos francos de guardias rojos y ocupar posiciones para combatir la contrarrevolución? —me preguntó Lenin.

—No nos apasionemos. Los propagandistas revolucionarios son poco numerosos en los campos y no pueden hacer gran cosa. Además, todos los días llegan a los campos centenares de propagandistas y de enemigos secretos de la revolución. En muchas localidades no se puede esperar que los propagandistas revolucionarios hagan surgir nuevas fuerzas de la revolución y las organicen para oponerlas a la contrarrevolución. Nuestra época —dije a Lenin— reclama acciones decisivas de todos los revolucionarios, y esto en todos los terrenos de la vida y de la lucha de los trabajadores. No tener esto en cuenta, sobre todo entre nosotros, en Ucrania, es permitir a la contrarrevolución agrupada tras el atamán desarrollarse a su antojo y reforzar su poder.

Svedlov nos miraba alternativamente a Lenin y a mí, son-

⁷ Fuerzas militares del gobierno reaccionario ucraniano que llevaban el nombre de los héroes de un levantamiento popular ucraniano en el siglo XVIII contra las tropas del zar y del rey de Polonia.

riendo de satisfacción. Lenin tenía sus dedos entrelazados e, inclinando la cabeza, reflexionaba. Mirándome, dijo:

—Cuanto acabáis de decirme es muy penoso —y volviéndose hacia Sverdlov, añadió—: Refundiendo las unidades de guardias rojos en el Ejército Rojo, estamos en el buen camino, el que lleva a la victoria definitiva del proletariado sobre la burguesía.

—Sí, sí —respondió vivamente Sverdlov.

—Luego me dijo Lenin:

—¿Qué pensáis hacer en Moscú?

Respondí que no estaría allí mucho tiempo. Conforme a la decisión de la Conferencia de los grupos revolucionarios tenida en Tagarong, debía estar de vuelta a Ucrania en los primeros días de julio.

—¿Clandestinamente? —me preguntó Lenin.

—Sí —respondí.

Dirigiéndose entonces a Sverdlov, Lenin hizo esta reflexión:

—Los anarquistas están siempre llenos de abnegación, prestos a todos los sacrificios: pero son ciegos fanáticos que ignoran el presente para no pensar más que en el porvenir futuro.

Y rogándome no pensara que esto iba por mí —añadió:

—Os considero, camarada, un hombre con sentido de las realidades y necesidades de nuestra época. Si hubiese en Rusia aunque sólo fuera un tercio de los anarquistas como usted, nosotros, los comunistas, estaríamos prestos a marchar con ellos en ciertas condiciones y a trabajar en común en interés de la organización libre de los productores.

En este instante sentí nacer en mí un sentimiento de profunda estima hacia Lenin, cuando aún recientemente tenía la convicción de que él era el responsable de la aniquilación de las organizaciones anarquistas de Moscú, lo que había sido la señal del aplastamiento de éstas en otras muchas localidades. Y en mi fuero interno sentí vergüenza de mí mismo. Buscando la respuesta que debía dar a Lenin, le dije:

—La Revolución y sus conquistas son caras a los anarquistas-comunistas, y en eso se parecen todos.

—¡Oh!, no me diga eso —dijo Lenin riendo—. Conocemos a los anarquistas tan bien como usted. En su mayoría, no tienen ninguna noción del presente o, en todo caso, no se preocupan por él; pero el presente es tan grave, que no pensar o no tomar postura de manera positiva ante él es para un revolucionario más que vergonzoso. La mayoría de los anarquistas tienen su pensamiento vuelto hacia el porvenir, y a él consagran sus escritos, sin tratar de comprender el presente; y eso también nos separa de ellos.

Tras estas palabras, Lenin se levantó de su sillón, y yendo de derecha a izquierda, añadió:

—Sí, sí; los anarquistas son fuertes en las ideas que se hacen del porvenir; en el presente, no tienen los pies en la tierra; su actitud es lamentable, y ello porque su fanatismo desprovisto de contenido hace que carezcan de vínculos reales con este porvenir.

Sverdlov tuvo una sonrisa maliciosa, y volviéndose hacia mí, me dijo:

—No podéis negarlo. Las reflexiones de Vladimir Ilitch son justas.

—¿Los anarquistas nunca han reconocido su falta de realismo en la vida «presente»? Ni siquiera les preocupa —añadió Lenin.

Respondiendo a ello, dije a Lenin y a Sverdlov que yo era un campesino semianalfabeto y que no quería discutir la opinión para mí tan erudita que Lenin acababa de emitir sobre los anarquistas.

—Pero debo deciros, camarada Lenin, que vuestra afirmación de que los anarquistas no comprenden el «presente», que no tienen vínculos reales con él, etc., es totalmente errónea. Los anarquistas-comunistas de Ucrania (o del Sur de Rusia, ya que vosotros, camaradas bolcheviques, os esforzáis por evitar la palabra Ucrania), los anarco-comunistas, digo, han dado ya un gran número de pruebas de que están implantados en «el presente». Toda la lucha del campo revolucionario ucraniano contra la Rada central ha sido llevada bajo la dirección ideológica de los anarquistas comunistas y, en parte, por los S. R.⁸, que, a decir verdad, tenían objetivos completamente distintos a los nuestros, anarco-comunistas, en su lucha contra la Rada. Vuestros bolcheviques no existen, por decirlo así, en nuestros campos, y, si los hay, su influencia es ínfima. Casi todas las comunas o asociaciones campesinas de Ucrania han sido formadas a instigación de los anarco-comunistas. Y la lucha a mano armada de la población trabajadora contra la contrarrevolución en general y la encarnada en los ejércitos de invasión austrohúngaros y alemanes, ha sido llevada bajo la dirección ideológica y orgánica exclusiva de los anarco-comunistas. Ciertamente, no os interesa a vuestro partido poner todo esto en nuestro activo, pero son hechos que no podéis negar. Conocéis perfectamente, supongo, los efectivos y la capacidad combativa de los cuerpos francos revolucionarios de Ucrania. No sin razón habéis evocado el valor con que ellos han defendido nuestras conquistas revolucionarias comunes.

»Entre ellos, más de la mitad bajo la bandera anarquista. Mokrousov, M. Nikiforova, Tchérédniak, Garin, Tcherniak, Lounev y muchos otros comandantes de cuerpos francos que sería demasiado largo enumerar, son todos anarco-comunistas. No hablo de mí, del grupo al que pertenezco, sino de todos los demás

⁸ Socialistas revolucionarios.

grupos de revolucionarios y «batallones de voluntarios» para la defensa de la revolución que hemos formado y que no han podido ser ignorados por el mando de los guardias rojos. Todo ello muestra con fuerte suficiencia hasta qué punto, camarada Lenin, es erróneo vuestro alegato de que nosotros, los anarco-comunistas no tengamos los pies en tierra y de que nuestra actitud en «el presente» es lamentable porque nos gusta mucho pensar en «el porvenir». Lo que he dicho en esta entrevista no puede negarse porque es verdad. Lo que os acabo de decir contradice las conclusiones que proclamáis sobre nosotros y todo el mundo, usted también, pueden tener pruebas de que estamos plenamente implantados en «el presente», que trabajamos en él y buscamos en él lo que nos acerca al porvenir, en el que, efectivamente, pensamos muy seriamente.

En este momento miré a Sverdlov. Estaba rojo, pero continuaba sonriéndome. En cuanto a Lenin, dijo moviendo los brazos:

—Puede que me equivoque.

—Sí, sí, camarada Lenin; habéis sido demasiado duro para nosotros, anarco-comunistas, porque, simplemente, creo que estáis mal informado de la realidad ucraniana y del papel que tenemos allí.

—Tal vez, no lo dudo. ¿Quién, por lo demás, está exento de error, sobre todo en la situación en que estamos? —respondió Lenin.

Dándose cuenta de que yo estaba algo nervioso, se esforzó paternalmente por tranquilizarme haciendo desviar muy hábilmente la conversación sobre otro tema. Pero mi mal carácter, si puedo expresarme así, no me permitió, pese a todo el respeto que me inspiró Lenin en el curso de nuestra conversación, interesarme por ello. Me sentía ofendido. Y pese al sentimiento que experimentaba de tener frente a mí a un hombre con el que habría de discutir muchos temas o del que habría mucho que aprender, mi estado de ánimo se alteró. Mis respuestas eran ya tensas; algo en mí se había roto y un penoso sentimiento me invadía.

Lenin no pudo dejar de darse cuenta de este cambio de mis sentimientos. Se esforzó por paliarlo hablando de otra cosa. Y dándose cuenta de que volvía a estar en mejor disposición y de que me dejaba ganar por su elocuencia, me preguntó:

—¿Así que pensáis volver clandestinamente a Ucrania?

—Sí —respondí.

—¿Os puedo ayudar?

—De buena gana —dije.

Dirigiéndose entonces a Sverdlov, Lenin preguntó:

—¿Quién de nosotros está ahora a la cabeza del servicio encargado de hacer pasar a nuestros muchachos al Sur?

—El camarada Karpenko o Zatonski, respondió Sverdlov. Voy a asegurarme.

Mientras Sverdlov telefoneaba para saber si Zatonski o Karpenko estaban a la cabeza del servicio encargado de pasar militarmente a Ucrania para trabajar allí clandestinamente, Lenin trató de persuadirme de que yo debía deponer mi actitud, pues el Partido Comunista no era tan hostil a los anarquistas como yo parecía creerlo.

—Si nos hemos visto obligados —me dijo Lenin— a tomar medidas enérgicas para desalojar a los anarquistas de la casa particular que ocupaban en la Malaïa Dmitrovka y donde ocultaban a algunos bandidos, locales o de paso, la responsabilidad no es nuestra, sino de los anarquistas allí instalados. Por otra parte, no les importunemos. Debéis saber que han sido autorizados a ocupar otro inmueble no lejos de la Malaïa Dmitrovka y que son libres de trabajar como quieran.

—¿Tenéis indicios —pregunté al camarada Lenin— de que los anarquistas de la Malaïa Dmitrovka hayan dado asilo a bandidos?

—Sí; la Comisión extraordinaria (Checa) los ha recogido y verificado. Si no, nuestro partido no les hubiera autorizado a tomar esas medidas —respondió Lenin.

Mientras, Sverdlov había vuelto a sentarse con nosotros y anunciaba que el camarada Karpenko estaba a la cabeza del servicio encargado del paso, pero que también el camarada Zatonski estaba al corriente de todo.

Entonces Lenin dijo:

—Bien, camarada, mañana, pasado o cuando quiera, id a ver al camarada Karpenko y preguntadle por lo que necesitáis para volver clandestinamente a Ucrania. Os dará un itinerario seguro para atravesar la frontera.

—¿Qué frontera? —pregunté.

—¿No estáis al corriente? Se ha establecido una frontera entre Rusia y Ucrania. La guardan las tropas alemanas —dijo Lenin enervado.

—¿Consideráis, pues, a Ucrania como el «sur de Rusia»? —le dije.

—Considerar es una cosa, camarada, y tener los ojos abiertos en la vida es otra —añadió Lenin.

Y antes de que tuviera tiempo para responder, añadió:

—Diréis al camarada Karpenko que os envío yo. Si tiene dudas, no tendrá que hacer más que telefonarme. Esta es la dirección en que podréis verle.

Una vez en pie los tres, nos apretamos las manos, y tras un intercambio de agradecimientos, aparentemente calurosos, salí del despacho de Lenin.

Los siguientes textos proceden del libro de Pedro Archinoff, amigo y compañero de armas de Makhno, Histoire du mouvement makhnoviste, 1928, reeditado en París (Ed. Bélibaste) en 1969.

Las primeras «comunidades libres»

(En la Ucrania del sur, tras la expulsión de los grandes propietarios de tierras) la tierra cayó en manos de los campesinos. Estos comprendían bien que no todo estaba hecho aún, que no bastaba con tomar un pedazo de tierra y contentarse con ella. La ruda vida les decía que los enemigos acechaban por doquier enseñándoles a permanecer unidos. En varios lugares hubo tentativas para organizar la vida en común. Pese a la hostilidad de los campesinos respecto a las comunas oficiales (gubernamentales), en muchos lugares de la región de Goulaï-Polé surgieron comunas campesinas llamadas «comunidades de trabajo» o «comunidades libres». Así, cerca de Pokrovskoié se organizó la primera comuna libre llamada Rosa Luxemburg. Todos sus miembros eran indigentes. Al comienzo, esta comuna comprendía sólo varias decenas de miembros; luego, su número aumentó hasta más de trescientos.

(...) Con una simplicidad y magnanimidad propias del pueblo, los campesinos habían honrado la memoria de una de las heroínas de la revolución, una desconocida para ellos, pero que había muerto mártir en la lucha revolucionaria. Pero la vida interior de la comuna no tenía nada en común con la doctrina por la que Rosa Luxemburg había luchado. La comuna estaba basada en el principio antiautoritario. Al desarrollarse, comenzó a ejercer una gran influencia sobre los campesinos de toda la comarca. Las autoridades «comunistas» trataron de ingerirse en la vida interior de la comuna, pero no se las admitió.

(...) A siete kilómetros de Goulaï-Polé, en una antigua propiedad, se formó otra comuna que reunió campesinos pobres de Goulaï-Polé. Se llamaba simplemente «Comuna núm. 1 de los campesinos de Goulaï-Polé». A una veintena de kilómetros de ella se encontraban las comunas núms. 2 y 3. Había también en otros lugares. En total, las comunas no eran numerosas y sólo abarcaban una minoría de la población, sobre todo los que no poseían bienes rurales sólidamente establecidos y cultivados. Pero estas comunas se habían formado según la iniciativa de los campesinos pobres mismos. La obra de los makhnovistas no les influyó sino en tanto que estos últimos propagaban en la región la idea de las comunas libres.

Las comunas no se crearon por una fantasía o ejemplo cualquiera, sino exclusivamente a consecuencia de las necesidades vitales de los campesinos que nada poseían antes de la revolución y que, tras la victoria, se pusieron a organizar su vida económica sobre la base comunal. No eran, pues, las comunas artificiales del Partido Comunista, donde se reúnen habitualmente elementos cogidos al azar que no hacen sino depredar los granos y destruir la tierra, que gozan del apoyo del Estado, del gobierno y, en consecuencia, viven del trabajo del pueblo al que tienen la pretensión de enseñar a trabajar.

Eran verdaderas comunas laboriosas de campesinos acostumbrados desde su infancia al trabajo que apreciaban en sí mismos y en los demás. Los campesinos trabajaban allí en primer lugar para asegurar su pan diario. Además, cada uno encontraba allí el apoyo moral y material que necesitara. El principio de fraternidad e igualdad se mantenía en las comunas. Todos, hombres, mujeres y niños, debían trabajar allí en la medida de sus fuerzas. Las funciones organizativas estaban confiadas a uno o dos camaradas, que, tras haberlas cumplido, volvían al trabajo habitual hombro con hombro con los demás miembros de la comuna. Es evidente que estos caracteres sanos y sabios eran debidos a que las comunas surgieron en un ambiente laborioso y que su desarrollo seguía el camino natural.

Empero, estos gérmenes de comunismo libre estaban lejos de representar toda la actividad creadora y constructiva, económica y social de los campesinos. Por el contrario, estos gérmenes sólo se forjaban lenta y gradualmente, mientras que el lío político exigía de los campesinos esfuerzos comunes inmediatos y de gran envergadura, una tensión y una actividad generales. Era indispensable llegar a una organización unida, no sólo en los límites de tal o cual lugar o pueblo, sino también de distritos e incluso en áreas enteras formando parte de la región liberada. Era preciso encontrar en común soluciones a diferentes cuestiones que afectaban a la región entera. Había que crear los órganos correspondientes; los campesinos no faltaron. Estos órganos eran los congresos regionales de campesinos, obreros y revolucionarios. En el período en que la región estuvo libre, hubo tres de esos congresos. Los campesinos lograron vincularse estrechamente, orientarse y determinar las tareas económicas y políticas que tenían ante sí.

(...) En lo concerniente a los órganos de autodirección social, los obreros y campesinos eran partidarios de la idea de los soviets de trabajo libre. Contrariamente a los soviets de carácter político de los bolcheviques y de otros socialistas, los soviets libres de campesinos y obreros debían ser los órganos de su «autogobierno» social y económico. Cada soviet no era sino el ejecutor de la voluntad de los trabajadores de la localidad y de sus organizaciones. Los soviets locales establecían entre ellos el

enlace necesario y formaban así organizaciones más grandes, económicas y territoriales.

Sin embargo, la guerra hacía muy difíciles la creación y el funcionamiento de estos órganos, por esto su organización completa nunca se dio.

*El ejército insurreccional de Makhno
integrado en el Ejército Rojo (comienzos de 1919)*

A comienzos de 1919, los insurgentes makhnovistas rechazaron, tras una serie de combates, a las tropas de Denikin hacia el mar Azov, tomándoles unos cien vagones de trigo. El primer pensamiento de Makhno y del estado mayor del ejército insurreccional fue enviar estos trofeos como víveres para los obreros hambrientos de Moscú y Petrogrado. Esta idea fue acogida con entusiasmo por las grandes masas de insurgentes. Los cien vagones de trigo fueron llevados a Petrogrado y Moscú acompañados por una delegación makhnovista que fue recibida muy calurosamente por el soviét de Moscú.

Los bolcheviques llegaron a la región de la *makhnovstchina* mucho más tarde que Denikin. Ya hacía tres meses que los insurgentes makhnovistas le combatían; ya le habían expulsado de su región y establecían su línea defensiva al este de Marioupol, cuando la primera división bolchevique, con Dybenko a la cabeza⁹, llegó a Sinelnikovo.

Kakhno mismo, así como todo el movimiento insurreccional revolucionario, eran en este momento aún desconocidos por los bolcheviques⁹. En la prensa comunista de Moscú y provincia, se había hablado hasta entonces de Makhno como de un rebelde audaz y muy prometedor para el futuro. Su lucha contra Skopadsky, luego contra Petlioura y Denikin, le valió la bienvenida de los jefes bolcheviques. Les parecía fuera de duda que los destacamentos revolucionarios de los makhnovistas que habían combatido tantas contrarrevoluciones diferentes en Ucrania, se fundirían con el Ejército Rojo. Así, cantaban de antemano las alabanzas de Makhno, sin haberle conocido, y le consagraban columnas enteras en sus periódicos.

El primer encuentro de los combatientes bolcheviques con Makhno se produjo bajo los mismos auspicios de bienvenida y loa, en marzo de 1919. Makhno fue inmediatamente invitado a unirse, con todos sus destacamentos, al Ejército Rojo, con el fin de vencer a Denikin uniendo todas las fuerzas. Las particularidades políticas e ideológicas de la insurrección revolu-

⁹ Hablaremos de Dybenko más adelante. Makhno no era completamente un desconocido de los bolcheviques, pues Lenin, como hemos visto, le había recibido en junio de 1918.

ria eran consideradas naturales, no pudiendo obstaculizar la unión sobre la base de una causa común. Estas particularidades debían ser inviolables.

Veremos luego cómo los guías de la *makhnovstchina* se equivocaron esperando no hallar en los bolcheviques más que adversarios de ideas. No habían contado con toparse con estadistas y adeptos de la violencia autoritaria más acabada. Las faltas cometidas, cuando no entrañan peligro, son útiles. Ellas sirvieron a los makhnovistas de buena lección.

El ejército insurreccional se hizo parte constituyente del Ejército Rojo, con las siguientes condiciones:

a) El ejército insurreccional mantiene su antiguo orden interior.

b) Recibe comisarios políticos nombrados por la autoridad comunista.

c) No está subordinado al mando rojo superior más que en lo concerniente a las operaciones militares estrictamente dichas.

d) No puede ser desplazado del frente de Denikin.

e) Obtiene las municiones y el aprovisionamiento del mismo modo que el Ejército Rojo.

f) Mantiene su nombre de Ejército Revolucionario Insurreccional, y sus banderas negras.

El ejército revolucionario makhnovista estaba organizado según tres principios fundamentales: la voluntariedad, el principio electivo y la autodisciplina.

El voluntariado significaba que el ejército no se componía más que de combatientes revolucionarios que habían ido allí de buena voluntad.

El principio electivo consistía en que los comandantes de todas las partes del ejército, los miembros del estado mayor y del consejo, así como todas las personas que ocupaban en el ejército puestos importantes en general, debían ser elegidos o aceptados por los revolucionarios de los partidos respectivos o por el conjunto del ejército.

La autodisciplina significaba que todas las reglas de la disciplina del ejército estaban elaboradas por comisiones de revolucionarios validadas luego por las reuniones generales de los partidos del ejército, siendo rigurosamente observadas bajo la responsabilidad de cada revolucionario y de cada comandante.

Todos estos principios fueron mantenidos por el ejército makhnovista en su unión con el Ejército Rojo. Recibió, en principio, el nombre de «tercera brigada», que luego fue cambiado por el de «primera división revolucionaria insurreccional ucraniana». Más tarde, adoptó el nombre definitivo de «Ejército Revolucionario Insurreccional de Ucrania (makhnovista)».

Respuesta a Dybenko (comandante de las fuerzas bolcheviques) en abril de 1919.

El «camarada» Dybenko¹⁰ declaró contrarrevolucionario el congreso convocado en Goulai-Polé el 10 de abril de 1919, y puso fuera de la ley a sus organizadores, a los que, según él, las medidas represivas más rigurosas debían ser aplicadas. Publicamos aquí literalmente su telegrama:

«De Novo-Alexéievka, núm. 283. Día 10, a las 22 horas, 45 minutos. Hacer seguir al camarada Batko Makhno, estado mayor de la división Alexandrovsk. Copia Volnovakha, Marioupol; hacer seguir al camarada Makhno. Copia al soviet de Goulai-Polé:

«Todo congreso convocado en nombre del estado mayor revolucionario militar, disuelto por orden mía, es considerado manifiestamente contrarrevolucionario y sus organizadores quedarán sometidos a las más rigurosas medidas represivas hasta la proclamación de fuera de la ley. Ordeno tomar medidas para que cosas semejantes no vuelvan a pasar nunca más. Comandante de la división, Dybenko.»

Antes de declarar contrarrevolucionario al congreso, el «camarada» Dybenko no se ha molestado siquiera en informarse en nombre de qué y con qué objeto fue convocado este congreso por el estado mayor revolucionario militar «disuelto» de Goulai-Polé, mientras que en realidad lo fue por el comité ejecutivo del consejo revolucionario militar. Así, pues, este último, habiendo convocado el congreso, no sabe si es él mismo considerado por el «camarada» Dybenko como fuera de la ley.

Si es así, permitid que informemos a Vuestra Excelencia por quién y con qué fin fue convocado este congreso (en vuestra opinión, manifiestamente contrarrevolucionario), y entonces no os parecerá tan espantoso como os lo representáis.

El congreso, como ha quedado dicho, fue convocado por el comité ejecutivo del consejo revolucionario militar de la región de Goulai-Polé mismo (como lugar situado en el centro). Fue designado como tercer congreso regional de Goulai-Polé. Fue convocado con el fin de determinar la línea de conducta ulterior del consejo revolucionario militar (ya veis, «camarada» Dybenko, que ha habido tres de estos congresos «contrarrevolucionarios»). Pero surgió la cuestión de saber de dónde viene y con qué fin se creó el consejo revolucionario militar regional mismo. Si no lo sabéis aún, «camarada» Dybenko, vamos a enseñároslo.

El consejo revolucionario militar regional se formó conforme a la resolución del segundo congreso habido en Goulai-Polé, el

¹⁰ Paul Dybenko (1889-1938), hijo de campesino, marinero, bolchevique en 1906, uno de los oradores favoritos de Kronstadt en el momento de la Revolución rusa, mandó en Ucrania las primeras unidades rojas, probablemente ejecutado en 1938.

12 de febrero del año en curso (hace, pues, mucho tiempo, tanto que aún no estaba usted ahí).

Se formó entonces el consejo para organizar a los combatientes y para ejecutar la movilización voluntaria, pues la región estaba rodeada de blancos, y los destacamentos insurreccionales compuestos por los primeros voluntarios no bastaban ya para sostener un frente extenso. No había en este momento tropas soviéticas en nuestra región; y además, la población no esperaba demasiada ayuda, considerando la defensa de su región como su propio deber. Con este fin se formó el consejo revolucionario militar de la región de Goulai-Polé, el cual consejo se componía, según la resolución del segundo congreso, por un delegado de cada distrito, con 32 miembros representando los distritos de los gobiernos de Ekaterinoslav y de la Taurida.

Pero vamos a partir de más abajo para daros explicaciones sobre el consejo revolucionario militar. La cuestión es: ¿de dónde vino el segundo congreso regional? ¿Quién lo convocó? ¿Quién dio el permiso? ¿Está fuera de la ley quien lo convocó, y, si no, entonces por qué? El segundo congreso regional fue convocado en Goulai-Polé por un comité de iniciativa compuesto por cinco personas elegidas por el primer congreso. El segundo congreso tuvo lugar el 12 de febrero del año en curso y, para nuestro gran asombro, las personas que lo convocaron no fueron puestas fuera de la ley, pues aún no existían esos «héroes» que osarían atentar contra los derechos del pueblo, conquistados por su propia sangre. Una nueva cuestión se plantea, pues: ¿de dónde vino el primer congreso regional? ¿Quién lo convocó? ¿Está fuera de la ley quien lo convocó, y si no por qué? «Camarada» Dybenko, es usted aún, a lo que parece, muy nuevo en el movimiento revolucionario de Ucrania, y hay que enseñaros aún estos comienzos. Vamos a hacerlo; y, tras haber tomado conocimiento de ellos, acaso se corrija usted un poco.

El primer congreso regional tuvo lugar el 23 de enero del año en curso en el primer campo insurreccional, en la Gran Mikhaïlova. Estaba compuesto por los delegados de los distritos situados cerca del frente. Las tropas soviéticas estaban entonces lejos, muy lejos. La región estaba separada del mundo entero; por un lado, por los denikinianos; por otro, por los petliourianos; sólo los destacamentos insurreccionales, con Makhno y Stchouss a la cabeza daban golpes a unos y otros. Los organizadores y las instituciones sociales en las ciudades y pueblos no siempre llevaban los mismos nombres. En tal ciudad era un «soviet», en tal otra una «regencia popular», en una tercera, un «estado mayor revolucionario militar», en una cuarta, una «regencia provincial», etc., pero el espíritu era por doquier igualmente revolucionario. Para consolidar el frente, así como para crear una cierta uniformidad de organización y de acción en la región entera tuvo lugar el primer congreso.

Nadie lo había convocado, se produjo espontáneamente, siguiendo el deseo y la aprobación de la población. En el congreso, se propuso arrancar del ejército petliouriano a nuestros hermanos movilizados por constricción. Al comienzo, una delegación compuesta por cinco personas fue elegida, recibiendo la instrucción de pasar por el estado mayor de Makhno y por otros donde hiciera falta, y penetrar hasta en el ejército del directorio ucraniano (de Petlioura) para anunciar a nuestros hermanos movilizados que se habían equivocado y que debían abandonar este ejército. Además, se encargó a la delegación el convocar a su vuelta un segundo congreso más amplio, con el fin de organizar a toda la región liberada de las bandas contrarrevolucionarias y de crear un frente de defensa más poderoso.

Los delegados convocaron así, a su vuelta, este segundo congreso regional, fuera de todo «partido», de todo «poder», de toda «ley», pues usted, «camarada» Dybenko, y otros amantes y guardianes de la ley como usted, estaban muy lejos; y como los guías heroicos del movimiento insurreccional no aspiraban al poder sobre el pueblo que acababa de romper con sus propias manos las cadenas de la esclavitud, el congreso no fue proclamado contrarrevolucionario, y quienes lo convocaron no fueron declarados fuera de la ley.

Volvamos al consejo regional. En el momento mismo de la creación del consejo revolucionario militar de la región de Goulaï-Polé, el poder soviético apareció en la región. Conforme a la resolución votada en el segundo congreso, el consejo regional no dejó los asuntos en suspenso con la aparición de las autoridades soviéticas. Debía ejecutar las instrucciones del consejo, sin desviarse. El consejo no era un órgano de mando, sino ejecutivo. Continuó operando en la medida de sus fuerzas, y persiguió su tarea en la obra revolucionaria. Poco a poco, el poder soviético comenzó a poner obstáculos a la actividad del consejo; los comisarios y otros altos funcionarios del gobierno de los soviets comenzaron a considerar el consejo como una organización contrarrevolucionaria. Entonces los miembros del consejo decidieron convocar el tercer congreso regional para el 10 de abril en Goulaï-Polé, para determinar la línea de conducta ulterior del consejo, o bien para liquidarle, si el congreso lo juzgaba necesario. Y el consejo se reunió.

No vinieron a él contrarrevolucionarios, sino los primeros que habían alzado en Ucrania el estandarte de la revolución. Vinieron para ayudar a coordinar la lucha general contra los opresores. Los representantes de 72 circunscripciones de diferentes distritos y gobiernos, así como varias unidades militares llegaron al congreso, y todos ellos creyeron necesario el consejo revolucionario militar de la región de Goulaï-Polé; incluso completaron su comité ejecutivo y encargaron a este último el realizar en la región una movilización voluntaria e igualitaria. El congreso quedó

asombrado por el telegrama del «camarada» Dybenko que declaraba a ese congreso «contrarrevolucionario», siendo así que ésta había sido la primera región en alzar el estandarte de la insurrección. Por esto, el congreso votó una viva protesta contra este telegrama.

Tal es el cuadro que debería abrirnos los ojos, «camarada» Dybenko. ¡Cambie de ideas! ¡Reflexione! ¿Sólo usted tiene todo el derecho de declarar contrarrevolucionaria a toda una población de un millón de trabajadores, la cual, con sus manos callosas, ha echado abajo las cadenas de la esclavitud y construido ahora su vida por sí misma y a su guisa?

¡No! Si es usted verdaderamente revolucionario, debe apoyar la en su lucha contra los opresores y en su obra de construcción de una nueva vida libre.

¿Puede haber leyes hechas por personas que se autotitulan revolucionarias que puedan poner a todo un pueblo revolucionario fuera de la ley? (Pues el comité ejecutivo del consejo representa a toda la masa del pueblo.)

¿Está permitido, es razonable establecer leyes de violencia para esclavizar a un pueblo que acaba de echar abajo a todos los legistas y a todas las leyes?

¿Existe una ley gracias a la cual un revolucionario esté en el derecho de aplicar los castigos más rigurosos a la masa revolucionaria de la que se dice defensor, por el simple hecho de que la masa en cuestión, sin esperar permiso, ha tomado los bienes que ese revolucionario le había prometido, libertad e igualdad?

¿Puede callarse la masa de un pueblo revolucionario cuando el revolucionario le arranca la libertad que acaba de conseguir?

¿Ordenan las leyes de la revolución fusilar a un delegado por creer que debe ejercer el mandato a él conferido por la masa revolucionaria que le ha elegido?

¿Qué intereses debe defender un revolucionario? ¿Los del partido, o los del pueblo que, con su sangre, pone en marcha a la revolución?

El consejo revolucionario militar de la región de Goulai-Polé se mantiene fuera de la dependencia y la influencia de los partidos; no reconoce más que al pueblo que le ha elegido. Su deber es realizar lo que le ha encomendado el pueblo y no obstaculizar a ningún partido socialista de izquierdas el propagar sus ideas. Por tanto, si un día la idea bolchevique tiene éxito entre los trabajadores, el consejo revolucionario-militar, esa organización manifiestamente contrarrevolucionaria desde el punto de vista de los bolcheviques, será reemplazada por otra organización «más» revolucionaria y bolchevique. Pero, mientras tanto, no tratéis de ahogarnos.

Si usted, «camarada» Dybenko, y sus semejantes, continúa con la misma política, si la creéis buena y consciente, llevad entonces hasta el fin vuestros sucios pequeños asuntos. Poned fue-

ra de la ley a todos los iniciadores de los congresos regionales y a todos los que fueron convocados mientras que usted y su partido estaban en Koursk. Proclamad contrarrevolucionarios a todos los que fueron los primeros en izar el estandarte de la revolución, de la insurrección social en Ucrania y actuaron por todas partes sin esperar a vuestro permiso y sin seguir a la letra vuestro programa, aunque estuvieron más a la izquierda. Poned también fuera de la ley a todos los que enviaron sus delegados a los congresos declarados por usted contrarrevolucionarios. Proclamad, en fin, fuera de la ley a todos los combatientes desaparecidos que, sin vuestro permiso, participaron en el movimiento insurreccional para la liberación de todo el pueblo trabajador. Proclamad siempre ilegales y contrarrevolucionarios a todos los congresos reunidos sin vuestro permiso. Pero sabed bien que la verdad acaba siempre por vencer a la fuerza. El consejo no desaparecerá, pese a todas vuestras amenazas, ni abandonará los deberes de los que se hizo cargo, pues no tiene usted derecho ni hay derecho a usurpar los derechos del pueblo.

El consejo revolucionario militar de la región de Goulaï-Polé

(siguen las firmas).

Trotsky y la «Makhnovstchina»

(31 de mayo al 4 de junio del año 1919):

(Pese a todo el respeto que se debe a la memoria del gran revolucionario que ha sido Leon Trotsky, el penoso episodio que sigue no podría silenciarse dentro de su prestigiosa carrera política y militar. Sólo la verdad es revolucionaria.)

La propaganda antimakhnovista de los bolcheviques arreció.

Fue Trotsky, mientras tanto llegado a Ucrania, quien dio el tono de esta campaña: el movimiento insurreccional no era, según él, más que un movimiento de ricos terratenientes («kulaks») que buscaban establecer su poder en la comarca. Todos los discursos de los makhnovistas y de los anarquistas sobre la comuna libertaria de los trabajadores no eran más que una astucia de guerra, pero en realidad makhnovistas y anarquistas aspiraban a establecer su propia autoridad anarquista, que a fin de cuentas sería la de los ricos kulaks (periódico *En Chemin*, núm. 51, artículo de Trotsky «La makhnovstchine»).

A la vez que esta campaña de agitación sabidamente embusterá, también la supervigilancia, o mejor el bloqueo, de la región insurreccional, fue llevada al extremo. Sólo al precio de las mayores dificultades, los obreros revolucionarios, llevados por sus simpatías, lograban penetrar desde las regiones lejanas de Rusia, Moscú, Petrogrado, Ivanovo-Voznessensk, Volga, Ural y Siberia hacia la región fiera e independiente.

El avituallamiento de municiones, cartuchos y otro material indispensable, gastado diariamente en el frente, cesó completamente (...) y la situación devino catastrófica en un momento en que las tropas de Denikin recibían un refuerzo considerable justamente en el sector en cuestión, con la llegada de los cosacos de Kouban y de los destacamentos formados en el Cáucaso.

¿Se daban cuenta los bolcheviques de lo que hacían y de las consecuencias que su línea de conducta tendría para la situación ya tan complicada en Ucrania?

Ciertamente, se daban perfecta cuenta de sus actos. Adoptaron la táctica del bloqueo con el fin de destruir y aniquilar la potencia militar de la región. Es muy fácil luchar contra adversarios desarmados. Sería más fácil subordinar a los rebeldes sin municiones y frente al sólido frente de Denikin, que a los mismos rebeldes con todo el avituallamiento necesario.

Pero a la vez los bolcheviques no se daban cuenta de la situación general en toda la región del Donetz. No tenían ninguna noción del frente y de las fuerzas de que disponía Denikin; ignoraban incluso sus planes inmediatos. Y sin embargo, se habían reclutado contingentes considerables de militares, bien instruidos y organizados, en el Cáucaso, en las regiones del Don y del Kouban, en vista de una campaña general contra la Revolución.

La resistencia obstinada de antes, durante cuatro meses, en la región de Goulai-Polé, había impedido a las tropas de Denikin desarrollar seriamente su ofensiva hacia el norte, pues los rebeldes de Goulai-Polé constituían un peligro permanente para su ala derecha.

(...) Los Blancos prepararon con mayor energía su segunda campaña, que comenzó en el mes de mayo de 1919 con una enorme amplitud, inesperada incluso por los makhnovistas. Los bolcheviques no sabían nada de ella, o mejor no querían saber nada, preocupados como estaban por la lucha a sostener contra la *makhnovstchina*.

De esta manera la región libre, y la Ucrania entera con ella, estaban amenazadas por dos lados a la vez. Entonces, el consejo revolucionario militar de Goulai-Polé, teniendo en cuenta la gravedad de la situación, decidió convocar un congreso extraordinario de campesinos, obreros, revolucionarios y soldados rojos de varias regiones, especialmente de los gobiernos de Ekaterinoslav, Kharkov, Tauride, Kherson y Donetz. Este congreso debía tomar conciencia de la situación general, visto el peligro mortal representado por las tropas contrarrevolucionarias de Denikin, y la ineptitud de las autoridades soviéticas para emprender nada que lo evitara. El congreso debía determinar las tareas inmediatas y las medidas prácticas a adoptar por los trabajadores en orden a remediar este estado de cosas.

He aquí el texto del llamamiento realizado a este efecto por el consejo revolucionario militar a los trabajadores de Ucrania:

Convocatoria del Cuarto Congreso extraordinario de los delegados de los campesinos, obreros y revolucionarios (Telegrama número 416):

A todos los comités ejecutivos de los distritos, cantones, comunas y pueblos de los gobiernos de Ekaterinoslav, Tauride, y regiones vecinas; a todas las unidades de la primera división insurreccional de Ucrania, llamada del Padre Makhno; a todas las tropas del Ejército Rojo de las mismas regiones. A todos, a todos, a todos.

En su sesión del 30 de mayo, el comité ejecutivo del consejo revolucionario militar, habiendo examinado la situación del frente determinado por la ofensiva de las bandas de los Blancos, y considerado la situación general política y económica del poder soviético, se llegó a la conclusión de que, solas, las masas trabajadoras, sin personas ni partidos, podrían encontrar una salida. Por esto, el comité ejecutivo del consejo revolucionario militar de la región de Goulaï-Polé, ha decidido convocar un congreso extraordinario para el 15 de junio en Goulaï-Polé.

Modo de elección: 1. Los campesinos y obreros elegirán un delegado por cada 3.000 habitantes. 2. Los revolucionarios y los soldados rojos delegarán un representante por unidad de tropa (regimiento, riviación, etc.). 3. Estados mayores: el de la división del Padre Makhno, dos delegados; los de las brigadas, un delegado por brigada. 4. Los comités ejecutivos de los distritos enviarán un delegado por fracción (representación de partido). 5. Las organizaciones de los partidos en los distritos —las que admiten los fundamentos del régimen «soviético»— enviarán un delegado por organización.

Notas: *a)* Las elecciones de los delegados de los obreros y campesinos trabajadores tendrán lugar en las asambleas generales de pueblo, distrito, fábrica o industria; *b)* las asambleas separadas de miembros de los soviets o de los comités de estas unidades no podrán proceder a estas elecciones; *c)* como el suceso revolucionario militar no dispone del número necesario, los delegados, deberán ser provistos de víveres y de dinero en su sitio respectivo.

Orden del día: *a)* informe del comité ejecutivo del consejo revolucionario militar e informes de los delegados; *b)* la actualidad; *c)* el fin, el papel y las tareas del soviet de los delegados de campesinos, obreros, revolucionarios y soldados rojos de la región Goulaï-Polé; *d)* reorganización del consejo revolucionario militar de la región; *e)* disposición militar de la región; *f)* cuestiones de avituallamiento; *g)* cuestión agraria; *h)* cuestiones financieras; *i)* uniones de campesinos trabajadores y de obreros; *j)* cuestiones de seguridad pública; *k)* cuestiones del ejercicio de la justicia en la región; *l)* asuntos en curso.

Firmado: El comité ejecutivo del consejo revolucionario militar.

En Goulai-Polé, el 31 de mayo de 1919.

Tan pronto como se lanzó este llamamiento, los bolcheviques comenzaron una campaña militar en regla (...). Mientras que los grupos de rebeldes marchaban hacia la muerte resistiendo al asalto furioso de los cosacos de Denikin, los bolcheviques, a la cabeza de varios regimientos, irrumpieron en los pueblos de la región insurgente por el lado norte, es decir, por la espalda. Allí, si apresaban militantes, les ejecutaban sobre la marcha, destruían las comunas establecidas en la región, o las organizaciones análogas. Está fuera de duda que la orden decisiva de esta invasión la dio Trotsky llegado mientras tanto a Ucrania.

Con una desevoltura sin límites, Trotsky se dispuso a «liquidar» el movimiento makhnovista.

De entrada, publicó la orden siguiente, en respuesta a la nota del consejo revolucionario militar de Goulai-Polé:

Orden número 1824 del consejo revolucionario militar de la República, 4 de junio de 1919, Kharkov:

A todos los comisarios militares y a todos los comités ejecutivos de los distritos de Alexandrovsk, de Marioupol, Berdiansk, Bakhmout, Pavlograd y Kherson.

El comité ejecutivo de Goulai-Polé, de acuerdo con el estado mayor de la brigada de Makhno, trata de convocar para el quince del presente mes un congreso de soviets y de insurgentes de los distritos de Alexandrovsk, de Marioupol, Berdiansk, Melitopol, Bakhmout y Pavlograd. Semejante congreso va enteramente contra el poder de los soviets de Ucrania y contra la organización del frente sur al que pertenece la brigada de Makhno. Tal congreso no tendría otro resultado que (...) dejar el frente a los Blancos, ante los que la brigada de Makhno no hace más que recular sin parar, gracias a la incapacidad, a las tendencias criminales y a la traición de sus jefes.

1. Se prohíbe tal congreso, que no se celebrará en ningún caso.

2. Toda la población campesina y obrera deberá estar prevenida oralmente y por escrito de que la participación en tal congreso será considerada como un acto de alta traición a la república de los soviets y del frente.

3. Todos los delegados de dicho congreso deberán ser inexcusablemente arrestados y trasladados ante el tribunal militar revolucionario del 14 (antiguamente segundo) ejército de Ucrania.

4. Las personas que expandan los llamamientos de Makhno y del comité ejecutivo de Goulai-Polé deberá ser arrestadas.

5. La presente orden adquiere fuerza de ley por vía telegráfica y debe ser abundantemente divulgada por todos los lados, fijada a todos los lugares públicos y dada a los representantes de los comités ejecutivos de los cantones y pueblos, así como a

todos los representantes de las autoridades soviéticas, a los comandantes y comisarios de las unidades de tropas.

El presidente del consejo revolucionario militar de la República: Trotsky.

(Siguen otras firmas.)

Sin pararse a estudiar la cuestión con alguna atención, y retomando la versión habitual, Trotsky consideró a Makhno como el autor responsable de cuanto ocurría en Goulai-Polé, de todas las disposiciones revolucionarias de la región. Incluso había olvidado observar que el congreso no estaba convocado por el estado mayor de la brigada de Makhno, ni siquiera por el comité ejecutivo de Goulai-Polé, sino por un órgano perfectamente independiente de los dos: por el consejo revolucionario militar de la región.

Hecho significativo: en su orden número 1824, Trotsky insinúa ya la traición de los jefes makhnovistas que, dice, «reculan sin cesar ante los Blancos». Algunos días después, él y toda la prensa comunista encarecerán la pretendida abertura del frente a las tropas de Denikin.

(...) Este frente se había formado exclusivamente gracias a los esfuerzos y sacrificios de los campesinos rebeldes mismos. Había nacido en un momento particularmente heroico de su epopeya, en el instante en que la comarca estaba liberada de toda especie de autoridades. Se instaló en el sudeste, como centinela vigilante, defensor de la libertad conquistada. Durante más de seis meses, los rebeldes revolucionarios habían opuesto de este lado una barrera a una de las corrientes más vigorosas de la contrarrevolución monárquica; habían sacrificado a varios miles de millares de entre ellos, impulsado todas las fuentes de la región, y se preparaban a defender a ultranza su libertad, resistiendo a la contrarrevolución que preparaba a su vez una ofensiva general.

La orden de Trotsky que acabamos de citar no fue comunicada por las autoridades soviéticas al estado mayor de los makhnovistas que sólo la conoció, fortuitamente, dos o tres días más tarde. Makhno respondió sobre la marcha por vía telegráfica, declarando que quería abandonar su puesto de mando, vista la situación creada, incapaz e imposible. Lamentamos no disponer del texto de este telegrama.

Como dijimos, la orden de Trotsky adquirió fuerza de ley por vía telegráfica. Los bolcheviques se pusieron a ejecutar *manu militari* todos sus puntos. Las asambleas de obreros de las fábricas de Alexandrovsk, sede del llamamiento lanzado por el consejo revolucionario militar de la región de Goulai-Polé fueron dispersados por la fuerza, y prohibidas so pena de muerte. En cuanto a los campesinos, se les amenazó simplemente con pasarles por las armas y ahorcarles. En diferentes lugares de la

región, varias personas, Kostin, Polounin, Dobroluboff, etc., fueron apresadas, inculpadas de haber dado a conocer el llamamiento del consejo, y ejecutadas sin más.

Además de la orden número 1824, Trotsky publicó otras varias órdenes dirigidas a las unidades del Ejército Rojo, animando a este último a destruir la *makhnovstchina* en sus mismas fuentes. Además, dio órdenes secretas invitando a apoderarse a cualquier precio de Makhno, a miembros del estado mayor, así como a simples militantes que se ocupaban del lado cultural del movimiento, para formarles a todos consejo de guerra, es decir, para ejecutarles.

Makhno ofrece desaparecer

(6 al 9 de junio de 1919)

Makhno hizo saber al estado mayor y al consejo que los bolcheviques habían desguarnecido el frente en la sección de Grichino y que así ofrecían ellos a las tropas de Denikin el acceso libre a la región de Goulaï-Polé por el flanco del lado noreste. Y, en efecto, las hordas de cosacos hicieron irrupción en la región, no del lado del frente insurreccional, sino desde la izquierda, donde estaban dispuestas las fuerzas del Ejército Rojo. En consecuencia, el ejército makhnovista que defendía el frente Mariou-poul-Koutéïnikovo-Taganrog se encontró envuelto por las tropas de Denikin. Estas últimas invadieron con fuerzas enormes el corazón mismo de la región.

(...) Los campesinos de toda la comarca se esperaban tanto un ataque general de Denikin, que estaban preparados y habían resuelto frenarle con una leva de tropas voluntarias. Desde el mes de abril, los campesinos de muchos pueblos habían enviado a Goulaï-Polé muchos combatientes de refresco. Pero faltaban armas y municiones. Las mismas antiguas unidades del frente carecían de municiones y emprendían frecuentemente ataques contra los Blancos con el único fin de arrebatarlas. Los bolcheviques, que en virtud del acuerdo concluido se habían comprometido a proporcionar a los insurgentes el avituallamiento necesario, comenzaron desde el mes de abril su obra de sabotaje y bloqueo. Por ello fue imposible formar a tiempo nuevas tropas pese a la llegada de voluntarios, y los resultados se hacían ya sentir.

En una sola jornada, los campesinos de Goulaï-Polé formaron un régimen para tratar de salvar su pueblo. A este fin, hubieron de armarse con utensilios primitivos: hachas, picos, viejas carabinas, fusiles de caza, etc. Se pusieron en marcha, a la búsqueda de cosacos, tratando de frenar su marcha. A 15 kilómetros aproximadamente de Goulaï-Polé, cerca de la villa de Sviatodou-

khovka, tropezaron con importantes fuerzas de cosacos del Don y de Kouban. Sostuvieron con ellos una lucha encarnizada, heroica y mártir, en el curso de la cual sucumbieron casi todos, con su comandante B. Veretelnikoff, obrero de las industrias Poutiloff¹¹ de Petrogrado, originario de Goulaï-Polé. Entonces una verdadera avalancha de cosacos cayó sobre Goulaï-Polé y la ocupó el 6 de junio de 1919. Makhno, con el estado mayor del ejército y un destacamento de una sola batería, reuló hasta la estación de Goulaï-Polé, a unos siete kilómetros de esta ciudad, pero hacia la tarde se vio obligado igualmente a abandonar la estación. Habiendo organizado todas las fuerzas de que podía aún disponer, Makhno logró al día siguiente emprender una ofensiva sobre Goulaï-Polé llegando a desalojar al enemigo. Pero sólo fue dueño de la ciudad poco tiempo: una nueva ola de cosacos le obligó a abandonar de nuevo.

Hay que señalar que los bolcheviques, aunque ya habían dado varias órdenes dirigidas contra los makhnovistas, continuaron, durante los primeros días, poniendo buena cara como si de nada se tratara. Era una maniobra para tomar las riendas del movimiento. El 7 de junio enviaron a Makhno un tren blindado, recomendándole resistir hasta el fin y prometiéndole hacer llegar otros refuerzos. Efectivamente, algunos destacamentos del Ejército Rojo vinieron dos días después del lado de Tchaplino, en la estación de Gaïtchour, distante una veintena de kilómetros de Goulaï-Polé; con ellos llegaron el comisario de los ejércitos Mejlaouk, Vorochiloff, y otros.

Se estableció un contacto entre los mandos del Ejército Rojo y los rebeldes; una especie de estado mayor común a los dos campos fue creado. Mejlaouk y Vorochiloff se encontraron con Makhno en el mismo tren blindado, y dirigieron conjuntamente las operaciones militares.

Pero, a la vez, Vorochiloff tenía en la mano una orden firmada por Trotsky donde le ordenaba apresar a Makhno y a todos los demás jefes responsables de la *makhnovtschina*, desarmar a las tropas de los insurgentes, y fusilar sin miramientos a quienes intentaran alguna resistencia. Vorochiloff sólo esperaba el momento propicio para cumplir su misión. Makhno fue advertido a tiempo, y comprendió lo que tenía que hacer. Comprendió la situación que se avecinaba, vio que sangrantes acontecimientos podían ocurrir de un día para otro, y buscó una salida satisfactoria. Lo declaró al estado mayor de los ejércitos insurgentes, añadiendo que su trabajo en filas en calidad de simple militante sería más útil por el momento. Así lo hizo. Sometió al mando superior soviético una declaración motivada escrita. Hela aquí:

¹¹ Las mayores industrias metalúrgicas de Petrogrado (hoy Leningrado) de esta época.

Estado mayor del catorce ejército, Vorochiloff.—Kharkov, presidente del consejo revolucionario militar, Trotsky.—Moscú, Lenin, Kameneff:

A continuación de la orden número 1284 del consejo revolucionario militar de la República, expedí al estado mayor del segundo ejército y a Trotsky un despacho con la súplica de que se me relevase del puesto que actualmente ocupo. En el presente reitero mi declaración, y he aquí las razones que creo la apoyan. Pese a que he hecho la guerra con los insurgentes, solamente contra los bandos Blancos de Denikin, no predicando al pueblo más que el amor de la libertad y de la autoacción, toda la prensa soviética oficial, así como la del partido de los comunistas bolcheviques escribe sobre mí cosas indignas de un revolucionario. (...) En un artículo titulado «La makhnovtschina» (periódico *En Chemin*, número 51), Trotsky plantea la cuestión «¿Contra quién se levantan los insurgentes makhnovistas?» Y a lo largo de su artículo trata de demostrar que la *makhnovtschina* no sería otra cosa que un frente de batalla contra el poder de los soviets. No dice ni palabra del frente efectivo contra los Blancos, con una extensión de más de 100 verstas (algo más de 100 kilómetros) donde los insurgentes han padecido desde hace seis meses, y aún padecen hoy, pérdidas innumerables. La orden número 1824 declara que soy un conspirador contra la república de los soviets (...).

Considero un derecho inviolable de los obreros y campesinos, derecho conquistado por la Revolución, que ellos mismos convoquen congresos para debatir y decidir sus asuntos privados o generales. Por ello, la prohibición hecha por la autoridad central de convocar tales congresos, la declaración que les proclama ilícitos (orden número 1824) es una violación directa, insolente, de los derechos de las masas trabajadoras.

Me doy perfectamente cuenta de la actitud de las autoridades centrales hacia mí. Estoy absolutamente convencido de que estas autoridades consideran el movimiento insurreccional en su conjunto como algo incompatible con su actividad estatal. A la vez, las autoridades centrales creen que este movimiento está estrechamente ligado a mi persona y me honran con todo su resentimiento y todo su odio hacia el movimiento insurreccional. Nada lo demostraría mejor que el artículo mencionado de Trotsky, donde, echando por delante calumnias y mentiras, da muestra de una animosidad dirigida contra mí personalmente.

Esta actitud hostil, y que actualmente es incluso agresiva, de las autoridades centrales contra el movimiento insurreccional lleva ineluctablemente a la creación de un frente interior particular, a ambos lados del cual se hallarán las masas trabajadoras que tienen fe en la Revolución. Considero esta eventualidad como un inmenso crimen, imperdonable, respecto al pueblo trabajador, y creo mi deber hacer todo lo que pueda por evitarlo. El

medio más seguro para evitar que las autoridades no cometan este crimen consiste, en mi opinión, en que yo abandone el puesto que ocupo.

Supongo que, una vez hecho esto, las autoridades centrales cesarán de suponer que yo, así como los insurgentes revolucionarios, colaboro en conspiraciones antisoviéticas, y que esas autoridades acabarán por considerar la insurrección de Ucrania desde un punto de vista revolucionario serio, como una manifestación viviente y activa de la revolución social, de las masas, y no como un clan hostil con el que se han tenido hasta el presente relaciones ambiguas y llenas de desconfianza, mercadeando cada objeto de munición, y a veces incluso saboteando simplemente el avituallamiento, por culpa de lo cual los insurgentes hubieron de padecer a veces pérdidas innumerables en hombres y en territorio ganado a la Revolución, lo que hubiera podido ser evitado fácilmente si las autoridades centrales hubiesen adoptado otra táctica. Pido que se haga entrega de mis informes y de mis cosas.

Estación de Gaïtchour, 9 de junio de 1919. Firmado, Padre Makhno.

Congreso regional de campesinos y obreros
(20 de octubre de 1919)

Un congreso regional de campesinos y de obreros tuvo lugar en Alexandrovsk el 20 de octubre de 1919. Más de 200 delegados participaron en él, de los cuales 180 eran campesinos, y dos o tres docenas obreras. El congreso deliberó tanto sobre cuestiones de orden militar (lucha contra Denikin, aumento del ejército insurreccional y de su avituallamiento), como sobre otras que afectaban a la vida civil.

Los trabajos del congreso duraron casi una semana y estuvieron marcados por un impulso extraordinario entre quienes participaron en él. El ambiente mismo del congreso contribuyó a esto fuertemente. Primeramente la vuelta del ejército makhnovista victorioso a su región natal era un acontecimiento de la mayor importancia para la población campesina, donde cada familia tenía uno o dos miembros entre los insurgentes.

Pero lo que era aún más significativo era que el congreso se había reunido bajo los auspicios de una libertad verdadera y absoluta; ninguna influencia de arriba se hacía sentir en él. Y, para completar todo, el congreso tenía un colaborador excelente en la persona de Volin, que traducía, para gran asombro de los campesinos, el fondo mismo de sus pensamientos y de sus voces. La idea de soviets libres, trabajando de acuerdo con los deseos de la población laboriosa; las relaciones entre campesinos y obreros de los pueblos, basadas sobre el cambio mutuo de pro-

ductos de su trabajo; la idea de una organización igualitaria y libertaria de la vida, todas estas tesis que Volin desarrollaba en sus informes, representaban las ideas mismas de la población campesina, que no concebía la Revolución y el trabajo creativo revolucionario más que en este sentido y en esta forma.

Durante la primera jornada de los debates, los representantes de los partidos políticos trataron de meter un espíritu de discordia pero pronto fueron desaprobados por la asamblea del congreso y los trabajos de ésta se desarrollaron con una unanimidad perfecta.

(...) El espíritu de libertad verdadera, tan raro, estaba presente en la sala. Cada cual veía ante sí, sentía una obra grande en verdad, a la que valía la pena consagrar todas las fuerzas y morir por ella. Los campesinos, entre quienes había muchos adultos y hasta viejos, decían que era el primer congreso donde se sentían no sólo perfectamente libres, sino incluso hermanos, lo que no olvidarían nunca. Y, en efecto, es poco probable que quien haya participado en este congreso pueda nunca olvidarle.

MANIFIESTO DEL EJERCITO INSURGENTE DE UKRANIA

(primero de enero de 1920)

¡A todos los campesinos y obreros de Ucrania! ¡A transmitir por telegrama, por teléfono, o por correo ambulante, a todos los pueblos de Ucrania! ¡Para leer en las reuniones de campesinos, en las fábricas y en las empresas!

¡Hermanos trabajadores!

El ejército insurreccional de Ucrania fue creado para alzarse contra la opresión de los obreros y campesinos por la burguesía y por la dictadura bolchevique-comunista. Se ha puesto como meta la lucha por la liberación total de los trabajadores ucranianos del yugo de tal o cual otra tiranía y por la creación de una verdadera constitución socialista entre nosotros. El ejército insurreccional de revolucionarios *makhnovitsi* ha combatido con fervor en numerosos frentes para alcanzar este fin. Termina actualmente y victoriosamente la lucha contra el ejército de Denikin, liberando una región tras otra allí donde existía la tiranía y la opresión.

Muchos trabajadores campesinos se han planteado qué hacer, qué se puede y qué debe hacerse, cómo comportarse frente a las leyes del poder y de sus organizadores, etc.

A estas cuestiones, la Unión ucraniana de trabajadores y campesinos responderá más adelante, pues debe reunirse muy pronto y convocar a todos los campesinos y obreros. Dándose cuenta de que no se conoce la fecha precisa de esta asamblea de campesinos y obreros ni dónde tendrán la posibilidad de reu-

nirse para discutir y resolver los problemas más importantes, el ejército de *makhnovitsi* considera útil publicar el manifiesto siguiente:

1. Quedan anuladas todas las disposiciones del gobierno Denikin (...). Quedan anuladas también las disposiciones del gobierno comunista que se oponen a los intereses de campesinos y obreros. Los trabajadores deberán resolver por sí mismos la cuestión sobre cuáles son las disposiciones del gobierno comunista nefastas para los intereses de los trabajadores.

2. Todas las tierras pertenecientes a los monasterios, a los grandes propietarios y otros enemigos, pasan a manos de los campesinos que viven sólo del trabajo de sus brazos. Esta transferencia debe ser definida en reuniones y por discusiones de campesinos. Los campesinos deberán tener en cuenta no sólo sus intereses personales, sino también los comunes del pueblo trabajador, oprimido bajo el yugo de los explotadores.

3. Las fábricas, empresas, minas de carbón y otros medios de producción son propiedad de la clase obrera entera, que asume la posibilidad de su dirección y administración, e incita y desarrolla con su experiencia el avance, tratando de reunir a toda la población del país en una sola organización.

4. Todos los campesinos y obreros quedan invitados a constituir consejos libres de campesinos y obreros. Serán elegidos solamente en estos consejos los obreros y campesinos que participan activamente en una rama útil de la economía popular. Los representantes de las organizaciones políticas no podrán participar en los consejos obreros y campesinos, porque ello podría ir contra los intereses de los trabajadores mismos.

5. No se admite la existencia de organizaciones tiránicas, militarizadas, que van contra el espíritu de los trabajadores libres:

6. La libertad de palabra, prensa y reunión es el derecho de todo trabajador, y cualquier manifestación contraria a esta libertad representa un acto contrarrevolucionario.

7. Quedan anuladas las organizaciones de la policía; en su lugar se organizarán formaciones de autodefensa que pueden ser creadas por obreros y campesinos.

8. Los consejos obreros y campesinos representan la autodefensa de los trabajadores; cada uno de ellos debe, pues, luchar contra cualquier manifestación de la burguesía y de los militares. Es necesario combatir los actos de bandidismo, fusilar en el acto a los bandidos y contrarrevolucionarios.

9. Han de aceptarse por igual la moneda soviética y la ucraniana: se castigarán todas las contravenciones de esta orden.

10. Es libre el intercambio de los productos del trabajo o del comercio de lujo, siempre que no esté administrado por organizaciones campesinas y obreras. Se propone que tal cambio se haga entre todos los trabajadores.

11. Todas las personas que se opongan a la difusión de este manifiesto serán consideradas como contrarrevolucionarias.

Los consejos revolucionarios del ejército ucraniano (*makhnovitsi*), primero de enero de 1920.

PROGRAMA-MANIFIESTO (ABRIL DE 1920)¹²

1. Quiénes son los «*makhnovitsi*» y cuál es la causa por la que luchan:

Los *makhnovitsi* son campesinos y obreros alzadas tras 1918 frente a la brutalidad del poder burgués, alemán, húngaro, austriaco, y contra el del atamán de Ucrania.

Los *makhnovitsi* son trabajadores que han blandido la bandera de la lucha contra Denikin y contra toda forma de opresión, de violencia y de mentira, venga de donde viniera.

Los *makhnovitsi* son esos mismos trabajadores, que con el trabajo de toda su vida han enriquecido y engordado a la burguesía en general y hoy a los soviets en particular.

2. Por qué se les llama *makhnovitsi*:

Porque durante las jornadas más penosas y graves de la reacción en Ucrania, tuvimos en nuestras filas al infatigable amigo y *condottiere*¹³ Makhno, cuya voz se dejó oír en toda Ucrania protestando contra toda violencia ejercida contra los trabajadores, llamando a todos a la lucha contra los opresores, ladrones, usurpadores y charlatanes políticos que engañan a los trabajadores. Esta voz resuena aún hoy entre nosotros, en nuestras filas, no deja de llamar a la lucha por la meta final: la liberación y la emancipación de los trabajadores de cualquier opresión.

3. Cómo obtener esta liberación:

Echando abajo al gobierno de coalición monárquica, republicana y socialdemócrata, comunista y bolchevique. En su lugar deben elegirse por elecciones libres consejos de trabajadores, que no serán un gobierno con leyes escritas y arbitrarias, pues el sistema soviético (frente al de los socialdemócratas y comunistas bolcheviques que se definen hoy como autoridades soviéticas) no es autoritario. Es la más pura forma de socialismo antiautoritario y antiestatal que se expresa por una libre organización de la vida social de los trabajadores, independiente de las autoridades, una vida donde cada trabajador, aislado o asociado, podrá con toda independencia construir su propia feli-

¹² Editado por la sección cultural y educativa del ejército insurreccional *makhnovista*.

¹³ Se decía, en Italia, de un jefe de partisanos.

cidad y su propio bienestar integral, según los principios de la solidaridad, la amistad y la igualdad.

4. Cómo interpretan los «makhnovitsi» el régimen soviético:

Los trabajadores mismos deben elegir sus propios consejos (soviets) que ejecutarán las voluntades y órdenes de estos mismos trabajadores; serán, pues, consejos ejecutivos y no de autoridad. La tierra, las fábricas, las empresas, las minas, los transportes ,etc., las riquezas del pueblo deben pertenecer a los trabajadores que trabajan, deben, pues, ser socializadas.

5. Cuáles son los caminos que llevan al fin de los «makhnovitsi»:

Una lucha revolucionaria consecuente e implacable contra todas las mentiras, contra la arbitrariedad y la violencia, viniere de donde viniere, una lucha a muerte; la libre palabra, acciones justas, una lucha con las armas en la mano.

Sólo suprimiendo todo gobierno, todo representante de la autoridad, destruyendo en su base cualquier mentira política, económica y estatal, destruyendo el Estado por una revolución social, podrá darse un verdadero sistema de soviets de obreros y campesinos, y avanzar hacia el socialismo.

ANARQUISMO Y «MAKHNOVISTCHINA»¹⁴

El ejército makhnovista no es un ejército anarquista, no está formado por anarquistas. El ideal anarquista de felicidad e igualdad general no puede lograrse mediante un ejército, aunque estuviese formado exclusivamente por anarquistas. El ejército revolucionario, en el mejor de los casos, podría servir para la destrucción del viejo régimen aborrecido, pero sería completamente impotente y hasta nefasto para el trabajo constructivo, para la edificación y creación, por estar basado todo ejército sobre la fuerza y la compulsión. Para que la sociedad anarquista resulte posible, es preciso que los obreros mismos, en fábricas y empresas, los campesinos mismos, en sus campos y pueblos, se den a la construcción de la sociedad antiautoritaria, no esperando de ninguna parte decretos-leyes.

Ni los ejércitos anarquistas, ni los héroes aislados, ni los grupos, ni la Confederación anarquista, crearán una vida libre para los obreros y campesinos. Sólo los trabajadores mismos, por esfuerzos conscientes, podrán construir su bienestar, sin Estados ni señores.

¹⁴ Extraído de *La vía hacia la libertad* (órgano makhnovista).

LLAMADA DE LOS «MAKHNOVITSI» A SUS HERMANOS DEL EJERCITO ROJO

¡Detente! ¡Lee! ¡Medita!

¡Camarada del Ejército Rojo!

Has sido enviado por tus comisarios-comandantes para combatir a los insurgentes y revolucionarios *makhnovitsi*.

Por orden de tu mando, llevarás la ruina a campos pacíficos, harás de inquisidor, detendrás, asesinarás a gentes que te son personalmente desconocidas, pero que te han sido marcadas como enemigos del pueblo. Se te dirá que los *makhnovitsi* son bandidos o contrarrevolucionarios. Se te ordenará, sin preguntarse, se te hará marchar como un humilde esclavo de tu mando. ¡Detendrás y matarás! ¿A quién? ¿Por qué? ¿Para qué?

¡Reflexiona, camarada del Ejército Rojo! ¡Reflexionad, trabajadores, campesinos y obreros sometidos forzosamente a los nuevos señores que llevan el nombre sonoro de «poder campesino-obrero»!

¡Nosotros somos los insurgentes revolucionarios *makhnovitsi*, los mismos campesinos y obreros que vosotros, hermanos del Ejército Rojo!

Nos hemos alzado contra la opresión y el envilecimiento; luchamos por una vida mejor y más luminosa. Nuestro ideal es llegar a una comunidad de trabajadores sin autoridad, sin parásitos y sin comisarios.

Nuestra meta inmediata es establecer un régimen libre soviético, sin la autoridad de los bolcheviques, sin la presión de ningún partido.

El gobierno de los bolcheviques-comunistas os envía para hacer expediciones punitivas. Se apresura a hacer la paz con Denikin y con los ricos poloneses y otros canallas del ejército blanco, para poder así machacar más fácilmente al movimiento popular de los insurgentes revolucionarios, los oprimidos, rebeldes contra el yugo de un poder, cualquiera que fuere.

¡Pero las amenazas del mando blanco y rojo no nos dan miedo! ¡A la violencia responderemos con la violencia!

Si fuera preciso, nosotros, un puñado de hombres, pondremos en fuga a las divisiones del Ejército Rojo gubernamental. ¡Porque somos libres y amantes de la libertad! Somos revolucionarios insurgentes, y la causa que defendemos es una causa justa.

¡Camarada! Reflexiona con quién estás y contra quién combates.

¡No seas esclavo, sé un hombre!

Los insurgentes revolucionarios *makhnovitsi*.

(1921)

La revolución de Kronstadt merece su lugar, un extenso lugar, en una antología del anarquismo. Aunque espontánea, no fue específicamente libertaria, y los anarquistas no tuvieron en ella, por decirlo así, un papel mayor. Ida Mett, que ha escrito un libro sobre La Révolte de Cronstadt (1938, nueva edición en 1948), reconoce que la influencia anarquista no se ejerció allí «más que en la medida en que el anarquismo también propagaba la idea de una democracia obrera». Sin embargo, el Comité revolucionario de Konstadt había invitado a dos anarquistas a tomar un lugar entre ellos: E. Yartchouk, que después escribió un Cronstادت, y Voline, que en la Revolución desconocida consagró largas páginas a Kronstadt, «primera tentativa popular enteramente independiente de revolución social (...) hecha directamente por las clases laboriosas mismas». Pero ni Yartchouk ni Volin pudieron responder a la invitación del comité revolucionario de Kronstادت, porque en ese momento estaban en las cárceles bolcheviques.

Vamos a reproducir tal cual, en su desnudez brutal, las imprecaciones de los insurgentes, marinos y obreros. Nuestro objeto no es atacar con ellas a Lenin y Trotsky, ni poner en nuestra boca contra estos últimos injurias y sarcasmos. La cólera hacía que el lenguaje de la insurrección fuese excesivo e injusto en parte. Los errores acumulados por el poder bolchevique entre 1918 y 1921, cuya exacerbación debía ser Kronstadt, no quitan nada a la convicción ni al genio revolucionario de los autores de la Revolución de Octubre. Pero ¿cómo esos marinos y trabajadores que habían de morir bajo las balas de los alumnos-

oficiales rojos y de los soldados mongoles, tras haber sido en la base los artífices del levantamiento de masas de 1917, cómo hubieran podido poseer la objetividad de la historia y hacer la loa de sus verdugos?

La represión de la revuelta de Kronstadt no ha sido, contra la posible opinión que sugiere la lectura de los Izvestia diarios de la insurrección, el fruto de una perversión de un engranaje fatal en que se aliaban implacables contingencias objetivas: guerra civil, desorganización de la economía, hambre, y terribles errores subjetivos, duración de un régimen autocrático que se aislaba cada vez más de las fuerzas populares que le habían llevado al porvenir.

Así comprendida, la lección de Kronstadt aparece como una llamada al orden y una premonición a todos los revolucionarios que desde lo alto no entienden y que, en nombre del proletariado, acabarán, trágica paradoja, por volver sus armas contra ese proletariado.

Encuentro con Trotsky (Marzo de 1971), por Emma Goldman¹

(...) Tras algún tiempo supe que (...) Leon Trotsky estaba en Nueva York (...). Nunca le había visto aún, pero yo estaba en la ciudad cuando se anunció un mitin de adiós en que debía hablar antes de partir para Rusia². Asistí al mitin. Tras algunos oradores muy tediosos, se presentó a Trotsky. De estatura mediana, pómulos salientes, cabello rojo y barba rala, fue vivaz. Su discurso, pronunciado primero en ruso y luego en alemán, era poderoso, electrizante. Yo no estaba de acuerdo con su posición política, él era menchevique (socialdemócrata), y como tal muy lejos de nosotros. Pero brillante era su análisis de las causas de la guerra, aplastante su denuncia de la ineficacia del gobierno provisional de Rusia, y luminosa su presentación de las condiciones en que se desarrollaría la revolución. Terminó su discurso de dos horas haciendo un elocuente homenaje a las masas obreras de su país. El entusiasmo del público estaba en el límite, y Sacha (Alexandre Berkman) y yo nos unimos con alegría a la ovación que saludó al orador. Participamos con todo nuestro corazón en su fe profunda en el porvenir de Rusia.

Tras el mitin, encontramos a Trotsky para decirle adiós. Había oído hablar de nosotros, y nos pregunto cuándo pensábamos ir a Rusia para ayudar a la reconstrucción: «Nos encontraremos ciertamente allá abajo», dijo.

¹ Extractos de Emma Goldman, *Living my life*, 1934.

² Trotsky, con su familia, embarcó en Nueva York hacia Rusia el 27 de marzo de 1917.

Discutí con Sacha esta vertiente imprevista de los acontecimientos que hacía que nos sintiésemos más cerca de Trotsky, el menchevique, que de Pedro Kropotkin, nuestro camarada, nuestro maestro y nuestro amigo. La guerra creó extraños casos de compañía, y nos preguntábamos si seguiríamos sintiendo lo misma cercanía por Trotsky cuando estuviésemos en Rusia (...).

RECUERDOS DE KRONSTADT, POR EMMA GOLDMANN³

(Emma Goldman fue la gran anarquista americana de origen ruso. Deportada de los Estados Unidos a Rusia en 1919, se encontró en Petrogrado en el momento mismo en que los bolcheviques decidieron reprimir el levantamiento de Kronstadt. Es este episodio trágico el que ha relatado en *Living my Life*, sus Memorias, aún inéditas en francés.)

(...) En mi período anterior en Rusia, la cuestión de las huelgas me había intrigado frecuentemente. La gente me había contado que la menor tentativa en este sentido era aplastada, y sus autores encarcelados. No lo creía, y, como siempre en estos casos, me dirigí a Zorin⁴ para obtener una información. Exclamó: «¡Huelgas bajo la dictadura del proletariado! Tales cosas no existen.» Me reprochó incluso dar crédito a tales historias insensatas e imposibles. ¿Contra quién iban a hacer la huelga los obreros de Rusia soviética? ¿Contra ellos mismos? Eran ellos los dueños del país, lo mismo política que industrialmente. Naturalmente, entre los obreros había aún algunos que no tenían plena conciencia de clase y que no conocían sus verdaderos intereses. Estos graznaban de tiempo en tiempo, pero eran elementos incitados (...) por goístas y enemigos de la Revolución. Eran pelados, parásitos que muy a propósito inducían a error a las gentes ignorantes (...). Evidentemente, las autoridades soviéticas debían proteger al país contra esta especie de saboteadores. La mayoría de ellos estaba, por lo demás, en prisión.

Luego supe, por observadores personales y por la experiencia, que los verdaderos «saboteadores» contrarrevolucionarios y bandidos de las prisiones de Rusia soviética no eran sino una minoría despreciable. La gran masa de la población penitenciaria se componía de herejes sociales culpables del pecado fundamental contra la iglesia comunista, pues ninguna ofensa era más odiada que el tener perspectivas políticas diferentes a las del

³ Extraído de allí mismo.

⁴ Este Zorine, de origen obrero y en su época secretario del Comité de Petrogrado del Partido Bolchevique, no tiene ninguna relación con el actual Valerian Zorine, embajador de la U. R. S. S. en Francia; aquél acabó en los hornos crematorios de la Checa.

partido y el protestar contra las maldades y crímenes del bolchevismo. Me di cuenta de que la mayoría eran prisioneros políticos campesinos y obreros, culpables de haber pedido tratamiento y condiciones de vida mejores. Estos hechos, rigurosamente ocultados al pueblo, eran, sin embargo, rigurosamente conocidos por todos, como por lo demás casi todo lo que era secreto en la superficie soviética. ¿Cómo se filtrarían pese a todo las informaciones prohibidas? Era un misterio para mí, pero de hecho se filtraban con la rapidez y la intensidad de un incendio forestal.

Menos de veinticuatro horas después de nuestra vuelta a Petrogrado, supimos que la ciudad bullía en descontento y en rumores de huelga. La causa eran los sufrimientos acumulados debido a un invierno extraordinariamente riguroso, así como a la habitual miopía de los soviets. Tempestades de nieve habían retrasado el envío de víveres y combustible para la ciudad. Además, el Petro-Soviet había cometido el error estúpido de cerrar varias fábricas y de disminuir a la mitad la ración de sus empleados. A la vez, se sabía que los almacenes habían distribuido a los miembros del partido una nueva entrega de zapatos y vestidos, mientras que los restantes obreros estaban miserablemente vestidos y calzados. Y, para colmo de errores, las autoridades habían prohibido el mitin convocado por los obreros para discutir los medios de mejorar esta situación.

Entre los elementos no comunistas de Petrogrado se pensaba generalmente que la situación era muy grave. La atmósfera estaba tensa, pronta a explotar. Decidimos naturalmente quedarnos en el pueblo. No estaba en el espíritu del poder evitar la catástrofe que se amenazaba, pero nosotros queríamos estar allí, para poder ser útiles a las gentes.

La tempestad se desencadenó antes incluso de lo previsto. Comenzó con la huelga de obreros de los molinos de Troubetskoy. Sus reivindicaciones eran muy modestas: aumento de las raciones alimenticias como se les había prometido hace mucho, y distribución de los zapatos disponibles. El Petro-Soviet no quiso discutir con los huelguistas hasta tanto no volvieran a su trabajo.

Compañías de «kursanty»⁵ armadas, compuestas por jóvenes comunistas en servicio militar, eran enviadas a dispersar a los obreros unidos alrededor de los molinos. Trataban de provocar a la masa disparando al aire, pero felizmente los obreros habían venido desarmados y no hubo derramamiento de sangre. Los huelguistas recurrieron a un arma mucho más poderosa: la solidaridad de sus camaradas obreros. El resultado fue que cinco fábricas depusieron sus herramientas y se unieron al movimiento de huelga. Llegaban, como un solo hombre, de los diques de Ga-

⁵ Alumnos oficiales seleccionados que, con los mongoles, fueron utilizados para reprimir la insurrección de Kronstadt.

lernaya, de los almacenes del almirantazgo, de los molinos de Patronny, de las fábricas de Baltysky y de Laferm. Su manifestación callejera fue inmediatamente rota por los soldados. De las informaciones recibidas concluí que el tratamiento reservado a los obreros no era en modo alguno fraterno.

Una comunista tan ardiente como Lisa Zorin misma, estaba alarmada y protestaba contra los métodos empleados. Lisa y yo nos habíamos distanciado una y otra hacía tiempo, y me sorprendió que ella necesitase descargar en mí su corazón. Nunca hubiera creído ella que los hombres del Ejército Rojo castigaran a los obreros de tal forma. Protestó. Varias mujeres se habían desvanecido, otras eran presa de la histeria ante el espectáculo. Una mujer que estaba al lado de Lisa la reconoció como miembro activo del Partido y pensó que era la responsable de esta escena brutal. Se lanzó a ella como una furia, golpeándola en pleno rostro y haciéndola sangrar abundantemente.

¡Querida Lisa! Ella, que siempre me había reprochado mi sentimentalismo! Aún aturdida por el golpe, declaró a su agresor que «eso no tenía ninguna importancia». «Para tranquilizar a la mujer desolada, la rogué que me dejara acompañarla a su casa», me contaba Lisa. «Su casa era un tugurio infecto, tal como yo no imaginaba posible su existencia a estas alturas en nuestro país. Una habitación sombría, fría y desnuda, ocupada por la mujer, el marido y sus seis hijos. ¡Y pensar que durante todo este tiempo viví en el hotel Astoria!», suspiraba ella. Siguió diciéndome que no era culpa de su Partido que tales espantosas condiciones predominasen aún en la Rusia soviética. No era tampoco la obstinación de los comunistas lo que estaba en el origen de la huelga. El bloqueo y la conspiración del mundo imperialista contra la República de obreros eran los responsables de la pobreza y los sufrimientos de su país. Pese a todo, ella ya no podría continuar en su apartamento confortable. La habitación de la mujer desesperada y la imagen de sus hijos paralizados de frío, la atormentaría por la noche. ¡Pobre Lisa! Era era leal, devota y de carácter entero. ¡Pero tan ciega políticamente!

La solicitud de los obreros de más pan y combustible se transformó pronto en reivindicación política, por la actitud arbitraria e implacable de las autoridades. Un manifiesto adosado a las paredes, no se supo nunca por quién, apelaba a «un cambio total de la política del gobierno». Decía: «¡Obreros y campesinos necesitan libertad! No quieren vivir de los decretos de los bolcheviques, quieren controlar su propia suerte.» Cada día la situación se hacía más tensa, y nuevas reivindicaciones circulaban pegadas a las paredes de los edificios. Finalmente, apareció una llamada a la asamblea constituyente, de modo especial detestada y denunciada por el Partido en el poder.

Se declaró la ley marcial y se dio orden a los obreros de volver a sus fábricas, a falta de lo cual serían privados de sus ra-

ciones. Esto quedó, sin embargo, sin efecto, pero un cierto número de sindicatos fue liquidado y sus dirigentes y los huelguistas más recalcitrantes, arrojados a la cárcel.

Impotentes, veíamos pasar bajo nuestras ventanas a grupos de hombres, soldados y chequistas armados. Con la esperanza de convencer a los dirigentes soviéticos de la locura y el peligro de su táctica, Sacha⁶ trató de hallar a Zinoviev, y yo, a Ravich, Zorin y Zipperovitch, jefe éste del soviet de sindicatos de Petrogrado. Pero todos se negaron a recibirnos, so pretexto de que estaban demasiado ocupados defendiendo la ciudad contra los complots contrarrevolucionarios tramados por *mencheviques* y social-revolucionarios. Esta fórmula estaba ya más que usada, tras su repetición durante tres largos años, pero era aún buena para arrojar pólvora a los ojos de los militantes comunistas.

La huelga se extendía pese a todas las medidas extremas. Los arrestos seguían, pero la estupidez con que las autoridades reaccionaban encoraginó a los elementos ignorantes. Proclamas contrarrevolucionarias y antisemitas comenzaron a aparecer, rumores locos de represión militar y brutalidades de la Checa contra los huelguistas corrían por la ciudad.

Los obreros estaban decididos, pero pronto se vio claro que se rendirían por hambre; no había medios para ayudar a los huelguistas, aun cuando se les hubiese podido dar algo. Todas las avenidas por las que podía haber acceso a los distritos industriales estaban cortadas por las tropas. Además, la población misma estaba en una situación espantosa. Lo poco que podíamos reunir en alimentos y vestidos era una gota de agua en el océano. Todos comprendimos la desigualdad de medios de la dictadura y los trabajadores, respectivamente. Era una dictadura demasiado grande como para permitir a los huelguistas mantener su actitud durante más tiempo.

En esta situación tensa y desesperada apareció de repente, sin embargo, un nuevo factor que dio alguna esperanza. Eran los marineros de Kronstadt. Fieles a sus tradiciones revolucionarias y a la solidaridad con los trabajadores, tan lealmente demostradas durante la revolución de 1905, y más tarde en los levantamientos de marzo y octubre de 1917, tomaban de nuevo parte en favor de los proletarios hambrientos de Petrogrado. No ciegamente. Tranquilamente, y sin que nadie supiese nada, enviaron una comisión para informarse de las reivindicaciones de los huelguistas. El informe de esta comisión llevó a los marinos de los barcos de guerra *Petropavlosk* y *Sebastopol* a adoptar una resolución en favor de sus hermanos obreros en huelga. Se declararon favorables a la revolución y a los soviets, así como fieles al Partido Comunista. No protestaron menos contra la actitud arbitraria de ciertos comisarios e insistían fuertemente

⁶ Véase más adelante lo relativo a Alexandre Berkman.

en la necesidad de mayor autodeterminación por los grupos organizados de obreros. Reclamaban además la libertad de reunión para los sindicatos y las organizaciones de campesinos, así como la liberación de todos los presos políticos y sindicales de las prisiones soviéticas y de los campos de concentración.

El ejemplo de estas brigadas fue seguido por la primera y la segunda escuadra de la flota báltica, estacionada en Kronstadt. Con ocasión de un mitin callejero, el 1 de marzo, al que asistían 16.000 marinos, soldados del Ejército Rojo y obreros de Kronstadt, se adoptaron soluciones similares por unanimidad, con excepción de tres votos. Los tres oponentes eran Vassiliev, presidente del soviet de Kronstadt, que presidía el mitin; Kuzmin, comisario de la flota báltica, y Kalinin, presidente de la República socialista soviética federada.

Dos anarquistas que habían asistido al mitin volvieron para contarnos el orden, el entusiasmo y el buen espíritu que había reinado allí. Tras las primeras jornadas de octubre, no habían contemplado demostración tan espontánea de solidaridad y de camaradería ferviente. Sólo deploraban que no hubiésemos asistido a esta manifestación. La presencia de Sacha, a quien los marinos de Kronstadt defendieron tan valientemente cuando estaba en peligro de extradición hacia California en 1917, y de mí misma, cuya reputación conocían los marinos, hubiera dado peso a la resolución, decían. Estábamos de acuerdo con ellos en que hubiese sido una experiencia maravillosa el participar en territorio soviético en el primer gran mitin de masas no organizado por órdenes. Gorki me había asegurado hacía tiempo que los hombres de la flota báltica eran todos anarquistas natos, y que mi lugar estaba entre ellos. Yo había deseado frecuentemente ir a Kronstadt para encontrarme con las tripulaciones y para hablarlas, pero tenía la convicción de que en mi estado de espíritu confuso y desencajado de entonces, no habría podido ofrecerles nada constructivo. Ahora iría a ocupar mi sitio entre ellos, sabiendo que los bolcheviques harían correr la especie de que yo excitaba a los marinos contra el régimen. Sacha dijo que poco le importaba lo que dijeran los comunistas. Se uniría a los marinos en su protesta contra el trato dado a los huelguistas de Petrogrado.

Nuestros camaradas insistieron en el hecho de que las expresiones de simpatía por parte de Kronstadt respecto a los huelguistas no podrían en modo alguno ser consideradas como una acción antisoviética. De hecho, el espíritu de los marinos y las soluciones adoptadas en su mitin de masas eran netamente prosoviéticas. Protestaban enérgicamente contra la actitud autocrática frente a los huelguistas hambrientos, pero el mitin no dejó en ningún momento traslucir la menor oposición a los comunistas. De hecho, por el contrario, este gran mitin había sido auspiciado por el soviet de Kronstadt. Para demostrar su lealtad,

los marinos fueron a buscar a Kalinin con cantos y música desde su llegada a la ciudad, y su discurso había sido escuchado con atención y el mayor respeto. Incluso después de que él y sus camaradas hubieran desaprobado a los marinos y condenado su moción, éstos escoltaron a Kalinin hasta la estación con la mayor amistad, como pudieron constatar nuestros informadores.

Habíamos oído rumores según los cuales Kouzmin y Vassilev habían sido detenidos por los marinos en un mitin de trescientos delegados de la flota, de la guarnición y del soviet de sindicatos. Preguntamos a nuestros camaradas qué sabían de ello. Confirmaron que estos dos hombres habían sido efectivamente detenidos. La razón era que Kuzmin había denunciado en el mitin a los marinos y huelguistas de Petrogrado como traidores (...), declarando que en adelante el Partido Comunista les combatiría como contrarrevolucionarios. Los delegados habían sabido igualmente que Kuzmin había dado orden de evacuar todo el avituallamiento y las municiones de Kronstadt, dejando así a la ciudad en la inanición. Por esta razón, los marinos y la guarnición de Kronstadt habían decidido detener a los dos hombres y tomar precauciones para que las provisiones no fueran sacadas de la ciudad. Pero esto no era en modo alguno signo de una eventual intención de rebelión, ni de que los hombres de Kronstadt hubiesen dejado de creer en la integridad revolucionaria de los comunistas. Por el contrario, se permitió a los delegados comunistas hablar tanto como a los demás. Otra prueba de confianza en el régimen fue dada por el envío de un comité de treinta hombres para hablar con el Petro-Soviet en orden a un arreglo amigable de la huelga.

Nos sentimos orgullosos de esta magnífica solidaridad de los marinos y soldados de Kronstadt con sus hermanos en huelga de Petrogrado, y esperábamos el cese del conflicto rápidamente, gracias a la mediación de los marinos.

Pero ¡ay! Nuestras esperanzas estaban ya perdidas una hora después de haber recibido noticias de los acontecimientos de Kronstadt. Una orden firmada por Lenin y Trotsky llenaba de estupor Petrogrado. La orden decía que Kronstadt se había municionado contra el gobierno soviético y denunciaba a los marinos como «instrumentos de antiguos generales zaristas, que de acuerdo con los social-revolucionarios traidores habían montado una conspiración contrarrevolucionaria contra la República proletaria».

«¡Absurdo, esto es la locura pura!», grito Sacha al leer una copia de esta orden. «Lenin y Trotsky deben haber sido mal informados por algunos. ¡No pueden creer que los marinos sean culpables de contrarrevolución! ¡El *Petropavlosk* y el *Sebastopol* habían sido sólidos bastiones bolcheviques en octubre y aun después! ¿Acaso Trotsky mismo no les había saludado como "orgullo y flor de la revolución"?»

«Debemos ir inmediatamente a Moscú», decía Sacha. Era absolutamente necesario ver a Lenin y Trotsky, y explicarles que todo era un horrible malentendido, un error que podía ser fatal para la revolución misma. Era muy duro para Sacha renunciar a su fe en la integridad revolucionaria de hombres que para millones de personas en el mundo eran los apóstoles del proletariado. Yo comulgaba con él en que Lenin y Trotsky habían sido inducidos a error por Zinoviev, que todas las noches telegrafiaba con informes detallados sobre Kronstadt. Ni siquiera entre sus camaradas tuvo nunca Zinoviev la reputación de poseer valor personal. Había sido presa del pánico desde los primeros síntomas de descontento de los obreros de Petrogrado. Cuando supo que la guarnición local había expresado su simpatía por los huelguistas, perdió completamente la cabeza y ordenó instalar una ametralladora en el hotel Astoria, para su protección personal. El asunto de Kronstadt había llenado de terror su corazón, y le impulsaba a dar versiones a Moscú de historias para no dormir. Sacha y yo sabíamos todo eso, pero no podíamos creer que Lenin y Trotsky pensarán verdaderamente que los hombres de Kronstadt fueran culpables de una contrarrevolución, o capaces de cooperar con generales blancos, como se les acusaba en la orden de Lenin.

Se decretó en toda la provincia de Petrogrado una ley marcial extraordinaria, y nadie que no fueran oficiales con autorizaciones especiales pudo abandonar ya la ciudad. La prensa bolchevique lanzó una campaña de calumnias y vituperios contra Kronstadt, proclamando que los marinos y soldados habían hecho causa común con el «general zarista Kozlovsky»; así declaraban a las gentes de Kronstadt fuera de la ley. Sacha comenzó a darse cuenta del origen mucho más profundo de la situación, algo más que una mala información de Lenin y Trotsky. Este último tenía que asistir a la sesión especial del Petro-Soviet donde debía decidirse el destino de Kronstadt. Decidimos asistir a ella.

Era mi primera ocasión para verme en Rusia con Trotsky. Pensé que podría recordarle sus palabras de despedida de Nueva York⁷: la esperanza por él expresada de encontrarnos pronto en Rusia para ayudar en la tarea de abatir al zarismo. Ibamos a pedirle nos dejara resolver los problemas de Kronstadt con espíritu fraterno, a disponer de nuestra energía, nuestro tiempo y hasta nuestras vidas en este test supremo que la revolución planteaba al Partido Comunista.

Desgraciadamente, el tren de Trotsky llegó con retraso y no apareció en la sesión. Los hombres que hablaron en esa asamblea eran inaccesibles a la razón. Un fanatismo ciego animaba sus palabras, y un miedo ciego dominaba sus corazones.

⁷ Consúltense las páginas de atrás.

La calle era severamente guardada por los «krusanty»; soldados de la Checa, con bayoneta calada, estaban entre ella y el auditorio. Zinoviev, que presidía, parecía estar en el límite de una crisis de nervios. Se levantó para hablar varias veces, sentándose inmediatamente. Cuando finalmente comenzó a hablar, volvió la cabeza a izquierda y derecha, como si temiese un ataque súbito. Su voz, siempre tan infantilmente débil, adquiriría un tono agudo, extremadamente desagradable y en modo alguno convincente.

Denunció al «general Kozlovsky» como el genio maligno de los hombres de Kronstadt, aunque la mayoría de los asistentes sabían que ese general había sido destinado en Kronstadt como especialista en artillería por Trotsky mismo. Kozlovsky era viejo y decrepito, no tenía ninguna influencia en los marinos ni en la guarnición. Esto impidió a Zinoviev, presidente del comité de defensa, creado especialmente para esta ocasión, propalar que Kronstadt se había levantado contra la revolución y que trataba de realizar los planes de Kozlovsky y de sus aliados zaristas.

Kalinin se apartó de su habitual actitud paternalista y atacó a los marineros con términos violentos, olvidando los homenajes recibidos en Kronstadt sólo unos días antes. «Ninguna medida puede ser demasiado severa para los contrarrevolucionarios que osan levantar la mano contra nuestra gloriosa revolución», declaró. Los oradores de segundo orden continuaron en el mismo tono, avivando su fanatismo comunista, ignorando los hechos reales y apelando a un frenesí vengador contra los hombres aclamados la víspera misma como héroes y hermanos.

Por encima de la batahola del populacho aullante y pataleador, sólo una voz trató de hacerse entender: la voz tensa y grave de un hombre de las primeras filas. Era el delegado de los empleados huelguistas del Arsenal. Se veía forzado a protestar, decía, contra las acusaciones falsas lanzadas desde el estrado contra los hombres de Kronstadt, tan valerosos y leales. Mirando a Zinoviev y señalándole con el dedo, el hombre afirmaba: «Es su cruel indiferencia y la de su Partido la que nos ha empujado a la huelga y la que ha despertado la simpatía de nuestros hermanos marinos, que han luchado codo con codo en la revolución a nuestro lado. ¡Ellos no son culpables de ningún crimen, y usted lo sabe! Usted les calumnia voluntariamente y apela a su exterminio.» Gritos de «¡contrarrevolucionario, traidor!», «¡menchevique, bandido!», hicieron de la reunión una verdadera casa de locos.

El viejo obrero siguió en pie, su voz se elevaba por encima del tumulto: «Hace apenas tres años que Lenin, Trotsky, Zinoviev y todos vosotros habéis sido denunciados como traidores y espías alemanes», gritó. «Nosotros los trabajadores y marinos hemos venido en vuestra ayuda y os hemos salvado del gobierno

de Kerenski. ¡Somos nosotros quienes os hemos llevado al poder! ¿Habéis olvidado eso? Ahora nos amenazáis con la espada. ¡Daos cuenta de que estáis jugando con fuego! Repetís los errores y los crímenes del gobierno Kerensky. ¡Cuidad que su destino no sea el vuestro!»

Zinoviev se estremeció ante este desafío. Sobre el estrado, los demás, muy embarazados, se agitaban en sus sillones. La asistencia comunista pareció aterrada por esta advertencia siniestra.

En este momento, otra voz se elevó. Un hombre gallardo y con uniforme de marino se irguió desde el fondo de la sala. Nada había cambiado el espíritu revolucionario de sus hermanos del mar, declaró. Hasta el último hombre estaba presto a defender la revolución con cada gota de su sangre. Y se puso a leer la resolución de Kronstadt, adoptada en el mitin de masas del 1 de marzo⁸. El tumulto que se elevó frente a esta audacia evitó que se le entendiera, salvo a los que estaban próximos a él. Pero él se mantuvo, y continuó leyendo hasta el fin.

La única respuesta que recibieron estos valientes hijos de la revolución fue la resolución de Zinoviev exigiendo la total e inmediata rendición de Kronstadt, so pena de exterminio. Fue votada apresuradamente en un pandemónium de confusión, y las voces de oposición fueron ahogadas.

Pero el silencio frente a la masacre amenazaba con ser intolerable. Yo debía hacerme escuchar. No por obsesos que ahogaran mi voz como ahogaron la de los demás. Yo daría a conocer mi postura por un informe realizado esa misma noche y dirigido al poder supremo de Defensa soviético.

Una vez solos, hablé a Sacha de esta idea, y me alegré de que mi viejo camarada la compartiese. Sugería él que nuestra carta debía ser una protesta común y referirse únicamente a la resolución criminal adoptada por el Petro-Soviet. Dos camaradas que estaban con nosotros en esta reunión compartieron nuestro punto de vista y se ofrecieron a firmar con nosotros la apelación común a las autoridades. No tenía yo ninguna esperanza de que nuestro mensaje tuviera alguna influencia dulcificadora o amortiguadora de las medidas dictadas contra los marineros. Pero estaba decidida a dar a conocer mi actitud, como testimonio ante el porvenir que probara que yo no había enmudecido ante la más negra traición a la revolución por el Partido Comunista.

A las dos de la mañana, Sacha telefoneó a Zinoviev para decirle que tenía algo importante que comunicarle respecto a Kronstadt. Acaso Zinoviev creyó que sería algo que podría ayudar a la conspiración contra Kronstadt; de otro modo, no se hubiera molestado en que nos avisara la señora Ravich a esa hora de la noche, diez minutos después de que Sacha le hubiese telefoneado. Estaba absolutamente seguro, decía la nota de Zi-

⁸ Véanse unas páginas más adelante.

noviev, de que había que confiarle el mensaje. Le dimos el comunicado siguiente:

«Al Soviet de los Sindicatos y de la Defensa de Petrogrado.

»Presidente Zinoviev.

»Es imposible guardar silencio. ¡Sería criminal! Los acontecimientos recientes nos impulsan a nosotros, anarquistas, a hablar y definir nuestra postura ante la situación actual.

»El espíritu de fermento y de descontento que se manifiesta entre los trabajadores y marinos es el resultado de causas que exigen nuestra atención seria. El frío y el hambre han producido el descontento, y la ausencia de posibilidades de discusión y de crítica fuerzan a los obreros y marinos a exponer públicamente sus quejas.

»Bandas de guardias blancos desean, y pueden tratar de ensayar y explotar este descontento en interés de su propia clase. Camuflados detrás de los trabajadores y marinos, lanzan *slogans*, reclamando la asamblea constituyente, el comercio libre y cuestiones semejantes.

»Nosotros los anarquistas hemos denunciado desde hace mucho tiempo el error de estos *slogans*, y nos declaramos ante el mundo entero combatientes, con armas en mano, de toda tentativa contrarrevolucionaria, en cooperación con todos los amigos de la revolución socialista y mano a mano con los bolcheviques.

»En lo que concierne al conflicto entre el gobierno soviético y los trabajadores y marinos, pensamos que debe arreglarse no por la fuerza de las armas, sino por los medios de la camaradería, con un acuerdo revolucionario y fraterno.

»La decisión de derramar sangre tomada por el gobierno soviético no tranquilizará a los trabajadores en la situación actual. Por el contrario, sólo servirá para agravar las cosas y reforzará el juego de la Entente y de la contrarrevolución en el interior.

»Más grave es aún el que el uso de la fuerza por el gobierno de trabajadores y campesinos contra los obreros y marinos tenga un efecto reaccionario sobre el movimiento revolucionario internacional y haga el mayor daño a la revolución socialista.

»¡Camaradas bolcheviques, reflexionad antes de que sea tarde! No juguéis con fuego; estáis a punto de dar un paso decisivo y muy grave.

»Así, pues, os hacemos la siguiente propuesta: permitid la elección de una comisión de cinco personas, incluidas dos anarquistas. Esta comisión irá a Kronstadt para arreglar el conflicto por medios pacíficos. En la presente situación, es el método más radical. Será de una importancia revolucionaria internacional.

»Petrogrado, 5 de marzo de 1921.

»Alexandre Berkman, Emma Goldman (y otras dos firmas).»

La prueba de que este escrito nuestro no encontró más que oídos sordos, la tuvimos el mismo día, a la llegada de Trotsky, por su ultimátum a Kronstadt. Por orden del gobierno de obre-

ros y campesinos, declaró a los marinos y soldados de Kronstadt que iba a «disparar como a los faisanes» a todos los que habían osado «levantar la mano contra la patria socialista». A los navíos y equipos en rebelión se les conminaba a ponerse inmediatamente a las órdenes del gobierno soviético, so pena de ser reducidos por las armas. Sólo quienes se rindieran incondicionalmente podrían contar con la misericordia de la República soviética.

Esta última advertencia estaba firmada por Trotsky como presidente del soviét militar revolucionario, y por Kamenev, comandante en jefe del Ejército Rojo. Osar dudar del derecho divino de los gobiernos, era de nuevo castigado con la muerte.

Trotsky mantuvo su palabra. Habiendo tomado el poder gracias a los hombres de Kronstadt, estaba ahora en situación de pagar su deuda plenamente al «orgullo y gloria de la revolución rusa». Los mejores expertos militares y estrategas del régimen zarista estaban entonces bajo su mando, entre ellos el famoso Toukhatchevsky⁹, a quien Trotsky nombró comandante general en el ataque contra Kronstadt. Además, tenía a su disposición las hordas de chequistas, entrenadas desde hacía tres años en el arte de matar, *kursanty* y comunistas, especialmente elegidos por su ciega obediencia a las órdenes recibidas, así como a las tropas más seguras de los diversos frentes. Con una fuerza semejante frente a la ciudad condenada, se esperaba sofocar fácilmente el «motín». Sobre todo, después de que los marinos y soldados de la guarnición de Petrogrado hubieran sido desarmados y se hubiera evacuado de la zona peligrosa a cuantos habían expresado su solidaridad con los camaradas asediados. Desde mi ventana del hotel internacional veía en pequeños grupos a los poderosos destacamentos de tropas chequistas. Su paso había perdido toda alegría, sus brazos caían a lo largo del cuerpo, las cabezas estaban tristemente inclinadas.

Las autoridades tampoco temían ya a los huelguistas de Petrogrado. Estaban debilitados y reducidos por el hambre, su energía había decaído. Estaban desmoralizados por las mentiras que se hacían correr sobre ellos y sus hermanos de Kronstadt, su espíritu roto por el veneno de la duda que se infiltraba gracias a la propaganda bolchevique. Ya no tenían espíritu de lucha, ni esperanza alguna de poder ayudar a sus camaradas de Kronstadt, que, sin pensar en sí mismos, habían hecho causa común con ellos, lo que iban a pagar manifiestamente con su vida.

Kronstadt estaba abandonada por Petrogrado y cortada del resto de Rusia. Estaba sola, y casi no podía ofrecer resistencia. «Se vendrá abajo al primer tiro», proclamaba la prensa soviética.

Se equivocaba. Kronstadt no había pensado en modo alguno

⁹ Mikhail Toukhatchevsky (1893-1937), antiguo oficial zarista, futuro mariscal soviético, ejecutado finalmente por orden de Stalin, sobre obras de convicción fabricadas por Hitler.

en un «motín» ni en resistir al gobierno soviético. Hasta el último momento estaba decidida a no derramar sangre. Todo el tiempo apeló a un arreglo comprensivo y amigable. Pero, obligada a defenderse contra la provocación militar, se batió como un león. Durante diez días y diez noches extremadamente fatigadoras, los marinos y soldados de la ciudad asediada resistieron un fuego de artillería continuo desde tres costados, y contra las bombas lanzadas por la aviación sobre una población no combatiente. Rechazaron heroicamente las tentativas repetidas de los bolcheviques de asaltar las fortalezas con las tropas especializadas llegadas de Moscú. Trotsky y Toukhatchevsky tenían todas las ventajas sobre los hombres de Kronstadt. Toda la maquinaria del Estado comunista les sostenía, y la prensa centralizada continuaba extendiendo su veneno contra los pretendidos «amotinados y contrarrevolucionarios». Tenían refuerzos ilimitados, así como hombres enmascarados con trapos blancos que se confundían con la nieve del golfo helado de Finlandia, camuflando así el ataque por la noche contra los hombres de Kronstadt, que no se lo esperaban. Estos últimos sólo tenían su coraje indómito y su fe inmutable en la justicia de su causa y en los soviets libres que preconizaban como los únicos capaces de salvar a Rusia de la dictadura. Carecían incluso de un rompehielos para parar el asalto del enemigo comunista. Estaban extenuados por el hambre, el frío, las noches de vigilia sin sueño. Empero, estaban en pie, luchando desesperadamente en una correlación de fuerzas aplastante.

Ni una sola voz amiga se oyó durante tan espantoso suspense. Durante los días y noches que duró el tronar de la artillería pesada y los cañones, no hubo nadie que protestara o llamase a la tregua en ese terrible baño de sangre. Gorki... ¿Dónde estaba... Máximo Gorki? Se escucharía su voz.

«Lo veremos.» Intervine ante algunos miembros de la *intelligentsia*. Gorki, me decían, jamás había protestado, ni siquiera en casos graves individuales, ni en lo concerniente a miembros de su propia profesión, ni siquiera cuando conocía la inocencia de los hombres condenados. Tampoco protestaría ahora. No había esperanza.

La *intelligentsia*, los hombres y mujeres que antaño fueran portavoces revolucionarios, los dueños del pensamiento, escritores y poetas estaban tan impotentes como nosotros, paralizados por la futilidad de todo esfuerzo individual. La mayoría de sus camaradas o amigos estaban ya en prisión o en el exilio, algunos habían sido ejecutados. Se sentían rotos por el aniquilamiento de todos los valores humanos.

Me dirigí a los comunistas conocidos. Les supliqué hicieran cualquier cosa. Algunos comprendían el crimen monstruoso que su partido estaba a punto de cometer contra Kronstadt. Admitían que la acusación de contrarrevolución estaba totalmente fa-

bricada. El pretendido dirigente Kozlovsky era una nulidad, demasiado preocupado por su propia suerte, como para tener algo que ver con cualquier protesta de los marinos. Estos últimos tenían gran calidad, y su único cuidado era el bienestar de Rusia. Lejos de hacer causa común con los generales zaristas, rechazaron incluso la ayuda que les ofrecía Tchernov, el dirigente de los social-revolucionarios. No querían ayuda del exterior, sino el derecho a elegir a sus propios diputados en las próximas elecciones para el soviet de Kronstadt, así como justicia para los huelguistas de Petrogrado.

Los amigos comunistas pasaban con nosotros noches enteras..., hablando..., hablando...; pero ninguno de ellos osaba elevar su voz en protesta abierta. No comprendíamos las consecuencias que eso tendría para ellos, decían. Serían excluidos del Partido, serían privados ellos y sus familiares de trabajo y de raciones, y serían literalmente condenados a morir de hambre. O desaparecerían pura y simplemente y nadie sabría nunca qué se hizo de ellos. Y, sin embargo, nos aseguraban que no era el miedo lo que paralizaba su voluntad. Era inútil completamente una protesta o una llamada al orden. Nada, absolutamente nada, podía parar el engranaje del Estado comunista. Ellos mismos habían sido aplastados, y no tenían fuerza ni para protestar.

Yo estaba obsesionado por la terrible aprensión que podríamos tener nosotros, Sacha y yo, en semejante estado moral, sin resortes y resignados como ellos. Todo era preferible antes que eso. ¡La prisión, el exilio y hasta la muerte! ¡O la huida! Huir, esa horrible impostura, ese falso semblante de revolución.

La idea de querer abandonar Rusia no la había acariciado nunca. Estaba turbada y conmovida sólo por tenerla ahora. ¡Abandonar Rusia a su calvario! Pero sentía que antes daría ese paso, que participar en el engranaje de esa maquinaria llegando a ser una cosa inanimada a la que se manipula a voluntad.

El bombardeo de Kronstadt continuó sin cesar durante diez días y diez noches, parando de repente el 17 de marzo. El silencio que cubría Petrogrado era más terrible que los tiros incesantes de la noche anterior. La agonía de la espera se apoderó de todos nosotros. Era imposible saber lo que pasaba y por qué habían cesado bruscamente los bombardeos. Por la tarde, la tensión cedió ante un horror mudo. Kronstadt había sido subyugada. Decenas de millares de hombres asesinados, la ciudad bañada en sangre. La Neva, a la que la artillería pesada había roto el hielo, fue la tumba de una multitud de hombres, *kursantys* y jóvenes comunistas. Los heroicos soldados y marinos habían defendido sus posiciones hasta el último aliento. Los que no habían muerto en combate caían en las manos del enemigo para ser ejecutados o enviados a la lenta tortura de las regiones heladas del norte de Rusia.

Estábamos abatidos. Sacha, habiendo perdido el último hilo de su fe en los bolcheviques, erraba desesperado por las calles. Yo tenía plomo en los miembros, una fatiga inmensa en cada nervio. Sentada, inerte, miraba la noche (...).

Al día siguiente, 18 de marzo, aún medio dormida por la falta de sueño durante diecisiete jornadas de angustia, fui despertada por el ruido de numerosos pasos. Los comunistas pasaban desfilando, tocando marchas militares y cantando *La Internacional*. Estos acentos, en otras ocasiones tan jubilosos para mis oídos, sonaban ahora como un canto fúnebre para la esperanza de la humanidad.

¡Dieciocho de marzo: aniversario de la Comuna de París de 1871, aplastada dos meses más tarde por Thiers y Gallifet, los carniceros de treinta mil comuneros! Imitados en Kronstadt el 18 de marzo de 1921.

El verdadero significado de esta «liquidación» de Kronstadt fue revelado por Lenin mismo tres días después de la tragedia. En el décimo congreso del Partido Comunista, tenido en Moscú durante el asedio de Kronstadt, Lenin cambió inopinadamente su cántico comunista inspirado, como en un salmo, en la Nueva Política Económica. Comercio libre, concesiones al capitalismo, contrato libre para el trabajo en el campo y en las fábricas, todo ello condenado durante más de tres años como expresivo de la contrarrevolución y castigado con prisión e incluso con la muerte, ahora inscrito por Lenin en la gloriosa bandera de la dictadura.

Descaradamente, como siempre, admitió lo que gentes sinceras del Partido y del exterior del Partido habían sabido durante dieciséis días, o sea, «que los hombres de Kronstadt no querían contrarrevolucionarios, aunque tampoco querían saber nada de nosotros». Los ingenuos marinos habían tomado en serio la divisa de la revolución «Todo el poder para los soviets», al que Lenin y su Partido habían prometido solemnemente permanecer fieles. ¡Tal había sido el pecado imperdonable de los hombres de Kronstadt! Por ello debieron morir. Debían pasar a ser mártires para fecundar la tierra hasta la nueva colección de *slogans* de Lenin, que anulara completamente a las anteriores. La obra maestra era la Nueva Política Económica, N. E. P.¹⁰

La confesión pública de Lenin respecto a Kronstadt no evitó, sin embargo, la caza de los marinos, soldados y obreros de la ciudad vencida. Fueron detenidos a cientos, y la Checa se ocupó de «tirar al blanco».

Era curioso constatar que los anarquistas no fueron mencionados con ocasión del «amotinamiento» de Kronstadt. Pero en

¹⁰ N. E. P.: Nueva Política Económica decidida por Lenin tras el fracaso del «comunismo de guerra» y que, en cierta medida, trataba de restaurar la iniciativa privada.

el décimo congreso Lenin había manifestado que se había declarado una guerra sin cuartel contra «la pequeña burguesía», incluyendo allí a los elementos anarquistas. La tendencia anarcosindicalista de la oposición obrera¹¹ demostraba que esta tendencia se había desarrollado en el Partido Comunista mismo, precisó. La llamada a la lucha contra los anarquistas, lanzada por Lenin, halló eco inmediato. Los grupos de Petrogrado fueron atacados y un gran número de sus miembros arrestados. Además, la Checa cerró la imprenta y las oficinas donde se publicaba *Golos Truda*, que era nuestra rama anarcosindicalista.

Habíamos comprado billetes para ir a Moscú antes de que eso pasara. Cuando tuvimos noticias de los arrestos en masa, decidimos quedarnos aún un poco más tiempo, por si éramos buscados. No ocurrió, sin embargo, acaso porque era necesario tener algunas celebridades anarquistas en libertad, para demostrar al mundo que sólo los «bandidos» llenaban las cárceles soviéticas.

En Moscú, todos los anarquistas, salvo una media docena, estaban detenidos. Sin embargo, no se había hecho ninguna acusación contra nuestros camaradas; no habían sido escuchados ni juzgados. Pese a ello, algunos ya habían sido enviados a la penitenciaría de Samara. Los que aún se hallaban en las prisiones de Boutirky o de Taganka estaban sometidos a la peor persecución o incluso a la violencia. Así, uno de nuestros jóvenes, Kashirin, había sido abatido por un chequista en presencia de guardias de la cárcel. Maximoff¹² y otros anarquistas que habían combatido en los frentes revolucionarios, y que eran conocidos y estimados por numerosos comunistas, habían sido obligados a realizar una huelga de hambre para protestar contra las terribles condiciones de detención.

Lo primero que se nos pidió hiciéramos, a nuestra vuelta a Moscú, fue firmar un manifiesto dirigido a las autoridades soviéticas denunciando las tácticas concertadas para exterminar a nuestros camaradas.

Lo hicimos con gusto. Sacha estaba ahora tan convencido como yo de que las protestas por parte de un puñado de políticos aún en libertad en el interior de Rusia eran completa-

¹¹ Tendencia del Partido Bolchevique dirigida por Chliapnikoff y Alexandra Kollontai, condenada en el X Congreso del Partido.

¹² Gregori Petrovich Maximoff (1893-1950), que se hizo anarquista en Rusia, tras la lectura de Kropotkin; colaboró en *Golos Truda*; portavoz de la tendencia anarcosindicalista durante la Revolución rusa, hubo de abandonar su país natal en 1922 hacia Berlín, en donde militó en la Asociación internacional de trabajadores, luego en París; emigró después a Estados Unidos, en 1925, donde editó diarios anarquistas en ruso y publicó en inglés uno de los mejores libros sobre la Revolución rusa desde el punto de vista anarquista: *Twenty years of Terror in Russia*, 1940; *Le Mythe bolchevique* (1920-1921) será el título de un folleto publicado por Berkman en inglés en 1922.

mente vanas e inútiles. Por otra parte, ninguna acción eficaz podía esperarse de las masas rusas, aunque nos hubiera sido posible entrar en contacto con ellas. Años de guerra, luchas civiles, sufrimientos, habían arrancado de ellas la vitalidad, y el terror las había hecho mudas y sumisas.

Nuestra esperanza eran Europa y los Estados Unidos, decía Sacha. Había llegado el tiempo de hacer conocer a los trabajadores del extranjero la traición deshonrosa de Octubre. La conciencia despierta del proletariado y de otros elementos liberales y radicales en cada país debía implicar una poderosa protesta contra esta implacable persecución. Sólo ello podría detener la mano de la dictadura. Nada más.

El martirio de Kronstadt había hecho tal efecto en mi amigo; había destruido los últimos vestigios del *mito bolchevique*. No sólo Sacha, sino también los demás camaradas que habían defendido anteriormente los métodos comunistas como inevitables en un período revolucionario, habían sido forzados a destruir el abismo existente entre Octubre y la dictadura.

RESOLUCION DE LA REUNION GENERAL DE LA PRIMERA Y SEGUNDA ESCUADRA DE LA FLOTA DEL BALTICO, TENIDA EN KRONSTADT

(1 de marzo de 1921.)

Tras haber escuchado los informes de los representantes enviados a Petrogrado, la reunión general de las tripulaciones, examinada la situación, ha decidido en asamblea lo que sigue:

Como los soviets actuales no expresan la voluntad de los obreros y campesinos:

1.º Proceder inmediatamente a la reelección de los soviets mediante voto secreto. La campaña electoral entre los obreros y campesinos deberá desarrollarse en plena libertad de palabra y de acción.

2.º Establecer la libertad de palabra y de prensa para todos los obreros y campesinos, para los anarquistas y para los socialistas de izquierda¹³.

¹³ Hay que haber conocido Kronstadt para comprender el verdadero sentido de esta cláusula. En efecto, pretende querer limitar la libertad de palabra y de prensa, al no exigirla más que para las corrientes de extrema izquierda. La resolución es únicamente para evitar de antemano toda posibilidad de engañarse sobre el verdadero sentido y carácter del movimiento.

Desde el comienzo de la revolución, tras haber corrido la sangre, en los primeros días, de los oficiales más llenos de celo, Kronstadt realizó las libertades más amplias. Los ciudadanos no eran reprimidos en nada, cualesquiera que fuesen sus diversas convicciones. Sólo algunos zaristas inveterados quedaron en prisión. Pero una vez que hubo

3.º Acordar la libertad de reunión para los sindicatos y organizaciones campesinas.

4.º Convocar fuera de los partidos políticos una conferencia de obreros, soldados rojos y marinos de Petrogrado, Kronstadt y la provincia de Petrogrado, para el 10 de marzo de 1921 a más tardar.

5.º Liberar a todos los prisioneros políticos socialistas y a todos los obreros, campesinos, soldados rojos y marinos apresados a continuación de los movimientos obreros y campesinos.

6.º Elegir una comisión para examinar los casos de los que están en las cárceles y los campos de concentración.

7.º Abolir los «oficios políticos», pues ningún partido político debe tener privilegios en la propaganda de sus ideas, ni recibir del Estado medios pecuniarios para ese fin. Hay que instituir en su lugar comisiones de educación y de cultura, elegidas en cada localidad y financiadas por el gobierno.

8.º Abolir inmediatamente todas las barreras¹⁴.

9.º Uniformizar las raciones para todos los trabajadores, excepto para los que ejercen profesiones peligrosas para la salud.

10.º Abolir los destacamentos comunistas de choque en todas las unidades del ejército, así como la guardia comunista en fábricas e industrias. En caso de necesidad, los cuerpos de guardia podrán ser designados en el ejército por las compañías y en las industrias y fábricas por los obreros mismos.

11.º Dar a los campesinos la plena libertad de acción en lo que concierne a sus tierras, así como el derecho a poseer ganado, a condición de que lo hagan con su trabajo, sin recurrir al trabajo ajeno.

12.º Designar una comisión ambulante de control.

pasado el acceso de cólera espontánea, una vez que la razón se unió al instinto de conservación, se suscitó en las reuniones la cuestión de la excarcelación de todos los presos, tanto era el odio que el pueblo de Kronstadt sentía por las cárceles. Decidióse liberar a todos los encarcelados, pero en el recinto de la ciudad solamente: en Kronstadt los reaccionarios no podían tener ningún éxito, pero los marinos no se consideraban con el derecho de suministrar contrarrevolucionarios a otras localidades. Las actuaciones de Kerensky provocaron una nueva ola de cólera, y el proyecto fue abandonado. Pero este sobresalto de mal humor fue el último. A partir de este momento, Kronstadt no conoció un solo caso de persecución por ideas. Todas las tesis podían circular allí libremente. La tribuna de la plaza del Ancla estaba abierta a todo el mundo (nota de Volin).

¹⁴ Trátase de los destacamentos armados alrededor de las ciudades. Su finalidad principal era la de suprimir el comercio ilícito y confiscar los víveres y otros productos. La irresponsabilidad y las arbitrariedades de estas «represas» llegaron a ser proverbiales en el país. Hecho chistoso: el Gobierno suprimió estos destacamentos la víspera de su ataque contra Kronstadt. Se buscaba así enseñar y adormecer al proletariado de Petrogrado (nota de Volin).

13.º Autorizar el libre ejercicio del artesanado, sin emplear trabajo asalariado.

14.º Pedimos a todas las unidades del ejército y a los camaradas *kursanty* militares unirse a nuestra resolución.

La resolución se adoptó por unanimidad en las tripulaciones de la escuadra. Dos personas se abstuvieron.

Firmado: *Petrichenko*, presidente de la reunión; *Perepelkin*, secretario.

EL PERIODICO OFICIAL DE LA INSURRECCION

*Extractos de la Izvestia de Kronstadt*¹⁵. He aquí algunos de sus titulares:

«Todo el poder a los soviets, no a los partidos.»

«El poder de los soviets liberará a los trabajadores de los campos del yugo de los comunistas.»

«Lenin dice: el comunismo es el poder de los soviets más la electrificación; pero el pueblo ha constatado que el comunismo bolchevique era el absolutismo de los comisarios más los fusiles.»

«Los soviets, y no la Constituyente, son la fuerza de los trabajadores.»

«Viva Kronstadt roja con el poder de los soviets libres.»

«El primer disparo de Trotsky es la señal de la angustia de los comunistas.»

(Número 1, 3 de marzo de 1921.)

A la población de la fortaleza y la ciudad de Kronstadt:

Camaradas y ciudadanos, nuestro país atraviesa un momento difícil. Hace ya tres años que el hambre, el frío y el caos económico nos dejan en un estado terrible. El Partido Comunista, que gobierna al país, se ha separado de las masas y mostrado impotente para sacarlas de un estado de debacle general. El Partido no ha considerado las tribulaciones habidas últimamente en Petrogrado y Moscú, que han demostrado claramente que ese Partido ha perdido la confianza de las masas obreras. Ha desconsiderado igualmente las reivindicaciones formuladas por los obreros. Considera que todo esto está llevado por la contrarrevolución. Se equivoca profundamente.

Estas tribulaciones, estas reivindicaciones son la voz del pueblo entero, de todos los que trabajan. Todos los obreros, marinos

¹⁵ Este periódico había existido mucho antes de la insurrección de marzo de 1921. La traducción completa de los números del periódico aparecidos durante la insurrección ha sido publicada por las Ediciones Belibaste (*La Comuna de Cronstadt*, 1969).

y soldados rojos ven claramente hoy que sólo los esfuerzos comunes, sólo la voluntad común de los trabajadores, podrá dar al país pan, madera y carbón, podrá vestir y calzar al pueblo, podrá sacar a la República del punto muerto en que está.

Esta voluntad de todos los trabajadores, soldados rojos y marinos se manifiesta netamente en el gran mitin de nuestra ciudad del martes 1 de marzo. El mitin votó por unanimidad una resolución de las tripulaciones de la primera y segunda escuadra.

Una de las decisiones adoptadas fue la de proceder inmediatamente a la reelección de los soviets.

A fin de establecer bases más justas para estas reelecciones, de suerte que la participación de los trabajadores sea efectiva y que la vida sea un órgano activo y enérgico, los delegados de todas las organizaciones de la marina, guarnición y obreros, se reunieron el 2 de marzo en la Casa de la Educación. Esta reunión debía elaborar las bases de nuevas elecciones y comenzar luego un trabajo positivo y pacífico, trabajo de reorganización del sistema soviético.

Pero como había razones para temer una represión, a continuación de los discursos amenazantes de los representantes del poder la reunión decidió crear un comité revolucionario provisional y darle plenos poderes en cuanto a la administración de la ciudad y de la fortaleza.

El Comité provisional tiene su sede en el navío *Petropavlosk*.
¡Camaradas y ciudadanos! El Comité provisional se preocupa sobre todo porque no haya efusión de sangre. Ha empleado todos los esfuerzos para mantener el orden revolucionario en la ciudad, en la fortaleza y en los fuertes.

¡Camaradas y ciudadanos! No dejéis vuestro trabajo. Obreros, seguid en vuestras máquinas. Marinos y soldados, no abandonéis vuestros puestos. Todos los empleados, todas las instituciones deben continuar trabajando.

El Comité revolucionario provisional exorta a todas las organizaciones obreras, a todos los sindicatos marítimos y demás, a todas las unidades de mar y de tierra, así como a todos los ciudadanos individualmente, a prestarle su ayuda.

Su misión es asegurar, en cooperación fraterna con nosotros, las condiciones necesarias para las elecciones justas y honestas del nuevo soviet.

Así, pues, camaradas, orden, calma y sangre fría.

¡Todos al trabajo socialista honrado por el bien de todos los trabajadores!

Kronstadt, 2 de marzo de 1921.

Firmado: *Petrichenko*, presidente del Comité revolucionario provisional; *Tukin*, secretario.

Publicamos el radiograma siguiente, lanzado por la agencia «Rosta», de Moscú, e interceptado por la estación T. S. F. del Petropavlosk:

«¡A la lucha contra la conspiración de blancos!

»El amotinamiento del ex general Kozlovsky y del navío *Petropavlosk* ha sido organizado por los espías de la Entente, como en otros numerosos complots anteriores. Esto se aprecia en la lectura del periódico burgués francés *Le Matin*, que, dos semanas antes de la revuelta de Kozlovsky, publicó el siguiente telegrama desde Helsingfors: «Se pide a Petrogrado que, tras la rebelión de Kronstadt, las autoridades militares bolcheviques tomen medidas para aislar a Kronstadt, y evitar que los marinos y soldados de Kronstadt se acerquen a Petrogrado. El avituallamiento de Kronstadt queda prohibido hasta nueva orden.»

»Está claro que la sedición de Kronstadt ha sido dirigida por París, que el contraespionaje francés está allí mezclado. Siempre la misma historia. Los socialistas revolucionarios, dirigidos desde París, tramaron la rebelión contra el gobierno soviético y, apenas terminados sus preparativos, el verdadero instigador, un general zarista, hizo su aparición. La historia de Koltchak, que trató de restablecer el poder con la ayuda de los socialistas revolucionarios, se repite una vez más. Todos los enemigos de los trabajadores, desde los generales zaristas hasta los socialistas revolucionarios incluidos, tratan de especular con el hambre y el frío. Naturalmente, esta rebelión de los generales y de los socialistas revolucionarios será reprimida rápidamente, y el general Kozlovsky y sus acólitos seguirán la suerte de Koltchak.

»Pero está fuera de duda que el hilo de espionaje de la Entente no se ha lanzado sólo sobre Kronstadt. ¡Obreros y soldados rojos, romped ese hilo! ¡Desenmascarad a los insinuidores y provocadores! Necesitáis sangre fría, dominio de vosotros mismos, vigilancia. No olvidéis que el verdadero medio de salir de las dificultades alimenticias y demás, momentáneas aunque penosas, es un trabajo intenso y en buena armonía, y no excesos insensatos que sólo pueden aumentar la miseria, para mayor alegría de los enemigos malditos de los trabajadores.»

Damos a conocimiento de todos el texto de una proclama lanzada sobre Kronstadt desde un avión comunista. Los ciudadanos sólo experimentaron desprecio por esta calumnia provocadora:

«A los equivocados de Kronstadt:

»¿Veis ahora a dónde os han llevado los holgazanes de bigotes retorcidos? ¡Ved dónde estáis! Los antiguos generales zaristas aparecen ya tras la espalda de los socialistas revolucionarios y de los mencheviques. Todos los Petrichenko y Tugin son manejados como marionetas por el general zarista Kozlovsky, los capitanes Borkser, Kostromitinoff, Chirmanovsky y otros guar-

días blancos probados. ¡Os engañan! Os dicen que lucháis por la democracia. Apenas han pasado dos días y ya veis que, en realidad, no lucháis para la democracia, sino para los generales zaristas.»

(Número 2, 4 de marzo de 1921.)

A la población de la ciudad de Kronstadt:

¡Ciudadanos! Kronstadt ha comenzado una dura lucha por la libertad. En todo momento puede verse una ofensiva de los comunistas para tomar Kronstadt e imponernos de nuevo su poder, que nos ha conducido al hambre, al frío y al caos económico.

Todos, hasta el último, defenderemos con fuerza y firmeza la libertad conquistada. Nos opondremos al deseo de ocupar Kronstadt. Y si los comunistas tratan de hacerlo por la fuerza de las armas, responderemos con una digna resistencia.

El Comité revolucionario provisional pide a la población que no se asuste en caso de que oiga disparos.

La calma y la sangre fría nos darán la victoria.

El Comité revolucionario provisional.

Nota:

El Comité revolucionario provisional desmiente los bulos de que los comunistas detenidos hayan padecido violencias. Los comunistas detenidos gozan de completa seguridad.

Además, una parte de los comunistas detenidos ha sido puesta en libertad. Un representante del Partido Comunista participará en la comisión encargada de investigar los motivos de los arrestos. Los camaradas comunistas Iiline, Kabanoff y Pervouchin se han dirigido al Comité revolucionario y han sido autorizados a visitar a los detenidos en el navío *Petropavlosk*, lo que los camaradas confirman estampando aquí sus firmas.

Firmado: Iiline, Kabanoff, Pervouchin. En la copia firma el conforme N. Archipoff, miembro del Comité revolucionario. Por el secretario, firmado, P. Bogdanoff.

(Número 3, 5 de marzo de 1921.)

Vencer o morir.

Una reunión de delegados.—Ayer, 4 de marzo, a las seis de la tarde, tuvo lugar en el club de la guarnición una reunión de los delegados, de las unidades militares y de los sindicatos, convocada para completar el Comité revolucionario provisional para la elección de otros miembros y para escuchar informes sobre los acontecimientos en curso.

Asistieron a la reunión 220 delegados, venidos en su mayoría directamente del lugar de trabajo.

El marino Petritchenko, presidente, declaró que el Comité revolucionario provisional, sobrecargado de trabajo, debía ser completado al menos con diez nuevos miembros.

De entre veinte camaradas candidatos propuestos, la reunión eligió por aplastante mayoría de votos a Verchinis, Perepelkin, Koupoloff, Ossossoff, Valk, Romanenko, Pavloff, Baïkoff, Patroucheff y Kilgast.

Los nuevos miembros ocuparon su lugar en el buró.

Luego, Petritchenko, presidente del Comité revolucionario provisional, presentó un informe detallado sobre la actividad del Comité desde su elección hasta entonces.

El camarada Petritchenko subrayó que la guarnición entera de la fortaleza y de los navíos estaba presta al combate, llegado el caso. Constató el gran entusiasmo que animaba a toda la población trabajadora de la ciudad, obreros, marinos y soldados rojos.

Aplausos frenéticos acogieron a los nuevos elegidos y el informe del presidente.

La reunión pasó luego a los asuntos en curso.

Se dio a conocer que la guarnición y la ciudad estaban suficientemente provistas de víveres y combustibles.

Se examinó la cuestión del armamento de los obreros.

Se decidió que todos los obreros sin excepción serían armados y encargados de la guardia en el interior de la ciudad, pues todos los marinos y soldados deseaban tomar su puesto en los destacamentos de combate. Esta decisión levantó una aprobación entusiasta a los gritos de «¡Victoria o muerte!».

Se decidió luego elegir, en el plazo de tres días, a las comisiones administrativas de todos los sindicatos y al consejo de sindicatos. Este último debía ser el órgano obrero dirigente, en contacto permanente con el Comité revolucionario provisional.

Luego, los camaradas marinos que con mucho riesgo lograron escapar de Petrogrado, Strelna, Peterhof y Oraniembaum, informaron.

Constataron que la población y los obreros de todas las localidades estaban mantenidos por los comunistas en una ignorancia total de cuanto pasaba en Kronstadt. Por doquier se extendían rumores de que guardias blancos y generales operaban en Kronstadt.

Este informe levantó la hilaridad general.

Lo que enervó más la reunión fue la lectura de una especie de «Manifiesto» difundido en Kronstadt por un avión comunista.

«¡Sí! —gritaban—. Tenemos aquí a un general, el comisario de la flota báltica, Kuzmin. ¡Y está arrestado!»

La reunión terminó con voces y manifestaciones de entusiasmo demostrando la decisión unánime y firme de vencer o morir.

Editorial:

Las manos callosas de los marinos y obreros de Kronstadt han arrancado el gobierno de las manos de los comunistas y han tomado el timón.

El navío del poder soviético será conducido de forma atenta y segura hacia Petrogrado, desde donde este poder de manos callosas deberá extenderse sobre la Rusia desventurada.

¡Pero atención, camaradas!

Duplicad vuestra vigilancia, pues el camino está sembrado de escollos. Un bandazo imprudente, y vuestro navío, con su carga tan preciosa para vosotros, la de la construcción social, puede chocar con una roca.

Camaradas, vigilad de cerca los abordajes del timón: los enemigos tratan ya de tomarle. Un solo fallo, y os le arrebatarán, y el navío soviético podrá caer bajo la risa triunfal de los lacayos zaristas y de los criados de la burguesía.

Camaradas, en este momento gozáis de la grande y pacífica victoria sobre la dictadura de los comunistas. Pero vuestros enemigos también gozan.

Las razones de esta alegría, en vosotros y en ellos, son opuestas.

Estáis animados de un deseo ardiente de restablecer el verdadero poder de los soviets, de una noble esperanza por ver al obrero ejercer un trabajo libre y al campesino gozar del derecho a disponer, en la tierra, de los productos de su trabajo. Ellos sueñan con establecer el knut del zarismo y los privilegios de los generales.

Vuestros intereses son diferentes; ellos no son compañeros de camino.

Vosotros necesitáis desembarazaros del poder de los comunistas para entregaros al trabajo creador y a la construcción pacífica. Ellos quieren destruir ese poder para que obreros y campesinos sean sus esclavos.

Vosotros buscáis la libertad; ellos quieren encadenaros.

¡Vigilad! No permitáis que el lobo con piel de cordero tome el timón.

Llamada por radio:

A todos..., a todos..., a todos...

¡Camaradas obreros, soldados rojos y marinos!

Aquí en Kronstadt sabemos cuánto sufrís vosotros, vuestras mujeres y vuestros hijos hambrientos, bajo el yugo de la dictadura comunista.

Nosotros hemos abolido el soviet comunista. En breves días, nuestro Comité revolucionario provisional procederá a las elec-

ciones del nuevo soviets, que, elegido libremente, reflejará la voluntad de la población trabajadora y la guarnición, y no la de un puñado de locos «comunistas».

Nuestra causa es justa. Estamos por el poder de los soviets y no de los partidos. Estamos por la elección libre de los representantes de las clases trabajadoras. Los soviets falsificados, acaparados y manipulados por el Partido Comunista han sido siempre sordos a nuestras necesidades y peticiones; la única respuesta obtenida fue la bala asesina.

Actualmente, en que la paciencia de los trabajadores llega al límite, se os cierra la boca con limosnas; por orden de Zinoviev, ciertos impuestos son suprimidos en la provincia de Petrogrado, y Moscú asigna diez millones de rublos oro para la compra al extranjero de víveres y objetos de primera necesidad. Pero sabemos que el proletariado de Petrogrado no se dejará comprar con esas limosnas. Por encima de las cabezas de los comunistas, Kronstadt revolucionaria os tiende la mano y os ofrece su ayuda fraternal.

¡Camaradas! No sólo se os engaña, sino que se os desnaturaliza impunemente la verdad, hasta la disimulación más vil. ¡Camaradas, no lo toleréis!

En Kronstadt, el poder está exclusivamente en manos de los marinos, soldados y obreros revolucionarios, y no en las de «contrarrevolucionarios dirigidos por un Kozlovsky», como trata de haceros creer la radio embustera de Moscú.

¡No tardéis, camaradas! ¡Uníos a nosotros! ¡Entrad en contacto con nosotros! Exigid que vuestros delegados sin partidos sean autorizados a venir a Kronstadt. Sólo ellos podrán deciros la verdad y desenmascarar la abyecta calumnia sobre el «pan finlandés» y los amaños de la Entente.

¡Viva el proletariado revolucionario de las ciudades y los campos!

¡Viva el poder de los soviets libremente elegidos!

Una carta

¡Camaradas comunistas de base! Mirad a vuestro alrededor y veréis que estamos atascados en una horrible ciénaga. Hemos sido metidos en ella por un puñado de «comunistas» burócratas que, bajo la máscara de comunistas, se han adueñado de los nidos más cálidos de nuestra República.

Como comunista, os suplico: desembarazaos de estos falsos «comunistas» que os llevan al fratricidio. Gracias a ellos, nosotros, comunistas de base, que no somos responsables de nada, padecemos los reproches de nuestros camaradas obreros y campesinos sin partido.

Estoy indignado con la situación actual.

¿Es posible que la sangre de nuestros hermanos corra por culpa de los intereses de estos «comunistas burocráticos»?

¡Camaradas, recuperad el buen sentido! No os dejéis llevar por esos «comunistas» burócratas que os provocan y os lanzan a la carnicería. ¡Ponedles lejos de vosotros! Un verdadero comunista no debe imponer su idea, sino marchar junto con toda la masa trabajadora, en sus mismas filas.

Rojkali, miembro del Partido Comunista Ruso (Bolchevique).

(Número 5, 7 de marzo de 1921.)

Editorial:

El «mariscal de campo» Trotsky amenaza a Kronstadt entera, libre y revolucionaria,alzada contra el absolutismo de los comisarios comunistas.

Los trabajadores, que se han sacudido el yugo de la vergonzosa dictadura del Partido Comunista, están amenazados por este nuevo Trepoff¹⁶ con un ataque militar. Promete bombardear la población pacífica de Kronstadt. Repite la orden del otro: «¡No economicéis balas!» Debe tener cantidad de ellas para los obreros, marinos y soldados rojos revolucionarios.

Las conferencias sobre una delegación:

El Comité revolucionario provisional ha recibido de Petrogrado el radiotelegrama siguiente:

«Haced saber por radio a Petrogrado si se pueden enviar de Petrogrado a Kronstadt algunos delegados del soviét entre los sin-partido y miembros del Partido, para saber de qué se trata.»

El Comité revolucionario provisional respondió inmediatamente por radio:

Radiotelegrama al soviét de Petrogrado.—Habiendo recibido la radio del soviét de Petrogrado una nota preguntando «si se pueden enviar de Petrogrado a Kronstadt algunos delegados del soviét elegidos entre los sin-partido y los miembros del Partido para saber de qué se trata», os informamos que:

No tenemos confianza en la independencia de vuestros sin-partido.

Proponemos elegir, en presencia de una delegación de los nuestros, a delegados sin-partido de fábricas, unidades rojas y marinos. A ellos podéis añadir un 15 por 100 de comunistas. Es deseable tener la respuesta indicando la fecha de envío de los

¹⁶ F. Trepoff, uno de los más feroces generales del zar Nicolás II, célebre por su orden a las tropas frente a las masas en el 1905: «¡No economicéis balas!» (nota de Volin).

representantes de Kronstadt a Petrogrado y de los delegados de Petrogrado a Kronstadt el 6 de marzo a las 18 horas. En caso de imposibilidad de respuesta en ese plazo, pedimos que se indique vuestra fecha y los motivos del retraso.

Los medios de desplazamiento desberán estar a cargo de la delegación de Kronstadt.

El Comité revolucionario provisional.

Nosotros no ejercitamos la venganza

La opresión de las masas trabajadoras por la dictadura comunista ha producido una indignación y un resentimiento perfectamente naturales entre la población. Como consecuencia de este estado de cosas, algunas personas pertenecientes a los comunistas fueron boicoteadas o expulsadas. Nosotros no buscamos la venganza; defendemos nuestros intereses obreros. Hay que actuar con sangre fría y eliminar únicamente a los que, por el sabotaje o por una campaña calumniadora, impiden la restauración del poder y de los derechos de los trabajadores.

Un fuerte es solidario

Nosotros, soldados del Ejército Rojo del fuerte de Krasnoarmeietz, somos cuerpo y alma del Comité revolucionario. Defenderemos hasta el último momento el Comité, los obreros y los campesinos.

Que nadie crea en las mentiras de las proclamas comunistas lanzadas por los aviones. No tenemos aquí ni generales ni señores. Kronstadt ha sido siempre la ciudad de los obreros y campesinos, y continuará siéndolo.

Los comunistas dicen que estamos manejados por espías. Es una mentira crasa. Siempre hemos defendido las libertades conquistadas por la Revolución, y las defenderemos siempre. Si quieren persuadirse de ello, que nos envían una delegación. Y en cuanto a los generales, están al servicio de los comunistas. En el momento actual, cuando la suerte de los campesinos está en juego, nosotros, que hemos tomado todo el poder en la mano, y puesto el mando supremo bajo el Comité revolucionario, declaramos a la guarnición entera y a todos los trabajadores que estamos dispuestos a morir por la libertad del pueblo laborioso. Liberados del yugo comunista y del terror de estos tres años, preferimos morir antes que retroceder un solo paso.

El destacamento del fuerte de Krasnoarmeietz.

(Número 6, 8 de marzo de 1921.)

Primer comunicado:

A las 6,45 de la tarde, las baterías de Sestroretsk y Lissy Noss han comenzado abriendo el fuego contra Kronstadt.

Los fuertes de esta ciudad afrontaron el desafío y rápidamente redujeron al silencio a las baterías.

Luego abrió el fuego la Krasnaïa Gorka. Recibió digna respuesta del navío *Sebastopol*.

Siguió un cañoneo continuo.

De los nuestros, dos soldados rojos han sido heridos e internados en el hospital.

No hubo daños materiales.

Kronstadt, 7 de marzo de 1921.

El primer bombardeo

Han comenzado a bombardear Kronstadt. Bien; estamos preparados. ¡Mediremos nuestras fuerzas!

Tienen prisa en actuar. Se comprende. Pese a todas las mentiras de los comunistas, los trabajadores rusos comienzan a comprender la grandeza de la obra de liberación entablada por Kronstadt revolucionaria luego de tres años de esclavitud.

Los verdugos están inquietos. La Rusia soviética, víctima de su terrible aberración, se escapa de su prisión. Está obligada a renunciar a su dominación sobre el pueblo trabajador. El gobierno comunista da señales de angustia. Los ocho días de existencia de Kronstadt libre prueban su impotencia.

Un poco más, y una digna respuesta de nuestros navíos hará zozobrar el barco de los piratas soviéticos forzados a luchar con la Kronstadt revolucionaria en cuyo pabellón campea la divisa «¡Todo el poder para los soviets, y no para los partidos!».

Que lo sepa el mundo

A todos..., a todos..., a todos...

Acaba de dispararse el primer cañonazo. El «mariscal de campo» Trotsky, manchado con la sangre de los obreros, fue el primero en disparar sobre la Kronstadt revolucionaria que se alzó contra la autocracia comunista para restablecer el verdadero poder de los soviets.

Sin haber vertido una sola gota de sangre, nosotros, los soldados rojos, marinos y obreros de Kronstadt, nos hemos liberado del yugo de los comunistas, permitiendo incluso a aquellos que se encontraban entre nosotros vivir. Pero ellos quieren imponernos ahora de nuevo su poder con la amenaza de sus cañones.

No queriendo ninguna efusión de sangre, hemos pedido que se enviaran aquí delegados de los sin-partido del proletariado de Petrogrado para que comprendieran que Kronstadt lucha por el

poder de los soviets. Pero los comunistas ocultaron nuestra respuesta a los obreros de Petrogrado y abrieron fuego: respuesta habitual del pretendido gobierno obrero y campesino a las peticiones de las masas trabajadoras.

Que los obreros del mundo entero sepan que nosotros, defensores del poder de los soviets, velaremos por las conquistas de la revolución social.

Venceremos o moriremos sobre las ruinas de Kronstadt, luchando por la justa causa de las masas obreras.

Los trabajadores del mundo entero serán nuestros jueces. La sangre de los inocentes recaerá sobre la cabeza de los comunistas, locos furiosos enervados por el poder.

¡Viva el poder de los soviets!

El Comité provisional revolucionario.

Kronstadt liberada, a los obreros del mundo

Hoy es un día de fiesta universal: el día del trabajador. Nosotros, desde Kronstadt, en medio del estruendo de los cañones y las explosiones de obuses lanzados por los comunistas enemigos del pueblo trabajador, mandamos nuestros fraternales saludos a los obreros del mundo: saludos de Kronstadt rojo, revolucionario y libre.

Deseamos que pronto realicéis vuestra emancipación, libre de toda forma de violencia y de opresión.

¡Vivan los libres obreros revolucionarios!

¡Viva la revolución social mundial!

El Comité revolucionario provisional.

Kronstadt está tranquila

Ayer, 7 de marzo, los enemigos de los trabajadores, los comunistas, han abierto el fuego contra Kronstadt.

La población acoge el bombardeo valientemente. Los obreros corrieron a las armas con valentía. Estaba claro que la población trabajadora de la ciudad estaba de perfecto cuerdo con su Comité revolucionario provisional.

Pese a la apertura de las hostilidades, el Comité creyó inútil proclamar el estado de sitio. En efecto, ¿qué habría de temer? ¡No a sus soldados rojos, ni a sus marinos, ni a sus obreros, ni a sus intelectuales! Contrariamente, en Petrogrado, en razón del estado de sitio proclamado, no se puede salir a la calle a partir de las siete de la tarde. Es comprensible: los impostores temen a su propia población trabajadora.

Al hacer la Revolución de Octubre, la clase obrera había esperado obtener su emancipación. Pero resultó una esclavitud aún mayor de la individualidad humana.

El poder de la monarquía policial pasó a manos de los usurpadores comunistas, que en lugar de liberar al pueblo le encarcelaron en la Checa, cuyos horrores sobrepasan en mucho los métodos de los zares.

Tras largos años de lucha y sufrimiento, el trabajador de la Rusia soviética no ha obtenido más que órdenes impertinentes, golpes de bayoneta y el silbido de las balas de los cosacos de la Checa. De hecho, el poder comunista ha sustituido el emblema glorioso de los trabajadores, la hoz y el martillo; en su lugar, está el símbolo de la bayoneta y los barrotes, lo que ha permitido a la nueva burocracia, a los comisarios y funcionarios comunistas, asegurarse una vía tranquila y sin sobresaltos.

Pero lo más abyecto y criminal es la esclavitud espiritual instaurada por los comunistas: leen incluso el pensamiento y las intenciones morales de los trabajadores, obligando a cada cual a pensar únicamente según su fórmula.

Con ayuda de los sindicatos estatizados, ataron al obrero a la máquina y transformaron el trabajo en una nueva esclavitud, en lugar de hacerlo placentero.

A las protestas de campesinos, que se traducían en revueltas espontáneas; a las reclamaciones de los obreros, obligados por las mismas condiciones de su vida a recurrir a la huelgas, responden con fusilamientos en masa y con una ferocidad que deja pálida la de los generales zaristas.

La Rusia de los trabajadores, la primera que alzó la bandera roja de la emancipación del trabajo, es contradicha por la sangre de los mártires, para mayor gloria de la dominación comunista. Los comunistas ahogan en este mar de sangre todas las grandes y bellas promesas y posibilidades de la revolución proletaria.

Cada vez estaba más claro, y ahora es evidente, no es como fingía serlo el defensor de los trabajadores. Los intereses de la clase obrera le son extraños. Tras haber obtenido el poder, sólo tiene una preocupación: no perderle. Así, considera que todos los medios son buenos: difamación, engaño, violencia, asesinato, venganza sobre las familias de los rebeldes.

Pero la paciencia de los trabajadores mártires está en el límite.

El país se ilumina aquí y allí por el incendio de las rebeliones en la lucha contra la opresión y la violencia. Las huelgas obreras se multiplican.

Los sabuesos bocheviques vigilan. Se toman todas las medidas para atajar y sofocar la inevitable tercera revolución.

Pese a todo, ésta ha llegado. Está realizada por las masas trabajadoras mismas. Los generales del comunismo saben bien que es el pueblo el que se ha levantado, convencido de que es suya la traición a las ideas de la revolución. Temiendo por su piel, y sabiendo que no podrán ocultarse en ninguna parte para escapar a la cólera de los trabajadores, los comunistas tratan de atemorizar a los rebeldes, con ayuda de sus «cosacos», con la cárcel, la ejecución y otras atrocidades. Bajo el yugo de la dictadura comunista, la misma vida es peor que la muerte.

El pueblo trabajador rebelde ha comprendido que en la lucha contra los comunistas y contra el régimen de la servidumbre establecida, no puede uno pararse a medio camino. Hay que ir hasta el fin. Los comunistas temen hacer concesiones: quitan impuestos en la provincia de Petrogrado, asignan diez millones de rublos oro para la compra de productos en el extranjero. Pero nadie se engañe: es el puño de hierro del amo, del dictador, del que se oculta tras el cebo, del amo que, una vez llegada la calma, hará pagar la factura.

¡No nos detengamos a medio camino! ¡Hay que vencer o morir!

Kronstadt roja, terror de la contrarrevolución de izquierda y de derecha, da ejemplo.

Aquí se dio el gran nuevo impulso hacia la revolución. Aquí fue izada la bandera de la revolución contra la tiranía de los tres últimos años, contra la opresión de la autocracia comunista que hiciera palidecer los tres siglos del yugo monárquico.

Aquí, en Kronstadt, ha sido puesta la primera piedra de la tercera revolución que romperá las últimas cadenas del trabajador y le abrirá la nueva y larga marcha de la edificación socialista.

Esta nueva revolución sacudirá a las masas trabajadoras de oriente y de occidente, pues mostrará el ejemplo de una nueva construcción socialista en oposición a la «construcción» comunista, mecánica y gubernamental. Las masas laboriosas del otro lado de nuestras fronteras se convencerán entonces por los hechos de que cuanto se ha fabricado entre nosotros hasta el presente en nombre de los obreros y campesinos no era el socialismo.

El primer paso en este sentido se ha dado sin un solo disparo, sin verter una gota de sangre. Los trabajadores no necesitan sangre. Pese a todos los actos revolucionarios de los comunistas, tendremos suficiente autodiminio como para aislarles de la vida social, a fin de evitarles perjudicar el trabajo revolucionario con su falsa y desventurada agitación.

Los obreros y campesinos marchan adelante irresistiblemente. Dejan tras ellos la Constituyente con su régimen burgués y la dictadura del Partido Comunista con su Checa y su capitalismo

de Estado, que aprieta el nudo en torno al cuello de los trabajadores amenazando con estrangularles. El cambio que acaba de producirse ofrece, en fin, a las masas trabajadoras la posibilidad de asegurarse de que los soviets libremente elegidos funcionarán sin ninguna presión violenta de partido. Este cambio les permitirá también reorganizar a los sindicatos estatizados, por asociaciones libres, campesinos y trabajadores intelectuales.

La máquina policial de la autocracia comunista queda por fin rota.

(Número 7, 9 de marzo de 1921.)

¡Escucha, Trotsky!:

En sus informes de radio, los comunistas han echado carretas de basura sobre los animadores de la tercera revolución, que defiende el verdadero poder de los soviets contra la usurpación y lo arbitrario de los comisarios.

Nunca lo hemos ocultado a la población de Kronstadt. Siempre, en nuestros *Izvestia*, hemos publicado estos ataques calumniosos.

No teníamos nada que temer. Los ciudadanos sabían cómo se había producido la revuelta y por quién había sido hecha.

Los obreros y soldados rojos saben que no existen en la guarnición ni generales ni guardias blancos.

Por su parte, el Comité revolucionario provisional ha enviado a Petrogrado un mensaje exigiendo la liberación de los rehenes detenidos por los comunistas en prisiones superpobladas: obreros, marinos y sus familias, así como la puesta en libertad de los detenidos políticos.

Nuestro segundo mensaje proponía hacer venir a Kronstadt delegados sin-partido que, habiendo visto sobre el terreno lo que pasaba entre nosotros, pudieran decir la verdad a las masas trabajadoras de Petrogrado.

Pues bien, ¿qué han hecho los comunistas? Han ocultado este mensaje a los obreros y a los soldados rojos.

Algunas unidades de tropa del «mariscal de campo» Trotsky, que se han pasado a nuestro lado, nos han enviado periódicos de Petrogrado. En ellos, ni una sola palabra de nuestras emisiones de radio.

Y, sin embargo, no ha mucho, estos tramposos, acostumbrados a jugar con las cartas marcadas, gritaban que no hay que tener secretos ante el pueblo, ni siquiera secretos diplomáticos.

Escucha, Trotsky. En tanto logres escapar al juicio del pueblo, podrás fusilar inocentes por paquetes. Pero es imposible fusilar la verdad. Acabará por abrirse paso. Tú y tus «cosacos» os veréis obligados entonces a rendir cuentas.

La reorganización de los sindicatos

Bajo la dictadura de los comunistas, las tareas de los sindicatos y sus comisiones administrativas están reducidas al mínimo.

Durante los cuatro años del movimiento sindical revolucionario en Rusia «socialista», nuestros sindicatos no tenían ninguna posibilidad de ser organismos de clase.

No por culpa propia, sino como consecuencia de la política del partido dirigente, que buscaba educar a las masas por el método centralista, «comunista».

A fin de cuentas el trabajo de los sindicatos se reducía a escritos y correspondencias absolutamente inútiles, cuyo fin era establecer el número de los miembros de tal o cual sindicato, y fijar, luego, la especialidad de cada adherente, su situación en relación con el partido, etc.

En cuanto a la actividad económica de carácter cooperativo, así como a la educación cultural de los obreros miembros del sindicato, nada se ha emprendido en este sentido. Es lo normal. Pues si se hubiese dado a los sindicatos el derecho a una amplia actividad independiente, todo el sistema centralista de la construcción emprendida por los comunistas hubiese debido desplomarse fatalmente, lo que hubiese conducido a la demostración de la inutilidad de los comisarios y de las «secciones políticas».

Fueron estos defectos los que separaron a las masas de los sindicatos, los que se transformaron finalmente en núcleos de gendarmería que impedían la actividad verdaderamente sindicalista de la clase trabajadora. Una vez echada abajo la dictadura del Partido Comunista, el papel de los sindicatos deberá cambiar radicalmente. Los sindicatos y sus comisiones administrativas, una vez reelegidos, deberán cumplir una tarea de educación de masas grande y urgente, por una renovación económica y cultural del país. Deberán animar su actividad con un soplo nuevo, purificador. Tendrán que ser verdaderas emanaciones de los intereses del pueblo.

La República soviética no podrá ser fuerte más que cuando su administración sea ejercida por las clases trabajadoras, con ayuda de los sindicatos renovados.

¡Al trabajo, pues, camaradas obreros! Construyamos los nuevos sindicatos, libres de toda empresa; allí está nuestra fuerza.

(Número 9, 11 de marzo de 1921.)

A los camaradas obreros y campesinos

Kronstadt ha comenzado una lucha heroica contra los poderes odiosos de los comunistas, por la emancipación de los obreros y campesinos.

Todo lo que ocurre actualmente fue preparado por los comunistas mismos, por su obra de sangre y ruinas que dura ya tres años. Las cartas que nos llegan del campo están llenas de odio y de maldiciones contra los comunistas. Nuestros camaradas, llenos de cólera y de indignación, nos han contado los horrores perpetrados por los bolcheviques en toda la extensión del país. Por otra parte, nosotros mismos hemos visto, escuchado y palpado todo lo que pasa a nuestro alrededor. Un inmenso y desgarrador clamor nos llega del campo y de las ciudades de la enorme Rusia, que encendió en nuestros corazones la indignación y que armó nuestros brazos.

No queremos el retorno al pasado. No somos ni criados de la burguesía, ni mercenarios de la Entente. Estamos por el poder obrero, pero no por la autoridad desencadenada y tiránica de un solo partido cualquiera.

No son Koltchak, ni Denikin, ni Youdenitch¹⁷ quienes actúan en Kronstadt: Kronstadt está en manos de los trabajadores. El buen sentido y la conciencia de los simples marinos, soldados y obreros de Kronstadt han encontrado al fin las palabras y el camino que nos permitirán salir del atasco.

Al comienzo, queríamos ir por la vía pacífica. Pero los comunistas no han querido ceder. Más agarrados al poder que Nicolás II, estaban dispuestos a ahogar al país en sangre, como auténticos autócratas que son.

Y he aquí que incluso Trotsky, ese genio maligno de Rusia, lanza sobre nosotros a nuestros hermanos. Centenas de sus cadáveres cubren ya el hielo alrededor de la fortaleza. Desde hace cuatro días se encarniza la lucha, truena el cañón, corre la sangre fraterna. Desde hace cuatro días los héroes de Kronstadt rechazan victoriosamente todos los ataques de nuestros enemigos. Como un gavilán, Trotsky planea sobre nuestra heroica ciudad. Pero Kronstadt sigue firme. Todos nosotros estamos dispuestos a morir antes que a capitular.

Nuestros enemigos trabajan con *kursanty*, guardias comunistas especiales y tropas venidas de lejos, engañadas y amenazadas con el plomo por la espalda. ¡Camaradas obreros! Kronstadt lucha por vosotros, por los hambrientos, por los andrajosos y sin abrigo.

Mientras los bolcheviques estén en el poder, no habrá una vida mejor.

Vosotros soportáis todo eso.

¹⁷ El almirante Alexis Koltchak (1874-1920), hizo la guerra en la Rusia revolucionaria en Siberia (1918-1919) y fue fusilado en 1920. El general Nicolás Youdenitch (1862-1933) dirigió igualmente un ejército blanco en 1918-1919, una especie de cuerpo de cosacos, para caer finalmente en un combate contra los bolcheviques.

¿En nombre de quién? ¿Únicamente para que los comunistas vivan gozosos y los comisarios engorden? ¿Les daréis vuestra confianza?

Al informar el soviét de Petrogrado de que el gobierno había asignado millones de rublos-oro para la compra de diversos productos, Zinoviev calculó que a cada obrero le tocarían 50 rublos. He ahí, camaradas, el precio por cabeza con que la camarilla bolchevique espera compraros.

¡Camaradas campesinos! Es a vosotros a quien el poder bolchevique ha equivocado y despojado más. ¿Dónde está la tierra que habíais quitado a los propietarios, tras haber soñado con ella desde hace siglos? Entre las manos de los comunistas, o explotada por los sovkhozes. Y vosotros no tenéis sino mirarla y callar la boca.

Se os ha quitado todo cuanto era posible. Estáis llamados al pillaje, a la ruina completa. Estáis agotados por la esclavitud bolchevique. Se os ha obligado a hacer dócilmente la voluntad de vuestros nuevos dueños llenándoos de hambre, cerrándoos la boca, dejándoos en la más pura miseria.

¡Camaradas! Los de Kronstadt han levantado la bandera de la revolución con la esperanza de que decenas de millones de obreros y campesinos responderán a su llamada.

Es preciso que el alba que comienza a salir en Kronstadt se troque en sol brillante sobre toda Rusia.

Es preciso que la explosión de Kronstadt reanime a Rusia entera y, en primer lugar, a Petrogrado.

Nuestros enemigos han llenado las cárceles de obreros. Pero otros muchos sinceros y audaces están aún en libertad. Camaradas, ¡levantaos contra el absolutismo de los comunistas!

(Número 10, 12 de marzo de 1921.)

Nuestros generales

Los comunistas insinúan que generales, oficiales de la guardia blanca y un cura se hallan entre los miembros del Comité revolucionario provisional.

A fin de acabar de una vez por todas con estas mentiras, ponemos en su conocimiento que el Comité está compuesto por los quince miembros siguientes:

1. *Petritchenko*, primer escritor a bordo del *Petropavlovsk*.
2. *Yakovenko*, telefonista del distrito de Kronstadt.
3. *Ossossoff*, mecánico del *Sebastopol*.
4. *Archipoff*, maestro mecánico.
5. *Perepelkin*, mecánico del *Sebastopol*.
6. *Patrouchev*, mecánico del *Petropavlosk*.
7. *Koupoloff*, primer ayudante de médico.

8. *Verchinin*, marinero del Sebastopol.
9. *Toukin*, obrero eléctrico.
10. *Romanenko*, guardia de talleres de reparación de navíos.
11. *Orechin*, empleado de la tercera escuela técnica.
12. *Valk*, obrero carpintero.
13. *Pavloff*, obrero de los talleres de minas marinas.
14. *Baïkoff*, carretero.
15. *Kilgast*, timonel.

(Núm. 12, 14 de marzo de 1921.)

Hay que aullar con los lobos

Debería esperarse que Lenin, en el momento de la lucha de los trabajadores por sus derechos pisoteados, no fuese hipócrita y dijera la verdad.

Es lo que obreros y campesinos creían que se separaba a Lenin de Trotsky y Zinoviev.

De Trotsky o Zinoviev no se creía una palabra; pero en cuanto a Lenin, la confianza aún no estaba perdida.

Pero...

El 8 de marzo comenzó el X Congreso del Partido Comunista ruso. Allí repitió Lenin todas las calumnias sobre la rebelde Kronstadt. Declaró que la consigna del movimiento era «la libertad de comercio». Añadió además que «el movimiento era en favor de los soviets, pero contra la dictadura de los bolcheviques», no omitiendo mezclar a «los generales blancos y los elementos anarquistas pequeño-burgueses».

Así, mintiendo, Lenin se embrolló a sí mismo. Dejó escapar de sus labios la confesión de que la base del movimiento era la lucha por el poder de los soviets, contra la dictadura del partido. Pero, turbado, añadió:

«Es una contrarrevolución de otro género. Es extremadamente peligrosa por insignificantes que puedan parecer a primera vista las correcciones que se piensan hacer a nuestra política.»

Hay de qué turbarse. El golpe dado por Kronstadt revolucionario es duro. Los dirigentes del partido sienten que el fin de su autocracia se aproxima.

El gran temor de Lenin está presente a lo largo de todo su discurso sobre Kronstadt. La palabra «peligro» vuelve una y otra vez en él.

Dice, por ejemplo, textualmente esto:

«Hay que acabar con el peligro pequeño-burgués, muy peligroso para todos nosotros, pues, en lugar de unir al proletario, le desune, necesitando nosotros el máximo de unidad.»

Sí, el jefe de los comunistas está obligado a temblar y a apelar al «máximo de unidad». Pues la dictadura de los comunistas y el partido mismo acusan una grave fisura.

De manera general, ¿podía Lenin decir la verdad?

Recientemente, en una reunión comunista contradictoria sobre los sindicatos, dijo:

«Todo esto me mata. Estoy hasta más allá de la cabeza. Independientemente de mi enfermedad, sería feliz dejando todo y huyendo no importa a dónde.»

Pero sus partidarios no le dejarán huir. Es su prisionero. Debe calumniar como ellos. Y, por otra parte, toda la política del partido está angustiada por la acción de Kronstadt. Pues Kronstadt exige no «la libertad de comercio», sino el verdadero poder de los soviets.

(Núm. 13, 15 de marzo de 1921.)

Casa de comercio Lenin, Trotsky y compañía

La casa comercial Lenin, Trotsky y Cía. ha trabajado bien.

La criminal política absolutista del partido comunista ha llevado a Rusia al abismo de la miseria y de la ruina. Tras eso, debería emprender la retirada. Pero ¡ay!, las lágrimas y la sangre derramadas por los trabajadores parecen aún insuficientes.

En el momento mismo de la lucha histórica, audazmente llevada por Kronstadt, revolucionaria en favor de los derechos del pueblo trabajador, burlados y pisoteados por los comunistas, una bandada de cuervos ha decidido tener su X Congreso del partido. Trama allí los medios para continuar, con más malicia y éxito, su obra fratricida.

«Comenzamos a realizar el principio de las concesiones. El éxito de esta empresa no depende de nosotros. Pero debemos hacer lo posible.» Y, a continuación, se ve cómo han puesto a Rusia en un buen aprieto: «Pues —añade— no podemos reconstruir el país sin recurrir a la técnica extranjera, no sólo de las máquinas, sino también del carbón, que, sin embargo, abunda entre nosotros. En el porvenir —añade— tendremos que seguir haciendo nuevos sacrificios para tener objetos de consumo corriente, así como lo necesario para la economía agraria.»

¿Dónde están, pues, las famosas realizaciones económicas en nombre de las cuales se transformó al obrero en esclavo de la industria del Estado y al campesino trabajador en siervo de los sovkhoses?

Esto no es todo. Hablando de la agricultura, Lenin promete incluso «bienestar» si los comunistas continúan su «funcionarismo económico» (tal fue su expresión).

«Y si un día logramos reconstituir acá y allá las grandes economías rurales y la gran industria continúa, ello sólo será posible imponiendo nuevos sacrificios a todo productor, sin darle nada a cambio.»

Tal es el «bienestar» que hace esperar el jefe de los bolcheviques a todos los que quieran llevar dócilmente el yugo del absolutismo de los comisarios.

Tenía rudamente razón ese campesino que declaró en el VIII Congreso de los Soviets:

«Todo va muy bien. Sólo que si la tierra es nuestra, el pan es vuestro; el agua es nuestra, pero el pescado es vuestro; los bosques son nuestros, pero la madera es vuestra.»

Aparte de eso, el trabajador no es nada.

Lenin promete «conceder algunos favores a los pequeños patronos, alargar algo los cuadros de la economía libre». Como el «buen señor viejo», prepara «algunos favores» para apretar el cuello de los trabajadores ahora, y luego para atornillarles con la dictadura del partido. Se ve bien en esta confesión: «Ciertamente, no se podrá salir de la situación, pues el país está fatigado y en una miseria terrible.»

Está claro: habrá que quitar su última camisa al miserable.

Así concibe Lenin el papel de la construcción: concesiones comerciales por lo alto, impuestos por lo bajo.

Los beneficios de la «Comuna»

«¡Camaradas! Vamos a construir una vida nueva y bella.» Así hablaban, así escribían los comunistas.

«Vamos a destruir el mundo de la violencia y construiremos un nuevo mundo, socialista, con total belleza.» Así cantaban al pueblo.

Veamos cuál es la realidad.

Las mejores casas, los mejores apartamentos están requisados por los burós y sub-burós de las instituciones comunistas. Así sólo los burócratas se ven instalados de una manera agradable, confortable, espaciosa. El número de las viviendas habitables ha disminuido. Los obreros han quedado donde estaban. Viven allí ahora llevados al límite, en unas condiciones peores que antes.

Las casas, no estando mantenidas, se vienen abajo. La calefacción se descompone. Los cristales rotos no son reemplazados. Los techos se agrietan, y el agua comienza a correr a su través. Las tapias se caen. Las cañerías están medio reventadas. Los servicios no funcionan y su contenido invade los apartamentos, lo que obliga a los ciudadanos a ir a satisfacer sus necesidades al patio o a casa de los vecinos. Las escaleras carecen de luz, están llenas de mugre. Los patios están llenos de inmundicie, por el hecho de que los fosos asépticos, los cubos de basura, las letrinas y los canalones no son reparados ni vaciados. Las calles están sucias. Las aceras, jamás reparadas, son defectuosas y resbaladizas. Hay peligro al caminar por las calles.

Para obtener un alojamiento hay que tener un buen «clavo» en la oficina de alojamientos, sin lo cual no se puede soñar en él. Sólo los favorecidos poseen apartamentos convenientes.

La cuestión de los víveres es aún peor. Funcionarios irresponsables e ignorantes han dejado perderse millares de toneladas de productos. Las patatas distribuidas están siempre heladas; la carne, en primavera como en verano, podrida siempre. Antiguamente se echaba a los cerdos lo que hoy los ciudadanos obtienen de los «constructores de la bella vida nueva».

Fue «el honrado pescado soviético», el arenque, el que salvó la situación durante bastante tiempo. Pero incluso él comienza ya a escasear.

Los almacenes soviéticos están por debajo aún de las industrias, de triste memoria, en que los industriales patronos vendían cualquier bazofia, y donde los obreros esclavos no podían decir nada.

Para destruir la vida de la familia, nuestros gobernantes han inventado restaurantes colectivos.

¿Cuál es el resultado?

Allí, el alimento es aún peor. Los productos son robados de mil formas antes de llegar a los ciudadanos, que no reciben más que los restos. La nutrición de los niños es un poco mejor, pero aún insuficiente. La leche, sobre todo, falta. Para sus propios sovkhoses, los comunistas han requisado a la población campesina todas las vacas lecheras. Por lo demás, la mitad de los animales mueren antes de llegar al lugar de destino. La leche de las vacas sobrevivientes va en primer lugar a los gobernantes, y luego a los funcionarios. Sólo los restos llegan a los niños.

Pero lo más duro es vestirse y calzarse. Se llevan o se cambian las ropas llevadas otras veces. Casi nada se distribuye (por ejemplo, uno de los sindicatos distribuye actualmente botones: un botón y medio por cabeza. ¿No es esto burlarse del mundo?). En cuanto al calzado, no hay.

El camino del paraíso comunista es bello. ¿Pero se le puede recorrer sin suelas? Sin embargo, hay muchas fisuras por donde se escapa todo lo necesario. Las gentes que rodean a las sedicentes «cooperativas» y los gobernantes poseen de todo. Tienen sus propios restaurantes y raciones especiales. Tienen también a su disposición los «burós de bonos» que distribuyen bonos según quieren los propios comisarios.

Se ha acabado por comprender que esta «comuna» ha zapado y desorganizado completamente el trabajo productivo. Y así, todo deseo de trabajar, todo interés por el trabajo ha desaparecido. Zapateros, sastres, fontaneros, etc., han abandonado todo y se han dispersado. Sirven como guardias, correos, etc.

Tal es el paraíso que los bolcheviques han tratado de construir.

En lugar del antiguo, se establece un nuevo régimen de arbitrariedad, de insolencia, de «amistades», de favoritismo, de robo

y de especulación, régimen terrible en que uno queda obligado a tender la mano hacia la autoridad para cada pedazo de pan, para cada botón: régimen en que uno no se pertenece a sí mismo, donde no puede disponer de sí mismo; régimen de esclavitud y de envilecimiento.

(Núm. 14, 16 de marzo de 1921.)

El sedicente «socialismo»

Haciendo la revolución de Octubre, los marinos, los soldados rojos, los obreros y campesinos derramaron su sangre por el poder de los soviets, por la edificación de una república de trabajadores.

El Partido Comunista ha tomado buena nota de las aspiraciones de las masas. Habiendo inscrito sobre su bandera eslogans que alentaban y entusiasmaban a los trabajadores, les ha llevado a la lucha y les ha prometido conducirles al bello reino del socialismo que sólo los bolcheviques sabrían edificar.

Naturalmente una alegría infinita se apoderó de los obreros y campesinos. «En fin, la esclavitud bajo el yugo de los terratenientes y de los capitalistas va a entrar en el terreno de la leyenda», pensaban. Parecía que había llegado el tiempo de un libre trabajo en los campos, en las industrias, en las fábricas. Parecía que el poder iba a pasar a manos de los trabajadores.

Por una propaganda inteligente, hijos del pueblo trabajador fueron llevados a las filas del partido, en donde se les sometía a una disciplina rigurosa.

A continuación, sintiéndose fuertes, los comunistas, progresivamente, eliminaron del poder primero a los socialistas de otras tendencias; después de ello, negaron numerosos puestos estatales a los obreros y campesinos mismos, continuando el gobierno nombre de ellos.

Los comunistas substituyeron así el poder que ellos usurparon por la tutela de los comisarios con todo el arbitrio de su poder personal. Contra toda razón, y contrariamente a la voluntad de los trabajadores, comenzaron entonces obstinadamente a construir un socialismo estatal, con esclavos, en lugar de construir una sociedad basada en el trabajo libre.

Estando la industria totalmente desorganizada, pese al «control obrero», los bolcheviques realizaron la «nacionalización de las industrias y las fábricas». De esclavo del capitaista, el obrero fue transformado en escavo de las empresas del Estado. Pronto, eso no bastó. Se proyectó la aplicación del sistema Taylor¹⁸.

¹⁸ Del nombre del americano Frederic Winslow Taylor (1856-1915), sistema de superexplotación del obrero que pretende instaurar una organización «más racional» del trabajo cronometrado el trabajo a fin de evitar la «pérdida de tiempo».

Toda la masa de trabajadores fue declarada enemiga del pueblo y asimilada a los «kulaks». Muy emprendedores, los comunistas se dedicaron entonces a arruinar a los campesinos y a instaurar explotaciones soviéticas, es decir, propiedades del nuevo dueño agrario, el Estado. Es todo lo que los campesinos obtuvieron del socialismo bolchevique, en lugar del trabajo libre en la tierra liberada que habían esperado.

A cambio de pan y carne, casi enteramente requisados, obtuvieron las razzias de chequistas y los fusilamientos en masa. Bonito sistema de cambio para un Estado de trabajadores: ¡plomo y bayoneta en lugar de pan!

La vida del ciudadano se hizo monótona y banal hasta la muerte, regulada según las prescripciones de las autoridades. En lugar de una vida animada por el trabajo libre y por la libre evolución de los individuos, nació una esclavitud inaudita, increíble. Todo pensamiento independiente, toda crítica justa de los actos de los gobernantes criminales fueron considerados crímenes, castigados con la prisión y frecuentemente con la muerte.

La pena de muerte, esa vergüenza de la humanidad, se expandió por la «patria socialista».

Tal es el bello reino del socialismo a donde nos ha conducido la dictadura del Partido Comunista.

Hemos obtenido el socialismo de Estado, con soviets de funcionarios que votan dócilmente lo que la autoridad y los comisarios infalibles les dictan.

La consigna «quien no trabaja no come», ha sido modificada bajo este régimen de los «soviets» por «¡todo para los comisarios!» Y en cuanto a los obreros, campesinos y trabajadores intelectuales, pues bien, ¡sólo tienen que cumplir su trabajo en el ambiente de una prisión!

Esto es insoportable. Kronstadt revolucionaria ha sido la primera en romper las cadenas y los grilletes de la prisión. Lucha por la verdadera república soviética de trabajadores donde el productor mismo será dueño de los productos de su trabajo y dispondrá de ellos como quiera.

*El testimonio de Petritchenco*¹⁹

He leído la correspondencia intercambiada entre la organización de los socialistas-revolucionarios de izquierda por una parte, y los comunistas ingleses por otra. En esta correspondencia se alude también a la cuestión de la insurrección de Kronstadt en el 1921.

¹⁹ Aparecido en *Znamia Borby*, enero de 1926, sacado de Ida Mett: *La Comune de Cronstadt*, ed. Spartacus, 1938, nueva edición en el año 1948.

En tanto que presidente del alzamiento de Kronstadt, estimo mi deber moral aclarar este acontecimiento ante el buró político del Partido Comunista Inglés. Sé que ustedes están informados por Moscú, y sé también que estas informaciones son unilaterales y partidistas. No estaría mal que escucharan también el otro sonido de la campana.

Ustedes mismos han reconocido que la insurrección de Kronstadt de 1921 no fue inspirada desde fuera; dicho de otro modo, significa que la paciencia de las masas trabajadoras, marinos, soldados rojos, obreros y campesinos, había llegado a su último límite.

La cólera popular contra la dictadura del Partido Comunista, o mejor contra su burocracia, tomó la forma de una insurrección; así comenzó la efusión de sangre preciosa; no era cuestión de diferencias de clase o de casta; de los dos lados de la barricada se alzaban los trabajadores. La diferencia consistía solamente en que los de Kronstadt luchaban conscientemente y sin constricción, mientras que los asaltantes estaban engañados por los dirigentes del Partido Comunista y forzados. Les diré más: los de Kronstadt no deseaban tomar las armas y verter sangre.

Pues bien: ¿qué pasó para que los de Kronstadt fueran forzados a hablar la lengua de los cañones con los dictadores del Partido Comunista, que se denomina «gobierno obrero y campesino»?

Los marinos de Kronstadt tomaron parte activa en la creación de este gobierno, lo protegieron contra los ataques de la contrarrevolución, defendieron no sólo las puertas de Petrogrado, corazón de la revolución mundial, sino que incluso formaron destacamentos militares en frentes innúmeros contra los guardias blancos, comenzando por Kornilov, y finalizando por los generales Youdenitch y Neklioudov. Pero estos mismos habitantes de Kronstadt llegarían a ser de golpe los enemigos de la revolución, al presentarles el gobierno «obrero y campesino» como agentes de la Entente, espías franceses, guardianes de la burguesía, socialistas revolucionarios, mencheviques, etc.

Es asombroso que Kronstadt resultara bruscamente enemiga peligrosa en el momento en que todo peligro había desaparecido por parte de los generales de la contrarrevolución, justamente cuando había que comenzar la reconstrucción del país, recoger los frutos de las conquistas de Octubre, justamente cuando había que mostrar la mercancía en su verdadero aspecto, exponer su bagaje político (pues no bastaba con prometer, había que cumplir las promesas), cuando había que establecer el balance de las conquistas revolucionarias, en las que nadie osó ni siquiera soñar durante el período de la guerra civil. ¿Es justo que en este momento Kronstadt aparezca como enemiga? ¿Qué crimen cometió Kronstadt contra la revolución?

Tras la liquidación de los frentes de la guerra civil, los obreros de Petrogrado creyeron poder recordar al soviets de esta ciudad que había llegado el tiempo de pensar en su situación económica y pasar del régimen de guerra al de paz.

El soviets de Petrogrado estimó que esta reivindicación a la vez inofensiva e indispensable de los obreros era contrarrevolucionaria. Fue sordo y mudo a las reivindicaciones, comenzando persecuciones y arrestos entre los obreros, les declaró espías y agentes de la Entente. Esos burócratas se corrompieron durante la guerra civil, cuando nadie osaba resistir. Pero no vieron que la situación había cambiado. La respuesta de los obreros fue la huelga. El furor del soviets de Petrogrado fue entonces el de un animal feroz. Ayudado por sus *opritchniks*²⁰, mantenía a los obreros hambrientos y agotados en un círculo de hierro, compulsándoles por todos los medios a trabajar. Las formaciones militares (soldados rojos y marinos), pese a su simpatía por los obreros, no osaban defenderles, pues los gobernantes les advertían de que Kronstadt atacaría a todos los que osaran oponerse al gobierno de los soviets. Pero esta vez el gobierno «obrero y campesino» no logró especular sobre Kronstadt. Gracias a su situación geográfica, a la proximidad de Petrogrado, Kronstadt supo, aunque con cierto retraso, la verdadera situación de la ciudad.

Así que, camaradas ingleses, tienen ustedes razón al decir que la revolución de Kronstadt no fue inspirada por nadie.

Aún me gustaría saber en qué se concretaba el apoyo de las organizaciones contrarrevolucionarias rusas y extranjeras a Kronstadt. Repito una vez más que el alzamiento no se dio por la voluntad de una organización política cualquiera, que ni siquiera existía en Kronstadt. La revuelta estalló espontánea por voluntad de las masas mismas, tanto de la población civil como de la guarnición. Lo vemos por la decisión adoptada y por la composición del Comité revolucionario provisional. No hay allí expresión preponderante de la voluntad de un partido político antisoviético cualquiera.

En Kronstadt, cuanto se hacía era dictado por las circunstancias del momento. Los alzados no pusieron sus esperanzas en nadie. Ni en el Comité revolucionario provisional, ni en las asambleas de delegados, ni en los mítines. El Comité revolucionario provisional, además, no emprendió nada en esta dirección, aunque existiese la posibilidad de hacerlo. *El Comité trataba estrictamente de cumplir la voluntad del pueblo.* ¿Era esto un bien o un mal? No puedo juzgarlo yo, pero la realidad es que la masa dirigía al Comité, y no el Comité a la masa.

²⁰ *Opritchniks*, guardia personal del zar Iván el Terrible, que fue al mismo tiempo la policía superior política. Durante los siete años de su existencia (1565-1572) sus miembros se distinguieron por una actividad feroz (nota de Ida Mett).

Entre nosotros no había militantes políticos renombrados que vieran a todos desde la altura de tres arquines²¹ sobre nosotros, y que supiesen todo lo que había que emprender para sacar toda la utilidad. Kronstadt actuó sin plan ni programa, únicamente tanteando en los límites las resoluciones y según las circunstancias. Aislados del mundo externo, ignorábamos lo que pasaba fuera de Kronstadt, tanto en la Rusia soviética como en el extranjero. Es posible que algunos hayan podido establecer perspectivas para nuestra insurrección, como pasa a veces, pero entre nosotros era causa perdidida. No podíamos hacer hipótesis a propósito de lo que se hubiera producido si los acontecimientos hubieran tomado otro giro, pues el acontecimiento hubiera podido ser todo lo contrario de lo que pensábamos. *Pero Kronstadt no tenía la intención de que el hecho de la iniciativa se le escapase de las manos.*

Los comunistas nos han acusado en su prensa de haber aceptado la oferta de víveres y medicamentos por parte de la Cruz Roja rusa residente en Finlandia. Debemos decir que no nos pareció nada mal semejante oferta. Estuvimos en esto de acuerdo no solamente con el Comité revolucionario en su totalidad, sino también con la asamblea de delegados. Hemos considerado puramente filantrópica a esta organización que nos proponía una ayuda inofensiva y sin trasfondo. Cuando decidimos dejar entrar en Kronstadt a la delegación de la Cruz Roja la condujimos al estado mayor con los ojos vendados.

Desde el primer momento, les dijimos que aceptábamos con reconocimiento su ayuda en tanto que proveniente de una organización filantrópica, pero que nos considerábamos libres de todo compromiso respecto a ellos. Satisfacimos su deseo de dejar en Kronstadt un representante permanente para vigilar la distribución regular de los víveres que su organización se proponía enviarnos y que habrían sido destinados sobre todo a las mujeres y los niños. Fue el capitán Vilken²² quien se quedó en Kronstadt, siendo su sede un apartamento permanentemente custodiado para que no pudiera entrar ni salir sin autorización. ¿Qué peligro representaba Vilken? Solamente podía ver el estado de espíritu de la guarnición y de la población civil de Kronstadt.

¿Consistía en esto el apoyo de la burguesía internacional? ¿O en el hecho de que Victor Tchernov²³ enviara su salutación a la Kronstadt rebelde? ¿Era esto el sostén de la contrarrevolución rusa e internacional? ¿Puede creerse verdaderamente que Krons-

²¹ Arquín, medida de longitud rusa (nota de Ida Mett).

²² Vilken sería un antiguo oficial de la marina rusa (nota de Ida Mett).

²³ Victor Tchernov (1876-1952), uno de los líderes del partido socialista-revolucionario, ministro tras la revolución de febrero de 1917, hubo de emigrar de Rusia en 1920.

tadt se arrojó en los brazos de todo partido político antisoviético? Cuando en Kronstadt se supo que la derecha hacía planes concernientes a su insurrección, no se dudó en prevenir a sus camaradas, como lo prueba el editorial del 6 de marzo de los *Izvestia* de Kronstadt.

LOS ANARQUISTAS EN PRISION

(Verano de 1921)

Por Gaston Leval

Gaston Leval, nacido en 1895, hijo de un comunero, militante anarco-sindicalista francés, participó en el congreso constituyente de la Internacional sindical roja que siguió al tercer congreso de la Internacional comunista de junio a agosto de 1921, en tanto que delegado de la C. N. T. española. Durante su estancia en Moscú, su atención estuvo pendiente de la suerte de los anarquistas rusos encarcelados.

Desde que supe que tantos camaradas nuestros estaban en la cárcel, me puse de acuerdo con los delegados sindicalistas franceses para ver a Dzerjinsky, comisario del pueblo para el Interior, e instrumento ciego de Lenin. Desconfiando de mí, mis codelegados nombraron a Joaquín Maurín²⁴ para representar a la delegación de la C. N. T., que hizo el informe de la primera entrevista. Tras haber leído la lista de los prisioneros cuya libertad se pedía, Dzerjinsky²⁵ palideció, luego enrojeció afirmando que

²⁴ Joaquín Maurín (nacido en 1897), fundador sucesivamente de la Federación Comunista de Cataluña, luego, tras su ruptura con Moscú, del Bloque Obrero y Campesino (1931), después del Partido Obrero de Unificación Marxista (P. O. U. M.) en 1935; al mismo tiempo, instructor y militante sindicalista en la C. N. T.; pasó quince años en prisión bajo la dictadura de Primo de Rivera y luego de Franco; vive en los Estados Unidos.

²⁵ Félix Dzerjinsky (1877-1926), de origen aristocrático, socialdemócrata lituano desde 1895, varias veces detenido y condenado, liberado del penal por la revolución de 1917; fundador de la policía política, Tcheka, luego Guépéou; muerto de una crisis cardíaca.

esos hombres eran contrarrevolucionarios aliados a los generales blancos; les acusó también de haber causado el descarrilamiento de trenes cargados de tropas del Ejército Rojo y de ser responsables de la muerte de millares de soldados, particularmente en Ucrania.

Nosotros no podíamos ir tan lejos para ver lo que pasaba, y en el seno de nuestra delegación Maurín y sus amigos triunfaron. Pero yo no cedí, como tampoco algunos delegados de otras delegaciones, y continuamos nuestras pesquisas. Las afirmaciones de Dzerjinsky carecían de elementos de pruebas, y hasta de acusación legal. Ni instrucciones, ni procesos, ni juicios; no habíamos de abogados, eso no existía. Por mucho que dijera el «comisario del pueblo» encargado de la defensa del régimen, se trataba de un encarcelamiento arbitrario.

Insistimos. Mis co-delegados, considerando imposible el éxito y desinteresándose del asunto, dejaron por fin que yo me ocupase de él oficialmente. El comisario para el pueblo de instrucción pública, Lunatcharsky²⁶, visiblemente molesto por el papel a que se veía sometido a actuar en nombre de la disciplina del partido, nos fue enviado dos veces pero, no pudiendo tomar decisiones, se limitaba a servir de intermediario, recibiendo y transmitiendo preguntas y respuestas. Tras él, nos recibió Ulrich²⁷, personaje importante y misterioso de la instrucción policíaca. La misma pérdida de tiempo mientras pasaban las semanas. Ciertamente, se quería echar tierar encima.

Fui frecuentemente a ver a Emma Goldman y Alexandre Berkman. Por sus dos habitaciones desfilaban camaradas mujeres cuyos compañeros estaban presos. Inquietas, angustiadas, a veces lloraban. Me contaban la odisea, la vida de estos hombres víctimas del Estado sedicente socialista. Victor Serge mismo, que por momentos jugaba sinceramente el doble juego, y que seguía escribiendo sus artículos en favor del régimen en la prensa occidental, me instruía sobre el tema. Maximoff era un teórico anarcosindicalista serio, incapaz de un acto de sabotaje antisoviético. Yartchouk era el antiguo secretario del soviet de Kronstadt donde Zinoviev se refugiara cuando Kerensky ordenó su arresto. Volin, la bestia negra del mundo oficial, teórico anarcosindicalista, conferenciante, escritor de talento, vivía en el exilio en el momento de la revolución contra el zarismo. Tal se encontraba entonces en prisión, y tal otro deportado en Siberia. Y todos estos auténticos revolucionarios se pudrían ahora en las cárceles

²⁶ Anatol Lunatcharsky (1873-1933), escritor y crítico literario, socialdemócrata desde 1898, bolchevique en 1903, comisario de educación de 1917 a 1929.

²⁷ Ulrich habría de ser fusilado durante las purgas estalinianas.

que una parte de entre ellos había poblado, como Maria Spiridonova²⁸ algunos años antes.

Pedimos permiso para visitarles y, aunque éramos delegados de organizaciones sindicales a las que se quería atraer, nos fue negado. Me acordaba de que en la España de Alfonso XIII, de donde yo venía, y durante el período de una de las represiones más espantosas que aparte del período franquista conociera el país, se podía siempre visitar a los prisioneros, a menos que lo fueran secretos. A la prisión Modelo de Valencia y a la de Barcelona, mis amigos venían a verme sin dificultades. Les bastaba con preguntar por mí en las horas de visita, y los carceleros me hacían bajar al locutorio. En las ciudades de España por la que pasé a continuación, siempre visité a mis camaradas encarcelados. En la Rusia de Lenin y de Trotsky, imposible. La mayoría de los delegados no insistieron. Tampoco sabían qué hacer. Pero yo no abandonaba la partida. No bastaba con acusar. No se nos daban pruebas, y demasiados mentís válidos contradecían las afirmaciones de las autoridades. Yo iba a tener pruebas de ello.

Entre las mujeres camaradas que encontré en casa de Emma Goldmann figuraba Olga Maximoff²⁹, de treinta años, pequeña, menuda, de tez oscura, agotada por los sufrimientos. Había conocido a su compañero cuando estaba deportada como él en Siberia, bajo el zarismo. Me propuso entrar a la prisión de Bourtirky al día siguiente, para hablar con nuestros camaradas. Yo pasaría con ella y con otras mujeres de encarcelados, me darían documentos rusos para engañar al cuerpo de guardia. Podía fracasar, pero aceptaba el riesgo posible. Al día siguiente, voy con cuatro compañeros. Sus pies desnudos se tuercen sobre los viejos pequeños cantos y los guijarros de las calles de la ciudad. Dos de ellos llevan, sobre su espalda, un gran saco de tela con algunos víveres difícilmente obtenidos. La más joven, la compañera de Yartchouk, se batió en las barricadas de Petrogrado y de Moscú para abatir primero el zarismo, y luego el gobierno de Kerensky.

Un centinela está de servicio a la entrada de la Cárcel. Conoce a mis amigas y apenas mira su autorización de entrada. La presento mi credencial sin decir nada, y ella me la devuelve diciéndome un *da*, al que respondo con una sonrisa. Dos de las mujeres la hablan de no sé qué mientras me alejo con las otras.

Atravesamos un patio, penetramos en el locutorio. Los camaradas dan el nombre de los prisioneros a los que desean ver,

²⁸ Maria Spiridonova (nacida en 1889), militante terrorista, condenada a muerte por haber ejecutado a un gobernador de provincia, conmutada su pena por cadena perpetua; violada y torturada durante su transferencia a Siberia; desde febrero de 1917, líder de los socialistas revolucionarios de izquierdas; participa en su rebelión en julio de 1918; encarcelada en 1919 ó 1920, no fue nunca jamás liberada.

²⁹ Olga Maximoff, compañera de G. P. Maximoff.

entre ellos Volin. La separación entre los visitantes y los detenidos no impide un contacto casi directo, y ningún empleado o policía escucha la conversación, lo que me confirma que se trata de un encarcelamiento administrativo, sin juicio ni causa judicial.

Los prisioneros llegan. «Es Gaston Leval», dice una de las mujeres a Volin, hombre de unos cuarenta y cinco años, de talla mediana, con barba negra y una bella cabeza de intelectual judío.

El sabe mi nombre, pues ya le han hablado de mí. Me estrecha la mano con efusión, me habla un francés muy puro. Luego, a riesgo de sorprenderle y parecer un poco ridículo, pero deseando encuestarle de manera completamente imparcial, le pido me informe muy exactamente de su actividad tras su vuelta de Rusia.

Durante una hora u hora y media, con una precisión minuciosa, y mientras tomo notas, Volin me explica su obra de propagandista y de combatiente. De cárcel en cárcel, Volin acabó por llegar a Boutirky. Me contaba esta odisea de forma muy precisa, enumeraba hechos, datos, nombres, ciudades y pueblos. Y, con los demás presos, pedía ser juzgado públicamente.

(...) Volví al hotel Lux, decidido a continuar la lucha por la liberación de mis camaradas. Pero el Congreso de la Internacional Sindical Roja comenzó, y no habíamos logrado una concesión, una promesa o una esperanza. Nos habíamos visto ya cinco o seis veces con delegados del poder soviético, y siempre las relaciones se habían interrumpido o roto sin resultados. Seguía la táctica de echar tierra encima.

En el interin, los camaradas encarcelados en Boutirky comenzaron la huelga de hambre. Hicieron pasar un manifiesto editado en francés, en que pedían a los delegados sindicalistas intervenir ante las autoridades rusas para exigir la liberación y la libertad de expresión de pensamiento para todos los revolucionarios. Pero, descorazonados, los delegados a los que se dirigían no hicieron más que lamentar esa huelga que les hacía padecer moralmente. Tres, cuatro, cinco días pasaron. En el congreso yo no podía hacer nada. Puesto en minoría por mis co-delegados, no teniendo, por la acción clandestina a la que hasta el momento había sido condenado, el hábito de las maniobras y las contramaniobras, de las comisiones y las bambalinas, me encontré reducido a la inacción y a la impotencia. Aunque más coherente y mayoritariamente en la oposición, la delegación francesa no podía hacer mucho más. Nuestros camaradas continuaban la huelga de hambre. Se nos dijo que en Orel y en otros pueblos cuyo nombre he olvidado, habían ocurrido huelgas similares, y que dos o tres huelguistas habían muerto.

No era imposible, pues todas las cárceles de Rusia rebosaban de prisioneros; los congresos internacionales debían incitar a protestar con la esperanza de que su voz saliese fuera de la Rusia soviética. ¿Qué otra cosa podían hacer?

Cinco días, seis días, siete días. Uno o dos delegados intentaron acciones aisladas, pero infructuosas. En casa de Emma Goldman y Alexandre Bergman continué viendo a las mujeres de nuestros camaradas, crispadas, torturadas, a veces llorosas, pues la ejecución podía ser de un día para otro. Olga Maximoff venía al congreso a relanzarme, y no sabiendo francés, tiraba de mi chaqueta diciéndome con un tono y una mirada suplicantes que todavía parece estoy viendo y escuchando: «Camarada Leval, camarada Leval!»

¡Siete días, ocho días, nueve días, diez días! Estábamos angustiados, no sabíamos ya a dónde dirigirnos. Y me topaba con la impotencia y el abatimiento de los delegados de la oposición. Otros, no pudiendo hacer nada, llegaban casi a reprochar a nuestros camaradas el haber aprovechado su presencia y ponerles en una situación difícil.

En fin, el onceavo día, a una última súplica muda de la buena y querida Olga Maximoff conseguí decidir, en pleno congreso, a dos o tres delegaciones para que hiciesen una investigación suprema. Otros siguieron. Poco después, una quincena de hombres partimos hacia el Kremlin. Ibamos a hablar con el dueño de Rusia, Lenin.

Llegados a una de las puertas que permitían franquear el recinto del Kremlin, nos topamos con el cuerpo de guardia. Uno de entre nosotros, Michel Kneller³⁰, que habla ruso, expone nuestro deseo de ver al «tovaritch» Lenin. Anotan nuestros nombres, los de las delegaciones extranjeras representadas. Telefonazos, espera. Tras un cuarto de hora, respuesta favorable. Dos soldados, sin duda chequistas, nos acompañan por el dédalo de las calles. Pasamos ante palacios, residencias suntuosas, capillas de la antigua mansión de los Ruriks³¹. Ante el edificio en que se encuentra Lenin, nos topamos con otro cuerpo de guardia que no nos deja pasar. Nos explicamos. No ha recibido la orden. Hay que escribir de nuevo otra nota volviendo a pedir una entrevista con el camarada Lenin, que nos responde con otra nota, escrita en francés bastante defectuoso, donde nos pide especificar el objeto de nuestro visita, pero se excusa de no podernos recibir porque está sobrecargado de trabajo. Escribimos otra vez una nueva nota, también firmada por todos. Representamos a una decena de organizaciones sindicales extranjeras, lo que debe pesar en el espíritu del táctico que cuenta sus posibilidades. Y el soldado chequista vuelve, finalmente, con una última nota de Lenin, que acepta vernos.

³⁰ Michel Kneller, activista francés que hacia 1919 disparó su revólver sobre el palacio del Elyseo para protestar contra el bloqueo de Rusia soviética; delegado de la C. G. T. francesa en el congreso constituyente de la Internacional Sindicalista Roja. Simpatizante comunista con veleidades sindicalistas; luego «abundancista» de izquierda.

³¹ Rurik, fundador del imperio ruso, muerto en 879.

Se nos hace subir al primer piso, a una sala en que esperamos, de pie, bastante tiempo, curiosos y tensos. Luego, una puerta se abre tras nosotros, y Lenin aparece, más bien pequeño, con el rostro mongoloide, ojos que se pliegan al sonreír con una fría ironía.

Uno tras otro nos estrecha la mano, nos pregunta nuestro nombre, a qué delegación pertenecemos. Y mientras interroga, y mientras se le responde, fija sobre nosotros una mirada divertida y escrutadora, nos mira con una falta de discreción desconcertante.

Luego nos invita a pasar a una sala vecina, a sentarnos alrededor de una gran mesa rectangular. Se sienta. Tom Mann³², delegado sindicalista inglés y la personalidad más destacada de entre nosotros, se sienta cerca de él, y expone, en su lengua, el objeto de nuestra visita. No sólo hemos decidido pedir la libertad de nuestros camaradas presos en Boutirky, sino la de todos los revolucionarios de izquierda. Lenin responde en inglés a nuestro portavoz, que escucha con atención, con toda su buena cara inteligente, sonriente y rojiza, y que, al fin, parece convencido, haciendo con la cabeza señales de asentimiento. Luego, el dueño del Kremlin traduce su respuesta en francés.

Renueva las acusaciones de Dzerjinsky, nos declara que nuestra petición no se justifica. Los encarcelados no son verdaderos anarquistas, ni idealistas, sino bandidos que abusan de nuestra buena fe. La prueba es que hay anarquistas, auténticos, que colaboran con los bolcheviques y que ocupan puestos oficiales. Se refiere entonces a Volin, «quien con Makhno ha hecho descarrilar trenes en Ucrania, y masacrado a millares de soldados del Ejército Rojo, que se ha aliado con el general blanco Denikin contra los bolcheviques».

A tal efecto, yo poseo informaciones precisas. Entre otros, el testimonio de un general del Ejército Rojo que se hallaba en Ucrania en el momento en que se produjeron los hechos y que tuvo, con nuestra delegación, una larga entrevista en una de las habitaciones del hotel Lux. Fue serio: «Jamás Makhno se alió con los Blancos contra nosotros. En ciertos momentos, luchó a la vez contra los Blancos y contra nosotros, pero no puede decirse que haya hecho el juego a los Blancos». Por otra parte, yo recordaba que Volin estaba encargado, en los sectores reconquistados a los ejércitos austrohúngaros y a los generales contrarrevolucionarios, de la propaganda y de la organización cultural, pero no de la dirección de las operaciones militares. Y si Makhno luchó contra el Ejército Rojo, es porque Trotsky atacó a las

³² Tomm Mann (1856-1941), obrero mecánico inglés, secretario del Independent Labour Party en 1894; se unió a los *Industrial Workers of the World* (sindicalistas revolucionarios americanos); participó en la fundación del partido comunista inglés en 1921.

tuerzas revolucionarias ucranianas que no querían someterse al despotismo bolchevique. Pues, a fin de cuentas, el Partido Comunista era uno de los partidos revolucionarios, y los demás tenían el derecho a defenderse contra su voluntad de imponerse a todos.

Así que, sin brusquedad, interrumpí a Lenin, aunque con claridad y firmeza. Yo —le dije— he hablado con Volin en la cárcel de Boutirky «donde por lo demás entré con medios perfectamente legales» (Lenin hace un gesto que significa «muy bien, no lo dudo»). Y repito, punto por punto, todo lo que sé sobre la actividad de mi camarada encarcelado. Hablo durante un cuarto de hora, doy datos, cito hechos, nombres. Lenin me escucha con atención. entornando sus ojillos y alargando su rostro, lo que le da un poco el aire de un ratón, mirándome curiosamente. Cuando termino, está visiblemente desazonado. Pero demasiado astuto como para mostrar que está batido, acumula palabras, construye frases y perifrasis a fin de tener tiempo para reponerse:

—...Sí, evidentemente... si las cosas son como usted dice, la cuestión es diferente... Será preciso que pida una información suplementaria sobre Volin... Ignoraba estos detalles que son tan importantes...

Continúa patinando, pues el asunto es, para él, no ceder terreno. ¡Veo venir al buen hombre! Por fin, improvisa:

—Ya comprendéis, hoy nos encontramos en una situación muy especial. Gentes ayer revolucionarias han pasado a ser contrrevolucionarias, y nosotros estamos obligados a combatirlos. Pensad en Plekhanoff, el fundador del socialismo en Rusia. Dijo a uno de nuestro camaradas que marchaba de Suiza a Rusia: «¡Hay que aplastar esa plaga de piojos!» El Estado bolchevique debe luchar contra estos nuevos enemigos. El Estado es una máquina cuya responsabilidad nos corresponde, y no podemos impedir que se evite su funcionamiento. Volin es muy inteligente, por ello es más peligroso y hemos de tomar medidas más enérgicas contra él. Pues, junto con Makhno, ha hecho descarrillar los trenes cargados de soldados del Ejército Rojo, y ha hecho el juego de los generales blancos, de Denikin y de Koltchak.

Los otros delegados saben menos que yo y no discuten. Están al corriente de ciertos hechos, y han oído que no se puede elevar la voz sin peligro de ser asesinado por los «guardias blancos» de la frontera. En todo caso intervienen para discutir el problema de la libertad de expresión para todas las tendencias revolucionarias y la liberación de los prisioneros políticos en general. Mientras hablan, Lenin, como ha hecho con Ton Mann, como hizo mientras yo hablaba, los mira, siempre irónico, como divertido, moviendo su cabeza calva y su pequeña barba, de abajo arriba, de arriba abajo. O bien, apoyando la mejilla derecha en la mano, parece absorto en la contemplación del techo. Aunque desconcertado y

comprendiendo la inutilidad de su insistencia, el defensor de la libertad y de la humanidad acaba por interrumpirse, o abrevia.

La entrevista ha durado casi dos horas, al final de las cuales declara que no es cuestión eso de los derechos de la oposición revolucionaria. Esto sería ciertamente rechazado por sus camaradas del Politburó. No puede sino examinar el caso de los huelguistas de hambre, pero él no puede, por lo demás, imponer su manera de ver, pues es la mayoría la que decide democráticamente.

Lenin mente, y nosotros fingimos creer sus mentiras para no romper brutalmente. Por ambas partes, representamos la comedia. Y, a petición suya, escribo una nota por la cual encargamos «al camarada Lenin» presentar al Politburó nuestra petición de liberación de quienes, en la cárcel de Boutirky, siguen la huelga de hambre. No más. Lenin nos promete hacernos llegar la respuesta al día siguiente a las diez a la habitación del delegado francés Sirolle³³. Y nos separamos tras un último apretón de manos, acompañado de una última mirada escrutadora e irónica.

Al día siguiente la respuesta no llegó hasta medio día, lo que no presagiaba nada bueno. Firmada no por Lenin, sino por Trotsky, bastante franco para tomar sus responsabilidades. Rechazo categórico de liberar a los huelguistas de hambre. La única propuesta firme: su expulsión de Rusia. Seguía una lección sobre la necesidad de enseñar a darse cuenta de las posibilidades revolucionarias, y a no ceder a los sentimientos superficiales cuando el interés superior de la Revolución está en juego.

¿Qué hacer, sino aceptar? No podíamos volver a comenzar nuestras peticiones a los altos personajes ya visitados, que sin ninguna duda no nos habrían recibido. Incluso, eso podía volverse contra nuestros camaradas, a los que fuimos a comunicar la solución propuesta. Saldrían de prisión: resultado positivo. Serían expulsados de su propio país: todo un símbolo.

Por los otros presos, por los otros partidos, no podíamos hacer nada.

El congreso se terminó algunos días más tarde. Los delegados iban y venían por las calles de Moscú. Eramos invitados a representaciones teatrales. Chaliapine cantó ópera para nosotros, se nos llevó a presenciar espectáculos de ballet, espectáculos gimnásticos magníficos al borde de la Moskova. Pocos delegados tomaban notas. Pero habían pasado dos semanas y nuestros compañeros continuaban en prisión, pese al acuerdo firmado entre las delegaciones y Lunatcharsky especificando que serían puestos en liber-

³³ Henri Sirolle (nacido en 1886), cosecretario de la federación de ferroviarios en 1920; anarcosindicalista versátil; en el primer congreso de la C. G. T. U. de Saint-Etienne, julio de 1922, dando cuenta de su delegación a Moscú en 1921, contó que, recibido por Lenin, éste le mostró algunos dossiers de anarquistas y que él, Sirolle, había concluido... ¡que ellos merecían la muerte! Acabó a la cabeza del Socorro Nacional del mariscal Pétain.

tad y expulsados de Rusia. De esa Rusia donde algunos habían debido huir en la época zarista, y a donde habían entrado tan llenos de esperanza cuando había estallado la revolución. Nosotros no teníamos confianza en la palabra de los jefes bolcheviques, cuya deshonestidad conocíamos, y nos preguntábamos si no esperaban nuestra marcha para mantener en la cárcel a nuestros camaradas, que también se impacientaban.

Pero Trotsky anunció a la delegación francesa que, una tarde, les visitaría amistosamente en la habitación de Sirolle. Los sindicatos italianos y españoles fueron prevenidos, y decidimos aprovechar la ocasión para pedir precisiones sobre la aplicación del acuerdo firmado.

Hombre muy agradable, enérgico y altivo, Trotsky llegó, se sentó en medio de nosotros, habló en francés sobre los diferentes aspectos de la lucha llevada contra los generales Blancos, las dificultades económicas por las que atravesaba la Rusia nueva. De la burocracia, que nos parecía un peligro terrible, dijo que, si pudiera, cargaría barcos enteros de burócratas y los echaría al mar sin dudar. Pero el problema no era tan fácil. Lo lamentaba y no podía evitarlo.

Otras cuestiones fueron abordadas, como por ejemplo el movimiento revolucionario en Francia, la orientación de la C. G. T., la traición de los jefes sindicalistas de Occidente. El acuerdo era casi completo, pues Trotsky sabía ser encantador con su argumentación convincente y el sesgo dado a sus explicaciones. Pero, en el fondo, todos nosotros deseábamos el momento de abordar lo que más nos preocupaba, y parecía que él lo adivinaba, pues hablaba sin parar sobre las cuestiones más diversas. Como ya iba a retirarse, abordamos lo que él quería evitar ciertamente.

Entonces frunció el ceño y, semicolérico, semisonriente, comenzó por responder que más valía no enturbiar esta entrevista tratando de nuestra intervención en favor de los anarquistas rusos apresados, lo que no era la mejor cosa que habíamos hecho en Rusia, que tendríamos que alabarla a nuestro regreso ante los obreros de nuestro país, que habíamos sido engañados, y que nuestro primer deber habría debido consistir en dar un voto de confianza al Gobierno soviético. Luego, cambiando su tono y conteniendo su cólera ante los delegados, que sonreían con un aire visiblemente forzado, aseguró que su promesa sería cumplida.

Esto parecía demasiado vago. Y, apoyado por Arlandis³⁴, pregunté cuándo sería, cuándo saldrían de la prisión nuestros camaradas.

Entonces vi a Trotsky erguirse en toda su alta estatura, abombando su pecho al máximo, levantando los brazos y cerrando los puños, y, en una posición de furor, me preguntó casi aullando:

³⁴ Uno de los delegados sindicalistas españoles que acompañaban a Gaston Leval.

—¿Quién es usted para preguntarme, a mí, a quien usted no conoce, cuándo pondré en ejecución las decisiones que he tomado?

Luego, cogiéndome por la solapa de mi chaqueta, añadió, siempre en el mismo tono:

—Nosotros hemos hecho la revolución, nosotros los bolcheviques. ¿Y qué han hecho ustedes? ¡No es usted quien tiene que darnos órdenes, nosotros no debemos recibir órdenes de ustedes!

Ya no sé qué otras frases profirió. Yo me quedé totalmente sorprendido, anonadado por esta irrupción que de momento no podía comprender. Confieso que incluso sentí palidecer. Luego, con más calma, le contesté:

—¡Usted no tiene derecho a responder en este tono, camarada Trotsky, nosotros tenemos derecho a plantearle a usted un pregunta!

Los otros delegados intervinieron, esforzándose por calmarle. Trotsky repitió que mantendría su palabra.

Al partir, me despedí de muchos camaradas aún en libertad, que habían de morir luego en las cárceles o en los aisladores, preludios de los campos de concentración. Estreché la mano de Volin y sus amigos, al fin salidos de la prisión de Boutirky, y partí, vía Riga, hacia Berlín.

Esta revolución, que, tras la carnicería mundial, nos había aparecido como la autora de la liberación del proletariado internacional y de la humanidad, nos parecía ahora uno de los mayores peligros en orden al porvenir de los pueblos. El terror policial sistematizado, el embargo creciente por el partido de toda la vida social, el aniquilamiento metódico de todas las tendencias, de todos los partidos, de todas las corrientes no bolcheviques, el exterminio no menos metódico de todos los revolucionarios que tenían un pensamiento diferente del de los nuevos amos, y la supresión misma de cualquier veleidad no conformista en el seno del partido, todo probaba que íbamos hacia un nuevo despotismo no solamente político, sino intelectual, mental, moral, que hacía evocar los períodos peores de la Edad Media.

EL ANARQUISMO EN LA GUERRA DE ESPAÑA

Ya hemos hablado atrás de la Revolución española de 1936 desde el punto de vista de las experiencias de construcción social, lo que entonces se llamaban colectividades, y que hoy denominamos autogestión.

Añadiremos un cierto número de textos concernientes a la participación política y militar de los anarquistas españoles en la guerra civil. Algunos de estos documentos conciernen al período que va desde 1919 a la victoria revolucionaria del 19 de julio de 1936. Allí aparece ya el conflicto entre el anarcosindicalismo español y el bolchevismo.

Luego presentaremos al gran guerrillero Buenaventura Durruti, que según su propia expresión, «hacia la revolución y la guerra a la vez». El lector podrá iniciarse de este modo a la concepción demasiado poco conocida de la autodisciplina y de la guerra revolucionaria de los libertarios españoles. Durruti era otro Makhno. Por otra parte, había conocido al guerrillero ruso en el exilio de París, y pudo recoger de su viva voz las enseñanzas de aquél.

Por fin, traeremos a colación la participación de los anarquistas en el gobierno, de hecho en dos gobiernos, el autónomo de la Generalitat de Catalunya y el gobierno central instalado primero en Madrid y luego en Valencia. Esta participación, no hay que decirlo por sabido, contradecía los principios fundamentales del anarquismo «apolítico» y ha sido objeto, en el seno mismo de los medios libertarios, de vivas discusiones que hoy no están enteramente apagadas.

La C. N. T. y la Tercera Internacional

Los textos que siguen nos enseñan que no hubo siempre entre la concepción bolchevique y la anarcosindicalista de la Revolución social una fosa infranqueable. En el momento en que el prestigio de la joven revolución de Octubre, victoriosa pero asenderada por doquier por la Reacción mundial, estaba en su apogeo, la Confederación Nacional del Trabajo (C. N. T.) de España, atraída como una mariposa por la luz, decidió, al menos a título particular, participar, en Moscú, en los trabajos de la Internacional comunista. Pero, muy rápidamente, las divergencias fundamentales de perspectiva aparecieron, al dejarse llevar el bolchevismo ruso cada vez más hacia un carácter sectario y dominador, y la ruptura no tardó en producirse.

Hay que notar que esta evolución ha sido paralela a la de un cierto número de sindicalistas revolucionarios franceses, del tipo de Pierre Monatte, que, tras haberse aliado a Moscú, estimaron, muy pronto, que se habían equivocado, y pusieron tierra por medio tanto respecto al Kremlin como al Partido Comunista Francés¹.

El Congreso de la C. N. T. de diciembre de 1919²

El Congreso nacional de la C. N. T. tuvo lugar en Madrid del 10 al 18 de diciembre de 1919. Tres problemas capitales se trataron allí: una fusión de las centrales sindicales del proletariado español (rechazada por 325.955 votos contra 169.125 y 10.192 abstenciones), una nueva estructura orgánica sobre la base de federaciones nacionales de industria (rechazada por 651.472 contra 14.008), una declaración de principios comunistas libertarios (adoptada unánimemente por aclamación).

Pero el debate más importante tuvo lugar respecto a la actitud a adoptar ante la Revolución rusa. Varias ideas fueron sugeridas:

«¿Qué medio podemos adoptar para apoyar a la Revolución rusa y evitar el bloqueo (...) por parte de los Estados capitalistas?

¿Era necesario adherirse a la Tercera Internacional sindical?

¿Debía adherirse la Confederación inmediatamente a la Internacional, y a cuál?

¿Sería útil tener en España un congreso de la Internacional?»

Varias mociones fueron aprobadas, entre ellas la siguiente:

¹ Cfr. *Syndicalisme révolutionnaire et communisme, Les archives de Pierre Monatte*, 1969.

² Extractos de José Peirats: *La C. N. T. en la revolución española*, 3 vol., 1958.

«La Confederación Nacional de Trabajo se declara firme defensora de los principios defendidos por Bakunin en la Primera Internacional. Declara además que se adhiere provisionalmente a la Tercera Internacional por su carácter revolucionario predominante, esperando que tenga lugar el Congreso Internacional en España, que debe establecer las bases que deben regir la verdadera Internacional de trabajadores.»

(...) Angel Pestaña³ fue encargado de viajar a Rusia para asistir al III Congreso de la Tercera Internacional y participar allí en las decisiones adoptadas por el congreso federal.

El II Congreso de la Internacional Comunista (junio de 1920)⁴

El II Congreso de la Tercera Internacional comenzó el 28 de junio de 1920 en su sede social de Moscú. Primeramente, Zinoviev propuso que la Confederación española fuera admitida como miembro del Comité ejecutivo de la Tercera Internacional, lo que fue acordado.

El camarada Lozovsky⁵ propuso a su vez organizar una Internacional sindical revolucionaria. A tal efecto, leyó un documento que declaraba: «En la mayoría de los países beligerantes, la mayor parte de los sindicatos, durante los dolorosos años de guerra, habían sido partidarios del neutralismo (apoliticismo); habían sido los siervos del capitalismo imperialista, y habían tenido un papel nefasto retardando la emancipación de los trabajadores (...); a la dictadura de la burguesía había que oponer, como único medio decisivo y transitorio, la dictadura del proletariado, la única capaz de acabar con la resistencia de los explotadores y de asegurar, así como de consolidar, la conquista del poder por el proletariado.»

El congreso decidió en consecuencia:

«Condenar toda táctica destinada a hacer salir a los elementos de vanguardia de las organizaciones sindicales existentes y eliminar, por el contrario, de forma radical, de la dirección del

³ Angel Pestaña (1886-1937), obrero relojero, pasa del secretariado del sindicato de metalúrgicos al secretariado nacional de la C. N. T. en 1914; con Salvador Seguí, ha sido la base del crecimiento del anarcosindicalismo español entre 1916 y 1923; después de 1931, animador en la C. N. T. de la corriente reformista llamada de los «Treinta», y excluido de C. N. T. Fundó en 1934 un Partido Sindicalista del que fue diputado en 1936; murió de enfermedad.

⁴ Relato de Angel Pestaña.

⁵ Salomon Lozovsky (1878-1952), obrero, bolchevique en 1903; emigró en 1909 y militó en el movimiento obrero francés hasta 1917. Dirigente del sindicato de obreros textiles, donde tuvo una acción sindicalista de oposición. A partir de 1919, será de un conformismo servil. Presidente de la Internacional Sindical Roja de 1921 a 1937.

movimiento sindical a los oportunistas que habían colaborado con la burguesía aceptando la guerra;

(...) Sostener en el seno de las organizaciones sindicales del mundo entero una propaganda metódica creando en cada una de ellas un núcleo comunista que acabaría por imponer su punto de vista;

(...) Crear un comité de acción y de lucha internacional para la transformación del movimiento sindical. Este comité funcionará, en tanto que consejo internacional de los sindicatos obreros, de acuerdo con el comité ejecutivo de la Tercera Internacional en las condiciones que serán establecidas por el congreso. Este consejo se compondrá de representantes de todas las organizaciones nacionales obreras adherentes.»

(...) Cuando yo tomé la palabra, declaré: «Tres puntos del documento van a ser objeto de un examen rápido y concreto, pues las organizaciones a las que represento han tomado una postura que las separa completamente de este documento, y estos tres puntos son:

El apoliticismo, la conquista del poder y la dictadura del proletariado.

(...) En efecto, el apoliticismo es condenado en este documento por algunas organizaciones sindicales, mientras que casi todas las organizaciones sindicales que intervinieron en la guerra imperialista estaban politizadas, lo que es contrario a lo que afirma este documento (...). ¿Dónde está, pues, la lógica de este documento? (...). Respecto a los dos puntos restantes concernientes a la conquista del poder político y la dictadura del proletariado (...) pocas palabras bastarán para exponer lo que piensa la Confederación que yo represento aquí en estas dos cuestiones. Os recordaré a tal efecto que en el primer congreso de la Confederación, que tuvo lugar en Madrid durante la segunda quincena de diciembre pasado, se decidió la unanimidad de quinientos delegados presentes diciendo que la meta final era la implantación del comunismo libertario.

(...) Añadiré aún dos palabras respecto al artículo que preconiza la colaboración estrecha con el proletariado comunista politizado.

La Confederación acepta cooperar con todas las organizaciones revolucionarias que luchen contra el régimen capitalista, aunque se reserva el derecho a hacerlo cuando le parezca oportuno. Yo no pienso, en efecto, que la Confederación aceptaría actuar si su libertad de acción fuera puesta en cuestión (...).»

El primero y el segundo párrafos no fueron objeto de ninguna discusión. En el curso de la discusión sobre el tercero, volví a decir que éramos apolíticos y que teníamos que combatir la guerra por todos los medios, y que sería paradójico firmar un documento que condena nuestra acción y nuestros principios. Se

acordó la modificación de la redacción de este párrafo finalmente.

El cuarto párrafo fue el origen de una larga discusión, pues éramos varios los que sosteníamos el principio de una completa autonomía sindical. Por fin, tras interminables discusiones, el documento fue firmado por cinco de los siete delegados presentes.

Mi posición era muy delicada, puesto que la Confederación se había adherido a la Tercera Internacional. No podía rechazar un documento aceptado por ella. Debía, pues, seguir a la mayoría.

(...) Sin embargo, al firmar el documento, escribí: Angel Pestaña, «de la» Confederación Nacional del Trabajo, en lugar de indicar, como hubiera sido lo natural, «por la» Confederación Nacional del Trabajo, Angel Pestaña. Así separaba mi responsabilidad. Cuando se me dio la palabra, recordé que los delegados conocían ya mis ideas contrarias en lo que concernía a la conquista del poder y la dictadura del proletariado, y que estas tomas de postura no expresaban mi punto de vista personal, sino el de la Confederación.

Declaré en consecuencia que, si la mayoría me obligara a aceptar el documento tal como estaba, lo firmaría, pero advirtiendo lo siguiente:

«Todo lo que se refiere a la conquista del poder político, a la dictadura del proletariado y a la cooperación con el proletariado político comunista está subordinado a las decisiones ulteriores que tome la Confederación una vez que vuelva a España y que el Comité confederal tenga conocimiento de todo lo que se ha decidido en esta reunión.»

Lo mismo había que decir respecto a la convocatoria que había de dirigirse a las organizaciones sindicales del mundo entero. Respecto a esta convocatoria, se indicaba que las organizaciones sindicales, nacionales e internacionales de los oficios, las uniones locales y regionales que aceptaran la lucha de clases revolucionaria estaban invitados a asistir a la conferencia.

Yo tampoco estaba de acuerdo con (...) esta convocatoria que (...) impedía el acceso a muchas organizaciones que hubieran deseado asistir a la conferencia, pero que no estaban de acuerdo con la dictadura ni con la toma del poder. Esto era, a mi juicio, un error (...).

Un congreso «pantomima»⁶

Pestaña afirma que los comunistas estaban de acuerdo en mejorar la redacción del documento en lo que concierne a la dictadura del proletariado, pero, en ausencia momentánea del delegado español, el documento fue publicado en su texto origi-

⁶ Extraído de José Peirats, *op. cit.*

nal con la firma de Pestaña. Sobre el desarrollo del congreso mismo, Pestaña dijo que la lucha que se produjo por el nombramiento para el puesto de presidente captó toda su atención. Pero se dio cuenta pronto de que el congreso mismo era una pantomima. La presidencia hacía el reglamento, modificaba a su gusto las propuestas, no respetaba el orden del día y presentaba propuestas por su propia iniciativa. Su forma de manipular el congreso era perfectamente abusiva. Por ejemplo, Zinoviev pronunció un discurso de una hora y media pese a que cada intervención no debía sobrepasar los diez minutos.

Pestaña quiso replicar a este discurso, pero la presidencia, reloj en mano, le retiró la palabra a los diez minutos. El mismo Pestaña fue criticado por Trotsky en otro discurso de más de tres cuartos de hora y, cuando Pestaña se propuso responder a los ataques de Trotsky, la presidencia declaró cerrado el debate. Hubo de protestar también contra la manera de nombrar a los ponentes. Teóricamente, cada delegación podía tener una ponencia, pero la misma presidencia elegía las «interesantes». Los votos proporcionales (por delegación o delegado) estaban previstos, pero no aplicados. El Partido Comunista ruso se aseguraba para sí una mayoría confortable.

El colmo era que algunas decisiones importantes no se tomaban en la sala de congresos, sino entre bastidores. De esta manera se adoptó el texto siguiente: «En los próximos congresos mundiales de la Tercera Internacional, los organismos sindicales nacionales adherentes estarán representados por los delegados del Partido Comunista de cada país.»

La propuesta contra esta decisión fue simplemente ignorada. Pestaña abandonó Rusia el 6 de septiembre de 1920, tras haber tenido un breve cambio de impresiones con Armando Borghi (...)⁷, delegado de la unión sindical italiana, que volvió a Italia decepcionado por esta experiencia desgraciada. Pero antes de abandonar Moscú, los dos tuvieron conocimiento de la circular para la organización de la Internacional Sindical Roja. Si en el futuro congreso de la Tercera Internacional se quiso asegurar el predominio de los partidos comunistas sobre las organizaciones sindicales, hubiera podido suponerse que, en una Internacional sindical, la luz verde se abriría para las centrales obreras afiliadas. Pero este desventurado proyecto de la Internacional Sindical Roja demostraba todo lo contrario. Este proyecto decía:

«1. Deberá organizarse en cada país un comité especial por el Partido Comunista.

⁷ Armando Borghi (1882-1968), secretario general de la Unión sindical italiana, central anarco-sindicalista, visitó Rusia en 1920, donde encontró a Lenin; su libro más importante es *Mezzo secolo di Anarchia* (1898-1945).

2. Este comité se encargará de recibir y distribuir a todas las organizaciones sindicales las circulares y las publicaciones de la organización internacional Roja.

3. El comité nombrará los redactores de los periódicos profesionales y revolucionarios, inculcándoles el punto de vista de la Internacional contra la Internacional adversa.

4. El comité intervendrá con sus propios medios de intervención y de polémica.

5. El comité trabajará en relación estrecha con el Partido Comunista, aunque sea un órgano diferente.

6. El comité contribuirá a convocar conferencias en que se discutirán cuestiones de organización internacional y se elegirá a los oradores aptos para la propaganda.

7. El comité se compondrá de camaradas preferentemente comunistas. Las elecciones serán supervisadas por el Partido Comunista.

8. En los países en que no pueda adoptarse este método, se enviarán emisarios del Partido Comunista, a fin de crear una organización similar.»

LA REVOLUCION ESPAÑOLA (1936)

¡Ante el fascismo, huelga general!

(19 de julio de 1936)

¡Pueblo de Cataluña! ¡Alerta! ¡Estás en pie de guerra! Ha llegado el momento de actuar. Hemos pasado meses y meses criticando al fascismo, denunciando sus taras, lanzando consignas a fin de que el pueblo se levante llegado el momento contra la reacción nefasta de España que tratara de imponer su repugnante dictadura. Pueblo de Cataluña, ese momento ha llegado. La reacción (militares, civiles, curas y grandes bancos), todos de la mano, se proponen la implantación del fascismo en España con ayuda de una dictadura militar. Nosotros, verdaderos representantes de la C. N. T. en Cataluña, consecuentes con nuestra línea de conducta revolucionaria y antifascista, no podemos dudar en estos momentos graves, y ordenamos a todos de una manera formal que sigan la consigna de huelga general desde el instante en que alguien se subleve, y ello en cualquier parte de España, ateniéndose sin embargo a las consignas del Comité nacional. Nuestra postura está bien establecida y os prevenimos de que nuestra consigna será dada muy rápidamente. Recordamos que nadie debe seguir ninguna consigna que no provenga del Comité, única forma de evitar lo irreparable. Atravesamos momentos llenos de gravedad. Debemos actuar con energía, firmeza, y todos juntos. ¡Que nadie se aisle! ¡Que todos tengan contacto entre sí!

Es la hora de estar alerta y dispuestos a actuar. El fascismo se ha apoderado de la ciudad de Sevilla. En Córdoba se ha producido un levantamiento. El Norte de Africa está dominado por el fascismo. Nosotros, pueblo de Cataluña, estamos en pie de guerra, dispuestos a actuar; que cada cual ocupe su puesto de combate ahora que estamos frente al enemigo.

¡Que no haya gastos inútiles de energía ni de luchas fratricidas! ¡Luchemos con todo nuestro corazón y tengamos el arma bajo el brazo, dispuesta al combate! Quien se abstiene traiciona la causa liberadora del pueblo. ¡Viva la C. N. T! ¡Ante el fascismo, huelga general revolucionaria!

El Comité regional de la C. N. T.

*El antifascismo al poder (julio de 1936)*⁸

La rebelión militar del 19 de julio de 1936 tuvo consecuencias profundas para la vida económica de España. La lucha contra el clan clero-militarista no fue posible sino con la ayuda de la clase obrera. Dejada a sus solas fuerzas, la burguesía republicana hubiera sido aplastada.

Esta alianza no podía limitarse sólo al terreno político. Los sindicalistas y los anarquistas tenían malas experiencias en la República burguesa. No se podía, pues, pensar sólo en matar la rebelión clero-militarista. Había que buscar el cambio del sistema económico. En efecto, no podían continuar tolerando la explotación económica, base, a sus ojos, de la opresión política.

Estos hechos eran conocidos del clero, de la camarilla militar y de los grandes capitalistas ligados a los dos primeros clanes. Conocían bien la postura del partido y sus consecuencias.

(...) Por este motivo, la clase privilegiada se puso de parte de los jefes militares rebeldes.

Mientras los generales eran los actores, los grandes capitalistas fueron los que movían los hilos. Una parte de ellos, ni siquiera estaba en el campo de operaciones. Juan March, Francisco Cambó y otros parecidos no estaban en España en el momento en que estalló la rebelión. Conocían el desarrollo de los acontecimientos desde el extranjero. Si los jefes rebeldes vencían, sus comanditarios volverían inmediatamente. Pero en Cataluña, como en la mayor parte de España, la rebelión militar fue evitada. Y los que movían los hilos siguieron en el extranjero.

(...) La elección era ahora, o bien refugiarse tras la facción militar, clericalista, y fascistas, que sabría defender los viejos privilegios por el terror, o bien ponerse bajo la protección de los trabajadores armados dejándoles organizar los sectores inmovi-

⁸ Extraído de A. Souchy, *Colectivizaciones, la obra constructiva de la revolución española*, abril de 1937; reedición de 1965.

lizados de la economía y de los servicios públicos. No hay que decir que la duda era grande en el sector liberal y socialista, de nuevo en el poder con las elecciones de febrero de 1936 tras un bienio de negra reacción; pero la conducta dudosa de los burgueses republicanos, más o menos ávidos de reformas, fue en última instancia rota por la audacia de los elementos extremos.

Era algo enteramente nuevo en España y en el mundo, y que abría una era nueva en la historia. Por vez primera, un pueblo entero se había levantado contra el fascismo. En Alemania y en otros países, el cretinismo parlamentario y la fosilización burocrática del movimiento obrero había favorecido la llegada de la dictadura; en España, la ruptura de los trabajadores con los métodos parlamentarios y la política burguesa, permitió al pueblo entero oponer una resistencia a los generales. Segunda constatación importante: la Revolución española tenía como carácter específico la entrada del país en un período de convulsiones sociales sin que tales innovaciones se hiciesen bajo el signo de la dictadura de un partido. Por el contrario, la transformación comenzó con la participación directa de las grandes masas en el proceso económico, y el peso de las expropiaciones necesarias corrió a cargo de los sindicatos obreros, que determinaron de una manera decisiva la construcción socialista. Desde el punto de vista político, el nuevo orden, elaborado en primera línea en el marco de las posibilidades y de las necesidades de la guerra, tampoco descansaba en la monopolización del poder por un Estado. Estaba basado en la colaboración democrática de grupos antifascistas muy diferentes, frecuentemente incluso diametralmente opuestos entre sí.

Manifiesto de la F. A. I.

El 26 de julio de 1936, el Comité peninsular de la F. A. I. publicó por radio este manifiesto:

¡Pueblo de Barcelona! ¡Trabajadores de todas las organizaciones obreras, de todos los partidos de izquierda unidos en la lucha contra el fascismo! En estos momentos decisivos, en estas horas históricas que viven Barcelona y España entera, la Federación Anarquista Ibérica, que ha derramado su sangre generosamente y que ha sido la fuerza motriz del heroísmo suprahumano que decidió la victoria gracias a los sacrificios de muchas vidas, necesita de nuevo hacer escuchar su voz a las masas que la oyen por radio.

¡Camaradas! Un nuevo esfuerzo y la victoria será nuestra. Debemos mantener esta tensión histórica en que vivimos desde hace siete días. Siendo más fuertes por el furor y el entusiasmo, somos invencibles. La primera columna antifascista marcha victoriosamente sobre Zaragoza. Gritos delirantes de entusiasmo

la acogen. Los hombres de los pueblos liberados se unen a los valientes de Barcelona que van a tomar Zaragoza. El fascismo batido en Zaragoza recibirá un golpe mortal.

La voluntad soberana de las masas que pueden todo cuando, deseosas de triunfar, marchan juntas, debe ser a los ojos del mundo un gran ejemplo. Debe mostrar lo que somos capaces de hacer, lo que queremos, y dar a conocer nuestra resolución y nuestra resistencia, tendrá así una influencia en los destinos del mundo. Comprendemos el instante decisivo que vivimos, y combatimos con serenidad y lealtad al lado de nuestros aliados a los que exigimos la misma lealtad, el mismo sentido de la responsabilidad y la misma voluntad heroica de triunfo, voluntad que nos ha sostenido siempre en las grandes e inolvidables jornadas de Barcelona.

Vosotros que habéis tomado las armas, hombres y mujeres, vosotras, milicias populares animadas del mayor y más ferviente entusiasmo, y vosotros, héroes oscuros que trabajáis en la sombra para asegurar el pan y el material de guerra a los combatientes, vosotros no debéis olvidar que, como dijo Napoleón ante las pirámides, en su frase célebre, «veinte siglos nos contemplan». El mundo entero vigila nuestros actos. Sepamos ser todos una fuerza coordinada, invencible. Seamos a la vez ejemplo de bravura sin igual y de honestidad en todos los planos. ¡Compañeros, a la lucha! ¡Destrocemos completamente a la hidra fascista! El 19 de julio marca el comienzo de una nueva era; la paz del pasado ya no existe. Construiremos en mares de sangre una España nueva. ¡Viva la F.A.I., símbolo de la revolución y emblema del deseo ferviente de libertad! ¡Viva el frente de lucha antifascista!»

El Comité peninsular de la F. A. I.

DURRUTI (1896-1936) Y LA GUERRA LIBERTARIA

BUENAVENTURA DURRUTI¹

Buenaventura Durruti y Domingo, hijo de Santiago, un ferroviario, y de Anastasia, nació el 14 de julio de 1896, en León.

A los cinco años, frecuentó la escuela primaria, y a los nueve el instituto de la calle Misericordia, que dirigía el profesor Ricardo Fanjul. La apreciación que el profesor dio de Durruti al final de sus estudios fue: «Alumno dotado para las letras, disipado, pero de sentimientos nobles.»

A los catorce años, entró como aprendiz en un taller de mecánica, que abandonó a los dieciocho años, tras haber recibido una buena formación que demostró en su primer trabajo en Matallana de Torio, montando lavaderos para la mina. Entró luego en la compañía de ferrocarriles del Norte como mecánico montador. Esto ocurría en 1914, cerca del desencadenamiento de la Primera Guerra Mundial.

Aunque León era un centro de dominación clerical y aristocrática, existía ya en esa ciudad un núcleo obrero del Partido Socialista Español y de la Unión General de Trabajadores. Durruti perteneció a esta última Unión desde el día en que fue asalariado. Su naturaleza rebelde, que le aprestaba siempre a afrontar la injusticia, le valió el ser apreciado siempre por sus compañeros de trabajo y le hizo popular en los centros mineros.

¹ Extraído de una biografía inédita de Durruti, por Abel Paz, con la generosa autorización del autor.

Participaba en las reuniones sindicales, hablaba en los tajos, donde se formó su actividad militante y combativa. En este momento se produjo la huelga revolucionaria del mes de agosto de 1917, que acabó en León con el licenciamiento de los obreros y la represión de los dirigentes. La sección de León de la Confederación Nacional del Trabajo se manifestó igualmente en esta huelga. Durruti fue ganado por la combatividad de estos hombres y entró en esta central sindical, a la que habría de pertenecer en adelante durante toda su vida. Despedido de los talleres de los ferrocarriles, boicoteado por los patronos de León, hubo de exiliarse para residir en Gijón, centro de atracción revolucionaria del norte de España y núcleo de influencia anarcosindicalista de la región de Asturias. Allí, se hizo amigo de Manuel Buenacasa², que le hizo conocer las teorías anarquistas. Tras dos meses de estancia en Gijón, hubo de marchar a Francia, pues, por una parte, le era imposible encontrar trabajo, y, por otra, no se había presentado a hacer el servicio militar, aunque ya tenía los veintiún años.

En París le influyeron tres hombres: Sébastien Faure, Louis Lecoïn y Emile Cottin³. Estos hombres quedaron para siempre unidos a su vida.

Los amigos le enviaban noticias de España. El soplo revolucionario que sacudía Europa le incitó a volver a España a comienzos de 1920. En San Sebastián encontró a Manuel Buenacasa, que era secretario general del sindicato de la construcción de la C. N. T. de esta ciudad. Algunos días después de su llegada, comenzó a trabajar como mecánico, lo que le permitió estrechar su amistad con otros militantes obreros provenientes de Barcelona, Madrid y Zaragoza. Las bases de un grupo anarquista se habían establecido en San Sebastián, y Durruti se adhirió pri-

² Manuel Buenacasa (1886-1964), antiguo seminarista luego obrero, primer secretario general de la C. N. T., director del periódico *Solidaridad obrera*; en 1936, director de la escuela de militantes de la C. N. T. en Barcelona; autor de una *Historia del movimiento obrero español, 1886-1926*.

³ Louis Lecoïn (nacido en 1888), anarquista pacifista y anarcosindicalista francés; secretario de la Federación anarquista francesa en 1912; tuvo un papel en la escisión sindical de 1921; volvió, y abandonó de nuevo la C. G. T. U.; organizó la campaña para tratar de salvar a los anarquistas italianos Sacco y Vanzetti, condenados a muerte y finalmente electrocutados; tomó la defensa de los acivistas españoles Durruti y Ascaso; purgó más de doce años de prisión por insumisión y propaganda antimilitarista; en 1939 editó el manifiesto «Paz inmediata»; en el ocaso de su vida, luchó por los derechos de los objetores de conciencia; editor del mensual *Liberté*. Louis-Emile Cottin (1896-1936), anarquista; siendo muy joven trató de asesinar al presidente del Consejo Georges Clemenceau en 1919. Condenado a muerte, su pena fue conmutada por diez años de reclusión. Cayó durante la revolución española en las filas de las milicias libertarias.

mero al grupo llamado *Los justicieros*. Pero la población de San Sebastián era una población a la que «jamás la pasaba nada», y Durruti decidió cambiar de residencia. Buenacasa le dio una carta de recomendación para Angel Pestaña, por entonces secretario general del Comité nacional de la C.N.T. que estaba en Barcelona.

Se detuvo en Zaragoza, donde reinaba una atmósfera preñada de luchas sociales. El cardenal Soldevilla, con el gobernador de Zaragoza, había hecho venir desde Barcelona a un grupo de asesinos profesionales (los *pistoleros*) para hacer asesinar a los militantes confederales y acabar con la C.N.T. de Zaragoza. La reacción fue violenta, y un grupo de militantes de la C.N.T., entre los que se encontraba Francisco Ascaso⁴, fueron encarcelados en la prisión de los Predicadores, esperando severas condenas. Los obreros de Zaragoza se pusieron en huelga general para pedir la puesta en libertad de los prisioneros. Este acontecimiento coincidió con la llegada a Zaragoza de Durruti y sus amigos. Los prisioneros fueron liberados, mientras que la lucha tomaba nuevas proporciones. En este clima, Durruti, amigo íntimo de Ascaso y de Torres Escartín⁵, decidió en el curso del mes de enero de 1922 ir a vivir a Barcelona.

Barcelona, como Zaragoza, eran en este momento la punta de lanza de la lucha. El «pistolero» se dirigía contra los dirigentes obreros y los abatía en las calles. Frente a este ataque apoyado por los patronos y la policía, los sindicalistas no podían responder más que con los mismos métodos.

La lucha seleccionó a los mejores, y así se creó el nuevo grupo de Durruti que fue llamado esta vez *Los solidarios*. Hombres como García Oliver, Gregorio Sobreviela⁶, etc., se adhirieron a este grupo, que pronto se convirtió en el eje de la lucha contra el gangsterismo y los patronos, gracias a la temeridad de sus

⁴ Francisco Ascaso Abadia (1900-1936), activista libertario, amigo y compañero inseparable de Durruti, muerto en el asalto a la fortaleza de Atarazanas el 20 de julio de 1936.

⁵ José Torres Escartín (1900-1939), activista libertario al que se atribuyó el asesinato del arzobispo Carlos Soldevilla, en Zaragoza, en represalia por el asesinato del gran líder libertario Salvador Seguí por los verdugos del gobierno Martínez Anido. Enloqueció a causa de las torturas de la policía; liberado por la revolución de 1931; fusilado pese a su estado mental por los franquistas.

⁶ Juan García Oliver (nacido en 1897), uno de los líderes activistas de la Federación Anarquista Ibérica; purgó desde 1923 una pena de prisión hasta ser liberado por la revolución de 1931 y la amnistía; se batió en las barricadas del 19 de julio de 1936; organizó en Cataluña las primeras columnas de milicianos y las industrias de guerra; fue ministro de Justicia en el gobierno de Largo Caballero hasta mayo de 1937. Gregorio Sobreviela, obrero metalúrgico, sindicalista anarquista, buscado por la policía a continuación de varios golpes de mano y atentados, asesinado en febrero de 1924.

miembros. El 10 de marzo de 1923, Salvador Seguí⁷, militante muy conocido, gran orador y excelente organizador, fue asesinado. En este tiempo, el anarquismo militante quiso darse una organización más homogénea, y el grupo anarquista *Libre Acuerdo*, de Zaragoza, convocó una conferencia anarquista para el mes de abril en Madrid.

Durruti se presentó en Madrid con la doble misión de asistir a la conferencia y de entrevistarse con los apesados como consecuencia del atentado contra Eduardo Dato⁸ en 1921. Puesto precio a su cabeza, visitó bajo nombre falso al periodista Mauro Bajatierra, que estaba prisionero, inculpado en el sumario Dato. Asistió a la conferencia y fue detenido a la salida, por supuesta actividad ilegal, pero liberado unos días más tarde. El comisario que procedió a su arresto (sin saber su verdadero nombre) recibió una censura del Ministerio del Interior. A continuación de este acto, el jefe de policía de Barcelona hizo observar que «la inexperiencia del comisario madrileño había permitido al terrible individuo Durruti equivocarse a la justicia».

Un Comité nacional revolucionario para la acción insurreccional, se constituyó en Barcelona. Sobrevida fue uno de los miembros de ese comité. Era la época en que la C. N. T. había de hacer frente a innumerables problemas: no tenía dinero, y sus mejores militantes estaban en prisión o eran buscados. El gangsterismo hizo estragos tras la muerte de Seguí, tanto en la capital catalana como en otras. En ese momento, el grupo *Los Solidarios* envió emisarios a varios puntos de la península: Zaragoza, Bilbao, Sevilla, Madrid. Entre los meses de mayo y junio de 1923, hubo una gran agitación nacional. El cardenal Soldevilla fue ejecutado en Zaragoza. A continuación de esta ejecución se abrió proceso contra Francisco Ascaso y Torres Escartín. Sólo el primero pudo huir.

Fernando González Reguerel, ex gobernador de Bilbao, el hombre fuerte del gangsterismo patrimonial, fue ejecutado en León una noche de feria.

La insurrección se preparaba, los hombres estaban dispuestos, pero faltaban armas. El Comité nacional revolucionario había comprado algunas en Bruselas y las había embarcado hacia Marsella, pero eran insuficientes, y por eso, en junio de 1923, Durruti y Ascaso partieron con destino a Bilbao para adquirir una buena cantidad. Lo hicieron en una fábrica de Eibar, por

⁷ Salvador Seguí (1890-1923), catalán, brillante orador, organizador sindicalista y animador cultural; protagonista del «sindicato único» en lugar del sindicato de oficio. Asesinado por los verdugos del gobernador de Cataluña, Martínez Anido, el 10 de marzo de 1923.

⁸ Eduardo Dato, presidente ultrarreaccionario del gobierno español, asesinado por metalúrgicos de la C. N. T. el 8 de marzo de 1921, en Madrid, en represalia por el terror blanco que hacía reinar, en Barcelona, mediando su consentimiento, el gobernador Martínez Anido.

mediación de un ingeniero. La carga estaba destinada a México, pero una vez en alta mar, el capitán del barco debía recibir orden de desviarse hacia el estrecho de Gibraltar y desembarcar las armas en Barcelona, sin llegar a atracar. El tiempo pasó muy deprisa. La fábrica tardaba en enviar lo acordado, y desgraciadamente las armas no llegaron a Barcelona hasta después del golpe de Estado del general Primo de Rivera (septiembre de 1923). Ante la imposibilidad de desembarcar en cargamento, el barco hubo de volver a Bilbao, a fin de devolver las armas a la fábrica.

Gregorio Sobreviela había sido asesinado (...) Ricardo Sanz⁹ estaba en la cárcel con García Oliver. El grupo estaba desmantelado. Gregorio Jover¹⁰, Segundo García, Durruti y Ascaso estaban en libertad, pero era muy peligroso para ellos permanecer en España, y por esto decidieron exiliarse.

Su estancia en Francia no fue demasiado larga, justo el tiempo necesario para poner a punto un plan de propaganda con los militantes italianos, franceses y exiliados rusos, que llegó a producir la Librería Internacional, cuyo papel primordial era el de divulgar obras ideológicas y de combate, así como en tres lenguas (italiano, francés, español). Hacia finales del año 1924, Durruti y Ascaso partieron hacia Cuba (...) Allí comenzaron una campaña de agitación en favor del movimiento revolucionario español. Era la primera vez que Durruti y Ascaso tomaban la palabra en público. Durruti apareció como un tribuno popular. Pronto hubieron de abandonar el país, perseguidos por la policía como agitadores peligrosos, y comenzaron a llevar una vida agitada. Viajaron sin parar, se detuvieron más o menos brevemente en México, Perú, Santiago de Chile, antes de detenerse un poco más en Buenos Aires, donde, pese a todo, estaban en peligro. Partieron para Montevideo (Uruguay), desde donde pudieron embarcarse hacia Cherburgo. Pero una vez en alta mar, el barco fue obligado a cambiar de ruta reiteradas veces. Se le llamó más tarde «el barco fantasma». En definitiva, llegaron a las islas Canarias, donde desembarcaron para tomar otro navío que debía llevarles a Inglaterra. Llegaron clandestinamente a Cherburgo

⁹ Ricardo Sanz (nacido en 1900), obrero de la construcción, organizó en 1922 el grupo activista anarquista «Los Solidarios»; refugiado en Francia, entró en España en 1926, y conspiró contra la dictadura del general Primo de Rivera; aprisionado muchas veces entre 1931 y 1936; en julio de 1936 formó parte del Comité de guerra en el Comité central de milicias; tras la muerte de Durruti, le reemplaza a la cabeza de su columna; autor de diversos libros.

¹⁰ Gregorio Jover (nacido en 1892), organizador sindicalista y activista libertario que tomó parte con Durruti y Ascaso en la tentativa de atentado contra el rey Alfonso XIII en Francia el 14 de julio de 1926; durante la guerra civil, dirigió una columna libertaria en el frente de Aragón.

en abril de 1926. Desde allí, a París, donde habitaron en un hotel de la calle Legendre. Una mañana, al salir de este hotel fueron detenidos por la policía francesa. Razón oficial de este arresto: «Haber montado un complot contra el rey de España Alfonso XIII, que había de visitar la capital francesa el 14 de julio.»

En octubre del mismo año, comparecieron ante la Cámara correccional encargada de quienes llevaban armas clandestinamente, rebelió e infracción a la ley para los extranjeros. En el curso de su proceso, declararon otorgarse «el derecho a trabajar con todas sus fuerzas para combatir el régimen dictatorial que reinaba en España y que, por eso, se proponían apoderarse del rey Alfonso XIII, a fin de provocar la caída de la monarquía en su país.»

La Argentina pidió la extradición de Durruti, Ascaso y Gregorio Jover. Por su parte, España hizo lo mismo, haciéndoles responsables del asesinato del cardenal Soldevilla. El gobierno francés estaba dispuesto a satisfacer a Argentina y a España. La Unión anarquista francesa llevaba entonces una campaña por la liberación de Sacco y Vanzetti, a los que amenaba la silla eléctrica en los Estados Unidos. Otra campaña cuyos animadores eran Louis Lecoin, Ferandel¹¹ y Sébastien Faure, se ocupó también de liberar a los tres anarquistas españoles, que durante este proceso fueron defendidos con ardor por Louis Lecoin. Este último, en efecto, movilizó al mundo político e intelectual francés, así como a la clase obrera. La agitación en París era grande. Varios periódicos mantuvieron la campaña, y en el mes de julio de 1927 los tres anarquistas españoles fueron liberados.

Expulsados de Francia, prohibida su estancia en Bélgica, en Luxemburgo, en Suiza y en Alemania, las fronteras de Italia y de España estaban abiertas para ellos, lo que representaba una muerte cierta, la U. R. S. S. les ofreció asilo, pero en unas condiciones tales, que un anarquista no podía aceptar. No les quedaba más que una solución: engañar a la policía y seguir en Francia. Volvieron, pues, clandestinamente a las cercanías de París. En la clandestinidad, Durruti trabó amistad con el revolucionario ruso Nestor Makhno. Llevaban una vida imposible y trataron en vano de pasar a Alemania; hubieron de permanecer en Francia, más exactamente en Lyon, donde trabajaron con nombre falso. Descubiertos por la policía, fueron arrestados de nuevo durante seis meses. A un periodista que les preguntó qué pensaba hacer el día de su liberación, Durruti le respondió no sin humor: «¡Volveremos a comenzar!»

En otoño de 1928, lograron por fin pasar clandestinamente a Alemania, donde trabaron contacto con Rudolf Rocker y Erich

¹¹ Fernandel, amigo de Lecoin, era el tesorero de los dos comités que llevaban las campañas de opinión anteriormente mencionadas.

Mühsam¹², que trataron de legalizar su situación en tanto que refugiados políticos. Aunque tenían acceso a personas muy influyentes en el medio político, fracasaron. Estaba claro que si Durruti, Ascaso y Jover caían en manos de la policía, serían pronto devueltos a España. En consecuencia, los dos primeros decidieron ir a Bélgica, donde pensaban poder obtener un falso pasaporte y embarcar para México, pero tenían dificultades económicas que confesaron al célebre actor alemán Alexander Granach, gran amigo del poeta Mühsam. Puso a su disposición todo el dinero que tenía. Gracias a esta ayuda, pasaron la frontera, pero no embarcaron hacia México, pues un emisario del Comité nacional de la C. N. T. que vino de España les informó de la caída del régimen.

Los dos amigos tomaron entonces la decisión de permanecer en Bélgica tras haber obtenido documentos falsos. Siguieron en Bruselas hasta el 13 de abril de 1931. Fue la época, en su vida de militantes, en que conocieron una relativa tranquilidad. Aprovecharon para mejorar su formación intelectual y revolucionaria, y para colaborar con el Comité Pro Libertad en que había militantes internacionales como Hugo Treni, Camillo Berneri y Hein Day¹³. A la llegada de la República, Durruti volvió a España. Esta República decepcionó rápidamente las esperanzas. Tuvo lugar un mitin de afirmación revolucionaria el primero de mayo de 1931 en los salones de Bellas Artes de Barcelona. Una manifestación de 100.000 personas desfiló por las calles de Barcelona, llegando hasta el Palacio de la Generalidad, al que querían comunicar sus reivindicaciones: «Libertad para los detenidos y reformas sociales urgentes.» El ejército y la guardia civil disolvieron esta manifestación. Hubo muertos y heridos, pero Durruti convenció a los soldados a que volvieran sus armas contra la guardia civil.

La popularidad de Durruti era muy grande en la península, y su solo nombre aseguraba el éxito de un mitin de la C. N. T. No era, propiamente hablando, un buen orador, pero sabía sub-

¹² Erich Mühsam (1878-1934), poeta revolucionario y anarquista alemán, autor de una «Marsellesa de los consejos obreros»; participó en el gobierno de la República bávara de los Consejos que no duró más que seis días en Munich (7 al 13 de abril de 1919) con Gustav Landauer (1870-1919), escritor anarquista salvajemente asesinado; fue condenado por un tribunal marcial a quince años de arresto, luego amnistiado a finales de laño 1924. Detenido por los nazis el 28 de febrero de 1933 y asesinado por las S. S. en un campo de concentración, en la noche del 9 al 10 de julio de 1934 (cfr. Roland Lewin, *Erich Mühsam*, suplemento del Monde Libertaire, junio de 1968).

¹³ Ugo Treni, pseudónimo de Ugo Fedeli. Hem Day, pseudónimo de Marcel Dieu (1902-1969), periodista anarquista y antifascista belga, fundador de los Cuadernos *Pensée et Action*.

yugar a las masas y evidenciar, con ayuda de ejemplos, la injusticia social.

De abril de 1931 al 19 de julio de 1936, participó en todos los grandes conflictos sociales habidos en España. Fue famoso en los acontecimientos de Figols, y fue deportado a las islas Canarias, a Puerto Cabrera, en la isla de Fuerteventura, donde hubo de permanecer de febrero a septiembre de 1932. Tomó igualmente parte activa en los movimientos revolucionarios de enero de 1933 y fue de nuevo apresado de enero a agosto de ese mismo año. En diciembre de 1933, Durruti participó en el Comité nacional revolucionario, pero, de diciembre de 1933 a julio de 1934, fue de nuevo condenado a la cárcel, en Burgos y Zaragoza, para ser de nuevo enviado a la cárcel del 5 de octubre de 1934 a mediados de 1935. De nuevo fue encarcelado en septiembre de ese mismo año para ser liberado unos días antes de las elecciones de febrero de 1936.

Los trabajos del tercer Congreso de Zaragoza de la C. N. T., congreso al que asistieron setecientos delegados aproximadamente, comenzaron el primero de mayo de 1936. Durruti, así como García Oliver y Francisco Ascaso, pertenecían a la delegación del sindicato del sector textil. Este último congreso fue constructivo: la revolución se acercaba. El Comité nacional de la C. N. T. denunció la conspiración fascista, pero el gobierno elegido por el Frente Popular no supo poner fin al complot de los militares.

Durruti provocó una gigantesca agitación entre los militantes revolucionarios y la clase obrera, de tal modo que el presidente de la Generalitat, Companys¹⁴, solicitó una entrevista con la C. N. T., entrevista en la que se decidió establecer una comisión de enlace entre la C. N. T. y el gobierno de la Generalitat. Durruti y Ascaso participaron en esa comisión, que insistió en armar al pueblo, pero que no obtuvo del gobierno más que buenas palabras. Ante la actitud de los dirigentes, decidiose el asalto a los barcos con mercancías anclados en el puerto de Barcelona, con el fin de tomar algunas docenas de fusiles que se añadieron a las pocas armas que la C. N. T. tenía ya, así como a las que fueron recuperadas en las armerías. Era la única forma de hacer frente a la guarnición de Barcelona, formada por 35.000 soldados.

Las fuerzas facciosas salieron a la calle el 19 de julio a las cinco de la madrugada, y el lunes a medio día, a las cinco de la tarde, García Oliver anunció por Radio Barcelona que el pueblo había vencido al fascismo en el curso de una lucha desigual.

¹⁴ Luis Companys, abogado y animador de un partido pequeño-burgués catalán, la *Esquerra Republicana*; fue abogado de la C. N. T. a la vez que se apoyaba en los pequeños propietarios agrícolas y los aparceros; llegó a ser presidente de la Generalitat de Cataluña en 1936; refugiado en Francia en 1939; fue entregado a Franco por el gobierno de Vichy, y fusilado en Barcelona por los franquistas.

No se había visto nunca desaparecer el poder del Estado con tanta rapidez. En menos de setenta y dos horas, el Estado no existía más que de nombre. Las pocas fuerzas representativas que le quedaban se habían fundido en el pueblo. La C. N. T. y la F. A. I. eran dueñas absolutas de la situación, tanto en Barcelona como en la provincia.

Companyns, presidente de una Generalitat inexistente, hubo de reconocer el hecho y solicitó una entrevista con la C. N. T. y la F. A. I. para la transmisión de poderes (es exactamente la palabra transmisión la que hay que utilizar). De esta entrevista histórica ha quedado un escrito de García Oliver que explica la situación exacta y muestra cómo nació el nuevo órgano de poder llamado Comité central de Milicias.

Una de las primeras medidas tomadas por este Comité fue el organizar una columna que debía ir inmediatamente a la región de Aragón. Esta columna se llamó Durruti-Fargas, pues el comandante Pérez-Farras era el delegado militar, y Durruti el delegado político. El 23 de julio, la columna partió para Lérida con menos hombres de lo que había esperado, pues contaba en principio con 10.000 hombres. Una vez establecido el poder revolucionario de Lérida, la columna se dirigió hacia Caspe antes de llegar a Bujaraloz, lugar estratégico distante unos 30 kilómetros de Zaragoza, donde se instaló. Tomó varios pueblos e hizo retroceder al enemigo.

La «choza» de Bujaraloz donde Durruti instaló su cuartel general llegó a ser un foco de atracción para las personalidades y los periodistas; periodistas, militantes obreros, intelectuales y hombres políticos, tales como Sébastien Faure, Emma Goldman fueron a visitarle allí.

El grupo internacional al que la columna había denominado «Sébastien Faure» contaba en sus filas con personalidades tales como Emile Cottin, muerto en el combate, y Simone Weil¹⁵.

A medida que avanzaba la guerra, el frente de Aragón, por su espíritu libertario, fue cada vez más boicoteado por el gobierno central. Durruti se entrevistó con el Comité central de Milicias que, tras haber sido puesto al corriente de la situación en que se hallaba, le aconsejó ir a Madrid a solicitar armas o divisas. Hacia mediados de septiembre, Durruti se presentó en Madrid para entrevistarse con el socialista Largo Caballero¹⁶, que era a la

¹⁵ Simone Weil (1909-1943), militante y filósofo francesa, trabajó en la casa Renault; combatió en España durante la guerra civil; acabó siendo cristiana y mística, y muerta prematuramente.

¹⁶ Francisco Largo Caballero (1869-1946), de origen obrero, socialista reformista, secretario de la Unión General de Trabajadores; se radicalizó durante la huelga general de Asturias en 1934; presidente del Consejo y ministro de Guerra del 5 de septiembre de 1936 a 15 de mayo de 1937; se le ha denominado, con exageración, el «Lenin español».

vez presidente del Consejo de ministros y ministro de la Guerra, y le aseguró un crédito de 1.800 millones de pesetas para comprar armas y poner en marcha la industria de guerra catalana. Pero el gobierno central no mantuvo su palabra, y el frente de Aragón hubo de luchar contra el enemigo con medios pobres, sin poder tomar Zaragoza, conquista que hubiese sido muy importante.

Ante la ofensiva franquista sobre Madrid, en octubre-noviembre de 1936, el miedo se apoderó de las altas esferas gubernamentales y del alto mando; se creía en la caída de la capital. El gobierno llamó a Durruti, pensando que su prestigio elevaría el nivel de los combatientes. Su columna fue llamada para defender Madrid. Así, para alegría de los habitantes de la capital, Durruti llegó el 12 de noviembre a la cabeza de sus hombres y, sin darle tiempo para descansar siquiera, se le asignó el sector más peligroso. Desde el 12 de noviembre hasta el día de su muerte, no tuvo un momento de reposo.

Hacia las dos del medio día del 19 de noviembre, Durruti recibió en pleno pulmón una «bala perdida» estando frente al hospital Clínico, bastión que dominaba la ciudad universitaria y donde los fascistas se habían atrincherado. Se le llevó con urgencia al hospital de las milicias catalanas instalado en el hotel Ritz. Allí padeció varias intervenciones quirúrgicas antes de morir el día siguiente, 20 de noviembre, a las seis de la mañana.

Para no desmoralizar a los combatientes republicanos ante Madrid, comprometidos en una lucha encarnizada y frontal con los blindados del adversario, en principio se mantuvo en secreto la muerte de quien había llegado a ser el símbolo de la resistencia al fascismo, y su cuerpo fue trasladado clandestinamente a Barcelona. A sus funerales, que tuvieron lugar el 23 de noviembre en la capital catalana, asistieron más de medio millón de personas.

Igualmente, para no elevar la moral de los antifranquistas, el gobierno republicano y la C.N.T. se creyeron obligados a desmentir categóricamente los rumores que comenzaron a correr sobre las oscuras circunstancias de la desaparición de Durruti, y a afirmar que había caído frente al enemigo.

Con el paso de los años, es difícil atenerse a la versión oficial, y el enigma concerniente a esta muerte sigue en pie. Otras tres versiones han corrido:

1) Durruti habría sido matado por militantes anarquistas, pues obligado a combatir en Madrid al lado de los comunistas, habría tenido la tendencia a acercarse más a ellos. Es la hipótesis menos verosímil.

2) Durruti habría sido suprimido por miembros del ala derecha y reformista de la C.N.T., que habrían querido acentuar el compromiso político con las otras fuerzas republicanas para quitar a la lucha todo carácter revolucionario, esto contra la

voluntad de Durruti, partidario de la lucha revolucionaria a ultranza.

3) En fin, Durruti habría sido ejecutado por la Guépéou por orden de Stalin, pues su inmensa popularidad era un obstáculo para las siniestras maquinaciones del Partido Comunista Español.

Es imposible hoy optar objetivamente en favor de tal o cual de estas versiones. Sin embargo, como en todo enigma policial, hay derecho a preguntar, a tratar de encontrar la verdad a partir de la pregunta: ¿a quién podría aprovechar la muerte de Durruti?

*El espíritu de Durruti*¹⁷

La columna Durruti conoció la muerte de Durruti durante la noche, sin muchas palabras. Sacrificar la vida es cosa corriente entre los camaradas de Durruti. Una frase murmurada: «Fue el mejor entre nosotros.» Un grito simultáneamente lanzado en la noche: «Le vengaremos.» He aquí lo que los compañeros experimentaron. La consigna del día fue: «Venganza.»

Durruti había comprendido profundamente la fuerza del trabajo anónimo. Anonimato y comunismo son todo uno. El camarada Durruti actuaba al margen de toda la vanidad de las vedettes de izquierda. Vivía con sus camaradas, luchaba como compañero a su lado. Ejemplo luminoso, nos llenaba de entusiasmo. Nosotros no teníamos general,, pero la pasión por la lucha, la modestia profunda, la entrega entera ante la gran causa de la revolución que brillaban en sus buenos ojos, inundaban nuestros corazones haciéndoles latir al unísono con el suyo, que para nosotros continúa vivo en la montaña. Siempre escucharemos su voz: ¡*Adelante, adelante!* Durruti no era un general, era nuestro camarada. Esto no tiene pompa, pero en nuestra columna proletaria no se explota la revolución, no se hace publicidad. No se busca más que una cosa: la victoria y la revolución.

Las camaradas se reunían en su tienda. El les explicaba la significación de sus medidas y discutía con ellos. Durruti no mandaba, convocaba. Sólo la convicción de lo bien fundado de una medida garantizaba una acción clara y decidida. Entre nosotros, cada cual conocía las razones de su actitud y se identificaba con ella. Y, a causa de ello, cada cual buscará a todo precio el éxito de esta acción. El camarada Durruti nos da ejemplo.

El soldado obedece por un sentimiento de miedo y de inferioridad social, lucha por falta de conciencia. Así lucharon siempre por los intereses de sus adversarios sociales, los capitalistas. Los pobres diablos que luchan en las filas fascistas son un ejemplo

¹⁷ Por Karl Einstein, de la columna Durruti.

¹⁸ Extraído de A. Prudhommeaux, *Catalogne* 36-37. Sobre Prudhommeaux hablaremos más adelante.

de ello. El miliciano lucha ante todo por el proletariado, quiere realizar la victoria de las clases trabajadoras. Los soldados fascistas combaten en favor de una minoría decadente, sus enemigos; el miliciano, por el porvenir de su propia clase. Este último parece ser, pues, más inteligente que el soldado. La columna Durruti es disciplinada por su ideal, y no por la marcha al paso de la oca.

Donde penetra la columna, llega la colectivización. La tierra es dada a la colectividad. De siervos de los caciques que eran, los proletarios agrícolas pasan a ser hombres libres. Se pasa del feudalismo del campo al comunismo libertario. La población es abastecida por la columna en alimentos y vestidos. Dicha columna se incorpora a la comunidad campesina durante su estancia en una localidad.

La revolución impone a la columna una disciplina más severa que podría hacerlo la militarización. Todos se sienten responsables del éxito de la revolución social, que está en el centro de nuestra lucha, y que la determinará tanto en el porvenir como en el pasado. Yo no creo que los generales o el saludo militar nos inculcaran una actitud más conforme con las necesidades actuales. Al decir esto, estoy convencido de que interpreto el pensamiento de Durruti y de los camaradas .

No renegamos de nuestro viejo antimilitarismo, de nuestra sana desconfianza contra el militarismo esquemático que sólo ha proporcionado ventajas a los capitalistas. Es precisamente por favorecer a este esquematismo militarista por lo que se ha impedido la educación de los proletarios, por lo que se les ha mantenido en una inferioridad social; el esquematismo militar debería romper la voluntad y la inteligencia de los proletarios. En fin de cuentas, luchamos contra los generales rebeldes. Esto demuestra por sí mismo el valor dudoso de la disciplina militar.

Nosotros no obedecemos a ningún general, perseguimos la realización de un ideal social que permitirá, al lado de muchas otras innovaciones, precisamente esta educación máxima de la personalidad proletaria. La militarización, por el contrario, fue y sigue siendo un medio favorito de disminución de esta personalidad. Es conocido el espíritu de la columna Durruti, y seguirá siendo la continuadora y defensora de la revolución proletaria. La columna encarna el espíritu de Durruti y de la C. N. T. Durruti continúa viviendo por ella; la columna conservará fielmente su herencia, combatiendo en común con todos los proletarios para la victoria de la revolución. Así es como honramos la memoria de nuestro camarada muerto, Durruti.

La defensa de Madrid (noviembre-diciembre de 1936)

La marcha del Gobierno hacia Valencia fue una cura de verdad para uso de inquietos y apáticos; reemplazó la frase sobre la

unidad y la disciplina por un impulso real de responsabilidad y de iniciativa respondiendo a la llamada del Comité de defensa de Madrid. Todos comprendían que había algo que hacer, para lo cual se contaba con cada cual. Cada uno contaba con que se podía contar con el otro para una resistencia sincera, y en lugar de algunos asaltos de heroísmo oratorio, terminados con brindis de confianza al Gobierno, se dio al trabajo efectivo, el contagio del ejemplo, la entrada en juego de las masas. La marcha de los ministros fue un asesinato.

La llegada de Durruti con cinco mis combatientes catalanes; la proclamación ruda y viril que lanzó por radio, abroncando fuertemente a los ociosos, a los farsantes y a los falsos revolucionarios; la oferta que hizo a cada madrileño de un fusil o de una azada, y la invitación a todos a cavar trincheras y elevar las barricadas, todo ello contribuyó a crear una especie de euforia ardiente y alegre que los comunicados y los discursos mentirosos del Gobierno habrían sido incapaces de suscitar. Hasta entonces, no se había organizado ni la defensa, ni la evacuación de las bocas inútiles por miedo a quebrar la moral. Durruti y el Comité de defensa trataron a los madrileños como hombres, y éstos se condujeron como hombres. La C. N. T., que significaba en Madrid el elemento extremista de la clase obrera, dio ejemplo, movilizándolo a todos sus miembros para crear una brigada de fortificaciones y otras formaciones análogas.

La proclama siguiente fue publicada por el diario madrileño *C. N. T.*:

«La Federación local de los sindicatos únicos de Madrid, cuya responsabilidad está ligada a la suerte de la causa antifascista, ha movilizó ayer lunes a todos los trabajadores controlados por ella a fin de contribuir de forma decisiva a la lucha contra los rebeldes en los alrededores de la capital de la República. Todos los trabajos que no tienen relación directa con la guerra han sido declarado suspendidos, y hoy cuarenta mil trabajadores confederados están en armas en Madrid para prestar ayuda al Gobierno.

»La tentativa fascista se romperá contra una muralla de carne proletaria, si antes no es destrozada por nuestras armas, cada día más poderosas y eficaces. Nuestras filas están ahora limpias de todos los traidores. Es el pueblo quien, en las jornadas de julio, asaltó las madrigueras fascistas por su espontaneidad combativa y su ardor revolucionario. Este espíritu debe permanecer también hoy, esta vez fortalecido por tres meses de lucha, que acabará definitivamente con los traidores. ¡Energía, camaradas, y venceremos!»

La defensa de Madrid llevó a una confrontación de los métodos de lucha federalista y libertarios, con los métodos gubernamentales y estalinistas. Por experiencia, se demostró que el

régimen humano practicado en las filas anarquistas no perjudicaba en nada al valor combativo y a la buena organización de los servicios. Esto llevó a un número bastante grande de proletarios internacionales militarizados a abandonar sus formaciones para ir con Durruti. El deseo de ser tratado como ciudadano consciente, y no como «carne de asar», hizo de las milicias C. N. T. - F. A. I. un polo de atracción para todas las tendencias. Conscientes de su papel de educadores, y sintiéndose los depositarios del alma y del honor revolucionario, los organizadores cenetistas se aformaron en buena parte de sus posiciones en lo concerniente al antimilitarismo y la autodisciplina. Su propaganda, inspirada por el deseo de consolidar las conquistas milicianas en el cuadro del ejército popular, tomó un tinte más libre y revolucionario. Así, una proclama de noviembre dice:

«Conociendo la psicología de nuestro pueblo sabemos que el soldado de la revolución no luchará de manera eficaz si se le convierte en un mecanismo desalmado bajo la rígida disciplina de un código que no habla de derecho ni de deber, sino de obediencia y castigo. Las viejas fórmulas son aquí inaceptables, porque no fueron dictadas por un pueblo que se defiende. Estaban destinadas a dominar al pueblo, a defender a las clases explotadoras que utilizan la fuerza armada para la protección de sus intereses y privilegios.

»El desaparecido ejército español del 19 de julio, cualquiera que haya sido la rigidez de su código militar, no brillaba en modo alguno por su disciplina ni por su valor, ni por su organización. La república burguesa no debe elegir a sus gobernantes ni reconstruir un nuevo ejército, sino que hay que romper con las viejas ideas y las fórmulas sobrepasadas. La revolución proletaria que estamos construyendo no tiene que ir a buscar materiales en los residuos nacionales, políticos, militares o sociales que se oponen a su desarrollo.

»La disciplina revolucionaria ha nacido sobre la base del deber consciente y no de la construcción. El más severo castigo que puede merecer un camarada que se niega a cumplir su tarea en la sociedad revolucionaria proletaria, en el terreno militar o económico es el recibir el desprecio, el aislamiento y, finalmente, la eliminación de una sociedad donde los parásitos no tienen sitio.»

Para terminar, creemos nuestro deber poner ante el lector un documento que resume bastante bien las conclusiones prácticas esperables, tras la discusión de que nos hemos hecho eco. Procede de combatientes alemanes unidos alrededor de la bandera roja y negra de la columna Durruti y representa un programa reivindicativo mínimo para todo revolucionario en los cuadros de una organización militar que está llamada a ser controlada por sus miembros en interés del pueblo:

«Los camaradas alemanes del grupo internacional de la columna Durruti han tomado postura sobre la cuestión de la militarización en general, y particularmente en el seno de la columna. Los camaradas reprochan a las realizaciones actuales de los principios de militarización el haber sido elaboradas en ausencia de todo contacto estrecho con los elementos del frente. Consideran provisionales las medidas tomadas hasta el presente, y las aceptan en ese sentido hasta la creación de un nuevo «código militar» cuyo establecimiento reclaman lo antes posible para poner fin al estado actual de confusión permanente. Los camaradas alemanes proponen la toma en consideración de las siguientes reivindicaciones en la redacción de este nuevo código:

- »1. Supresión del saludo.
- »2. Sueldo igual para todos.
- »3. Libertad de prensa (periódicos en el frente).
- »4. Libertad de discusión.
- »5. Consejo de batallón (tres delegados elegidos por compañía).
- »6. Ningún delegado ejercerá funciones de mando.
- »7. El Consejo de batallón convocará una reunión general de soldados, si están de acuerdo los dos tercios de la compañía.
- »8. Los soldados de cada unidad (regimiento) elegirán una delegación de tres hombres de confianza de la unidad. Estos hombres de confianza podrán convocar en todo momento una asamblea general.
- »9. Uno de ellos será destacado al Estado Mayor (de la brigada) a título de observador.
- »10. Esta estructura debe prolongarse hasta la representación general de los consejos de soldados para el conjunto del ejército.
- »11. El Estado Mayor General debe tener igualmente un representante del consejo general de soldados.
- »12. Consejos de guerra de campaña compuestos exclusivamente por soldados. En caso de acusación contra suboficiales, un oficial estará presente en el consejo de guerra.»

No, Durruti no ha muerto, por Emma Goldman

Durruti, a quien vi hace un mes por última vez, ha muerto luchando en las calles de Madrid.

Conocí a este gran combatiente del movimiento anarquista y revolucionario en España por lo que había leído de él.

Cuando llegué a Barcelona oí muchas anécdotas sobre Durruti y su columna, lo que hizo que yo deseara vivamente ir al frente

de Aragón, donde él era el espíritu dirigente de las valientes milicias que luchaban contra el fascismo.

A la caída de la noche, llegué al Estado mayor de Durruti, completamente agotada por el largo viaje efectuado en coche por un camino accidentado. Algunos minutos con Durruti me sirvieron de gran reconfortamiento, refresco y valor. Hombre musculoso, como cincelado en piedra a martillazos, Durruti representaba netamente la figura más dominante entre los anarquistas que encontré desde mi llegada a España. Su enorme energía me impresionó, y el mismo efecto parecía producir en cuantos le visitaban.

Encontré a Durruti en medio de una verdadera actividad de colmena. Hombres iban y venían, el teléfono sonaba continuamente llamando a Durruti, y a la vez no se interrumpía un formidable ruido que producían los obreros ocupados en la construcción de una armazón de madera para su Estado Mayor.

Al través de esta actividad ruidosa y continua, Durruti estaba sereno y paciente. Me recibió como si me hubiese conocido de toda la vida. La entrevista cordial y calurosa de este hombre resuelto a una lucha a vida o muerte contra el fascismo era para mí algo inesperado.

Había oído hablar mucho de la fuerte personalidad y del prestigio de Durruti en la columna que llevaba su nombre. Tuve la curiosidad de saber por algunos medios, no militares, que había llegado a concentrar diez mil voluntarios sin ninguna experiencia ni entrenamiento. Durruti pareció sorprendido de que yo, vieja militante anarquista, preguntase por ello:

«He sido anarquista toda la vida, me respondió, y espero continuar siéndolo. Por ello considero sería muy desagradable convertirme en general y mandar a mis hombres con la disciplina estúpida del espíritu militar. Estos hombres han llegado a mí por su propia voluntad, dispuestos a dar su vida por nuestra lucha antifascista. Creo, como siempre he creído, en la libertad. La libertad entendida como responsabilidad. Considero indispensable la disciplina, pero ésta debe ser una autodisciplina movida por un ideal común y un fuerte sentimiento de camaradería.» Durruti había captado la confianza y el sentimiento de sus hombres, porque nunca se había considerado superior a ellos. Era uno entre ellos. Comía, dormía, como ellos. Frecuentemente renunciaba a su parte en beneficio de un enfermo o un débil más necesitado que él. Compartía el peligro con ellos en todas las batallas. Este no era más que uno de los secretos del éxito de Durruti con su columna. Sus hombres le adoraban. No sólo sólo obedecían todas sus órdenes, sino que siempre estaban dispuestos a seguirle en la acción más peligrosa para tomar las posiciones fascistas.

Yo llegué la víspera de un ataque que Durruti había planeado para el día siguiente. A la hora indicada, Durruti, como el resto

de sus milicianos, con el fusil a la espalda, abrió la marcha, haciendo retroceder cuatro kilómetros al enemigo y logrando también tomar un número considerable de armas que el enemigo abandonó en su huida. El ejemplo de la simple igualdad moral no era sin duda la única explicación de la influencia de Durruti. Había otra: su gran capacidad para hacer entender a los milicianos la profunda significación de la guerra antifascista, significación que había dominado su vida y que había transmitido al más pobre y al más incapaz.

Durruti me habló de los difíciles problemas que le planteaban sus hombres cuando le pedían un permiso en el momento en que eran más necesarios en el frente. Es evidente que conocían a su dirigente, sus decisiones, su voluntad de hierro. Pero también conocían la simpatía y la gentileza ocultas en su fondo. ¿Cómo resistir cuando los hombres le hablaban de enfermedades y sufrimientos en su hogar, de su padre, de su esposa, de sus hijos?

(...) Nunca quedó indiferente a las necesidades de sus compañeros. Ahora, había entrado en una lucha desesperada contra el fascismo por la defensa de la revolución. Era preciso que todos ocupasen sus puestos. Papel verdaderamente difícil. Escuchaba pacientemente los sufrimientos, buscaba sus causas y proponía los remedios en los casos todos en que un mal moral o un mal físico se apoderaban de su sufriente. Exceso de trabajo, alimentación insuficiente, falta de aire puro, falta de alegría de vivir.

—¿No ves, camarada, que la guerra que tú, que yo y que nosotros sostenemos, es para salvar la revolución, y que la revolución se hace para poner fin a las miserias, a los sufrimientos de los hombres? Debemos batir a nuestro enemigo fascista. Debemos ganar la guerra. Tú eres parte esencial de ella. ¿No lo ves, camarada?

A veces, un camarada se negaba a escuchar tales razones. Insistía en abandonar el frente.

—Muy bien, le decía Durruti, pero te irás a pie, y cuando llegues a tu pueblo todo el mundo sabrá que te ha faltado valor, que has desertado del cumplimiento del deber que tú mismo te habías impuesto.

Estas palabras producían magníficos resultados. El hombre pedía seguir. Nada de severidad militar, nada de constricción, nada de castigo militar para sostener la columna Durruti en el frente. Sólo la gran energía del hombre les empujaba y hacia sentir al unísono con él.

Un gran hombre, el anarquista Durruti. Un predestinado para dirigir, para enseñar. Un afable y cordial camarada. Todo en uno. Y ahora Durruti ha muerto. Su corazón ya no late. Su imponente cuerpo se ha abatido como un árbol gigante. Sin embargo Durruti no ha muerto. Los cientos de miles de personas

que el domingo 22 de noviembre de 1936 dieron su último homenaje a Durruti son testigos.

No. Durruti no ha muerto. El fuego de su espíritu ardiente ilumina a cuantos le conocieron y le amaron. Jamás se apagará. Las masas han tomado ya la antorcha que cayó de las manos de Durruti. La están llevando triunfalmente por el sendero que Durruti iluminó durante muchos años. El sendero que conduce a la cumbre del ideal de Durruti. Este ideal es el anarquismo, la gran pasión de la vida de Durruti, a la que se consagró por entero. A la que fue fiel hasta su último suspiro. ¡No, Durruti no ha muerto!

DURRUTI HABLA ¹⁹

Estoy satisfecho de mi columna. Mis camaradas están bien equipados, y llegado el momento todo funciona como una buena máquina. Con esto no quiero decir que dejen de ser hombres. No; nuestros camaradas en el frente saben por qué y para qué luchan. Se sienten revolucionarios, no luchan por la defensa de nuevas leyes más o menos prometidas, sino por la conquista del mundo, de las fábricas, de los talleres, de los medios de transporte, de su pan, de la nueva cultura. Saben que su vida depende de ese triunfo.

Mi opinión es que nosotros, porque así lo exigen las circunstancias, hacemos la revolución y la guerra al mismo tiempo. Las medidas revolucionarias no se toman únicamente en Barcelona, sino también en las líneas de fuego. En todos los pueblos que tomamos, comenzamos a desarrollar la revolución. Es lo mejor de nuestra guerra y cuando pienso en ello me doy más cuenta de mi responsabilidad. Desde las primeras líneas de fuego, hasta Barcelona, no hay más que combatientes por nuestra causa. Todos trabajan por la guerra y la revolución.

Una de las consignas más importantes reclamadas por la actualidad es la disciplina. Mucho se habla de ella, pero pocos trabajan por ella. Para mí, la disciplina no tiene otra significación que el concepto que se tenga de la responsabilidad. Soy enemigo de la disciplina de cuartel, la que conduce a la brutalidad, al horror y a la acción mecánica. Tampoco reconozco la

¹⁹ Texto extraído de los *Cahiers de terre libre* de André Prudhommeaux y de *Catalogne* 36-37, del mismo, 1937. André Prudhommeaux (1902-1968), escritor y periodista libertario, animador de una librería obrera en París, luego de una imprenta cooperativa en Nimes, ligado al movimiento del comunismo de los consejos alemán, así como al anarcosindicalismo español; ha publicado el periódico *Terre libre*, colección de folletos bajo el título «Cahiers de Terre libre», los primeros números de *L'Espagne antifasciste* (1936), luego *L'Espagne nouvelle* (1937).

consigna errónea de la libertad que no conviene en los momentos actuales de la guerra, y que es el recurso de los blandengues. En nuestra organización, la C. N. T. impone la mejor de las disciplinas. Los confederados admiten y cumplen las decisiones tomadas por los comités, que son propuestas por los camaradas elegidos para aceptar estas cargas de responsabilidad. Durante la guerra, hay que someterse a los delegados que han sido elegidos. Ninguna operación puede hacerse de otro modo. Si sabemos que estamos ante titubeantes, entonces le hablamos a sus conciencias y a su amor propio. De esta manera, sabremos hacer de ellos buenos camaradas.

Estoy satisfecho de los camaradas que me siguen. Espero que también ellos estén contentos de mí. No carecen de nada. Tienen qué comer, qué leer, tienen discusiones revolucionarias. La holgazanería está ausente de nuestras columnas. Se construyen continuamente trincheras.

¡Ganaremos la guerra, camaradas!

*A los obreros rusos*²⁰

Numerosos revolucionarios internacionales, que nos son próximos por el corazón y el pensamiento, viven en Rusia, no en libertad, sino en los aisladores políticos y en las cárceles. Varios de ellos han solicitado venir a combatir al enemigo común en España, en la primera línea de fuego. El proletariado internacional no comprendería que no fueran puestos en libertad; tampoco comprendería que los refuerzos en armas o en hombres que Rusia se dispone, según parece, a enviar a España, sean objeto de un mercadeo que implique una abdicación cualquiera de la libertad de acción de los revolucionarios españoles.

La revolución española debe seguir un curso distinto al de la revolución rusa. No debe desarrollarse según la fórmula «Un partido al poder, los otros a la cárcel», sino que debe hacer triunfar la única fórmula que permita que la unidad del frente no sea un engaño: «Todas las tendencias al trabajo, todas las tendencias al combate, contra el enemigo común. Y el pueblo elegirá el régimen que más le convenga.»

*Ultima alocución*²¹

Si la militarización por la Generalidad se hace para intimidarnos e imponernos una disciplina de hierro, se equivoca, e invitamos a los autores del decreto a venir al frente para que

²⁰ Extraído de A. Prudhommeaux, *op. cit.*

²¹ Extraído del mismo lugar.

se den cuenta de nuestra moral y de nuestra coherencia; luego, las compararemos con la moral y la disciplina de la retaguardia.

MILICIANOS, SÍ. ¡SOLDADOS, JAMAS!²²

Las milicias obreras han tenido un papel determinante en lo que concierne a la acción guerrera antifascista. Han llevado todo el peso de las operaciones. Habrían podido imponer su carácter a la naturaleza misma de las operaciones. La lógica exigía que los cuerpos militares leales se fundaran en la milicia, pero no en la milicia integrada en el ejército. Es esto sin embargo lo que desconocieron las «autoridades» madrileñas y barcelonesas procediendo a tentativas de movilización que iban a inclinar la balanza hacia la indiferencia política y a significar la militarización de las milicias. En Cataluña, esta tentativa de movilización fracasó.

(...) Las calles de Barcelona han sido invadidas por los reclutas de las clases 33-34-35 que, no teniendo ninguna confianza en los oficiales, y estimándose liberadas de la vieja concepción militar del acuartelamiento, se negaban a integrarse en sus cuerpos. Muchos de estos jóvenes se inscribían en las milicias, pero ninguno quería partir ya para Zaragoza. Para exponer su punto de vista, organizaron una gran asamblea que reunía 10.000 entre ellos, en el curso de la cual votaron el siguiente orden del día:

«Nosotros no nos negamos a cumplir nuestro deber cívico y revolucionario. Queremos ir a liberar a nuestros hermanos de Zaragoza. Queremos ser milicianos de la libertad, pero no soldados de uniforme. El ejército se ha erigido en un peligro para el pueblo; sólo las milicias populares protegen las libertades públicas. ¡Milicianos, sí! ¡Soldados jamás!

La C. N. T. hizo suya la causa en Madrid y en la Generalidad catalana. Las declaraciones de los nuevos reclutas se tradujeron pronto en actos: millares vinieron a inscribirse espontáneamente en las milicias. Y la movilización sin distinción de clase o de voluntad revolucionaria fue abandonada en lo concerniente a la lucha «contra los facciosos».

Por otra parte, es preciso que Madrid y Barcelona salgan de su error: no se trata de la simple represión de un movimiento «fascioso». Estamos frente a un fenómeno social, cuya aparición no ha hecho la tentativa fascista más que precipitar. Todos los que quieran oponerse a él serán barridos. Por el contrario, si las esferas dirigentes comprenden su poder y le dejan las manos libres, evitarán males irreparables.

La C. N. T. ha dicho a estos reclutas: «Como no se trata de quitaros el cumplimiento de un deber, nosotros sostendremos

²² *Ibidem.*

vuestro derecho: combatiréis como milicianos, no como soldados.» Solución que aplaudieron los soldados.

Queremos pensar que los gobiernos españoles no les negarán este derecho, que es preciso mantener. Deben saber que un ejército que combate bajo la constricción padece finalmente la derrota, como testimonian los ejércitos de Napoleón, que no evitaron Waterloo, ni la caída del imperio. Los ejércitos de voluntarios tienen tras de sí toda una epopeya, como la de los combatientes de la Revolución francesa.

La C. N. T. sabe que llamando a las armas a los milicianos, nadie desertará, pues la desertión en la lucha sería traición.

¿Ejército regular o milicias libertarias?

Las calles estaban llenas de carteles, banderolas e insignias a finales de agosto, y las improvisadas oficinas de enrolamiento funcionaban a pleno rendimiento. ¿Qué iba a hacerse con estas masas de reclutas de refresco, en el momento en que el fascismo y el antifascismo formaban islotes, zonas neutras, entrelazamientos inextricables de fuerzas, sin ningún frente constituido? ¿Masas compactas para oponerlas a los moros y a los requetés²³ reunidos a toda prisa por Franco? ¿O bien combatientes a la manera revolucionaria de los propagandistas por el hecho insurreccional, guerrilleros, francotiradores?

Los expertos militares estaban divididos. Pero, cosa extraña, los políticos civiles se inclinaban todos por el ejército de masas, temiendo probablemente aparecer insuficientemente imbuidos del espíritu guerrero y demasiado poco conscientes de las «necesidades del momento».

(...) Parecía²⁴ cada vez más necesario preguntarse si el militarismo de los generales facciosos llegaría a imponer sus propias formas de lucha a los revolucionarios españoles o si inversamente nuestros camaradas llegarían a romper el militarismo oponiéndole métodos de acción para la liquidación del frente militar y la extensión a toda España de la revolución social.

Los elementos de éxito de que disponían los fascistas son los siguientes: abundancia de material, rigidez draconiana de la disciplina, organización militar completa y terror ejercido sobre la población con ayuda de las formaciones policiales del fascismo. Estos elementos de éxito se encuentran valorizados por la táctica de la guerra de posición, de frente continuo, con transporte de fuerzas masivas hacia los puntos en que se quiere obtener la

²³ *Requetés*, grupos armados de tradicionalistas navarros, organizados y entrenados para la guerra civil bajo el lema de «Dios, patria y rey».

²⁴ Extraído de *l'Espagne antifasciste*, número 4, reproducido en los *Cahiers de terre libre*, 1937.

decisión. Del lado popular, los elementos de éxito son de orden absolutamente contrario: abundancia de hombres, iniciativa y agresividad apasionada de los individuos y los grupos, simpatía activa del conjunto de las masas trabajadoras de todo el país, arma económica de la huelga y el sabotaje en las regiones ocupadas por los fascistas. La plena utilización de estas fuerzas morales y físicas, en sí mismas muy superiores a las que disponía el adversario, no puede realizarse más que por una lucha generalizada de golpes de mano, emboscadas y guerrillas por todo el país.

La voluntad decidida de ciertos elementos políticos del Frente Popular español es la de combatir el militarismo, oponiéndole una técnica militar del mismo orden, haciendo una guerra «en regla» con grandes cuerpos y ejércitos y concentración de material, decretando la movilización obligatoria, aplicando un plan estratégico bajo un mando único, en suma, copiando más o menos perfectamente al fascismo. Aquí mismo hemos publicado la opinión de camaradas que se han dejado influir por el bolchevismo hasta el punto de reivindicar la creación de un «Ejército Rojo».

Esta actitud nos parece peligrosa desde más de un punto de vista. No hay que olvidar que el Ejército Rojo de los bolcheviques es una creación del tiempo de paz, habiendo sido ante todo la victoria sobre la reacción la obra de los grupos de «revolucionarios» con métodos de lucha análogos a los de la guerrilla española.

En la hora actual, el problema esencial no es el de transformar la milicia, conjunto de revolucionarios aptos para la guerrilla, en un ejército regular con las características de un ejército de oficio. El problema es el de elevar la tecnicidad propia de las formaciones milicianas inspirándose en las concepciones tácticas del grupo de combate y de la escuela de sección, en vigor en los principales ejércitos europeos, y dando a los grupos de combate material apropiado (arma automática, granada de mano y de fusil, etc.). Actuar de otro modo sería esperar la decisión de una batalla napoleónica, cuyos instrumentos en su totalidad están aún por crear en lo que concierne al campo antifascista español. Sería aplazar esta decisión para las calendas griegas, eternizar la posición actual, y en ese caso dejar al azar una victoria que de antemano sería nuestra, si supiéramos utilizar plenamente nuestras armas propias.

Todo parece indicar que la decisión en la lucha que se da en los cuatro rincones de España será de orden moral y no de orden estratégico.

Guardémonos de las maniobras interesadas de los temporizadores y de los compromisarios, que guardan el momento de traicionar al pueblo y reconciliarse con la burguesía, con el solo

fin de aniquilar y apagar para siempre el impulso revolucionario del proletariado.

(...) Diariamente, nuevas levas populares se producen en Barcelona. Los contingentes, tras algunos días de sumaria preparación, reciben su equipaje y dicen adiós a la capital con un desfile en la calle. Durante esta marcha de los voluntarios, se rinden honores en la sede de todas las organizaciones adherentes al Comité de milicias antifascistas y se intercambian vítores entre los camaradas que van a partir y las masas en las ventanas y los balcones.

Cada columna tiene su fisonomía particular, más distinta aún que los emblemas que porta. Los destacamentos comunistas y socialistas se distinguen por una cierta rigidez militar, la presencia de pelotones de caballería y de armas especiales, una formación más masiva, el paso cadencioso, los puños en alto. Las fuerzas del P. O. U. M., las de la policía y las de los catalanistas²⁵ se caracterizan por la belleza y la riqueza de los equipos. Los camaradas de la F. A. I. y de la C. N. T. desfilan sin coros hablados y sin orquesta.

Helos aquí en tres filas separadas, esparcidas, irregulares, agitadas, hombre a hombre, entrecortadas por bruscos remolinos, de longitud interminable. A la cabeza, es una sola línea, el estado mayor de obreros. Se compone de militantes sindicalistas conocidos: en la C. N. T. cada organizador o propagandista se desdobra en un guerrero, un hombre de acción y un combatiente. En Barcelona mismo, los hombres que durante el día controlan la economía del país y se sientan en los sillones dejados vacantes por los banqueros, empuñan por la tarde la pistola o el fusil de miliciano para proceder con sus propias manos a la liquidación de elementos fascistas, numerosos aún en territorio catalán. Ninguna barrera separa, pues, en las filas anarquistas, a los que manejan las ametralladoras y las máquinas de escribir, los de la retaguardia y los del frente. No hay «jefes» profesionales, sino preparadores de hombres que han pagado y pagan cada día con su persona. No hay especialización burocrática, sino militantes completos, revolucionarios de la cabeza a los pies.

Por las largas avenidas, los tres delgados torrentes humanos son acompañados por toda una masa. Al lado de los milicianos con gorro rojo y negro, arma en suspensión, marcha un amigo, un niño, una madre, una hermana, a veces toda una familia de parientes y amigos. Se intercambian saludos, brotan los nombres, las manos se estrechan, los compañeros de taller intercambian un abrazo fraterno, y todo un pueblo invade la columna,

²⁵ P. O. U. M.: Partido Obrero de Unificación Marxista, de tendencia marxista antiestalinista. Catalanistas, miembros de un partido autonomista catalán. P. S. U. C.: Partido Socialista Unificado de Cataluña, estalinista.

llena los intervalos, y la envuelve con el calor de su corazón ardiente.

En el camino de la fila de enmedio, una vieja de cabellos grises se ha parado, y cada hombre que pasa, cada uno de ellos sin distinción, recibirá al pasar el adiós maternal de esta mujer. Cientos y cientos de hombres reciben así el abrazo enérgico y breve, el abrazo torpe y apasionado, el abrazo supremo de una madre desconocida, que reconoce a todos los mozos de la F. A. I. como sus hijos, se entrega un instante a sus brazos, repitiendo un millar de veces el desgarrador segundo de la partida. Entonces, un grito se levanta de estas masas, chasqueando al viento como las alas de las gaviotas: «¡Viva la F. A. I.! ¡Viva la Anarquía!»

Y quien escucha este grito comprende entonces que la U. G. T., la C. N. T., el P. S. U. C., todos los nombres de partidos y de grupos no son sino cosas, consignas, iniciales, pero que la F. A. I. es una mujer: novia, compañera, hermana, hija y madre ideal de todos los que sienten latir su corazón por amor a la libertad.

(...) ¡Lógica de los sentimientos!, se dirá. ¿Pero no es esta la lógica de las revoluciones?

La sección italiana de la columna Ascaso contra la movilización (Monte Pelato, 30 de octubre de 1936)

Los miembros de la «sección italiana» de la columna Ascaso son voluntarios llegados de diversas naciones para contribuir a la causa de la libertad española y universal. Habiendo conocido el decreto promulgado por el Consejo de la Generalidad relativo a la transformación de la constitución de las milicias, reafirman su devoción por la causa que les lleva al frente de combate antifascista y declaran lo que sigue:

1. El decreto en cuestión sólo puede referirse a los que están sometidos a las obligaciones de una movilización emanada de las autoridades que la han promulgado, medida sobre la que nos abstenemos de toda apreciación de principio.

2. Esto nos confirma en la convicción de que el decreto en cuestión no es aplicable a todos. Sin embargo, nos vemos obligados a afirmar con la debida claridad que, en caso de que las autoridades nos consideren como susceptibles de padecer su aplicación, no podríamos sino considerarnos desligados de toda obligación moral y reivindicar nuestra plena libertad de acción, al hallarse disuelto de pleno derecho el pacto constitutivo de la sección misma.

Intervención de un delegado de la Columna de Hierro en el pleno regional de Valencia (aprobada por la columna y reproducida por su órgano *Línea de Fuego* el 17 de noviembre de 1936, en el frente de Teruel):

La Columna de Hierro pide que la comisión de informadores no se ocupe de la estructura de las milicias de la C. N. T.

La Columna de Hierro debe exponer su estructura, su organización interna. A este efecto, la discusión debe versar sobre diversos puntos. Primero, sobre el de la militarización, pues hay un decreto del Gobierno que prevé la militarización de todas las columnas, y hay camaradas que creen que la militarización lo arregla todo.

Nosotros decimos que no arregla nada.

Frente a los caporales, sargentos y oficiales salidos de las academias, totalmente ignorantes a veces de los problemas de la guerra, presentamos nuestra organización, no aceptamos la estructura militar. La Columna de Hierro y todas las columnas de la C. N. T. y de la F. A. I., y lo mismo otras que no son confederales, no han aceptado la disciplina militar.

¿Mando único o coordinación?

En una moción presentada y aprobada en una reunión de Valencia por la C. N. T., la F. A. I., la Columna de Hierro, etc., y en la que se consideró necesaria la creación de un organismo de enlace entre las fuerzas que luchan en Teruel y en otros sitios, se pidió la constitución de comités de guerra y de comités de columna, para formar por vía de delegación el comité de operaciones, compuesto por dos delegados civiles y un técnico general militar como asesor, por cada columna, y por el delegado de guerra del comité ejecutivo popular, que debe servir de enlace entre las columnas de Teruel y las de otros frentes.

Es decir, que nosotros, que estamos contra lo que se llama mando único, propagamos con el ejemplo y la práctica la coordinación de todas las fuerzas que luchan. No podemos aceptar un estado mayor, un ministro que no conozca prácticamente la situación del terreno, que jamás haya ido al campo de batalla, que ignore todo de la mentalidad de los hombres que manda (ignorancia a veces extensible también a la técnica militar), nos dirige desde un despacho, y nos da órdenes, la mayoría de las veces insensatas. Y como nosotros nos hemos tenido que someter casi siempre a las órdenes del mando militar, de las delegaciones de guerra y del estado mayor, debemos protestar y pedir la destitución del ya mentado estado mayor de Valencia. Mientras le hemos obedecido, la desorientación era tan grande que no sabíamos nada de la situación de los otros frentes, ni de la actividad de las otras columnas, padecíamos bombardeos sin poder saber de dónde venían. Por esto proponemos la creación de un comité de operaciones, compuesto por representantes directos de las columnas, y no, como quieren los marxistas, de represen-

tantes de cada central de organización; queremos representantés que conozcan bien el terreno y sepan dónde ir.

La comisión de comités de guerra es aceptada por todas las milicias confederales. Partimos del individuo y formamos grupos de diez, que entre sí realizan las pequeñas operaciones. La reunión de diez grupos forma una centuria, que nombra un delegado para representarla. Treinta centurias forman una columna, que está dirigida por el comité de guerra en que los delegados de centurias tienen voz.

Otro punto es el de la coordinación de todos los frentes. Esta se realizará por los comités constituidos por dos delegados civiles, un delegado militar como asesor, además de la delegación del comité ejecutivo popular. Así, aunque cada columna conserva su libertad de acción, llegamos a la coordinación de fuerzas, que no es lo mismo que la unidad de mando.

Los marxistas y los republicanos no querían eso, porque decían que las columnas no tienen que discutir y que todos deben respetar lo que ordena el estado mayor. De este modo, más vale un fracaso con el estado mayor, que cincuenta victorias con cincuenta comités.

¿Jerarquía militar o federalismo?

En cuanto a la militarización, queremos admitir que los militares, toda su vida dados al estudio de las tácticas guerreras, están más preparados que nosotros. Por consiguiente, aceptamos sus consejos, su colaboración. En nuestra columna por ejemplo, el elemento militar en que confiamos trabaja de concierto con nosotros, y juntos coordinamos nuestros esfuerzos; pero si se nos militariza lo único que ocurrirá será el pasar de una estructura federalista a una disciplina cuartelaria, lo que nosotros precisamente no queremos.

Se habla igualmente de milicias amalgamadas. Pensamos que la agrupación por afinidades deberá prevalecer mañana como hoy. Que los individuos se agrupen siguiendo sus ideas y su temperamento. Que los que piensan de tal o cual manera unan sus esfuerzos para realizar la meta común. Si se forman columnas de forma heterogénea, no se llegará a ningún resultado práctico.

Es decir, que no renunciamos en modo alguno a la independencia de las columnas y no queremos sujetarnos a ningún mando gubernamental. Luchamos para abatir primero el fascismo, luego por nuestro ideal, que es la anarquía. Nuestra acción no debe tender a reforzar el Estado, sino a destruirle progresivamente, a hacer inútil el gobierno.

No aceptamos nada que vaya contra nuestras ideas anarquistas, que son una realidad, dado que no se puede actuar de modo distinto a como se piensa.

Proponemos, pues, que se acepte nuestra organización de grupos, centurias o comités de columna y comités de guerra, formados por elementos militares y civiles, para establecer la coordinación de todas las milicias que luchan en los diversos frentes, con el estado mayor central.

La falta de material

Ultimo punto de la discusión es la falta de material bélico. Hasta ahora nuestras columnas han sido abastecidas débilmente por el Estado. Por ejemplo, en la columna que yo represento, de los tres mil hombres que la componen, podemos decir que sólo unos mil fusiles han sido proporcionados por el Estado, habiendo debido procurarnos los demás por nosotros mismos, de los que el 80 por 100 han sido tomados al enemigo. Es decir, que el Estado, el gobierno, los organismos oficiales se desinteresan de la cuestión de armar y dotar a estas columnas del material necesario. Es un problema que debió resolver la organización, pero del que en Valencia²⁶ se han preocupado muy poco. La organización debe velar para que nada falte.

Se ha dicho también que la disciplina evita la desmoralización, la desertión. Esto no es cierto. El valor y el miedo dependen de numerosas circunstancias, pues el mismo individuo puede tener miedo en una situación y comportarse como un verdadero héroe en otra. Da igual con disciplina o sin ella, pues está comprobado que los que son militarizados son los primeros en huir; y cuando se presenta el peligro, el individuo, sea anarquista, marxista o republicano, es presa del mismo instinto de conservación y huye o avanza.

El problema del sueldo

He aquí ahora otro problema, cuya solución, creemos, incumbe a la organización. La comisión de informadores dice que los milicianos deben depender económicamente del Estado. A esto debemos responder que al comienzo las columnas de la Confederación se formaron de manera espontánea y partieron hacia el frente. Nadie se ocupaba del sueldo, porque los pueblos donde residían estos combatientes asistían a las familias, que así tenían su existencia asegurada; pero llegó un momento en que los

²⁶ Valencia, entonces sede del gobierno central republicano, que había tenido que abandonar Madrid.

pueblos dejaron de abastecer a las familias y las reclamaciones comenzaron. Siempre hemos sido hostiles al sueldo de diez pesetas, porque el individuo se habituaba a vivir de las armas, y a hacer de ellas una profesión. Este temor estaba justificado, pues muchos de nuestros camaradas han sido, por decirlo así, corrompidos. Nosotros decimos que si los sindicatos pueden subvenir a las necesidades de las familias, renunciaremos a las diez pesetas y no queremos tocar nada; en caso contrario, seguiremos recibiendo como hasta ahora.

El sindicato único de Segorbe debe decirnos que, como aceptamos las conclusiones adoptadas por él, está completamente de acuerdo con la estructura de las Columnas de Hierro, Torres-Benedito y número 23. Segorbe, que es la zona de concentración y de movilización, reconoce que esta estructura de las milicias es necesaria, pues puede juzgar de ella mejor que la mayoría de las delegaciones que asisten al pleno, pues, además, tiene como delegado en nuestro pleno a una camarada que ha pasado más de un mes en la Columna de Hierro, colaborando con la organización de los puestos de avanzada.

Y, en este sentido, nos reímos de esa unidad de mando, de esa militarización que se pretende realizar en nuestras columnas confederales, y nos reímos porque, como decía muy bien un camarada de la Columna de Hierro, nosotros tenemos ya nuestra estructura y nuestra unidad de mando, sin recurrir a la militarización. Y la tenemos porque somos los primeros y los mejores de la región de Levante que nos hemos alzado contra el fascismo, habiendo sabido evitar que el fascismo tomara (primero en Segorbe, luego en Valencia) esta región; y como somos los primeros, tenemos el derecho a hablar y a informar al pleno de cómo funciona la Columna de Hierro.

El miliciano, individuo consciente

Mi predecesor en esta tribuna ha hablado de la estructura. Yo quiero desarrollar ahora la cuestión. ¿Será más eficaz una unidad de mando absoluto que decide de la función que el individuo debe asumir en la guerra, que las convicciones de este individuo?

Yo os digo: quienes insurgen contra la Columna de Hierro porque dicen hacer la revolución que vosotros no sabéis hacer, no saben lo que dicen.

El simple miliciano viene a la Columna porque sabe hallar en ella una unidad moral, revolucionaria e intelectual. Por esto nosotros, que hemos sido los primeros en ir al campo de batalla, no podemos permitir que ahora el marxismo y la democracia burguesa, como ayer la reacción, traten de aniquilar lo mejor

del campo revolucionario, es decir, la mies anarquista y revolucionaria.

Por ello tampoco podemos aceptar el mando único, porque los militares no han sabido más que permanecer en la retaguardia. Y nosotros, que hemos admirado la moral de nuestros hermanos confederados, que sabemos que hay entre ellos elementos que valen cien veces más que los militarizados, no queremos trabas, no queremos que se invoque aquí esa mentira de que sin unidad de mando no puede ganarse la guerra.

Las prácticas de los partidos políticos del antiguo régimen que quieren crear la unidad de mando para darla a sus ejércitos rojos, para crear una dictadura tan fatal como la precedente, ponen la revolución en peligro. No podemos consentir esto, y debo decir, a tal efecto, que este pleno en su totalidad, desgraciadamente mal orientado por el comité regional, está desarrollándose en un ambiente netamente reformista y político, y por esto tienen que escuchar nuestra débil voz, porque, si no, más tarde pagaremos todos las consecuencias de nuestro planteamiento.

Para terminar, abordamos un problema espinoso y ardiente, que en su época hizo correr olas de palabras y de tinta, y que aún hoy suscita duras discusiones.

La participación de los anarquistas en los dos gobiernos republicanos, el gobierno central republicano y el gobierno regional autónomo de Cataluña, en el marco del «frente único antifascista», es, en efecto, uno de los talones de Aquiles del anarquismo ibérico.

A la vez, los anarquistas «puros» y los marxistas no estalinistas hicieron, y siguen haciendo retrospectivamente, duras críticas a los anarcosindicalistas por haber lanzado por la borda sus principios. ¿Pero no se coloca esta crítica un poco en la pura abstracción? ¿No abstrae demasiado del contexto de la guerra civil que, a cualquier precio, debía ganar la revolución española si quería sobrevivir?

—¡No! Era precisamente —rearguyen los intransigentes— la integración en los mecanismos gubernamentales republicanos, cada vez más copados por los estalinistas, lo que comprometió la supervivencia de la revolución española.

Hay ahí mucho tema para debate.

En primer lugar, la posición de principio rigurosa enunciada por los libertarios españoles en el umbral de la revolución, y que parte de una implacable acusación de los gobiernos «antifascistas» de coalición.

Luego, la laboriosa tentativa de justificar un brusco y sorprendente giro.

Más adelante, la violenta diatriba de Camilo Berneri, el anarquista italiano llegado para unirse a las filas de la revolución española, poco antes de ser asesinado, dirigida a Federica Montseny, entonces ministro del gobierno central.

Por fin, y para concluir, la autocrítica realizada casi treinta años después del acontecimiento por parte de Federica Montseny, especialmente escrita para la presente antología.

La inutilidad del gobierno¹ (Manifiesto adoptado por la C. N. T.)

«Los países ricos son aquellos en donde se es extraordinariamente pobre.» Esta frase de un economista burgués expresa bien los contrastes de nuestra sociedad, en la cual la fuerza de las naciones está hecha de la debilidad y de la miseria de la mayoría. Del mismo modo podría decirse: son los pueblos débiles los que hacen fuertes a los gobiernos.

La existencia de un gobierno de Frente Popular, muy lejos de ser un elemento imprescindible en la lucha antifascista, corresponde en realidad a una limitación voluntaria de esta misma lucha. Es inútil recordar que frente a los preparativos del putsch fascista, los gobiernos de la Generalidad y de Madrid no han hecho absolutamente nada, utilizando toda su actividad en cubrir los apañios de los que estaban destinados a ser, tarde o temprano, el instrumento, inconsciente o no.

La guerra de España es una guerra social. El papel de un Estado moderador, basado sobre el equilibrio y la conservación de las clases, no podría ser un papel activo en esta lucha en que los fundamentos mismos del Estado se encuentran cada día zapados. Es, pues, exacto decir que la existencia del gobierno del Frente Popular en España no es otra cosa que el reflejo de un compromiso entre las masas populares y el capitalismo internacional.

Por la fuerza misma de las cosas, este compromiso, que no tiene más que un valor transitorio, tendrá que ceder su puesto a las reivindicaciones y al programa completo de la revolución social. Entonces desaparecerá el papel de negociadores que realizan actualmente los republicanos y liberales de Barcelona, Valencia y Madrid.

La idea de reemplazar estos gobiernos débiles, guardianes de los bancos y de las propiedades de la finanza extranjera en España, por un gobierno fuerte basado en una ideología y una organización política «revolucionaria», sólo podría de hecho suspender y liquidar la actividad autónoma de las masas trabajadoras en armas, suspender y liquidar la revolución.

¹ *Solidaridad obrera*, verano de 1936.

Se trataría, si el marxismo tomase el poder, más que de una autolimitación de la acción popular por astuto oportunismo. El «Estado» «obrero», creado para durar, se propone como tarea inmediata el canalizar y absorber la totalidad de las fuerzas hoy en libertad en el campo del proletariado y el campesinado. El Estado «obrero» es el punto final de todo progreso revolucionario, el comienzo de una nueva esclavitud política.

Coordinar las fuerzas del frente antifascista, organizar el aprovisionamiento en municiones y víveres a gran escala, colectivizar a este fin todas las empresas de interés vital para el pueblo, tales son evidentemente las tareas de hoy. Han sido realizadas hasta aquí por una vía no gubernamental, no centralista, no militarista. Hay que continuar por ella. Los sindicatos de la C. N. T. y de la U. G. T. encuentran en ello el empleo de sus fuerzas, la mejor utilización de sus competencias. Por el contrario, la instalación de un gobierno de coalición, con sus luchas de mayoría y minoría, su burocratización de las élites, las guerra fratricida entre las tendencias rivales, todo ello es más que inútil para nuestra tarea liberadora en España. Sería el desfundamiento rápido de nuestra capacidad de acción, de nuestra voluntad de unión, el comienzo de una ruina fatal frente al enemigo omnipresente.

Esperamos que los trabajadores españoles y extranjeros comprenderán la justeza de las decisiones tomadas en este sentido por la C. N. T. y por la F. A. I. La aniquilación del Estado es el objeto final del socialismo. Los hechos han demostrado que a ello se llega prácticamente por la liquidación del Estado burgués, reducido a la asfixia gracias a la expropiación económica y no por la disolución espontánea de una burocracia «socialista».

Los ejemplos español y ruso son testigos de ello.

Una tentativa de justificación

(Empero, unas semanas después, a mediados de septiembre, la C. N. T. invertía su posición. En nombre de la «lucha antifascista», creyó deber reclamar del presidente del consejo de gobierno central español, Largo Caballero, la constitución de un «consejo nacional de defensa» de quince miembros, de los que cinco iban a ser suyos. De ahí a la participación ministerial no había más que un paso, que los anarcosindicalistas dieron aceptando a fin de cuentas carteras ministeriales en los dos gobiernos, el de la Generalidad de Cataluña, primero, y luego el poder central. Vamos a ver cómo la C. N. T. trató de justificar más adelante este cambio.)

Han pasado dos meses desde que la C. N. T. reivindicara su participación en la dirección de los asuntos de España. Consi-

deramos que era necesario crear un nuevo organismo, y en vista de ello sugerimos la creación de un consejo nacional de defensa. Hemos renunciado a nuestra idea, con el sincero deseo de limpiar de obstáculos el camino, obstáculos que motivaban nuestra oposición. Una vez más, transigimos, no por cálculo político, sino para realizar la unidad necesaria para vencer.

No es hora de darse a especulaciones, ni de pararse en menudencias. Hay que resaltar sobre todo que las tareas del nuevo gobierno no son las mismas del gobierno de ayer. Y, aunque las carteras obtenidas por la C. N. T. carezcan de importancia, su sola presencia en el Ministerio debe modificar su actitud y su acción. Hay que dirigir la atención a los dos grandes problemas actuales: vencer en la guerra y consolidar la reconstrucción económica, de tal suerte que la nueva España sea provista de todo lo necesario para vivir. No hay gobierno viable que no cuide alcanzar ambos objetivos.

Se habló del gobierno precedente como del gobierno de la victoria. La realidad demostró que no fue así. Al contrario, las cosas fueron de mal en peor. Hoy, la experiencia no debe repetirse. Allí donde los ministros que asumieron el 19 de julio la dirección fracasaron, allí deben vencer los de hoy. Y para eso es necesario que cuantos figuren en el nuevo gobierno se despojen de sus preferencias o concepciones de partido, para actuar movidos por un solo pensamiento: vencer. Si esta colaboración franca y desinteresada se realiza, si sólo las necesidades de la guerra y la satisfacción de las necesidades de la población civil dictan toda la acción de cada uno, entonces, pronto, la victoria nos sonreirá.

Hay dos problemas: vencer al fascismo y evitar privaciones a la España revolucionaria. Tales son los objetivos. Para vencerlos, que todos obren en colaboración leal y desinteresada.

La C. N. T., el gobierno y el Estado

La entrada de la C. N. T. en el gobierno central es uno de los hechos más trascendentales que registra la historia política de nuestro país. Desde siempre, por principio y convicción, la C. N. T. ha sido antiestatal y enemiga de toda forma de gobierno. Pero las circunstancias, casi siempre más fuertes que la voluntad humana, que ésta determina, sin embargo, han desfigurado la naturaleza del gobierno y del Estado español.

Actualmente, el gobierno, como instrumento regulador de los órganos del Estado, ha dejado de ser una fuerza de opresión contra la clase obrera, así como el Estado, que no representa ya al organismo que divide la sociedad en clases. Y con la intervención en éstos de elementos de la C. N. T., el Estado y el gobierno dejarán aún más de oprimir al pueblo.

Se reducirán las funciones del Estado, de acuerdo con las organizaciones obreras, a la de regularizar la marcha de la vida social y económica del país. Y el gobierno sólo se preocupará de llevar bien la guerra y de coordinar la obra revolucionaria siguiendo un plan conjunto.

Nuestras camaradas llevarán al gobierno la voluntad colectiva o mayoritaria de las masas obreras, reunidas previamente en grandes asambleas generales. No serán abogados de criterios personales, sino sólo de las decisiones tomadas libremente por cientos de miles de obreros organizados en la C.N.T. Una fatalidad histórica pesa sobre todas las cosas, y esta fatalidad la acepta la C.N.T. para servir al país, ganando rápidamente la guerra e impidiendo toda desviación de la revolución popular.

Tenemos la certeza absoluta de que nuestros camaradas, elegidos para representar a la C.N.T. en el gobierno, sabrán cumplir su deber y la misión que se les ha encomendado. En ellos no se deben ver individuos, sino a la organización que representan. No son gobernantes ni estadistas, sino combatientes y revolucionarios al servicio del triunfo antifascista. Y ese triunfo será tanto más pronto y completo cuanto mayor sea el apoyo que nosotros le prestemos.

La entrada de la C.N.T. en el gobierno

Los sindicalistas españoles están llamados a tomar parte en la dirección del país. Esta nueva fase de la lucha contra el fascismo, y el desarrollo del movimiento sindicalista y anarquista español, no debe ser considerada solamente desde el punto de vista doctrinal. Son los anarquistas y los sindicalistas quienes el 19 de julio, a la cabeza del movimiento revolucionario, marcharon al encuentro de los generales fascistas. La creación de las milicias antifascistas y la colectivización de la industria de Cataluña² son principalmente obra de la C.N.T.-F.A.I.

Durante algún tiempo hubo dos clases de gobierno; por un lado, la Generalidad; por otro, el Comité de las milicias antifascistas y el Consejo económico. Pronto se vio que esta dualidad no podía subsistir. Entonces surgió el Consejo General de la Generalidad, compuesto por todas las organizaciones antifascistas. En Cataluña, Levante y Aragón, donde los sindicalistas y los anarquistas representan más de la mitad de las fuerzas antifascistas, el fascismo fue completamente barrido, mientras que en los distritos donde predominaban los socialistas demócratas y otros partidos, la lucha no fue tan feliz.

En Madrid, los sindicalistas son minoría. Sin embargo, su influencia ha aumentado en este último tiempo. Desde hace más

² Ya hemos hablado de las colectivizaciones catalanas.

de dos meses, la C.N.T. ha exigido la disolución del gobierno y la creación de un consejo nacional de defensa, con una participación igual de la C.N.T. y de la U.G.T. Largo Caballero no quería dejarse quitar el poder. Quería ser el Lenin de España. Su política tendía al debilitamiento del frente de lucha antifascista. El reparto de armas a los diferentes partidos y organizaciones se efectuó con parcialidad, y la necesidad de unidad en la conducta ante la guerra se hacía sentir cada vez con mayor necesidad.

No ser más que soldados de la revolución, dejar actuar como generales a los comunistas y socialistas, tal proceder no podía satisfacer a los sindicalistas y los anarquistas. También ellos tenían el derecho a hacerse escuchar en las deliberaciones nacionales sobre la prosecución de la guerra. Era esto lo que significaba la petición de la C.N.T. respecto a la creación de un consejo nacional de defensa. Caballero no quería abdicar nada de su poder. Sin embargo, la situación militar en Madrid era cada día más crítica. La unidad en la dirección de la lucha no era posible más que si la C.N.T. era llamada a compartir esa dirección.

En carteles pegados por la C.N.T. en toda España podía leerse: «Dos millones de asociados; 50.000 soldados en el frente; más de 2.000 organizaciones locales; Cataluña, Levante y Aragón en manos de la C.N.T.» Esta poderosa participación pedía la participación en la lucha antifascista. Un consejo regional de defensa, compuesto en gran medida por partidarios de la C.N.T., se formó en Aragón. Entonces, el gobierno de Madrid se vio obligado a atender la petición de la C.N.T. Cuatro sindicalistas entraron en el Consejo de Ministros. Es un comienzo. La C.N.T. tiene derecho a un número mayor, pero no es hora para que luchen los partidos.

La opinión contraria (carta abierta a Federica Montseny, por Camillo Berneri³, abril de 1937)

Querida camarada:

Tenía la intención de dirigirme a todos vosotros, camaradas ministros, pero una vez la pluma en la mano, me he deridido

³ Camillo Berneri (1897-1937), nativo de Lodi, Italia, debutó en las Juventudes socialistas que abandonó públicamente hacia 1915 para pasar al movimiento anarquista. Exilado bajo el régimen mussoliniano, fue expulsado de numerosos países, y conoció las cárceles de media Europa. En Alemania, contactó con los anarcosindicalistas. Ante la noticia de la revolución española, partió inmediatamente para ella, en la que participó en primera línea. Fundó en Barcelona el diario *Guerra di clasi*, algunos de cuyos artículos han sido reeditados bajo el título «Guerre de classes en Espagne», en los *Cahiers de terre libre* de abril.

espontáneamente a ti sola, y no he querido contrariar este impulso instintivo.

No te asombre ni te irrite que no esté siempre de acuerdo contigo; tú misma te has mostrado siempre cordialmente olvidada de críticas que hubiera sido casi siempre equitativo, por humano, el considerar como injustas y excesivas. No es ello una pequeña cualidad a mis ojos, y da prueba de la naturaleza anarquista de tu espíritu. Es una certidumbre que compensa eficazmente, por mi amistad bien entendida, las particularidades ideológicas que has manifestado frecuentemente en tus artículos de un estilo tan personal y en tus discursos de una elocuencia admirable.

No he podido aceptar con calma la identidad por ti establecida entre el anarquismo bakuninista y el republicanismo federalista de Pi i Margall⁴. No te perdono haber escrito que «en Rusia no fue Lenin el verdadero constructor de Rusia, sino Stalin, espíritu realizador, etc.». Y he aplaudido la respuesta de Volin en *Terre Libre* a tus afirmaciones completamente inexactas sobre el movimiento anarquista ruso.

Pero no quiero hablarte de esto. De eso y otras cosas espero hablarte un día directamente. Si me dirijo a ti públicamente es a propósito de cosas infinitamente más graves, para recordarte responsabilidades enormes, de las que acaso no te das cuenta a causa de tu modestia.

En tu discurso del 3 de enero (1937), decías: «Los anarquistas han entrado en el gobierno para evitar que la revolución se desvíe y para proseguirla más allá de la guerra, e incluso para oponerse a toda eventualidad de tentativa dictatorial, viniese de donde viniese.»

Pues bien, camarada, en abril, después de tres meses de experiencia colaboracionista, nos encontramos en presencia de una situación en el curso de la cual se producen hechos graves, mientras que otros peores aún se apuntan ya.

Allí donde, como en el País Vasco, Levante y Castilla, nuestro movimiento no está impuesto por fuerzas de base, dicho de otro modo, por grandes cuadros sindicales y por la adhesión preponderante de las masas, la contrarrevolución oprime y amenaza con aplastarlo todo. El gobierno está en Valencia, y de allí parten los guardias de asalto destinados a desarmar los nú-

mayo de 1938. No escatimó sus críticas contra la participación gubernamental de los anarquistas. Detenido por la policía a las órdenes de los estalinistas el 5 de mayo de 1937 en el curso de las sangrientas jornadas de Barcelona. Fue sacado de la prisión y abatido a tiros de pistola.

⁴ En enero de 1937, en una conferencia pública en Barcelona, Federica Montseny había hecho el elogio del regionalismo de Francisco Pi i Margall (1821-1901), discípulo de Proudhon, lo que le valió los reproches de Gaston Leval, análogos a los de Camilo Berneri.

cleos revolucionarios formados para la defensa. Se evoca a Casas Viejas⁵, pensando en Vilanesa⁶. Son los guardias civiles y los guardias de asalto quienes conservan las armas; son aún ellos quienes, en retaguardia, deben controlar a los «incontrolables», dicho de otro modo, desarmar a los núcleos revolucionarios provistos de algunos fusiles y de algunos revólveres. Esto pasa mientras que el frente interior no está liquidado. Esto se produce en el curso de una guerra civil en la cual todas las sorpresas son posibles, y en regiones donde el frente más próximo, extremadamente disperso, no es matemáticamente cierto. Eso, mientras aparece con evidencia una distribución política de las armas tendente a no armar sino lo estrictamente necesario («estrictamente necesario» que, deseamos, sea suficiente) del frente de Aragón, escolta armada de la colectivización agraria en Aragón y contrafuerte de Cataluña, esta Ucrania ibérica. Estás en un gobierno que ha ofrecido a Francia e Inglaterra preeminencias respecto a Marruecos, mientras que, desde julio de 1936, hubiera sido necesario proclamar oficialmente la autonomía política marroquí⁷. Me imagino que tú, anarquista, debes pensar en este asunto tan innoble como estúpido, pero creo que ha llegado la hora de hacer saber que tú y los otros ministros anarquistas no estáis de acuerdo en cuanto a la naturaleza y el tenor de semejantes proposiciones.

El 24 de octubre de 1936 escribí yo en *Guerra di Classes*: «La base de la operación del ejército fascista es Marruecos. Hay que intensificar la propaganda en favor de la autonomía marroquí en todo el sector de influencia panislámica. Hay que imponer a Madrid declaraciones sin equívoco anunciando el abandono de Marruecos y la protección de la autonomía marroquí. Francia mira con preocupación la posibilidad de repercusiones insurreccionales en Africa del Norte y Siria; Inglaterra ve reforzarse las agitaciones autonomistas egipcias y las de los árabes de Palestina. Hay que explotar semejantes asuntos a través de una política que amenaza con desencadenar la revuelta en el mundo islámico. Para una política semejante, hace falta dinero, y la urgencia de enviar emisarios agitadores y organizadores a todos los centros de la emigración árabe, a todas las zonas fronterizas del Marruecos francés. En los frentes de Aragón, del Centro,

⁵ En 1933 los obreros de Casas Viejas se apoderaron de esta ciudad, y proclamaron en ella el comunismo libertario. Los guardias civiles reprimieron salvajemente esta insurrección.

⁶ Vilanesa, pequeña localidad española donde varios militantes de la C. N. T. fueron masacrados después de que su local sindical fuera saqueado.

⁷ El gobierno republicano había adoptado una posición imperialista al negarse a descolonizar el Marruecos español, lo que permitió a Franco utilizar los soldados marroquíes contra la República española.

de Asturias y de Andalucía, algunos marroquíes bastan para funcionar como propagandistas (por radio, octavillas, etc.).»

No hay que decir que no pueden garantizarse simultáneamente los intereses ingleses y franceses en Marruecos, y hacer labor de insurrección. Valencia continúa la política de Madrid. Esto debe cambiar. Y para cambiarlo, hay que decir clara y fuertemente todo el pensamiento propio, pues en Valencia hay tendencia a pactar con Franco.

Jean Zyromski⁸ escribió en *Le Populaire* del 3 de marzo: «Son visibles las maniobras tendentes a la conclusión de una paz que en realidad bastaría no sólo para detener la revolución española, sino incluso la anulación de las conquistas sociales realizadas. «Ni Caballero ni Franco», tal sería formulada sumariamente una concepción que existe, y que no estoy seguro de que no cuente con el apoyo de ciertos ambientes políticos, diplomáticos e incluso gubernamentales en Inglaterra y en Francia.»

Estas tendencias, estas maniobras, explican diferentes puntos oscuros; por ejemplo, la inactividad de la flota de guerra lealista. La concentración de fuerzas proveniente de Marruecos, la piratería del *Canarias* y del *Baleares*⁹ la toma de Málaga, son las consecuencias de esta inactividad. ¡Y la guerra no se ha terminado! Si Prieto está ligado por una política que le hace paralizar la flota, ¿por qué no denunciar esta política?

Vosotros, anarquistas ministros, tenéis discursos elocuentes y escribís artículos brillantes, pero la guerra no se gana con discursos y artículos, ni se defiende así la revolución. Esta se gana y aquélla se defiende, permitiendo pasar de la defensiva a la ofensiva. La estrategia de posición no puede eternizarse. El problema no puede resolverse lanzando consignas como movilización general, armas para el pueblo, mando único, ejército popular, etc. El problema se resuelve realizando inmediatamente lo que puede ser realizado.

La *Dépêche de Toulouse* del 17 de enero de 1937, escribía: «La gran preocupación del Ministerio del Interior es restablecer la autoridad del Estado sobre la de los grupos y sobre la de los incontrolables de toda provincia.»

Aunque durante meses se trate de «aniquilar» los «incontrolables» no se puede resolver el problema de la liquidación de la

⁸ Jean Zyromski (nacido en 1890), líder de la izquierda del partido socialista S. F. I. O., hoy miembro del P. C. F.

⁹ Se trata de dos cruceros franquistas que bombardearon Málaga a comienzos de febrero de 1937. El *Baleares* fue echado a pique por la flota republicana el 6 de marzo. El *Canarias*, que ya había bombardeado Gerona y Tarragona, hizo numerosas víctimas tras la caída de Málaga, al abrir fuego sobre el camino de la costa por el que los fugitivos trataban de ganar la España republicana.

¹⁰ Indalecio Prieto (1883-1962), ministro socialista de la República española, muerto en México.

«quinta columna». La supresión del frente interior tiene como condición primera una actividad de investigación y de represión que sólo pueden realizar probados revolucionarios. Una política interior de colaboración entre las clases y de dulzarronería con las clases medias conduce inevitablemente a la tolerancia con los elementos políticamente equivocados. La «quinta columna»¹¹ está constituida no sólo por los elementos pertenecientes a formaciones fascistas, sino también por todos los descontentos que deseen una república moderada. Ahora bien, son estos últimos elementos los que aprovechan la tolerancia de los cazadores de «incontrolables».

La liquidación del frente interior estaba condicionada por una actividad amplia y radical de los comités de defensa constituidos por la C. N. T. y la U. G. T.

Asistimos a la penetración en los cuadros dirigentes del ejército popular de elementos equívocos que no ofrecen garantías de una organización política y sindical. Los comités y los delegados políticos de las milicias ejercían un control salutífero que, hoy, se ha debilitado por el predominio de los sistemas de promoción y ascenso estrictamente militares. Hay que renunciar a la autoridad de estos comités y estos delegados.

Asistimos al hecho nuevo, y de posibles consecuencias desastrosas, de que batallones enteros son mandados por oficiales que no gozan de la estima y del afecto de los milicianos. Esto es grave, pues el valor de la mayoría de estos milicianos es directamente proporcional a la confianza de que goza su propio mando. Es, por tanto, necesario restablecer la elegibilidad directa y el derecho de destitución por parte de la base.

Se ha cometido un grave error al aceptar las fórmulas autoritarias, no por serlo desde el punto de vista de la forma, sino por encerrar enormes errores y fines políticos que no tenían nada que ver con las necesidades de la guerra.

He tenido ocasión de hablar a oficiales superiores italianos, franceses y belgas y he constatado que éstos muestran tener de las necesidades reales de la disciplina una concepción mucho más moderna y racional que la de ciertos neogenerales que pretenden ser realistas.

Creo que ha llegado la hora de constituir el ejército confederal, como el partido socialista ha constituido su propia tropa, el quinto regimiento de milicias populares. Creo que ha llegado la hora de resolver el problema del mando realizado efectivamente la unidad de mando que permita pasar a la ofensiva en el frente de Aragón. Creo que ha llegado la hora de acabar con los millares de guardias civiles y de guardias de asalto que

¹¹ Quinta Columna, nombre dado por la prensa española al conjunto de las organizaciones fascistas que existían a espaldas del frente republicano.

no van al frente porque sirven para controlar a los «incontrolables». Creo que ha llegado la hora de crear una seria industria de guerra. Y creo que ha llegado la hora de acabar con ciertas bizarrerías flagrantes, como las del respeto al descanso dominical y ciertos «derechos obreros» que sabotean la defensa de la revolución.

Ante todo, hay que mantener elevado el espíritu de los combatientes. Luigi Bertoni¹², interpretando los sentimientos expresados por diferentes camaradas italianos combatientes en el frente de Huesca, escribía no hace mucho: «La guerra de España, despojada así de toda fe nueva, de toda idea de transformación social, de toda grandeza revolucionaria, de todo sentido universal, no es más que una vulgar guerra de independencia nacional para evitar el exterminio que se propone la plutocracia mundial. Es una terrible cuestión de vida o muerte, pero no una guerra de afirmación de un nuevo régimen y de una nueva humanidad. Se dirá que todo no está aún perdido, pero en realidad todo está amenazado; los nuestros hablan un lenguaje de perdedores, lo mismo que el socialismo italiano ante el avance del fascismo: «¡Cuidado con las provocaciones! ¡Calma y serenidad! ¡Orden y disciplina!» Todas estas cosas se reducen prácticamente al dejar-hacer. Y así como en Italia el fascismo acabó por triunfar, el antisocialismo con hábito republicano no podrá sino vencer, a menos que se produzcan acontecimientos que escapen a nuestras presiones. Es inútil añadir que estas cosas las constatamos, sin condenar a los nuestros, pues no sabríamos cómo habría de ser diferente y eficaz su conducta mientras la presión italo-alemana arrecia sobre el frente y la de los bolchevico-burgueses crece en retaguardia.»

Yo no tengo la modestia de Luis Bertoni. Tengo la pretensión de afirmar que los anarquistas españoles podrían tener una línea política diferente de la prevalente; capitalizando lo que sé de las diversas grandes revoluciones recientes y lo que leo en la prensa libertaria española misma, pretendo poder aconsejar algunas líneas de conducta.

Creo que tú debes plantear el problema de saber si defiendes mejor la revolución, si contribuyes más a la lucha contra el fascismo, participando en el gobierno, o si no serías infinitamente más útil llevando la antorcha de tu palabra magnífica entre los combatientes y la retaguardia.

Ha llegado también la hora de aclarar el significado unitario que puede tener nuestra participación en el gobierno. Hay que hablar a las masas, preguntarlas si Marcel Cachin³ tiene razón

¹² Luigi Bertoni (1872-1947), anarquista italiano que se había puesto al servicio de la revolución española.

¹³ Marcel Cachin (1896-1958), ex socialdemócrata, uno de los fundadores del P. C. F., estalinista hasta el final de su vida.

cuando declara en *l'Humanité* del 23 de marzo: «Los responsables anarquistas multiplican sus esfuerzos unitarios y sus llamamientos son cada vez más entendidos.»

O si tienen razón *Pravda* y las *Izvestia* cuando calumnian a los anarquistas españoles tratándoles de saboteadores de la unidad.

Hay que llamar a la masa a juzgar la complicidad moral y política de la prensa anarquista española en cuanto a los delitos dictatoriales de Stalin, a las persecuciones contra los anarquistas rusos, a los monstruosos juicios contra la oposición leninista y trotskysta, silencio compensado con mérito por las difamaciones de los *Izvestia* contra *Solidaridad Obrera*.

Hay que dejar que las masas juzguen si ciertas maniobras de sabotaje del avituallamiento no entran en el plan anunciado el 17 de diciembre de 1936 por *Pravda*, cuando decía: «En cuanto a Cataluña, ha comenzado la depuración de elementos sindicalistas anarquistas y trotskystas, obra que será conducida con la misma energía que en la U. R. S. S.»

Ha llegado la hora de saber si los anarquistas están en el gobierno como vestales de un fuego a punto de extinguirse, o sólo para servir de gorro frigio a políticos que flirtean con el enemigo o con las fuerzas de restauración de la «república de todas las clases». El problema se plantea en la evidencia de una crisis que sobrepasa a los hombres que son sus personajes representativos.

El dilema guerra o revolución no tiene sentido. El único dilema es éste: o la victoria sobre Franco gracias a la guerra revolucionaria, o el desastre.

El problema para ti y los demás camaradas es el de elegir entre el Versalles de Thiers y el París de la Comuna, antes de que Thiers y Bismarck hagan la unión sagrada. A ti te toca responder, pues tú eres «la luz bajo el celemín».

Camilo Berneri.

*La C. N. T., censurada a escala internacional*³⁴.

(París, 11 al 13 de junio de 1937)

Tras haber escuchado los informes de la A. I. T.¹⁵ de la delegación de la C. N. T. y las explicaciones y notas de los delegados de las centrales sobre los últimos acontecimientos de España y sobre sus consecuencias, el pleno extraordinario de la A. I. T., reunido en París los días 11, 12 y 13 de junio, constata:

1. Que los recientes acontecimientos de Barcelona buscaban quitar a la C. N. T. el control de las empresas y de las fronteras

¹⁴ Editado por Pierre Besnard, secretario de la A. I. T.

¹⁵ Asociación Internacional de Trabajadores, internacional anarcosindicalista, aún existente.

y expulsarla de sus locales y de los puestos importantes que ocupa, exterminar a sus militantes e impedir la revolución social, estrangulándola.

2. Que esta acción concertada desde hacía largos meses entre ciertos miembros del gobierno de Valencia y de Barcelona, en los que la C. N. T. participaba por el canal de sus representantes, forma parte de un plan concebido por los partidos políticos inspirados por el Partido Comunista español ejecutando las órdenes del gobierno soviético.

3. Que este plan tiene carácter internacional y sirve a los intereses capitalistas angloamericanos de los que la diplomacia franco-anglo-rusa se ha adueñado desde el comienzo de la revolución y, sucesivamente, por medio de la no-intervención, el bloqueo, el control terrestre y naval y la mediación.

4. Que la mediación hoy rechazada por el gobierno de Valencia por razones de oportunidad tiende a una paz blanca, a un entendimiento de las fuerzas políticas adversas bajo la égida de Francia y de Inglaterra en orden a la restauración oficialmente aceptada por ese mismo gobierno de Valencia de una república «democrática y parlamentaria» que todos coinciden en considerar como profundamente sobrepasada por los hechos.

El pleno declara, en consecuencia:

a) Que la guerra desencadenada por una contrarrevolución militar y fascista debe tener cada vez más el carácter de una empresa de liberación total del proletariado español y, por lo mismo, sólo puede ser revolucionaria.

b) Que la salvación de la revolución social debe ser más que nunca la preocupación dominante y esencial de la C. N. T.

c) Que la admiración por el valor invencible de las masas obreras y campesinas de España y particularmente de las organizadas bajo las banderas de la C. N. T. sigue intacta pese a todas las vicisitudes de la lucha desigual.

d) Que la solidaridad del proletariado revolucionario de todos los países, unida en el seno de la A. I. T., hostil al marxismo bajo todas sus formas, sigue siendo la misma que en el pasado, pues la socialdemocracia reformista, así como el bolchevismo dictatorial de la escuela estalinista o de la trotskysta con todas sus ramificaciones o subdivisiones, tales como el P. S. U. C. o el P. O. U. M., son igualmente nefastos y peligrosos para la realización de la revolución.

e) Que la guerra revolucionaria, junto con la transformación social, debería excluir por parte de la C. N. T. toda participación directa o todo entendimiento indirecto con el gobierno de Valencia y de Barcelona exigiría el abandono por la C. N. T. de todas las concesiones políticas, económicas y doctrinales hechas a estos gobiernos con el fin de mantener intacto un frente supuestamente antifascista compuesto por sectores que nego-

cian con el enemigo de clase, afin de liquidar la guerra y estrangular la revolución; considera que la retirada oficial de la C.N.T. del frente antifascista se impone cada vez más, dejándola, sin embargo, el derecho a aceptar o proponer acuerdos circunstanciales con los elementos sinceramente antifascistas de ese frente, deseosos de ver acabar la guerra por una revolución emancipadora del proletariado español dirigida contra el fascismo, así como contra la supuesta democracia republicana.

Sin querer imponer a la C.N.T. una línea de conducta que pudiera resultar para ella momentáneamente inaceptable, el pleno extraordinario está convencido de que la C.N.T. seguirá fiel a los principios y doctrinas enunciadas por la A.I.T. y efectuará, tan pronto como lo permita el ambiente, el giro que imponen los acontecimientos, estrechamente ligado a la existencia misma de la C.N.T. y a la salvación de la revolución social en España y en otros países.

La A.I.T., por su parte, adopta el compromiso de continuar apoyando con más fuerza y cohesión que nunca, materialmente y por medio de la acción, a la revolución española. El pleno da en consecuencia mandato al secretariado de la A.I.T. para que estudie con toda urgencia y de común acuerdo con las centrales afiliadas y simpatizantes, los medios para intensificar la propaganda de la revolución española, aumentar la ayuda a nuestros camaradas de la C.N.T. y preparar la eventualidad, en todo el país, de huelgas generales de solidaridad con el proletariado español en revolución. Los deberes más inmediatos de la A.I.T. son:

1. La organización de una campaña sistemática contra los Estados fascistas y democráticos que intervienen directa o indirectamente en la lucha de España con el fin de estrangular la revolución proletaria.

2. La puesta en práctica de decisiones anteriores del Congreso de la A.I.T., a fin de elaborar, en el más breve plazo posible, un plan internacional de reconstrucción económica al que la experiencia española daría indicaciones muy preciosas.

El pleno pide a la vez al secretariado de la A.I.T. que comunique a la C.N.T., en cada ocasión propicia, el sentir de la A.I.T. en todo acontecimiento importante que pudiera desarrollarse en España.

Una puesta a punto de Federica Montseny

(No damos, ciertamente, la palabra a Federica Montseny para tratar de justificar sus posiciones pasadas, sino por escrúpulo democrático y porque le es debido el derecho de réplica.)

Es algo controversible la participación de la C.N.T. durante la guerra y la revolución en España. Cuando se vuelve a hablar

de ella después de más de treinta años, es siempre para dar los juicios más implacables, sin tratar de informarse, de comprender, de explicar, por nada del mundo. Se enarbola la crítica, y se lapida a los hombres, y sobre todo a la mujer, que fueron llevados, por la fuerza de las cosas, a ocuparse de los puestos gubernamentales.

En 1937, Camillo Berneri, Emma Goldman y Sébastien Faure plantearon ya el problema. Otros, como Rudolf Rocker y Max Nettlau, se abstuvieron de juzgar, confiando en nosotros. Acaso hay que aclarar ciertos puntos para que cada cual comprenda y juzgue a continuación.

Ante todo, hay que colocarse en el contexto de la época, ver las cosas, no desde el punto de vista de unos anteojos que duran ya treinta años, sino pensando en la situación de la C. N. T. y del movimiento libertario en 1936.

Todo comienza el día en que hay que transformar los comités de milicias antifascistas de Barcelona, primer organismo de la revolución, en el que se hallan reunidas todas las fuerzas, políticas y sindicales, en el Consejo de la Generalidad (de Cataluña). ¿Era esto realmente necesario? El problema en todo caso se plantea en el seno mismo del Comité. Se discute durante noches enteras en reuniones y plenos. Todos los hombres, la mayoría en representación de los sindicatos y de los grupos anarquistas, están presentes. Decidir continuar solos el Comité de las milicias es elegir romper el frente antifascista y hacer frente a la situación solos. ¿Era eso lo que había que hacer? Acaso. En aquel momento, sin embargo, la mayoría, consciente de las consecuencias que el aislamiento y esa especie de golpe de Estado implicarían para el porvenir, decide lo contrario. La participación en los organismos que van a reconstituir el Estado comienza a partir de aquel momento.

Para comprender aún esto, habría que recordar el abandono en que nos dejaron las organizaciones del mundo entero, las maniobras de las demás fuerzas políticas, el chantaje que ya ejercía el Partido Comunista, fuerte por la ayuda rusa, la única, junto con la de México, que llegó a una España desarmada ante una Junta de Burgos que recibía armas, hombres y dinero de Italia y de Alemania.

Se camufló esta primera participación gubernamental, transformando el gobierno catalán en un «Consejo de la Generalidad», y llamando consejeros a los que, en verdad, eran ministros. Se buscaron excusas, delegando allí como representantes de la C. N. T., a hombres poco conocidos, miembros recientemente afiliados a la Confederación, como Fábregas. Pero el primer paso ya estaba dado.

Luego, cuando Largo Caballero constituyó su primer gobierno «de guerra», haciendo entrar a dos comunistas e invitando a la C. N. T. a unírseles, fue el drama y el pánico. La sombra de

Kronstadt, de la Ukrania libertaria aplastada, se perfilaba. Se tergiversó el asunto, inventando un «Consejo nacional de defensa». Largo caballero no quería escuchar nada. Según él, frente a la Junta de Burgos, no se podían perder los triunfos que representaba internacionalmente, la existencia de un gobierno legal de una República que el pueblo español se había dado democráticamente.

Se convocó un nuevo pleno. Pese a la posición favorable a la entrada en el gobierno Caballero, de quien era en la época secretario general de la C. N. T., Horacio Martínez Prieto, no se hizo nada sin reunir de nuevo a la organización en un pleno de ramas regionales. Se decidió insistir para contentarse con participar en el Consejo nacional de defensa. Pero Largo Caballero se obstinó.

Si la C. N. T. y la F. A. I. eran mayoritarias en Cataluña, en Valencia, en Andalucía, las fuerzas, por el contrario, estaban bastante repartidas en el Centro, en Asturias, en el País Vasco. Los socialistas disponían de sólidas organizaciones, y los comunistas, gracias siempre al apoyo ruso y a la apertura hacia las fuerzas de derecha, aparecían como punta de flecha.

Usando el voto de confianza que el pleno le había dado, y convencido de que no había otra solución, Horacio Martínez Prieto comenzó entonces conversaciones con Caballero en orden a la entrada de la C. N. T. en un gobierno que ya estaba constituido.

Se buscaron hombres que representaran las dos tendencias de la C. N. T.: López y Peiró. Discutimos fuerte. Acabamos por aceptar. En el punto en que estábamos, todo escrúpulo parecía una «cabriola», era tratado como «deserción»: creímos que no había que endosar a los otros solamente responsabilidades que debían ser compartidas por todos.

El resto es conocido. Hubimos de aceptar puestos de jefes de cuerpo de ejército, de jefes de policía, de directores de prisión, de comisarios políticos, etc. ¿Estábamos llevados por la ambición, por la sed de poder? No. Nadie en aquel momento se preocupaba por su porvenir personal. Pero se buscaban apariencias de justificación. No se puede hoy ojear sin desazón ni arrobamiento las colecciones de *Solidaridad Obrera* y de *C. N. T.* en favor de la militarización.

Pese a todo lo que hicieron los hombres de la C. N. T.-F. A. I., multiplicándose, estando presentes por doquier, la cosa se deterioraba día a día. Entonces dije: «No se puede estar a la vez en la calle y en el gobierno.» Nosotros estábamos en el gobierno, pero la calle se nos escapaba. Habíamos perdido la confianza de los trabajadores y la unidad del movimiento se había desmoronado.

El día en que, tras los acontecimientos de mayo de 1937 en Barcelona, golpe montado en todos sus extremos por los agentes

rusos que buscaban un pretexto para exterminar el movimiento anarquista en España como lo había sido en Rusia, abandonamos el gobierno Caballero, ese día mi alivio personal y, supongo, el de los otros, fue inmenso.

Sin embargo, la guerra estaba virtualmente perdida; la revolución, también. Respecto a la línea a seguir en el curso de los últimos meses, las discusiones nos dividían. Había camaradas que eran de la misma opinión que los republicanos, y que creían que había que encontrar una salida ante la catástrofe final. Otros, por el contrario, pedían combatir hasta el fin, incluso sin esperanza. Juan Negrín¹⁵ animaba este espíritu de ir hasta el final, afirmando que estallaría una guerra mundial antes de fin de año. ¿Era sincero? En todo caso, Mariano R. Vázquez, entonces secretario general de la C.N.T., tenía el mismo propósito. Y con él, la mayoría de los camaradas. Aunque hubiésemos permanecido en pie hasta el mes de septiembre de 1939, la guerra, de todas maneras, estaba allí. ¿Hubieran cambiado las cosas para nosotros? Considerando la manera en que Hitler ganó los primeros combates, teniendo en cuenta la fulminante invasión de Francia, que llegó hasta los Pirineos en algunos días, puede dudarse de ello.

A partir del momento en que se perdió la guerra, y que se exilió la mayoría de los militantes, el enderezamiento moral de la C.N.T. comenzó. Un gran número de camaradas, en la Francia ocupada y algunos meses después en Africa del Norte liberada, denunciaron con fuerza el desviacionismo político de los que pensaban que había que continuar la colaboración con todas las fuerzas antifascistas, e incluso en los gobiernos que pudieran crearse en el exilio. Eran numerosos los colaboracionistas; en el pleno de Muret, en 1944, fue incluso adoptada una moción en semejante sentido.

Sin embargo, al permitir la Liberación las discusiones libres, así como la organización de grupos de la C.N.T. en toda Francia, pronto los que eran partidarios de cerrar un período juzgado desventurado, en el curso del cual los principios y las tácticas que habían inspirado a la C.N.T. desde su creación se habían lastimado seriamente, se hicieron cada vez más numerosos.

En el congreso de las federaciones locales de París, el 1 de mayo de 1945, tras ocho horas de debates apasionados, una primera batalla se ganó por parte de los adversarios de la participación política. Nosotros hicimos nuestra autocrítica. Yo misma, delegada por las federaciones locales de Bessières, hablé largamente de lo que había sido mi experiencia personal, de la

¹⁵ Juan Negrín (1889-1956), profesor de medicina, socialista de derecha, compañero de camino de los estalinistas, primero ministro de Finanzas, sucedió a Largo Caballero el 17 de mayo de 1937 a la cabeza del Gobierno de la República; ministro de Guerra después de abril de 1938; muerto en el exilio en Londres.

inutilidad de nuestra participación gubernamental, declarando que de esta prueba mis convicciones habían salido fortalecidas. El hecho de haber sido ministro y de tomar netamente una posición «antirreformista», según la expresión de la época, me transformó en uno de los abanderados de lo que los «reformistas» llamaban «los clásicos».

Largas luchas y numerosas peripecias debían llenar los años de exilio. Cuando el comité nacional de la C.N.T. de España (clandestino) decidió a finales de 1945, contra la opinión mayoritaria del exilio, enviar dos ministros al gobierno Giral, Leiva, que venía de España, y Horacio Martínez Prieto, presidente de Orléans, el ala reformista se separó del movimiento libertario-C.N.T. en el exilio. Los partidarios de la colaboración, minoritarios en Francia, eran tal vez por entonces aún mayoritarios en el interior de nuestro país.

Pero con el curso del tiempo y con las desilusiones que abrían los ojos de quienes creían aún en la posibilidad de actuar en el marco de un gobierno en el exilio, nuestra causa ganó adeptos cada día. Nuestro movimiento definió con claridad su pensamiento. En el Congreso de Tolouse de 1947 se adoptó una moción por unanimidad, pues los «reformistas» de la oposición habían consumado ya la escisión. Esto cerraba definitivamente la puerta a la participación política en cualquier gobierno posible.

He aquí algunos extractos:

Declaración de principios:

El Congreso (...), reunido en Toulouse el 20 de octubre de 1947 y días siguientes:

Considera que todas las experiencias vividas y todos los acontecimientos que se han producido en el mundo en el curso de los últimos años no hacen más que confirmar la vía seguida desde 1870 por el proletariado organizado bajo las consignas de la Primera Internacional.

Considera que todas las concesiones hechas al Estado no han significado más que una consolidación de éste, y que toda aceptación, incluso provisional, del principio de autoridad, representa una pérdida efectiva de posiciones, e implica la renuncia a fines integralmente liberadores.

(...) Considera que las experiencias de la guerra y de la revolución en España han confirmado el valor permanente de los esfuerzos emprendidos bajo el impulso popular y la revalorización, por la fuerza de las cosas, de las tácticas de acción directa, antiestatal y revolucionaria.

(...) En razón de todo lo que precede, el Congreso declara:

Que ratifica los principios y las tácticas de acción directa antiestatal y revolucionaria, consustanciales al anarquismo y al anarcosindicalismo.

(...) Que todo poder constituido sobre el principio del Estado político y económico, cualquiera que sea su nombre y cualesquiera que sean los partidos y organizaciones que le apoyen, no es más que uno de los múltiples rostros de la autoridad.

(...) Que nuestro movimiento tiene como meta final la implantación del comunismo libertario, sin ninguna etapa de transición, y con las tácticas conformes a nuestros principios (...).

Creo sinceramente que el caso de la C.N.T. española es un caso único en la historia de todos los movimientos obreros y políticos mundiales. Tras un corrimiento hacia la política, tras una experiencia gubernamental, en la que algunos se embarcaron, y hasta se perdieron para siempre, una aplastante mayoría ha vuelto a las fuentes, vacunada para siempre contra toda veleidat política, convencida de que solamente la acción directa de los trabajadores puede conducir a la transformación social que libera al hombre y que suprime la sociedad de clases. Honestamente, sinceramente, todos los que pasaron por puestos de dirección militar, administrativa, política, salieron de ellos descorazonados y más opuestos que nunca al Estado.

Alguien se preguntará tal vez:

—¿Hubiera sido lo mismo si hubiéramos ganado la guerra? Si la República hubiese triunfado sobre el franquismo, ¿cuál hubiera sido el efecto de nuestra participación en el gobierno?

—Si nosotros hubiéramos ganado la guerra, la revolución hubiera seguido su curso. Nada ni nadie hubiera impedido que lo que había comenzado el 19 de julio por la mayoría del pueblo se desarrollase y llegase a su fin. Probablemente, es ésta la razón por la cual la guerra debía perderse y la revolución ser asesinada.



Proyecto de difusión Anarquista. Digitalización de libros.



Página de Anarquismos: <https://www.facebook.com/MemoriaAnarquista/>
Anarquismos (Grupo) <https://www.facebook.com/groups/622257124542759/>



Página de Anarquismos y Naturaleza:

<https://www.facebook.com/Anarquismos-y-Naturaleza-153594621922513/>

Naturaleza y Anarquismo (Grupo)

<https://www.facebook.com/groups/293812827692957/>



Instagram: Anarquismos14 <https://www.instagram.com/anarquismos14/>

Twitter @Anarquismos14

Las antologías del anarquismo no son fáciles ni, por esta misma razón, numerosas. Podemos afirmar, y así ha sido corroborado por muchos, que NI DIOS NI AMO es, sin lugar a dudas, la más completa y elaborada de todas. La sucesión de los textos —en su gran mayoría inéditos hasta el presente en lengua castellana— así como los comentarios biográficos e históricos que aparecen en cada capítulo, nos dan una idea completa y progresiva de lo que ha sido el pensamiento y la acción anarquista desde el siglo pasado hasta la Revolución española. CAMPO ABIERTO la ofrece en dos volúmenes independientes, buscando una necesaria síntesis entre la unidad de la obra y un precio asequible a todos.

Daniel Guerin es bien conocido en nuestro país como veterano luchador en las causas sociales y escritor prolífico que recoge y sistematiza estas luchas en un proceso de reflexión constante.



Campo Abierto/Ensayo 6